

LA COFRADÍA DEL SEPULCRO

DANIEL EASTERMAN

BESTSELLER



Lectulandia

JERUSALÉN, 1968, se descubre una tumba que guarda un secreto de dos mil años por el cual muchos hombres estarán dispuestos a morir y a matar y, en Dublín, Patrick Canavan se enamora de Francesca quien posee las claves del misterio. Veinte años más tarde, Canavan, retirado de la CIA, recibe la visita de un desconocido que quiere matarle. Thriller lleno de sorpresas, con sectas, iluminados, y personajes dispuestos a todo para conseguir el objeto de su codicia.

Lectulandia

Daniel Easterman

La cofradía del Sepulcro

ePub r1.0

Sarah 17.02.14

Título original: *Brotherhood of the Tomb*

Daniel Easterman, 1989

Traducción: Francisco Martín

Editor digital: Sarah

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Agradecimientos

EN esta obra han colaborado extensamente varias personas, y, como es costumbre, quiero dar las gracias a mi agente Jeffrey Simmons por infundirme ánimos y sugerirme ideas sin detrimento de su buen humor. Patricia Parkin, en Grafton, contribuyó con magníficas ideas. Jeremy y Nicoletta Johns fueron inagotable fuente de información, humor y correcto italiano. El doctor John Healey, de la Universidad de Durham, hizo maravillas con el arameo. Damien O'Muire mejoró mi irlandés. Eveleen Coyle animó mi estancia en Dublín, realizando posteriormente inapreciables comprobaciones de datos. Mi esposa, Beth, leyó innumerables veces el manuscrito con atenta mirada y aguda inteligencia. A todos, mi más profundo agradecimiento.

FANTASMAS

... Sólo conozco este cuerpo, tan solo.
Ese beso antiguo, vehemente y turbador.

W. B. YEATS

Capítulo 1

Giv'at haMivtar, Jerusalén Norte

Octubre de 1968

LAS tumbas siempre habían estado allí. Primero en zona restringida, después ocultas y luego desaparecidas: un lugar secreto en el que reinaba la muerte sin intromisiones. Durante siglos la ciudad había sido un lugar perdido, casi irrelevante. Los vivos se habían convertido en muertos y los que les habían llorado fueron a su vez llorados; aquel fúnebre ámbito siempre había sido de su exclusiva pertenencia. Nadie había construido allí ni casa, ni arado la tierra, ni llevado a las ovejas a pastar.

La ciudad había conocido el fuego y el hambre. Los ejércitos habían dejado huella de su paso. Altas torres habían caído, el sol se había vuelto sangre y el viento había dispersado las cenizas como nieve negra al final del verano. Luego, nuevos dioses se habían albergado en las ruinas del Templo.

Pero hacía un año que el antiguo Dios había vuelto en pie de guerra. Los ejércitos israelíes se habían apoderado de Jerusalén Este, expulsando a sus adversarios árabes al otro lado del Jordán. Una vez más había sonado el *sofar* (Cuerno de carnero que los hebreos de la antigüedad hacían sonar en las batallas) junto al montículo del Templo. Ahora, unas excavadoras rebañaban las viejas colinas, abriendo carreteras y allanando el terreno para construir casas, escuelas y hospitales. Los descendientes de los muertos habían vuelto por su herencia.

Hacía un mes que una pala mecánica mordisqueaba una colina denominada Giv'at haMivtar, justo a la izquierda de la carretera de Nablus, cuando un obrero vio la primera tumba. Había tres en un solo conjunto a distintos niveles. Una de ellas sólo tenía acceso por arriba, pues su entrada había quedado cubierta ya por la nueva carretera en construcción.

Un equipo de arqueólogos del departamento de Museos y Antigüedades había obtenido un mes de plazo para examinar las tumbas y su contenido, y al final de dicho plazo —es decir, en cuestión de días— había que volver a guardar los restos en los sarcófagos y cerrar de nuevo el enterramiento. Después, las máquinas proseguirían su labor arrojando cemento y alquitrán, y los muertos volverían de nuevo a su sueño.

Gershon Aharoni masculló un juramento y se volvió hacia el hombre que tenía a su espalda.

—Tenga cuidado, que hay un escalón —dijo forzando una sonrisa y alargando la mano hacia el italiano para ayudarlo.

No tenía más remedio que reprimir su disgusto, su irritación por encontrarse allí.

En el museo había trabajo urgente y el tiempo apuraba. Habría aporreado a Kaplan por encomendarle aquello.

«Esmérese, Gershon. Enséñele el lugar. Que se interese. Déjele que fisgue un poco, que se ensucie las manos, que encuentre algún objeto. Coloque algo para que se lo tropiece a propósito y hágale sentirse implicado. Pero ¡por Dios bendito!, ablándeles. Dígale, si es preciso, que esperamos encontrar en cualquier momento los restos de Jesús, la Virgen María y los doce apóstoles. Y la cabeza de san Juan Bautista y los pechos de Salomé, si se muestra lo bastante crédulo.

«Pero infúndale ánimo para que gaste dinero. Una buena suma que permita crear una fundación de investigaciones, un nuevo museo. Que su imaginación (si la tiene) vuele sin freno: Fundación del obispo Migliau para arqueología bíblica. Dele importancia. Que se lo imagine escrito con letras de tres metros. Tráigamelo por la mañana a mi despacho dispuesto a firmar cheques toda su vida».

—Gracias. Está más oscuro de lo que pensaba —respondió el obispo, apoyándose un instante en la mano de Aharoni, como quien sale a regañadientes a bailar a la pista.

Aharoni levantó la lámpara, que arrojó una luz amarillenta sobre aquellos nichos largos y estrechos excavados en los muros del sepulcro, unos para cadáveres completos y otros para urnas de piedra que, en ocasiones, guardaban los restos de toda una familia.

—Si quiere lo dejamos para mañana, en que volverá a funcionar el grupo electrógeno. (Y así puedo dedicarme toda la tarde a mis cacharros).

Afuera comenzaba a oscurecer. Los obreros de la carretera se habían marchado a casa y en el tajo no quedaba nadie desde las cuatro, hora en la que habían parado el generador que alimentaba las lámparas. Como en el instituto había mucho trabajo para registrar y medir los hallazgos, fotografiar los objetos y reconstruir las vasijas, todos habían abandonado la excavación y al día siguiente por la mañana llegaría un técnico para arreglar la instalación eléctrica. Por eso Aharoni se servía de un farolillo a prueba de viento para mostrar al visitante el sepulcro vacío.

«No, no, me alegro de haber venido. Quizá así sea más apasionante, más... auténtico».

El obispo Giancarlo Migliau era un hombre de buena estatura que llenaba con su presencia el sepulcro. Pasaba de los cuarenta y era un individuo delgado y ascético, huesudo y puro nervio, pero de leve prestancia, cual si su cuerpo fuese en cierto modo inmaterial. Ocupaba aquella cripta por el simple hecho de hallarse en ella más que por su fisiología, por así decirlo. A Aharoni le recordaba un espantapájaros en un campo de labranza después de una tormenta, proyectando con su brazo negro una sombra disforme sobre los surcos de maíz mojado.

Era un hombre rico, descendiente de una familia aristocrática de Venecia, una de

las pocas no desvanecidas en el anonimato o extinguidas en el siglo XVIII, y con rancios antepasados de origen judío que, desde su primer título de nobleza, habían dado hijos a la Iglesia. Los hermanos de Giancarlo eran continuadores de la otra tradición familiar en la banca y habían dejado los tenderetes del puente Rialto por los esplendorosos edificios de mármol de Mestre, Roma y Milán.

Hacía años que Giancarlo era un apasionado aficionado a la arqueología bíblica. Asistía a conferencias siempre que podía, colaboraba de vez en cuando con artículos en los principales periódicos católicos, consagraba liberales donativos de su fortuna personal para becar a investigadores y pasaba todos los años un mes, como mínimo, en Israel visitando centros de excavación, museos y reuniéndose con eruditos en el Instituto Franciscano de Arqueología de Jerusalén.

Participaba a veces en excavaciones empuñando la pala y el cepillo de cerdas blandas, descubriendo fragmentos de vasijas y lámparas que posteriormente limpiarían y evaluarían los especialistas. Eran piezas que habían estado en aquellos lugares desde la época del Nuevo Testamento, lugares en los que él podía tocarlos con sus propias manos cuando los descubrían, diciéndose: «Esta vasija ya estaba aquí en vida de Jesucristo», o bien hollar con sus pies un bloque de piedra, musitando: «Quizá Jesucristo anduviera sobre estas mismas losas».

El descubrimiento de las tumbas en Giv'at haMivtar había encendido su imaginación. A juzgar por lo verificado, allí se habían efectuado enterramientos entre el primer siglo antes de Cristo y la destrucción del segundo Templo en el año 70. Las tareas de limpieza habían sido demasiado especializadas y apremiantes para posibilitar la participación de arqueólogos aficionados, pero le habían dado permiso para visitar el lugar y examinar los hallazgos cuya clasificación se llevaba a cabo en el Museo de Israel.

—¿Es aquí donde hallaron los huesos que he visto en el museo, de ese individuo que creen fue crucificado?

Estaban dentro del enterramiento número 1, el mayor de los cuatro, en la cripta inferior, un espacio rectangular en torno al cual se disponían ocho nichos.

—Ahí —contestó Aharoni, dirigiendo la luz hacia una oquedad de la derecha—. Estaban en una urna junto con los huesos de un niño.

Migliau recordaba aquellos restos: dos calcañares atravesados por un clavo enorme; unas tibias destrozadas por un fuerte golpe. Le había acometido una especie de vértigo al pensar que podían ser de uno de los dos ladrones crucificados con Jesús, de un individuo que tal vez hubiese agonizado en el Gólgota a escasos centímetros del Hijo de Dios, redentor del mundo. Tenía la premonición de no andar descaminado.

—¿Cómo se llamaba? ¿Había alguna inscripción?

—Jehohannon. Figuraba escrito en arameo en un lateral de la urna.

El obispo había acariciado el hueso con un dedo. Quedaba un fragmento de madera entre él y el clavo: madera y hierro romanos, como si su atmósfera se hubiese conservado durante siglos.

Migliau suspiró. Aquel techo bajo era como una opresión. El farolillo parpadeó y las sombras serpentearon por aquellos muros de piedra toscamente labrada. Nunca había sido capaz de asumir la idea de la muerte, del concepto de deterioro.

—¿Y ahí qué hay? —inquirió acercándose al muro del fondo en el que quedaba un mayor espacio sin nichos.

—Sí, nos pareció un poco raro; pero tenga en cuenta que la tumba no estaba llena ni mucho menos. No harían falta más nichos y hay zonas en que la caliza es muy dura.

El obispo pasó la mano por el muro.

—A mí me parece que aquí también se ha trabajado —dijo.

Se veía el muro desbastado y estriado en algunos puntos, como por efecto de una azuela o un cincel. Migliau siguió palpando la piedra.

Aharoni se acercó y alzó el farolillo para iluminar el muro.

—Sí, creo que tiene razón —dijo.

Era curioso: no lo habían advertido a la luz más cruda del grupo electrógeno, pero sí, al fulgor más tibio del farolillo se veían bastante bien los trazos de desbastado en una parte del muro.

Fueron determinando entre los dos el espacio en que se había aplicado la herramienta.

—Creo que las marcas llegan hasta aquí —indicó el obispo, pasando el dedo por una estrecha fisura a la altura de la cadera.

—Yo diría que únicamente está desbastada esta zona central —añadió Aharoni, señalando una área de unos tres pies cuadrados y pasando el dedo por la derecha del contorno, por la izquierda y luego hasta el suelo, al tiempo que se desprendían unas partículas de caliza. Se agachó, trazó la base del cuadrado y se levantó, apartándose del muro.

Migliau se dio la vuelta y se le quedó mirando. Su rostro estaba en sombra y no destacaban los ojos.

—Aquí el muro es falso —dijo con voz hueca, imprecisa, amortiguada por las gruesas paredes.

—¿Qué quiere decir? —replicó el israelí, presa de un estremecimiento que le recorrió la espina dorsal.

—Aquí hay un bloque que ha sido cortado y reinsertado, y posteriormente manipulado para disimular las juntas. No entiendo cómo ustedes no lo han advertido.

Aharoni sí que lo entendía: habían trabajado muy aprisa, contra reloj, realizando

las tareas más imprescindibles de la medición de tumbas, la extracción de las urnas de los nichos, la recolección de los fragmentos de lámparas y vasijas piriformes esparcidos por el suelo, y no habían tenido tiempo para sutilezas. Y aquellas junturas eran muy sutiles, pero que mucho... Incluso en circunstancias normales habrían podido pasar por alto durante un buen tiempo.

—Será mejor que volvamos al museo y se lo comuniquemos al director. Quizá tengamos el tiempo justo de ver lo que hay detrás de ese bloque, si es que hay algo, para solicitar una prórroga. Podríamos empezar a trabajar por la mañana.

—Ya que estamos aquí... ¿No dice usted que el tiempo apremia? Pues deberíamos poner manos a la obra y echar un vistazo ahora mismo.

Nunca se había encontrado Migliau tan cerca de un descubrimiento. Las excavaciones en las que había participado habían sido en general asuntos baladíes en los que el trabajo principal ya estaba hecho antes de que él llegase, pero ahora tenía la oportunidad de ser el protagonista principal de un hallazgo, incluso de ser su descubridor. ¿Quién podía imaginar lo que había detrás de aquel bloque de piedra? Podía hasta tratarse de lo que él buscaba. Agarró con las dos manos la arista del bloque y comenzó a empujar.

—No creo que debamos... —dijo Aharoni, sin concluir la frase al oír el chirriar de la piedra repetido por el eco de la cripta.

—Haga el favor de ayudarme —apremió Migliau—. Esta piedra pesa mucho.

«Déjele que fisgue un poco, que se ensucie las manos, que encuentre algún objeto». ¡Qué demonio!, pensó Aharoni. La excitación de un descubrimiento es irrefrenable, y al fin y al cabo él era arqueólogo; momentos como aquél se dan, si acaso, pocas veces en la vida. Depositó con cuidado el farolillo en el suelo y se unió a Migliau para ayudarlo a desalojar la pesada piedra.

Empujaron los dos con todas sus fuerzas, sintiendo el peso en sus piernas; un peso resistente y tembloroso, propio de aquel recinto subterráneo. La piedra se movió levemente al principio, y luego, cuando ya la tenían dominada, varios centímetros de una vez. De pronto notaron que ya basculaba; no gran cosa, pero lo bastante para darles a entender que comenzaba a desencajarse. Siguieron empujando con las venas del cuello hinchadas y los músculos agarrotados por el esfuerzo.

De pronto, el bloque se les fue de las manos, cayendo en la oscuridad con gran estrépito, seguido del más glacial silencio. Los dos contenían la respiración, mientras un olor rancio a cerrado surgía del hueco abierto. Y muy por debajo de la insipidez de aquella vaharada de aire enrarecido, un aroma distinto a especias, sutil, intangible y fúnebre. Fue como un soplo que se disipó al instante.

Aharoni cogió el farol y lo introdujo en el negro agujero. Al instante fue como si surgieran miles de sombras. Se inclinó, asomándose por el hueco y columbrando a duras penas en su interior. Cuando habló, su voz era apagada y tensa:

—Creo que hemos encontrado otro sepulcro.

Capítulo 2

AHARONI fue el primero en entrar. Se movía con cuidado, sosteniendo nervioso el farol, temeroso de tropezar o romper lo que pudiera haber en el suelo. Era un sepulcro pequeño, más reducido que los otros, pero parecía mejor acabado y más limpio. Las paredes estaban parcialmente enyesadas y el suelo perfectamente barrido; no había nichos: sólo tres grandes sarcófagos de piedra en el centro del recinto abovedado. Eran más largos y pesados que las urnas encontradas en los otros enterramientos.

A Migliau le costó más introducirse por la estrecha abertura; su corpachón cabía muy justo, pero al final logró pasar, lleno de polvo, raspaduras y sin aliento. De inmediato se dio cuenta de que no habían descubierto una tumba ordinaria. «Había descubierto», se dijo, corrigiendo el razonamiento.

Se quedó inmóvil y tenso en la entrada, observando cómo el israelí se movía entre los sarcófagos y se inclinaba a leer una inscripción; luego volvía a incorporarse, mientras la luz amarillenta y tenue del farolillo confería aspecto de mantequilla a la textura de la dura caliza. El obispo quería hablar, pero notaba su boca seca y la lengua pesada y como paralizada.

Finalmente, Aharoni se incorporó del todo, volviéndose hacia él.

—Creo que debe usted ver esto —dijo con voz temblorosa.

Migliau advirtió que también a él le temblaba la mano que sostenía el farolillo. El obispo sintió que el corazón le daba un vuelco y se le estrujaba como una esponja mojada. Aquello no era una tumba ordinaria, no eran sarcófagos corrientes ni guardaban restos anodinos. Estaba seguro. Y esa certidumbre le producía un escalofrío en la médula. Algo le decía que había encontrado lo que buscaba.

La distancia entre el muro y los sarcófagos se le antojó la más larga jamás recorrida, no unos cuantos pies y algunos centímetros; no se trataba de siglos, sino de algo más sobrenatural y profundo.

—¿Qué es? —inquirió—. ¿Sucede algo?

Pese a la luz azufrosa veía el rostro demudado de Aharoni. Le entraron ganas de reír, de gritar, de liarse a golpes con algo. Era asombroso cómo cambiaba de ánimo. Se sentía enterrado en aquel recinto.

El israelí se humedeció los labios. Sonaba el zumbido sordo del farolillo y oía su propia respiración acompasada. El silencio lo envolvía todo. Él no había querido hacerlo.

—¿Lee usted el arameo? —preguntó.

—Un poco... Lo bastante para enterarme. No soy un erudito; yo...

—No importa. Únicamente quisiera que me ayude a examinar estas inscripciones.

—Ya las ha examinado usted. ¿Qué dicen?

Aharoni, sin contestar, se limitó a mirar enigmáticamente al italiano.

—Creo que debe echarles un vistazo —musitó.

El primer sarcófago era un paralelepípedo con tapa en caballete, adornado con rosetas y rayas incisas. Tendría unos seis pies de largo y más de dos pies de ancho. Un sarcófago hebreo típico de la época. Sobre uno de los laterales había una inscripción en caracteres hebraicos.

—¿Quiere leerlo? —inquirió Aharoni.

Migliau asintió con la cabeza. No era más que un féretro lleno de huesos, se dijo. Habían dejado pudrir la carne y luego habían cogido la osamenta para guardarla. ¿Por qué le causaba tal turbación?

—Yo se lo leeré. Corríjame si cometo algún error. —Aharoni se acercó a la inscripción y arrimó el farolillo—: *N331 «ÍOT "13 3p»»T Nmi3p KTÍ1 (hd' qbwrt' dy y' qb br ywsp rbn' wr')*. Sigue un par de palabras que no logro leer, y continúa con: *toro fPian oso ya b'üp OÍBP3 I\ «mían «aman oono nin "iriN3 'T K»OI'3 K3i (hbwrt' dy byrslm qtyl mn t m hnnyh khn' rb' bywmy' dy b'tr mwt phsts hgmwn')*.

—Yo traduciría: «Ésta es la tumba de Santiago, hijo de José, maestro y pastor /.../ la comunidad que habita en Jerusalén /.../ muerto por orden de Ananías, sumo sacerdote de la época tras la muerte de Festus, el gobernador».

Migliau no dijo nada. Se había quedado sin respiración. Él no era un erudito, pero sus conocimientos le bastaban para darse cuenta de lo que decía la inscripción, a qué restos se refería. Santiago, hermano de Jesús, cabeza visible de la comunidad cristiana de Jerusalén, había sido lapidado con otros correligionarios en el año 62 por decreto del Sanedrín y orden de Ananías.

El obispo no reaccionaba. Deseaba llorar, gritar o dar con otro medio de desahogar aquella emoción que sentía, pero sólo fue capaz de quedarse mirando la piedra cual si su sola visión le hubiera privado de la palabra. Finalmente respiró y alargó la mano para agarrar con fuerza a Aharoni del brazo.

—¿Está seguro? —inquirió.

El israelí apartó con desdén aquella mano e hizo una pausa.

—No, no estoy seguro. Los caracteres están mal conservados y esta luz es fatal, pero creo que estoy en lo cierto. Cuando vea las otras dos lo comprenderá.

—¿Comprender el qué?

—Ya verá.

El israelí se irguió y se acercó al segundo sarcófago. Era más sencillo que el primero, pero de igual diseño y calidad. La tapa llevaba esculpida la silueta de un árbol, pero no había ningún dibujo en los laterales, tan sólo una breve inscripción. Migliau sabía lo que decía. Lo sabía hacía años.

—*n>t>s> m'pti 3ps» ONI SIB' OH qei> nn* CID 'OÍA (grmy mrym 'tt ywsp w'm ysw' w'm y' qb slm lyh»* —leyó Aharoni titubeante, cual si las palabras se resistieran al

significado—. (Los huesos de Miriam, esposa de José, madre de Jesús y Santiago. Descansen en paz).

La luz arrojaba sombras fantasmagóricas contra las paredes y el techo. A Migliau le pareció oírlas moverse cual enormes alas negras batiendo en aquel espacio cerrado, alas de aves ciegas, indignadas. Alzó una mano como para espantarlas, pero sólo consiguió agrandarlas, lo que le indujo a guardar silencio.

—Hay otra —dijo Aharoni, y a Migliau aquella voz le pareció llegar de otro mundo.

Cubrieron al unísono los pasos que los separaban del último sarcófago. Era una pieza descolorida, blanca y primorosamente labrada, aunque muy sólida, como si hubiera sido un bloque compacto cortado en piedra viva y no algo hueco. Migliau observó a Aharoni pasar una mano por la tapa.

En el lateral, entre las rosetas y la ornamentación labrada, destacaba el acentuado relieve de un círculo en cuyo interior habían cincelado el menorá o candelabro de siete brazos del Templo expoliado por los romanos cuando la destrucción de Jerusalén en el año 70. Pero no era un menorá normal: los seis brazos laterales conservaban su forma habitual, pero el central tenía forma de cruz. Bajo el círculo, una línea de caracteres en relieve destacaba a la luz.

La leyó en voz queda, pronunciando meticulosamente cada palabra, no con torpeza o incertidumbre, sino con la precisión de quien sabe exactamente lo que lee y lo que significa:

—*Nmaininí? S:IHK ruca mi,T>3 Kainiri Nnn«"pnn nap Kim KÍJDTI T\ K33Tip NÍNS' nnr nim(tmy ysw' br ywsp dy 'stlb mn t m pntyws pyltws hgmwrí byhwdh bsnt 'b' Ihgwmnwth whw' dbh' dy yml' qwrbn' dy hykl'whw' qbwr hhdn 'tr' Imlywt kwl' bywmyn'slm' Iwhy).*

Guardó silencio. Migliau había entendido. No todas las palabras con sus sílabas íntegras, pero lo bastante. Aharoni no se atrevía a levantar la vista para ver cómo le miraba. Nada podía hacer, nada. Había leído la inscripción y sólo faltaba traducirla.

«El cuerpo de Jesús, hijo de José y Miriam, que fue crucificado por orden de Poncio Pilato, gobernador de Judea, en el cuarto año de su mandato. Y él fue el sacrificio que completa las ofrendas del Templo, y está enterrado aquí para que todo se cumpla. Descanse en paz».

Durante un buen rato ninguno de los dos dijo nada. Las palabras parecían fuera de lugar, peligrosas. No se atrevían a mirarse cara a cara: judío y gentil, creyente e infiel. Dos mil años de incompreensión los separaban.

En un momento dado a Migliau casi se le escapó una risita. Se hallaba bajo los efectos de una fuerte tensión y se sentía a la vez eufórico y horrorizado, como un niño obligado de pronto a comparecer por un asunto de personas mayores. En un instante habían quedado resueltas las dudas de toda una vida, convirtiéndose en certeza. Había

concluido su búsqueda y estaba a punto de comenzar su misión.

El tiempo discurría como si ya careciese de sentido. Finalmente fue Aharoni quien rompió el silencio.

—Señor obispo —dijo—, creo que debemos irnos. En el museo debe quedar alguien trabajando y tendremos que comunicar el hallazgo. Comprenda usted que esto es... colossal, y habrá que hacer lo necesario para que la noticia del descubrimiento no trascienda prematuramente. ¿Me entiende? Si se sabe algo antes de que haya habido tiempo de realizar una investigación como es debido..., creo que se nos plantearían problemas. Periódicos, televisión... ¡todos los periódicos y cadenas de televisión del mundo! Nosotros solos no podríamos hacer frente a eso.

»Y podrían producirse repercusiones políticas, ¿comprende? Su Iglesia querrá sin duda decir su palabra. Indudablemente es una afortunada circunstancia que esté usted aquí, pero también las Iglesias ortodoxas querrán tener voz y voto. Y también los anglicanos y otras confesiones protestantes. Todos querrán su parte del pastel —añadió con una mueca, como arrepentido de haber utilizado una expresión desafortunada—. Mire las inscripciones y los sarcófagos: se trata de una tumba judía, ¿no le parece? Lo comprende, ¿verdad?

Aharoni se daba cuenta de que el hecho de que fuese un obispo católico representaba una gran complicación, como habría podido temerse cualquiera en su situación. De haber sido otro tipo de arqueólogo, Migliau habría comprendido la necesidad de cautela, de tacto. Pero el prelado querría sacar el mayor partido posible del hallazgo. Aharoni había oído que el obispo era ambicioso, que tenía perspectivas de ser nombrado cardenal, y, sin lugar a dudas, su vinculación al descubrimiento redundaría, y mucho, en favor de sus aspiraciones. Y, naturalmente, querría asegurarse de que su Iglesia quedara como depositaria de aquel sepulcro. No querrían verse con un nuevo caso del santo sepulcro, objeto de las asechanzas de facciones en guerra, como hueso en medio de una jauría hambrienta.

—No, doctor Aharoni —respondió el italiano alzando la vista. Disipado todo su retraimiento, rápidamente se iba adaptando al hallazgo—, no le comprendo. No sé a dónde quiere ir a parar.

El hombretón dio un paso hacia el israelí; en aquel reducido espacio su figura era dominante y su tensión se transformaba en cólera. Aharoni no salía de su asombro.

—Yo tan sólo pretendía decir...

—Es que me ha parecido que insinuaba usted algún tipo de propiedad por parte de su país. Ha dicho «una tumba judía». ¿Es que pretende tomar posesión de esto igual que han hecho con la colina del Templo, apoderándose del tercer lugar sagrado del islam? No me diga que se cree con derecho a ello...

—No, claro que no. Simplemente debemos andarnos con cuidado. No estamos en un país cristiano. Si usted considera...

—Le veo venir. Quiere arrogarse su fetichismo judaico, ¿no es cierto? Quiere esgrimirlo ante mí como una bandera hasta que yo asienta y le diga: «Sí, suyo es. Esto y esto. Cójalo. Mea culpa. Bastante han sufrido; en desagravio, coja lo que desee».

La voz de Migliaiu iba cobrando un tono gutural y amenazante, se sentía encerrado entre aquellas paredes y a la vez pesaroso y exaltado por lo que acababan de descubrir. Pero sobre todo notaba que le invadía un turbio resentimiento hacia Aharoni. Era algo irracional porque apenas le conocía y no había motivo que le impulsara a temerle u odiarle; sin embargo le afligía que estuviera allí.

—Por favor, ilustrísima..., no me entiende —replicó Aharoni, consciente de la ira del obispo. En aquel reducido espacio, con tan poca luz, le daba miedo.

—Opino que debe marcharse.

—¿Cómo...?

—Debe salir de aquí. Éste es un lugar sagrado. Usted no creo que lo entienda, pero yo sí. Y no tiene derecho a estar aquí, ningún derecho.

Pero no bastaba. Si el judío se marchaba, volvería con otros de los suyos. Ellos habían conquistado la ciudad; irrumpirían en el santuario del Señor y se apoderarían de él. Los detestaba por su santurronería, por su mojigata posesión de aquella tierra que el Salvador había hollado con sus plantas. Eran gente estirada; así los había motejado el Señor. Y allí estaban ahora: dispuestos a poner sus impías manos en los restos mortales del Hijo de Dios.

—Creo que debemos marcharnos los dos —replicó Aharoni.

El italiano estaba trastornado por el hallazgo. Quizá fuese comprensible. A él, que ni siquiera era judío practicante, y mucho menos cristiano, le había emocionado profundamente el descubrimiento y comprendía la carga emocional. Por eso deseaba que el asunto se llevara con cautela, antes de que saqueadores, bocazas y oportunistas tuvieran posibilidad de intervenir. Con un escalofrío, recordó que una empresa norteamericana se había ofrecido a comercializar trozos del pecio del Titanio a guisa de pisapapeles. ¿Qué valor adquirirían en bolsa los restos de Jesús?

—El Mesías vino a Israel y lo crucificaron, y ahora queréis convertir sus restos en una especie de juguete político, en algo que vuestros gobernantes puedan utilizar para negociar. Es...

—Por favor, no quiero entrar en ningún tipo de discusión religiosa con usted. No es asunto mío.

Toda su vida, el obispo Migliaiu había esperado aquel momento. Nunca había dudado de que sería él quien lo descubriera. Pero en su imaginación siempre se había visto a solas en el momento del hallazgo. Hasta aquel preciso instante, Aharoni nunca había figurado en sus cálculos.

«¡Dios mío —pensó—, os ruego que me digáis qué hacer! Vos me habéis guiado

hasta aquí, concediéndome este privilegio. Imploro vuestra ayuda. Yo solo no puedo hacerlo».

Miró en derredor, a Aharoni y al sarcófago. Su vida entera acababa de dar un vuelco en aquel lugar, ante un sarcófago de piedra de una cripta oscura, en virtud de una inscripción imperfecta trazada por una mano anónima. En aquel momento supo lo que tenía que hacer. Lo que Dios quería que hiciese. Era la voluntad de Dios. El judío quería divulgar el hallazgo a los infieles. No se lo permitiría. ¡Dios no lo quería!

Volvió a mirarle a los ojos.

—Perdonadme —musitó. Pero sabía que Dios ya le había perdonado.

Dio un fuerte empujón al israelí, que cayó de espaldas, perdiendo el equilibrio y desplomándose tras un fuerte golpe en la cabeza contra el sarcófago del centro. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar. Todo fue fulminante: el empujón y el impacto, la caída y la agonía. La muerte había sido instantánea y la piedra blanca se tiñó de sangre roja y brillante.

Migliau contempló cómo se extendía la mancha roja y escuchó en silencio los latidos de su corazón. Se sentía ahogado por todo el peso de la cripta y notaba aquella atmósfera opresiva moverse silenciosa a su alrededor. Oyó de nuevo el batir de alas espectrales por encima de los latidos de su corazón. Aharoni seguía desmadejado en el sitio en que se había desplomado y bajo él se formaba un charco rojo sobre las sombras del suelo.

Cogió el farol y alumbró los sarcófagos. El judío estaba inmóvil a los pies del Señor. Ya no sangraba. Se dio la vuelta y miró la estrecha abertura por la que habían entrado. Había tiempo de sobra; no sería muy difícil volver a colocar el bloque que cerraba el sepulcro. Si había permanecido oculto todos aquellos años, seguiría estándolo.

Tres días más tarde volverían a guardar los restos de los inhumados y lo cerrarían de nuevo. Las máquinas proseguirían la construcción de la carretera; harían casas, tiendas y aparcamientos. Al año siguiente, él compraría todo aquello a través de uno de los *trusts* de su familia. Por fin lograba hacerse con su verdadera herencia.

Capítulo 3

Trinity College, Dublín *Octubre de 1968*

SE llamaba Francesca. Se lo había dicho su amigo Liam una tarde durante la clase de comunes. Francesca Contarini, italiana. Su familia era de Venecia y vivía en un palacio dorado, según Liam. Con criados y salones decorados con frescos, y una góndola particular para ir a misa. La habían enviado a Dublín a mejorar su inglés, que ya dominaba bastante bien, y a estudiar literatura inglesa e italiana. Hacía ya más de dos semanas que estaba locamente enamorado de ella.

Patrick Canavan había llegado a Dublín cinco meses antes. Tenía dieciocho años, era norteamericano y volvía por sus orígenes. Veinte años antes, casi día por día, en el verano de 1948, sus padres habían dicho adiós a Irlanda, embarcándose hacia Estados Unidos para emprender una nueva vida. Ahora le habían enviado solo a guisa de embajador del pasado.

Por todas partes descubría sus fronteras y sus raíces: en los nombres de las calles y los teatros, de noche, en el río que discurría y se alargaba como una mancha por el corazón de la ciudad dormida; en las voces de los mendigos del puente O'Connell, mujeres jóvenes de cara lívida con niños de pecho aún más pálidos, envueltos en chales, vendiendo su pobreza por el precio de un bollo.

El verano había transcurrido como un sueño. Se había emborrachado de Guinness y vino tinto barato, y una noche de agosto, ya tarde, se vio en la playa de Dalkey, besando por primera vez a una chica y soñando que había encontrado sus raíces. A los dieciocho años, la aurora celta parecía pletórica de promesas.

Dos semanas más tarde, la chica le dejaba, comentándole que había estado muy bien para la época del año aquello de besarse y cogerse de las manos en la playa mientras la luna acariciaba el nivel mar, pero que lo otro que él insinuaba —¡qué caramba!— sólo los llevaría con toda seguridad al fuego del infierno. Le faltaba por aprender que las vírgenes era el grupo corporativo más antiguo, más numeroso y mejor organizado de Irlanda.

Pese a su decepción —y quizá precisamente por ello— decidió quedarse. La ciudad le hablaba en susurros de cosas que apenas entendía. Se le desvelaba poco a poco, nerviosa, en gestos lentos y distraídos, en momentos de intimidad. De pronto, Brooklyn se le antojó un mundo distinto, un lugar ruidoso lleno de gente bullanguera.

En cierta ocasión, una larga tarde de finales de verano, se hallaba en el campo de críquet, detrás del Trinity, y vio a un estudiante jugando con una cometa roja bajo aquel cielo azul pálido. Aquello fue como una revelación: a los dieciocho años, una

cometa volando puede ser tan importante como un beso. A principios de setiembre se matriculaba en el centro para estudiar lenguas semíticas.

Ya el otoño se tornaba invierno y en los vastos y verdes patios interiores del Trinity College reinaba una artificiosa calma. En la sala de lectura 1937, una luz mortecina y académica bañaba los interminables anaqueles de libros. Se sentó a dos mesas de distancia de ella, mirándola de vez en cuando para sorprender alguna mirada a hurtadillas por su parte. Pero hasta cuando apartaba los ojos de ella, fingiendo leer, la imagen de la joven danzaba sobre el libro: pelo negro largo que caía en cascada sobre sus hombros, ojos grises en aquella luminosidad atemperada por los libros, pequeños dientes blancos apretados contra el labio inferior, el bulto de sus pechitos bajo la tenue tela.

A decir verdad, él no debía haberse encontrado allí, sino en la biblioteca principal. Aquella sala de lectura estaba reservada a los estudiantes de literatura y en ella no había libros de sus asignaturas; pero gran parte de la atracción que él sentía por Irlanda radicaba en su literatura, que comenzaba a descubrir. Ya se había convertido en asiduo asistente a los teatros, y acudía al Abbey, al Peacock y al Gate. En cierta ocasión se había llegado a Belfast para ver en el teatro Lírico una trilogía de obras de Yeats dirigida por Mary O'Malley.

Ahora se dedicaba a leer la obra poética de Yeats, en parte porque se amoldaba a su romántico estado de ánimo, pero sobre todo porque le facilitaba un pretexto para sentarse en la sala de lectura 1937 y lanzar miradas furtivas a la muchacha a quien quizá nunca llegaría a conocer. Centró la mirada en la página.

¡Oh párpados tenues cual nube, ojos entrevistos en sueños!

Los poetas que se afanan día tras día

En pos de la rima perfecta

fenecen ante unos ojos de mujer.

Aquella noche representaban en el Abbey una obra de Yeats: Deirdre, y había sacado dos entradas con intención de invitarla, pero cuanto más permanecía allí sentado, mirándola, concentrándose en la lectura bajo aquella tenue luz verde, más le traicionaba el ánimo.

Ella cerró de pronto el libro y se puso en pie. No había estado en la biblioteca más de media hora; imposible que fuera a marcharse. La observó con cautela, sabiendo que jamás sería capaz de armarse de valor para pedirle que saliera con él. La muchacha subió a la galería y se puso a buscar en los anaqueles. Cinco minutos después descendía los escalones para dirigirse de nuevo a su mesa.

Al pasar por detrás de Patrick lanzó una mirada al libro que él leía.

—Scusi. Perdone.

La tenía a sus espaldas, hablándole en un susurro. Él levantó la vista. El corazón le latía a velocidad vertiginosa y la lengua se le había vuelto de plomo. ¡Párpados tenues cual nube, ojos entrevistados en sueños!...

—Lee a Yeats, ¿verdad?

—Yo..., sí..., sí, Yeats. W. B. Yeats.

—Perdone, es que buscaba un ejemplar. Yo tengo uno, pero en casa. ¿Podría dejármelo cuando acabe?

—¿Cómo? ¡Oh, sí, claro! Téngalo. De verdad. Yo sólo lo leía por pasar el rato. En realidad debería estar leyendo otra cosa.

Ella no acababa de decidirse, pero él cerró el libro y se lo puso en la mano. Ella le sonrió, le dio las gracias y volvió a su asiento. Él permaneció inmóvil durante lo que le pareció una eternidad. ¡Le había hablado! Le había pedido prestado un libro. Cierto que no era suyo, pero era un volumen de poesía que le encantaba.

Durante la hora que siguió trató de concentrarse en Deirdre, como si su lectura fuera a procurarle la posibilidad de salir con ella aquella noche. Pero las tristes estrofas sólo sirvieron para desanimarle y deprimirle.

*¿Qué mérito hay en el juego del amor,
en la vorágine carnal,
que cesa al llegar el alba,
corazón a corazón, boca con boca,
esa respiración jadeante,
si el anhelo del amor no es más que sequía
y lo que hay en ultratumba?*

—Gracias.

Estaba otra vez a su lado, devolviéndole el libro, sonriente. Respiró hondo, con la mente poblada de palacios, góndolas y un miedo cerval.

—Yo iba..., iba a ir a la cantina a tomar un café. ¿Le apetece acompañarme?

Ella dejó el libro en la mesa.

—Lo siento —dijo—, pero tengo que acabar una redacción. Y me cuesta.

Vio que le daba la espalda para macharse y pensó que todo había acabado, pero ella se volvió, indecisa.

—Tal vez mañana —añadió—, si acabo pronto la redacción.

La acabó y fueron a tomar café a Bewley's, que, además, era más apetecible. Aquella tarde tenía otras dos entradas para Deirdre; se citaron a la puerta del Trinity y fueron caminando juntos hasta Lower Abbey. Ella vestía un abrigo suelto sobre un vestido negro de cachemira y lucía pendientes con piedrecitas que él pensó serían diamantes. En su vida había visto nada tan encantador y perfecto.

Estuvo durante toda la representación como extasiado. Sólo recordaba las palabras de Deirdre a Naiose, cuando están esperando que los aprese el rey Conchubar:

*Inclínate y bésame ahora,
pues tal vez sea lo último antes de morir.
Y cuando todo acabe seremos distintos;
cosas imperecederas, una nube, un fuego.
Y sólo conozco este cuerpo, tan solo
ese beso antiguo, vehemente y turbador.*

Aquella noche la acompañó a casa por las rendidas calles otoñales, pensando en besos vehementes, respiraciones jadeantes, y, sin embargo, sin atreverse a coger su mano. Hablaron de la obra teatral, que a ella le había costado trabajo seguir, de Yeats y de sus respectivos estudios. Ella vivía en Rathmines con una familia italiana, que la creía en aquel momento en el Trinity con una amiga.

—¿Volveré a verte? —le preguntó al llegar.

—Claro. No pensarás que te pedí el libro por leer viejos poemas...

—¡Ah!, ¿es que...?

Ella le sonrió y se puso de puntillas para besarle. No con vehemencia, pero lo suficiente para trastornarle completamente.

—Te quiero —le dijo.

—Lo sé —contestó ella sonriendo.

—¿Tanto se me notaba?

Ella se encogió de hombros.

—Dame otro beso, Patrick. Y esta vez cierra los ojos.

El otoño dio paso al invierno; el cielo sobre el Trinity fue cargándose silenciosamente de nieve. Ya eran amantes, ambos liberados y esclavizados por las inesperadas emociones que comenzaban a regir sus vidas. Llegó la nieve, la lluvia, y días de sol brillante y nítido en los que caminaban kilómetros por la playa de Sandymount o por los espacios vacíos y helados del parque Phoenix.

No vivía en un palacio dorado, aunque confesó que sus antepasados habían edificado la famosa Ca' d'Oro, la Casa de Oro, cuya exquisita fachada dorada hiciera de ella otrora el palazzo más famoso del Gran Canal. Él encontró un libro sobre Venecia en la biblioteca y descubrió que los Contarini habían sido los nobles de mayor raigambre de la ciudad, en la familia había habido ocho dogos y poseían palacios por doquier.

Ahora su familia vivía, ciertamente, en un palazzo, pero no tan grande como el de Ca' d'Oro. Ella le prometió llevarle a Venecia aquel verano para presentarle a sus

padres y a los demás Contarini, y él se preguntó qué pensaría ella de Brooklyn y de su tío Samus.

Le escribió poemas, versos atroces que posteriormente le llenaban de turbación y profunda tristeza. Uno de ellos conmemoraba un paseo que habían dado a primera hora de la mañana un día de invierno por la playa de Sandymount: el escenario de su primera riña, un acontecimiento que durante mucho tiempo le tuvo dolido y confuso.

Luz desparramada sobre el mar como rombos de plata. A lo lejos, más allá de Dun Laoghaire, las montañas de Wicklow veladas y elegantes en la bruma matinal. Él la llevaba de la mano y sobre sus cabezas planeaba una gaviota entre el púrpura y el oro.

Estaban sentados juntos en la arena mirando el mar.

—Este verano —dijo ella— pasaremos todos los días en el Lido, mirando el Adriático. Y por las noches encontraremos algún sitio para hacer el amor.

—Me parece perfecto —replicó él—. Pero todos los días no; quiero ver San Marcos, Santa Maria della Salute y...

Ella le puso un dedo en la boca y se inclinó para besarle cariñosamente. Él la atrajo hacia sí, acariciándole un seno, y, mientras ella se reclinaba en él, le desabrochó la blusa y se inclinó a besar su piel. Al hacerlo, advirtió un pequeño colgante de una cadenita que llevaba al cuello. Lo cogió en su mano y lo examinó más de cerca.

Era una medalla redonda de oro; en una de las caras llevaba grabado su nombre: «Francesca Contarini», y en la otra, un curioso emblema: un candelabro de siete brazos con una cruz en el central.

—Nunca te lo había visto —le dijo—. ¿Qué es?

Ella, sin más, le arrebató el colgante, se lo quitó del cuello y airadamente lo encerró en el puño; luego, echando hacia atrás la mano, lo arrojó con fuerza al mar.

—¡Francesca! ¿Qué te sucede? ¿Qué era eso?

Ella se puso en pie temblando y abrochándose la blusa con mano vacilante. Él se levantó también, tratando de retenerla, pero ella se zafó de su abrazo y comenzó a caminar a paso rápido por la playa. Él, desconcertado, echó a correr tras ella, pero Francesca le rechazó. La oía llorar.

Estuvo caminando detrás de ella hasta que se cansó. Ya sus sollozos eran más quedos. Tras ellos, las huellas en la arena comenzaban a ser engullidas por la marea invasora. Finalmente, ella se detuvo y le dejó que le pasase el brazo por los hombros.

—¿Qué sucede, cariño? No quería que te enfadaras.

Ella volvió hacia él su rostro bañado en lágrimas.

—Patrick, no vuelvas a preguntármelo. Prométemelo. Júrame que nunca volverás a mencionarlo.

—Yo sólo...

—¡Júramelo!

Él hizo lo que le pedía y Francesca pareció tranquilizarse inmediatamente. Le rodeó el cuello con sus brazos y le dio un beso en la frente.

—Perdóname —le dijo—. No quería enfadarme contigo. No me pidas explicaciones. No tiene nada que ver con nosotros. ¡Nada!

Durante mucho tiempo después de aquello, él pensó que la medalla debía de ser regalo de otro, un amante que ella había dejado en Italia, a pesar de que le había jurado que no había habido ningún novio formal antes que él, y Patrick la había creído. Aquella medalla le atormentaría de vez en cuando en años sucesivos, pero nunca más volvió a preguntarle nada.

LOS VIVOS

Éxodo, 12.29

Capítulo 4

Dalkey, Co. Dublín *Enero de 1992*

LAS tres de la mañana. La oscuridad se cargó inopinadamente de un silencio pesado y estupefaciente. Iba a estallar otra tormenta. Lo sentía en los huesos como una tenue corriente eléctrica. Afuera, el frío organizaba una activa cháchara, diciendo cosas que él no quería oír.

Luces sobrepuestas: sobre el escritorio, un reducido claro amarillento y luminoso sobre papel antiguo; a través de la ventana, luz de una farola que proyecta sombras en el cuarto en penumbra. Oía el mar en la lejanía, la marea creciendo, pequeñas olas invadiendo la tierra. O un solo frente de ola, repitiéndose incesantemente hasta que no quedara más tierra, sólo agua.

Había elegido aquella casa por la vista, porque daba directamente a la bahía de Dublín y durante todo el verano había contemplado el mar en su pausado ballet interminable, cual si danzase exclusivamente para él solo. Ahora, a mediados del invierno, ya no estaba tan seguro de haber elegido adecuadamente. El ruido de las olas le inquietaba, le producía una terrible soledad y una sensación de presentimiento. En momentos como aquél se planteaba si había sido acertado volver a Irlanda.

Se restregó los ojos. El apretado y descolorido texto era de penosa lectura, a pesar de la lupa. Luz amarillenta y papel ocre borroso. Las letras incompletas se movían por la página como hormigas asustadas.

«Vamos, Patrick, si tú no lo hubieses matado, tendría que haberlo hecho otro».

Las voces le atenazaban como ramas erizadas de espinas. El pasado seguía siendo tormentoso y obsesivo.

«Él regresaba. Estaba cansado. Se produjo una señal que interceptó la estación de Damasco. ¿Por qué no me lo dijeron?»

«Fue un descuido. Son cosas que pasan. Tú lo sabes. ¿Qué importa? Él no parecía darse cuenta de lo que se le venía encima. Alguien lo habría hecho tarde o temprano. Si no tú, otro cualquiera».

A lo lejos, las olas invadían la playa.

Se puso en pie y se acercó a la ventana. A sus cuarenta y dos años, Patrick Canavan apenas tenía nada. Pagaba el alquiler de una casa con vistas al mar de Irlanda con su escasa pensión de la CÍA, no tenía mujer, hijos, ni recuerdos que compartir con sus amigos; ni amigos con quienes compartirlos.

Abrió la ventana de par en par empujando con fuerza la falleba hacia arriba. De la noche y de la oscuridad amortiguada y helada ascendían en oleadas los ruidos del

mundo: el incesante lamer del agua en la piedra, un tren a lo lejos, resonando en los raíles helados, la sirena de un barco, la campana de una boya balanceándose.

En la lejanía, sobre las aguas desiertas de la bahía, vio luces: barcos que arribaban de alta mar, de Francia, España e Italia, rumbo al Dun Laoghaire o al puerto de Dublín, una armada de lucecitas flotando en la marea oscurecida por el viento. La niebla que los había mantenido en alta mar se había despejado y en su lugar quedaba ahora una vasta oscuridad vacía cuajada de estrellas. En los límites de la noche discutió de pronto una barquita como una luciérnaga, para inmediatamente desaparecer.

Su mirada divagó por la negrura y pensó en lo intensa que era y cómo lo envolvía todo. «¿Cómo es posible que todo cambie tanto en veinte años?», se dijo. El tiempo cambia, la gente cambia, la gente muere; pero no era sólo eso.

Volvió a ver Beirut, como si la oscuridad se hubiese transformado en una pantalla del recuerdo. A su izquierda, la garita siria recubierta de carteles de Asad; a la derecha, el abandonado hotel alSaqi, ahora ocupado por un grupo del Hezbollah de Bi'r alAbd. Vio el jeep dar la vuelta a la esquina, el muchacho de Amal disparando desde la altura de la cadera. Y, a cámara lenta, a Hasan Abi Shaq-ra corriendo hacia él desde el pasillo, levantando el arma para apuntar, disparando. Hasan cayendo a sus pies, mezclándose su sangre con el polvo de la tierra seca. «Él regresaba. Estaba cansado».

—Patrick, vuelve a acostarte.

Era Ruth, en el umbral, desnuda, con ojos soñolientos. Él volvió la espalda a la ventana, deslumbrado por el sol y la sangre; repentinamente frío.

—Estaba trabajando —dijo, preguntándose por qué necesitaba darle explicaciones.

—Son más de las tres. Me he despertado y he notado que no estabas. Vuelve a la cama.

Su presencia le irritaba por lo exigente que era con él. Hacía mucho tiempo que no compartía nada con una mujer. Cerró la ventana para aislarse del mundo.

Ella le condujo a la cama, su desnudez inútil ante su indiferencia. Estuvieron un buen rato tumbados, tiritando entre las sábanas frías. La luz de la farola se filtraba por las finas cortinas del dormitorio, tiñendo la cama con una luz antinatural. Veía su brazo rozándole, casi traslúcido como el alabastro.

—¿Me quieres? —le preguntó, pero ella había vuelto a dormirse y, en realidad, no pretendía que le contestase.

Sí, claro, imaginaba que había entre ellos una especie de amor y una pasión física que aún le hacía gritar, como de dolor. Trató de convencerse de que el abismo entre los dos era simple cuestión de edad —ella era más de diez años más joven que él—, pero sabía que en el fondo era algo que había crecido dentro de él como consecuencia

de la insípida vaciedad.

Liarse con Ruth había sido un gran error. Pensaba que la quería, pero no era ése el problema. Ruth pertenecía a la Agencia, igual que todos al principio, igual que él cuando empezó. Ése era el problema. O al menos parte de él.

Se habían conocido en una fiesta, tres meses antes —quizá cuatro—, poco después de su llegada a Dublín. Jim Allegro, antiguo amigo de Langley, se hallaba destinado allí como enlace especial con el Irish Ranger Squad, de asesor en tácticas antiterroristas. Jim se había enterado de la llegada de Patrick por informaciones confidenciales y se había puesto en contacto con él. «Esta noche doy una fiesta; vente y te presentaré a gente».

La fiesta había resultado aburrida: trocitos de queso y pina de lata, pan francés rancio, vino tinto australiano barato en envases de cartón y Diré Straits en abundancia. Los invitados eran los de siempre: terceras secretarias anémicas de la embajada, un puñado de espectros como los que se ven en una colonia de nudistas y extraños irlandeses despachando la Guinness a velocidades alucinantes. Como de costumbre, los perros de la Inteligencia se olían el trasero unos a otros en manada. Ella estaba sentada en un rincón, ojeando la librería de Allegro como un censor que busca pornografía.

—Ahí no encontrará nada —dijo él, abordándola—. Jim está más limpio que una mesa de quirófano.

—Al contrario —replicó ella—, aquí es precisamente donde van a parar todas las cosas sucias.

¿Cómo se había figurado que era del oficio? No tenía tipo de serlo. No es que existiera un tipo determinado, pero de haberlo habido, ella no pertenecía a él. Para empezar, estaba demasiado bien vestida; con esa clase de prendas que, de tener etiqueta, la llevan por dentro. Una joya discreta, una pizca de perfume caro. En cuanto al acento, habría dicho que era francesa. Una mujer menuda, de pelo rubio corto, boca caída y orejas pequeñas como conchas.

Lo siguiente que dijo fue:

—¿Nos marchamos?

Había llevado la iniciativa desde el principio, si no él nunca habría pasado del abordaje. Habían ido en su pequeño Mercedes por la costa. El otoño lo invadía todo: el aire, el mar, el ánimo. Conducía demasiado de prisa para aquellas estrechas carreteras irlandesas, pero no importaba porque lo hacía con gran destreza. Amanecía cuando llegaron a casa de él.

«Tiene un gusto apabullante», fue lo último que dijo antes de tomar la delantera hacia la cama.

Después de salirse de la CÍA, Patrick había vuelto a Irlanda para acabar el doctorado, que había dejado colgado dieciocho años antes. Regresar a Dublín había

sido como un golpe físico: los viejos lugares, todos los recuerdos en alud, percutiéndole en la boca del estómago, y él desvalido ante aquella embestida. Rathmines, Ranelagh, Donnybrook, Bailsbridge..., los nombres saltaban desde los mapas y los rótulos delanteros de los autobuses, cada uno con regusto dulce o amargo, su particular entidad en remembranzas y asociaciones.

Había vuelto con tantas esperanzas y expectativas... Dublín le devolvería la juventud o algo parecido. Dublín haría que reviviesen en él los ideales de veinticuatro años atrás. Pero ahora sabía que todo aquello había sido una fantasía, porque, aunque la ciudad hubiese estado conservada en formol todos aquellos años, nada del pasado volvería; a lo sumo un tenue reflejo, una reverberación engañosa en un espejo mohoso.

Los años pasados en el Trinity habían configurado su vida. Había vivido y trabajado en un palacio de piedra gris, rodeado de sueños y poesía. No sólo un pasado, sino un presente que no parecía del todo real. Había sido más el embrujo de la juventud que lo mágico del lugar; eso lo había comprendido a tiempo. Pero luego advirtió la caída de la nieve sobre aquellas piedras oscuras, el sol luciendo en aquellas ventanas góticas y la campana de la torre repicando en las sombras del crepúsculo conforme cruzaba los patios en penumbra para las clases de comunes. Y Francesca, siempre Francesca...

Pues ya había regresado, pero la magia y la poesía se habían desvanecido. Había intentado reencontrarla a ella en Ruth, pero lo único que había obtenido era un regusto de aturdimiento y vergüenza. Si le hubieran exigido mencionar un motivo, habría podido alegar docenas. Pero en el fondo de su corazón sabía que el único motivo de su incapacidad para amar y ser amado sólo podía ser uno: la muerte de Francesca. Pero eso formaba parte del pasado y tenía que acomodarse a ello. Permaneció tumbado, a oscuras, escuchando el sonido de su propia respiración, incapaz de rendirse al sueño.

Volvió a levantarse convencido de que no podría dormirse. Las noches como aquélla abundaban; había que aguantarlas. Se acercó a la ventana como atraído por la luz mortecina de la farola. Uno puede dejar la Agencia, pero mente y cuerpo nunca descansan.

Oyó las pisadas justo en el momento en que su mano tocaba la cortina. Unos pasos y luego nada. Se puso en tensión y bajó la mano. Silencio. Con cautela apartó un poco la cortina y acercó el ojo a la abertura.

Sus ojos acostumbrados a la oscuridad localizaron casi inmediatamente al individuo en la acera de enfrente, lejos de la farola. Tenía frío y estaba inquieto, y parecía llevar allí mucho rato. Esperaba algo o a alguien.

Capítulo 5

PATRICK dejó que la cortina recuperase su posición. Durante medio minuto permaneció allí en la ventana, haciendo todo lo posible por tranquilizarse. Ruth seguía durmiendo: su respiración sonora le llegaba claramente desde el otro lado del cuarto. Con cuidado, sin encender la luz, cogió los pantalones y el grueso jersey del día anterior; los zapatos estaban junto a la cama.

Al bajar, pasó por la cocina, y de una batería de cuchillos Sabatier relucientes de mango de madera, que había en un soporte magnético, cogió uno con hoja de quince centímetros y se lo puso en la cintura. Estaba afiladísimo; lo sabía porque él mismo había repasado todo el juego días antes.

La puerta trasera daba al jardín, pero no iba a utilizar esa salida porque podía haber más de uno al acecho, y era probable que, de haber otro, estuviera en la parte de atrás.

Una ventana daba al camino de ronda. Descorrió el pestillo y la abrió sigilosamente: la bocanada de aire frío le cogió desprevenido. Comenzaba a soplar el viento. Se oyó un trueno muy lejano, oculto por nubes invisibles. Llegaba la tormenta.

Saltó por la ventana y se quedó quieto en previsión de un posible ataque. Allí, en el lateral de la casa, la oscuridad era absoluta. Las nubes discurrían rápidas, celando las estrellas. Se agachó y prestó oído: por debajo de los latidos de su corazón, oía las olas muriendo en la playa; sobre su cabeza, rumor de ramas. Notaba su piel tensa y nerviosa, y, a pesar del frío, sudaba.

Cruzar la grava del camino le llevó una eternidad. Después el césped y la cerca que separaba la casa de la contigua. El césped, lleno de escarcha, le condujo hasta una valla baja colindante con la calle. Desde allí veía la farola, pero no al espía. Con gesto automático se llevó la mano al cuchillo; el otro tendría una pistola. Estaba seguro.

Aunque sabía que avanzaba amparado en la oscuridad, se sintió totalmente vulnerable al cruzar la calle a la carrera con los zapatos puestos. En la acera opuesta saltó el muro de piedra y tomó por el sendero que bordeaba la playa. Ya había pleamar y el viento comenzaba a azotar. Volvió a oírse un trueno, esta vez más próximo, un gruñido animal sordo, premonitor de violencia.

Siguió por la arena, bien agachado. Las olas acallaban los ruidos. El hombre seguía donde le había localizado, en sombras detrás de la farola, de espaldas al mar. Se movía inquieto para calentarse. Habría un coche cerca, quizá con otro hombre dentro.

Patrick se quitó los zapatos. Hacía mucho frío, pero tenía que asegurarse de no

hacer ruido. Continuó por detrás del muro, aproximándose sin quitar la vista del objetivo. La escarcha le mordía la piel como alfileres. Sacó con la mano derecha el cuchillo de la cintura. Los truenos arreciaban y la oscuridad se hizo más intensa. El mar embravecido invadía la tierra desde la negrura de la noche.

Ya estaba detrás de él. Sin hacer ruido, se puso los zapatos. Con suma cautela, conteniendo la respiración y temblando, tomó impulso y alargó las dos manos a la vez: con la izquierda agarró un mechón de pelo y brutalmente tiró hacia atrás de la cabeza del hombre, mientras con la derecha le pegaba el cuchillo a la garganta. Notaba el filo rozando carne, la nuez rozando acero.

—¡De rodillas!

Su vieja voz en la noche; su propia voz, y al mismo tiempo, ajena.

El hombre lanzó un gruñido, casi un quejido, con la garganta tensa contra el filo. Luego, lentamente, flexionó las piernas y se arrodilló. Patrick, con rápido gesto, le puso una rodilla en la espalda, manteniendo el cuchillo bien pegado a su garganta. Notaba el miedo del desconocido, acre en el aire marino, en la atmósfera eléctrica de la tormenta.

—Saca la pistola y títala al suelo. No quiero hacerte daño.

—No... llevo pistola... Lo juro —dijo el hombre con gran esfuerzo.

—¿Quién eres?

Silencio. Soplaban un viento frío como la muerte.

—¿Quién te envía?

Otra vez el cuchillo; un hilillo de sangre helada sobre el filo. Silencio. La muerte flotaba inmóvil en el aire. Algo sustituía rápidamente al miedo del desconocido. ¿Osadía? ¿Indiferencia? ¿Superioridad?

—¿Por qué me espiabas?

Silencio. Luego un trueno resonó en el cielo.

Se lo preguntó en árabe:

—*Min ayna ta'ti?* (¿De dónde eres?).

Ningún indicio de haberlo entendido.

Probó en persa:

—*Az koja amadi?*

Nada.

De pronto estalló un relámpago que iluminó brevemente todo. Una imagen se fijó en la mente de Patrick: un hombre de pelo negro, con la cabeza hacia atrás y un cuchillo en la garganta con un fino corte sanguinolento en el cuello.

Patrick parpadeó y ése fue el momento que el otro eligió. Alzó la mano y le agarró de la muñeca obligándole a soltar el cuchillo; se revolvió hacia un lado, retorciéndose dolorosamente el pelo sin que su captor le soltara y, doblando el brazo izquierdo, le asestó un fuerte golpe. Patrick perdió el equilibrio y soltó la presa, lo

que hizo que el desconocido también se desequilibrara hacia adelante, aprovechándolo para embestirle de un cabezazo y tirarle al suelo. En aquel preciso momento se desencadenó la tormenta y la lluvia, como un río que rompe un embalse, cayó a raudales fría y tempestuosa.

Patrick oyó las pisadas del desconocido sobre el asfalto y, de rodillas, comenzó a buscar los zapatos. La lluvia le ahogaba y cegaba y estaba ya totalmente empapado. Buscó alucinadamente a tientas los zapatos y encontró uno y después el otro; se los calzó a toda velocidad sin atarse los cordones.

El desconocido había echado a correr hacia la derecha y él le siguió tambaleándose a oscuras bajo el aguacero. Estalló un relámpago seguido diez segundos después de otro trueno. Como en un cromo, vio en la oscuridad un coche y un hombre que abría la portezuela, mientras él daba un traspié al borde de la desesperación.

Oyó el estertor del motor: no arrancaba. Tenía una posibilidad. Sin aliento, corrió en la noche. El motor volvió a toser impotente. Patrick se pisó un cordón, perdió el equilibrio y cayó de bruces, desollándose las manos en el asfalto. Volvió a oír el gargarismo del motor, que esta vez arrancó. Reprimiendo su dolor, se puso en pie y, tambaleándose, cubrió los últimos metros, abalanzándose sobre el coche en el momento en que se separaba del bordillo y logrando asir la manivela, abrir la portezuela y saltar al interior cuando ya aceleraba. El conductor no había encendido las luces y la lluvia y la oscuridad cubrían el parabrisas.

Patrick dio un golpe de volante hacia su lado, pero el conductor pisó el freno y el vehículo derrapó, rebasó el encintado y se estrelló de lado contra el muro del paseo marítimo.

El desconocido, aterrado, abrió la portezuela y se lanzó a tierra, resbalando y, recobrado el equilibrio, echó a correr.

Patrick abrió sin perder un momento la portezuela, pero tropezaba con el muro y el estrecho hueco no le permitía salir; se deslizó entre la palanca del cambio y se apeó por el lado del conductor. Luchaba contra el viento y la lluvia y, farfullando, recobró el aliento y echó a correr.

Otro relámpago que duró unos segundos anunció el próximo retumbar de otro trueno. En el mar, las olas enfurecidas quedaron como congeladas, como si el fulgor del rayo las hubiera esculpido en hielo. Vio un barco dirigiéndose al puerto, solo y desamparado en aquellas olas de cristal, y al hombre saltando el muro hacia la playa.

La arena estaba ya encharcada por la lluvia y los pies se le hundían. Era como una melaza que le impedía avanzar, tirando de él. Se movía como en sueños, sin saber si era real. Había desaparecido el mundo y lo sustituía una pesadilla. Oía las olas romper contra las rocas y el viento desgarrar los cielos. Una sucesión de relámpagos surgió repentinamente como ramas de un árbol gigante y el estallido del trueno llenó

el espacio. El desconocido iba unos pasos por delante de él, gateando desesperadamente entre espuma blanca en el límite de las rocas.

Patrick lanzó un grito, pero el viento le arrebató el sonido de los labios y le dejó sin resuello. Aquel hombre estaba loco; las rocas por las que avanzaba pronto quedarían cubiertas por la marea. Por allí no había escapatoria.

Las olas le llegaban ya a los tobillos. Siguió avanzando a ciegas por el agua helada, deslumbrado por el último relámpago. El agua le llegaba a las rodillas.

La primera roca le pilló desprevenido: un golpe en la espinilla que le hizo caer al agua; volvió a subirse a ella a rastras, pasando a tientas a la siguiente. Ya ni sabía de qué lado estaban la tierra y el mar. Podía perder pie en cualquier momento y verse engullido por las aguas, a merced de las heladas corrientes y zarandeado contra aquellas rocas, totalmente a oscuras.

Resbaló en una alga y cayó hacia adelante en un charco helado. En medio del temporal, le llegó una voz lejana débil y angustiada. El viento desdibujaba la precisión de los sonidos y no sabía si era un grito amenazador o pidiendo auxilio. Viento y mar lo envolvían por todas partes.

Otra piedra con la arista plagada de percebes, una sábana líquida de lluvia y espuma, un viento que le azotaba como alambre de espino. Vio una sombra más oscura, algo acurrucada al final del espigón, al límite con las aguas. Manteniendo a duras penas el equilibrio, se abalanzó sobre aquella masa.

Cayeron los dos de espaldas sobre un bloque cubierto de algas. Oyó la respiración angustiada de su adversario.

—¿Quién eres? —gritó enfurecido, haciendo que su voz se oyese por encima de la tormenta.

El hombre no contestó y trató de soltarse.

Un relámpago rasgó cual velo la oscuridad y sobre sus cabezas el trueno retumbó en los cielos. Patrick vio un rostro lívido, con ojos de terror y la mano cubriéndoselos, como rechazándole.

De pronto, su adversario le empujó y se soltó, resbalando en la roca y cayendo por una grieta; se retorció, pugnando por ponerse en pie, y, al sacar una pierna, una gran ola se abatió sobre él haciéndole perder el equilibrio. Se oyó un fuerte grito, infrahumano, bestial, inarticulado, y Patrick alargó la mano, pero no había nada. Otro relámpago rasgó el cielo y vio que la roca contigua estaba vacía.

Seguía subiendo la marea. Nada podía hacer por el desconocido, y menos con un mar en aquel estado. Se dio la vuelta y comenzó a regresar a gatas por las rocas. En la orilla no había luces que le orientasen. Tal vez en aquella persecución enloquecida se hubiese alejado de la tierra, internándose en el mar hacia una muerte segura. Resbaló infinidad de veces, golpeándose con las rocas. No era difícil romperse una pierna y quedar allí atrapado hasta que el mar lo cubriera todo y lo arrastrase a las

profundidades.

Otro relámpago: las fuerzas de la naturaleza desatadas. Acababa de orientarse cuando cayó al agua, buscando desesperadamente el equilibrio, pero el reflujo era fuerte, como cuerdas que tirasen de sus piernas. Ahora el agua le llegaba al cuello. De pronto se sintió desfallecer, como si el mar hubiese minado sus energías.

Dolorido, se dejó llevar, medio a nado, medio ahogado. Tragaba agua salada que le revolvía* el estómago y le hacía hundirse; movía torpemente brazos y piernas, como si nadase en otra sustancia, en arenas movedizas o en mercurio una sustancia espesa y mortífera que tiraba de él hacia abajo.

De pronto notó que hacía pie. Tosiendo y a trompicones se abalanzó hacia adelante, sumergiéndose y volviendo a salir a flote; hizo esfuerzos por recobrar el equilibrio y sus pies tocaron fondo firme en el declive de la playa. Vomitando agua, avanzó tambaleante los últimos metros de furiosas olas y alcanzó por fin la arena encharcada por la lluvia. Unos metros más adelante se desplomaba en el suelo.

A su alrededor, los elementos seguían desencadenados, pero apenas lo advertía. En lo único que pensaba, lo único que veía con perfecta claridad en la oscura noche era el oval lívido del rostro del desconocido y su mano alzada rechazándole. Y en la cara interna de la muñeca, un pequeño círculo negro tatuado y en su interior un candelabro de siete brazos rematado por una cruz.

Era imposible, pensó. Se trataba de una pesadilla del pasado, una pesadilla que no podía haberle perseguido hasta allí, en aquel lugar, en aquel momento.

A sus espaldas, en la oscuridad, el mar se agitaba impresionante e inmenso, removiendo en su espantoso vientre a los ahogados y los grandes peces. En las profundidades todo se devora mutuamente: hombres, peces y toda forma viviente.

Capítulo 6

PERDIÓ la noción del tiempo, allí empapado y sin aliento, tumbado al pie del muro del paseo marítimo, como vomitado por las nauseabundas olas. Poco a poco fue cesando la lluvia y el sonido del trueno se fue alejando, retumbado con la tormenta hacia Wicklow Hills. Con los huesos doloridos, se puso en pie y trepó trabajosamente el muro para salir al paseo.

El coche seguía en el mismo sitio, contra el muro. Tenía el motor parado. Supuso que alguien, al oír el estruendo, habría salido a ver qué pasaba o habría telefonado a los gardai, pero no se veía a nadie. Si alguien se había despertado por el estrépito, quizá hubiese pensado que era un trueno y se habría vuelto a dormir. Abrió la portezuela y se sentó en el puesto del conductor.

Sabía que debía apresurarse a volver a casa para darse una ducha caliente y cambiarse de ropa, pero primero tenía que registrar el coche. Su mente era un torbellino: dos veces había visto ya aquel emblema de la muñeca del espía. La primera en el colgante al cuello de Francesca, aquella medalla que ella había arrojado al mar, casi como premonición de los acontecimientos que acababa de vivir él.

La segunda había sido varios años antes durante una misión en Egipto. El hecho de volver a verlo allí, en Irlanda, le causaba turbadores presentimientos. Él había considerado aquel episodio definitivamente concluso, pero debía haber pensado que las arenas se mueven y el pasado revive.

Encendió la luz interior y examinó el vehículo. Era un Citroën pequeño con portón trasero, limpio y bastante nuevo; probablemente alquilado. Nada en el asiento de atrás ni en la bandeja; se inclinó y abrió la guantera.

Dentro había un mapa y un librito con tapas de cuero negro: una Biblia en griego, con traducción interlineada en inglés, según la versión revisada. Tenía las páginas muy usadas y de vez en cuando, al margen, había anotaciones a lápiz. Dejó el libro y examinó el mapa. Era un plano Geographia corriente de Dublín, desde Ballymun y Santry, en el norte, hasta Tallaght y Glenageary, en el sur.

Su calle, situada en el ángulo inferior derecho, estaba marcada con varios círculos de tinta roja. Había otra serie de círculos en un lugar de Liberties centrado en Francis Street, junto a la parroquia de San Malaquías.

El corazón le dio un vuelco. La relación entre ambos círculos era evidente.

Cogió el plano y la Biblia y salió del coche. Ahora ya sólo lloviznaba y había pasado lo peor de la tormenta. Se detuvo únicamente a mirar en el maletero, vio que estaba vacío, como había supuesto, y luego se encaminó a casa.

Ruth le esperaba levantada; estaba encogida en la mesa de la cocina, con una taza de té entre las manos, más para calentarse que por tomárselo. Se sentó frente a ella en

silencio, tiritando y temiendo más que nada su afecto.

—Me ha despertado la tormenta —dijo ella— y vi que habías vuelto a levantarte; creí que estabas en el estudio y te he buscado por toda la casa.

No le preguntaba dónde había estado, se limitaba a explicarle lo que ella había hecho, sin más. A media luz, su rostro en penumbra resultaba quizá más encantador que el de ninguna otra mujer. En aquel momento y en aquel lugar, deseaba quedarse allí sentado con ella, abrazarla, hablarle, y pensó que, después de todo, la amaba; al menos era lo que él quería: amarla, estar allí con ella. Pero aquella noche no había tiempo. Los círculos en torno a San Malaquías, igual que el círculo de la muñeca del desconocido, sólo podían significar una cosa: un hombre corría grave peligro. A Patrick no le quedaba otra opción.

—Tengo que volver a salir —dijo.

—Patrick, ¿qué sucede? —inquirió ella, mirándole fijamente y comenzando a darse cuenta de la situación—. Sea lo que sea, tú nada tienes que ver. Tú ya no estás en eso.

—Acompáñame arriba —dijo él—. Tengo que cambiarme.

Ella le siguió, arropándose con la bata, como protegiéndose de los inopinados terrores nocturnos. El mundo pesado y frío la agobiaba, anegaba su respiración con su hálito acuoso.

Él fue directamente al dormitorio y cogió el teléfono de la mesilla. Ruth permaneció en el umbral, mirándole. Hacía mucho frío.

En la parroquia de San Malaquías comenzó a sonar el teléfono. De Faoite no oía muy bien y estaría dormido, a no ser que le hubiera despertado la tormenta. Patrick sentía su corazón latir al ritmo de los timbrazos del teléfono. Esperó dos minutos y colgó.

—Bien, Patrick..., ¿y si haces una pausa y me cuentas qué es lo que pasa?

Él no se dio por aludido y comenzó a quitarse la ropa mojada, pero ella le agarró del brazo y le obligó a mirarla a la cara.

—¡No me trates como a una tonta, Patrick! Tengo derecho a saber qué es lo que pasa. ¡Por Dios bendito, ya ni siquiera eres de la profesión!

—No tiene nada que ver con eso.

—¿Ah, no? Entonces, ¿a qué tanto misterio? Sales a pasear en plena noche, haces extrañas llamadas telefónicas... Vamos, Patrick..., yo sé lo que es eso. Si corres peligro, yo también lo corro. Así que déjate de adivinanzas.

La abrazó torpemente, incapaz de contestar o quizá temiendo hacerlo. Afuera, el mar seguía asaltando la orilla con furia. Agua y más agua, ola sobre ola; un mar embravecido cercando al mundo, aprisionándolo, trayéndole el pasado. Beirut, Alejandría, Bandar Abbas..., el mar por todas partes; por doquier, olas batiendo enfurecidas la tierra.

—No tiene nada que ver contigo, Ruth. De verdad. Es algo de mi pasado. Una cosa que soy yo el que la tiene que resolver.

—¿A quién llamabas?

—A Eamonn De Faoite, párroco de San Malaquías. Suele dar clases de lenguas semíticas en la universidad y en el Trinity. Fue profesor mío en los años sesenta cuando yo estudiaba allí. Creo que está en peligro y quería avisarle.

—¿Avisarle de qué?

Patrick meneó la cabeza.

—No lo sé. Creo... —Hizo una pausa—. Mira —prosiguió—, hace unos ocho años estuve en Egipto; la Agencia quería ganarse el apoyo de la población cristiana copta para contrarrestar de algún modo la influencia de los Hermanos Musulmanes. A primeros de los ochenta se habían producido manifestaciones contra los coptos; Sadat había enviado al exilio en Wadi Natrum al pope Shenuda y el fundamentalismo islámico comenzaba a difundirse.

»Yo estaba en un pueblecito del delta. Yo y un agente local. Vivíamos con una familia copta, y una mañana muy temprano nos despertaron porque tenían miedo de algo. Me preguntaron si podía ir a un pueblo de al lado llamado Sidi Ya'qub, y no cesaban de repetir que había sucedido una gran desgracia y querían que fuese a comprobar si era cierto. Cuando les repliqué que me dijese qué había sucedido, no hacían más que alzar las manos al cielo, meneando la cabeza. Finalmente me decidí, cogí el jeep y fui a Sidi Ya'qub.

Hizo una pausa. Afuera, el embravecido mar respondía en eco a la tormenta.

—Fue una de las mayores estupideces de mi vida, pues por poco me linchan. Lo que había sucedido era lo siguiente: en Sidi Ya'qub había una escuela en las afueras del pueblo, en un altozano, y la tarde anterior se había presentado un grupo que reunió a los niños, los montó en un autobús y se los llevó... Serían unos treinta niños.

»A1 llegar allá, encontré a la gente del pueblo enloquecida. Llevaban toda la noche buscando a los niños y habían llamado a la policía; en el pueblo dominaban los Hermanos Musulmanes y todos andaban soliviantados. Bien, me quedé a ayudarlos y comprendí por qué los coptos del pueblo cercano tenían miedo: si a los niños les había sucedido algo, sería a ellos a quienes les echasen la culpa con toda probabilidad. Y si lo que había sucedido era algo malo, la cosa podía ser grave.

Llegado a este punto del relato, se detuvo indeciso.

—¿Y...? —inquirió ella.

—Pues resultó ser algo malo. Muy malo, a decir verdad. Después de mediodía encontraron a los niños en un antiguo templo a unos dos kilómetros del pueblo. Bueno, no era realmente un templo como esos que enseñan en los viajes turísticos. Me dirigí hacia allí con los demás cuando nos enteramos que los habían encontrado.

En el centro de la construcción había un estanque de piedra, de basalto, creo. Muy

grande. Estaba muy deteriorado, pero aún tendría capacidad para unos cuatrocientos litros.

Cerró los ojos. El recuerdo de aquel templo y lo que había visto le vino nítidamente a la memoria.

—Los... niños estaban en círculo rodeando aquel estanque. Los habían degollado y la sangre llenaba el estanque; no del todo, pero con profundidad. Estaba también el maestro..., ahogado en la sangre. Los niños estaban desnudos y atados con correas, y les habían marcado la frente con un círculo, un círculo que encerraba un candelabro con una cruz. —Hizo una pausa—. Luego me enteré de que en el pueblo en que yo me había alojado estuvo a punto de producirse una matanza, pero, antes de que llegasen sus vecinos, los habitantes tuvieron tiempo de escapar para no regresar nunca más...

Ruth le interrumpió:

—No comprendo qué tiene eso que ver contigo y con Eamonn De Faoite.

—Es que creo que han llegado hasta aquí los que mataron a esos niños —replicó él—. Tengo que ir a ver a Eamonn esta misma noche.

—¿Y cómo sabes que están aquí? ¿Qué ha sucedido?

—He visto a uno de ellos y le he hecho huir.

—¿Egipcio?

Patrick meneó la cabeza.

—No. Eso es lo extraño; no creo que fuese egipcio. Creo..., estoy seguro de que era irlandés. —¿Qué ha sido de él? Patrick se lo explicó.

—¿Y crees que estarán vigilando a De Faoite? Patrick se encogió de hombros. Estaba ya vestido y listo para salir.

—Es posible. Mira, Ruth, tengo que ir allá. —Te acompaño.

—No, prefiero que te quedes vigilando la casa. Puede haber otro al acecho.

Ella se apartó. La cama se había quedado fría.

—Ésa no es la razón, ¿verdad?

Él ya se había vuelto hacia la puerta.

—Ruth, no quiero mezclarte en esto. Lo considero un asunto mío que nada tiene que ver con la Agencia.

—¿Eso te parece? —le replicó, enfurecida de nuevo.

—Pues sí, es lo que creo.

Pero mentía desesperadamente para rehuir la idea a que le abocaba su pasado: que nadie escapa jamás a las consecuencias de un mundo tan estrechamente relacionado.

—No te metas en esto, Ruth. No impliqués a la Agencia. Volveré en cuanto vea a De Faoite.

—Como quieras, pero no esperes encontrarme aquí cuando vuelvas.

Cuando salió aún llovía.

Capítulo 7

CONDUJO distraído cruzando luces y sombras como un espectro que discurre por un sueño. En la fase final de su itinerario deambuló por un escenario de montantes en abanico rotos, raíles herrumbrosos y paredes de viviendas sucias, en las que se leían palabras obscenas escritas una y otra vez en enormes letras a modo de invocación. Pero ¿a quién le importaba?

Los Liberties era la parte más vieja de la ciudad, donde ni siquiera la oscuridad ocultaba la miseria y el abandono general. Conforme caminaba por la calle Francis hacia San Malaquías, sintió el olor a levadura de la cercana cervecería Guinness, mezclado a un tufo procedente de los muelles. Comenzaba a extenderse una neblina fría desde el mar que se enseñoreaba de las calles.

Sobre su cabeza, en una casa, alguien descorrió de pronto una cortina y unos ojos invisibles le contemplaron antes de volver a correrla. Un perro ladró enfurecido a su izquierda. Portales abiertos, sucios y astrosos, con pintadas en las paredes y olor a orines en los corredores; ventanas rotas, farolas rotas, vidas rotas.

Eamonn De Faoite era párroco de San Malaquías desde Dios sabía cuándo. Durante casi sesenta años, cada mañana dejaba arriba su erudición y bajaba a la calle a enfrentarse con su pequeño mundo. Los Liberties era su cruz, le había dicho a Patrick en cierta ocasión: le habían destrozado y desollado, le tenían crucificado año tras año, en perenne pasión. Había atendido a generaciones de pobres y casi pobres, los había bautizado, casado, había celebrado misa para ellos y para sus hijos, los había escuchado en balbuciente confesión, administrándoles los últimos sacramentos y enterrándolos en ataúdes de madera barata. Pero la resurrección no llegaba.

Se aproximó cautelosamente a la casa parroquial, con los sentidos alerta ante la posibilidad de que hubiese alguien al acecho: un coche aparcado, una sombra que se moviese, un ruido. Nada. Manteniéndose pegado al muro de la casa, llegó a la puerta. Ahora ya no había nada que hacer; si alguien vigilaba, no podía impedir que le viese.

Llamó a la puerta. No había ido mucho allí a visitar a De Faoite. Generalmente se veían en el Trinity College o en la biblioteca Chester Beatty de Ballsbridge, porque el anciano cura mantenía perfectamente delimitados sus dos mundos. Quizá eso era lo que le procuraba su salud mental.

«Yo no soy un hombre bueno —le había dicho una vez a Patrick—. Me cuesta ser sacerdote. No aguanto la pobreza y detesto los delitos mezquinos y la porquería cotidiana en que la gente convierte sus vidas. Si tuviera que volver a empezar, creo que no sería capaz. Mira, si creyese en la reencarnación, como los hindúes, creo que me volvería loco. Imagínate..., ¡tener que volver a la vida! ¡Jesús bendito, Patrick!, ¿no te horripila pensarlo?»

Volvió a llamar. Tal vez eso de detestar la vocación era lo que hacía santo a un hombre. A él le sería imposible, él era de los que convierten su vida en una porquería. Tenía muchas porquerías que desahogar. La niebla se arremolinaba sobre la puerta pintada. ¿Por qué no contestaba Eamonn De Faoite? En el cuarto del primer piso que el anciano utilizaba de estudio había luz.

Tampoco contestó a la tercera llamada. Ya se disponía a marcharse, cuando advirtió que también había luz en la iglesia contigua. Abrió la verja de hierro y entró en ella. La vieja iglesia tenía un lóbrego aspecto en aquella noche oscura, siniestramente acentuado por aquel velo de neblina. Databa su construcción de 1689, y casi toda ella estaba en franca depauperación. Eamonn De Faoite había abierto una colecta para restaurarla, apelando a la generosidad de sus feligreses, pero en aquel vecindario ¿quién iba a rascarse los bolsillos para arreglar una iglesia?

Sobre la puerta de entrada una erosionada estatuía de la Virgen le contemplaba. El rostro era casi irreconocible, le faltaba la nariz, los ojos y la expresión; tenía una corona y en su regazo un niño deforme con los miembros desgastados por los elementos y la suciedad, el cual alargaba una mano sin dedos hacia un seno apenas delineado.

La puerta cedió al empujarla. Olía a cera y a incienso, mezclado a un tibio aroma a humedad. Bajo una imagen del Sagrado Corazón parpadeó una lamparilla roja por efecto de la corriente de la puerta. Entró sigilosamente, sintiéndose extraño e incómodo. ¿Desde cuándo no entraba en una iglesia?

Difusas sombras surcaban el techo. Al fondo, sobre el altar, de una cadena de cobre colgaba una lámpara que difundía una luz sepia mortecina hasta el pie de la escalinata. Junto a ésta había media docena de cirios consumidos, reducidos a cabos, a los pies de una imagen de alabastro de la Virgen.

Llamó a De Faoite, pero nadie respondía. La niebla penetró con él en la iglesia, rodando suavemente por el suelo. Patrick cerró la puerta a sus espaldas.

—Padre, ¿está ahí?

Un débil eco recorrió el techo, invisible en la oscuridad. En gesto automático, Patrick mojó los dedos en la pila de agua bendita y se persignó. La iglesia no tenía calefacción y aquella noche parecía una nevera.

Quizá hubieran llamado urgentemente al sacerdote para confesar a algún feligrés. En la pared de la izquierda había tres confesonarios; se acercó a ellos y vio que estaban vacíos.

Volvió a llamar a De Faoite, pero su voz la engulló aquel silencio húmedo y sacro. Estaba perdiendo el tiempo. Lo mejor sería buscar un teléfono y volver a probar. Se dio la vuelta dispuesto a marcharse.

En aquel momento oyó un tenue sonido que parecía proceder del final del crucero, del altar. Se le heló la sangre en las venas. Nada se movía en las sombras. Un

cirio chisporroteó, consumiéndose, en el momento en que él daba un cauteloso paso hacia el altar.

—¿Hay alguien ahí? —inquirió en voz alta.

Nadie contestaba. Notó que se le erizaba el vello del dorso de las manos y del cogote. ¿De qué tenía miedo?

Volvió a oír aquel sonido, esta vez algo más fuerte. Era como un gemido, apenas humano. Quizá fuese un animal: un perro o un gato herido.

Avanzó en sombras por la nave. Sobre el sagrario parpadeó una llama rojiza y Patrick entornó los ojos para escrutar mejor.

Sí: había algo en el altar. Algo vivo. Sintió que la respiración se le entrecortaba.

—Eamonn —musitó—, ¿es usted?

El cuerpo del altar se movió. Patrick subió la escalinata en medio del sofocante olor a incienso. La atmósfera le resultaba empalagosa, de una santidad dulzona. Conforme se aproximaba vio que el paño del altar estaba manchado. Zumo o vino: un churrete húmedo rojo. Le asaltaron deprimentes recuerdos de su infancia: el horror al cáliz de sangre, a la carne ofrecida como pan, el horror al Cristo del altar sangrando por las siete llagas. Lo que había sobre el altar era un hombre.

Debían de haberle atado para arrastrarle hasta allí. Lo que le habían hecho, de estar suelto, no se lo habrían podido hacer, porque se habría resistido a pesar de su edad. No parecía advertir la presencia de Patrick, sólo parecía presa del dolor. Pero lo horroroso es que estaba consciente.

Los dedos de Patrick palparon las ataduras y notó que la bilis le subía a la garganta y le quemaba. Debían de haberle sacado los ojos porque tenía las órbitas ensangrentadas, como charcos en las rocas al bajar la marea. Como el estanque de sangre de un templo egipcio abandonado.

—Eamonn —dijo—, soy yo, Patrick. ¿Me oye?

El anciano sacerdote volvió a lanzar un gemido, pero no dio ningún otro signo de haberle reconocido. Las cuerdas estaban muy prietas y se hundían en la carne flácida como los hilos con los que una araña inmoviliza a su presa. Ahora eran ya innecesarias: al anciano no le quedaban fuerzas.

—¿Quién le ha hecho esto, Eamonn? ¿Por qué? ¿Por qué?

—Pas...cua... ju...día...

—No entiendo.

—Pron...pronto... Pas...cua judía... pronto. Busca a Balzarín... Le di... pa... peles... Él sabe... Pregun...ta a Bal...zarín...

La mano de De Faoite soltó la muñeca de Patrick y su cuerpo se desmoronó. A los pies de la Virgen se consumió otro cirio.

Capítulo 8

LAS pisadas eran tenues, pero el silencio las amplificaba. Patrick se volvió rápidamente. Una oscuridad engañosa. ¿Sería un ruido del techo? ¿Ratones? ¿Murciélagos?

—Alsalam alaykum, Patrick. Tú, tan lejos de casa...

Aquella voz pausada sonaba exageradamente fuerte en aquel vacío silencioso; procedía de un grupo de sombras de la nave central. Patrick retrocedió un paso, casi tropezando con el rodapié del altar.

—¿Qué sucede? ¿Estás nervioso? Tú nunca lo estuviste, amigo.

La voz le resultaba tan familiar... Familiar y extraña, como si la hubiesen tomado prestada. Le había saludado en árabe, pero no era un árabe.

—¿Eres tú, Alex?

—¿Y a quién esperabas? ¿A Jesucristo? ¿El famoso judío que abandonó a la clase trabajadora por... —una figura se destacó de las sombras y apareció en un claro de luz mortecina. Gesticulaba levemente con la mano enguantada— esto?

¿A qué se referiría, pensó Patrick, a la madera, a la escayola, a los cirios baratos, al silencio?

—¿Qué haces aquí, Alex? —la voz de Patrick era seca y desapacible.

El recién llegado alargó una mano, pero Patrick permaneció inmóvil. Alexandr Chekulayev había sido jefe de destacamento del KGB en Beirut durante la última fase del servicio que Patrick había prestado allí. Anteriormente se conocían de varias ocasiones: dos en El Cairo, con frecuencia en Bagdad y una en Najm alSharq, un sucio café de Damasco en el que Patrick había contraído una intoxicación alimentaria. Su estómago recordaba a aquel ruso bajito y rechoncho con el mismo hálito que si fuese estiércol. De acuerdo con los vientos políticos, habían sido adversarios, enemigos, amigos, cómplices y a veces todo a la vez. Alex, en cierta ocasión, había intentado eliminarle. No hay neutralidad que valga.

—¿Qué sucede, Alex? ¿Qué quieres?

No estaba preparado para encontrárselo allí; sus pensamientos seguían en aquel altar, con Eamonn.

—A punto estaba de preguntarte lo mismo.

Chekulayev dio un paso cauteloso al frente. Ahora Patrick le veía mejor. Le pareció más encanecido de lo que le recordaba. Bajo su palidez natural, el ruso tenía la piel como cubierta de polvillo gris y los ojos con profundas arrugas oscuras, como las finas grietas de un cuenco de raku. Patrick se preguntó si aquellas canas eran el precio o la recompensa a una vida de cavilaciones, mentiras e insinuaciones.

La glasnost había llegado hasta los confines de Chekulayev para retroceder, tal

vez más apenada que asustada. Él era demasiado viejo para cambiar y demasiado joven para saber hacerlo. El sistema podía ablandarse, pero él no tenía prisa. En definitiva, él también —se dijo Patrick— acabaría tan canoso como el ruso. En cierto modo, era el sistema.

Chekulayev señaló con la cabeza en dirección al altar.

—¿Me dejas verlo?

Patrick no contestó. Cuando menos no había motivo para pensar que Chekulayev fuese el culpable de aquello.

—Pierde cuidado, Patrick; vengo solo —dijo aproximándose despacio, como alguien que se acerca doliente a un féretro a ver al difunto.

Patrick se hizo a un lado para dejarle paso. El ruso subió al altar y se quedó inmóvil cuestión de un minuto, asintiendo con la cabeza como si rezara. Cuando se volvió, tenía el ceño fruncido.

—No es nada agradable de ver. ¿Le conocías?

—Sí, era el párroco de aquí y amigo mío. —Patrick seguía aún medio paralizado, incapaz de asumir el horror de la muerte de Eamonn.

—¡Ah, claro, el cura! —repitió Chekulayev, dándose la vuelta cual si de pronto hubiese advertido que se hallaba en una iglesia—. Esas letras de la pared son hebreo y griego; lo entiendes, naturalmente.

—Sí, palabra por palabra. Pero no sé por qué las han escrito ni quién lo ha hecho. En lo alto, los ratones correteaban en la oscuridad. ¿No serían murciélagos?

—Okó za okó, zub za zub.

Patrick no salía de su estupor.

—«Ojo por ojo, diente por diente». Alguna venganza. Una venganza espiritual... por medios muy terrenales. ¿Qué mandamiento había transgredido tu amigo el cura, Patrick?

—Yo diría que casi todos. O ninguno. ¿Qué más da?

—A mí me da igual. Pero quizá había alguien a quien sí le importaba. ¿Qué asunto es éste, Patrick?

Se quedó mirando al ruso como en actitud desafiante.

—Vamos, Alex..., ¿no irás a decirme que no sabías lo que ibas a encontrarte aquí, que no sabías que yo estaba en Irlanda?... Supongo que estarás en Dublín simplemente de vacaciones y te dejaste caer cuando dabas un paseo matinal por las iglesias menos visitadas.

Chekulayev no respondió. Sólo le faltaba una cámara fotográfica colgada de su grueso cuello para pasar por el arquetipo de cierta clase de turistas. Su abrigo color cervato y su bufanda borgoña estaban bien planchados y en sus zapatos brillaban las luces de los cirios. Podía habersele tomado por un hombre de negocios de vacaciones que entra en un recinto sagrado para salud de su alma. Pero Alex Chekulayev no tenía

alma.

—Vamos a sentarnos, Patrick. Aquí arriba me siento desamparado, como un actor en escena. Todos esos bancos vacíos, esas sombras densas tras las columnas..., me ponen nervioso. Vamos a sentarnos.

Patrick se estremeció y apartó la vista. Se acordaba..., ¿cuántos años haría?, de una obra de Eliot, Asesinato en la catedral. ¿Dónde había sido? ¿En San Patricio? ¿En Christchurch? No lo recordaba, pero no se le habían borrado las imágenes finales: Becket junto al altar lleno de heridas y los caballeros templarios con las espadas ensangrentadas y el coro femenino de Canterbury cantando en las sombras.

«Sucia está la tierra, el agua contaminada, manchados de sangre nuestros animales y nosotros. Una lluvia sangrienta me ha cegado».

Una lluvia sangrienta. Ojo por ojo. Y ahora Alex Chekulayev aparecía de pronto como un fantasma para turbar su presente. O como un caballero con espada ensangrentada que da un paso al frente para obsequiar al público con explicaciones racionales sobre un acto sanguinario.

Caminaron juntos hacia la puerta y se sentaron en el último banco, como penitentes que esperan su turno para confesarse, envueltos en sombras.

—Si tuviera fe me haría musulmán —dijo Chekulayev—. Las iglesias son lugares muy siniestros, ¿no crees? A mí me dan miedo. Mientras que las mezquitas están bien: no hay imágenes, tumbas, ni muertos clavados en cruces. Vuestra religión es morbosa, ¿no te parece?

Patrick pensaba en Eamonn. Él nunca había sido morboso. Ahora se daba cuenta de que siempre había querido a aquel anciano, a pesar de haberle visto tan poco todos aquellos años.

—Ibas a decirme cómo habías venido a parar aquí.

Chekulayev metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos, que ofreció a Patrick.

—No, gracias.

El ruso se encogió de hombros y cogió un pitillo antes de volver a guardárselo. Lo introdujo en una boquilla de ébano ribeteado de marfil y lo encendió con un mechero, protegiendo la llama con sus gruesas manos. Por un instante se vio su rostro iluminado, cual un icono en la oscuridad, gastado, gris y ralo. Su cara había madurado, pensó Patrick. O, quizá, simplemente envejecido.

—Es ruso —dijo Chekulayev refiriéndose al cigarrillo—. A mi edad te aferras a las costumbres, y los míos son suspicaces con los agentes a quienes les gustan las comodidades occidentales. Igual que los vuestros desconfían de alguien con inclinaciones izquierdistas. Nunca preguntamos lo que un hombre piensa..., eso es demasiado abstracto. Lo que constituye un peligro es lo que desea —añadió, expulsando una leve columna de humo.

Patrick se preguntaba si existiría aún una palabra en ruso que significara «sacrilegio».

—Hace unas semanas —comenzó a decir Chekulayev— llegué a Dublín desde Egipto. Seguía unos rumores, una pista que había detectado en Alejandría. Quizá tú también hayas oído esos rumores. Voluntariamente, dime sí o no; tú verás.

»Bien, esta tarde seguí a un hombre hasta el borde del mar. Iba en un pequeño Citroën y conducía con mucho cuidado, algo lento y difícil de seguir. Aparcó el coche en un paseo junto al mar y, al cabo de un rato, se apeó y anduvo un rato de arriba abajo; luego se dispuso a esperar. Yo hice lo propio. Tú lo sabes, Patrick, en nuestra profesión esperar es muy importante.

»Pero nuestro amigo no era muy listo y se dejó ver. Y alguien le atacó —concluyó el ruso llevándose el cigarrillo a los labios e inhalando despacio sin mirar a Patrick—. Creo que tú sabes lo que sucedió después —prosiguió—. Cuando saliste la segunda vez yo te seguí. Ésta es la historia, Patrick. Tú me has traído hasta aquí.

Patrick notaba bajo su muslos el banco frío y duro. Le recordaba las largas misas sentado de su infancia, el olor húmedo del confesonario, el pecado, la contrición y las lágrimas. Y el terrible aburrimiento de la vida.

—¿Por qué apareces, Alex? ¿No decías que no ibas a seguirme más? ¿Querías ver a dónde te conducía?

—Pensé que ya era hora de que hablásemos. Hora de intercambiar ideas. Podemos ayudarnos mutuamente, ¿no crees?

Patrick no contestó. Tras las filas borrosas de los bancos vacíos columbraba aún la figura exánime de Eamonn De Faoite, inexplicablemente asesinado. En la quietud de la primera hora de la mañana, la pequeña iglesia se poblaba de fantasmas: hombres a los que había matado o contribuido a que muriesen; hombres a quienes había traicionado, sobornado, vendido. Todos muertos o como si lo estuvieran, todos muertos sin confesión, impenitentes. Hasan Abi Shaqra retornaba pidiendo clemencia, con su sangre esparcida por el polvo cual brillantes fragmentos de vidrio rojo y con ojos despavoridos.

—Yo ya no estoy en la Agencia, Alex. Es cierto, me creas o no. No sé nada de esos rumores ni he visto nunca al hombre a quien seguiste anoche. No te miento.

En lo alto, unas patitas rascaban la madera. Hacía años que una persona había tenido allí una visión: una estatua moviéndose entre sangre, o quizá fuese la propia Virgen, blanca con velo azul... Patrick no lo recordaba bien. De todos modos, ¿qué más daba? Nada había cambiado. Y lo que sí había era un sacerdote muerto en el altar con el corazón cargado de pecados.

—¡Por favor, Patrick, dime lo que sepas! No somos niños y no creo en la casualidad.

—Te lo he dicho. Estoy retirado. Si no me crees, haz que lo comprueben. Una

simple llamada telefónica...

Chekulayev se quitó el cigarrillo de la boca sin afectación ni particular cuidado.

—Siempre fuiste demasiado ingenuo, Patrick. Y eso es un grave defecto en un agente. Quizá creyeras que yo era tu amigo. Algunos de nosotros tenemos la presunción de que en el fondo somos hermanos, aliados por encima de las ideologías. En Beirut era fácil pensar eso porque nos odiaban por igual; nos tomaban rehenes, nos mataban; éramos todos infieles, condenados. Y nos engañábamos por esa camaradería, pensando que el enemigo de mi enemigo es mi amigo. Una tontería, porque la gente como nosotros no tiene amigos, Patrick. No podemos permitirnoslo. Para mí sería un lujo inconcebible, más pernicioso que los cigarrillos americanos o el perfume francés. La amistad huele a decadencia y se pega a la piel más que la fragancia de rosas. Me lo olerían y me arrancarían la piel, me desollarían para exorcizarme. Así que, por favor, no me pidas que te crea. Al contrario: dime la verdad. Háblame de la Pascua judía.

Patrick dio un respingo. Así que era eso lo que quería decir De Faoite... ¿Qué significaría? No contestó. ¡Vaya juego! Estaban metidos en una adivinanza. «Dime lo que sepas. Dime la verdad». Igual que niños jugando a acertijos, imitándose y burlándose uno de otro con gestos grotescos. Pero, a diferencia de niños, lo que ellos perseguían era la confusión, el engaño, la perversión recíproca. En aquel mundo suyo, las verdades devenían falsedades y las falsedades verdad, hasta que llegaba una única mentira aplastante.

Como un creyente arrobado por la visión de la sangre de Cristo en forma de vino en un cáliz, miró hacia el altar sin decir palabra. Chekulayev hizo un leve gesto con el cigarrillo, un ademán de rojo trazo que destelló en la oscuridad. Se oyó un paso en las sombras a sus espaldas y un objeto duro y frío presionó a Patrick en la nuca, al tiempo que escuchaba el inconfundible clic del seguro de una pistola.

—Creo que será mejor que vengas con nosotros —susurró Chekulayev, como en tardío reconocimiento de que se hallaba en un lugar sagrado.

Capítulo 9

LA casa tenía todo el aspecto de los pisos francos en que él había estado o vivido: un poco destartada, algo húmeda y triste. Le condujeron con los ojos vendados una vez que el coche estuvo a buen recaudo en el garaje. Una puerta verde claro daba entrada a la vivienda. Chekulayev tomó la delantera sin decir palabra. Alfombras baratas con dibujo lila, paredes de empapelado agobiante, molduras con manchas de humedad: un refugio barato para los amorales. Los pisos franco son como andenes de ferrocarril; no lugares, sino momentos en el tiempo.

Aún no había habido tiempo de que sintiera miedo. Sabía que eso vendría más adelante. Normalmente, Chekulayev no se habría atrevido a capturarlo y llevarle allí, porque existían reglas sobrentendidas, y capturar a un agente adversario en terreno neutral era una de las más estrictas. Al ruso debía de preocuparle algo. Algo gordo.

Subieron por una sombría escalera de madera hasta el último piso, el tercero. Chekulayev abrió una puerta y pasó delante de Patrick a un cuartito escasamente amueblado. Un par de sillones tapizados en dralón de un verde triste, una mesita de centro con las manchas circulares de horas de aburrimiento sin paliativos, una estampa con un paisaje que podía representar una vista tanto de los Urales como de las montañas de Wicklow.

En la pared contraria a la puerta, una pequeña lámpara en un aplique de cobre. Chekulayev tiró de él y se abrió otra puerta en la pared. El ruso se apartó para dejarle paso.

—Pasa, pasa —dijo.

Patrick cruzó el umbral. Era un cuarto aún más pequeño con paredes insonorizadas, como un estudio radiofónico. Había una mesa metálica atornillada al suelo y dos incómodas sillas de madera. Del centro justo del techo colgaba una potente bombilla protegida por una fuerte rejilla de alambre. Alfombra no había. En un rincón vio un sanitario con burda tapa de madera. Un enorme espejo cubría toda una pared. Nada de utensilios para lavarse o afeitarse. Apenas tuvo tiempo al volverse de ver cómo cerraban de golpe la puerta.

Chekulayev alternaba los interrogatorios con una mujer. Su nombre completo era Natalia Pavlovna Nikitina, y Patrick advirtió que Chekulayev, cuando se dirigía a ella, nunca omitía el patronímico. Calculó que debía de tener unos cuarenta años y el rango de mayor, como mínimo, dentro del KGB. Ella y Chekulayev se turnaron durante los días y noches que siguieron, sin concederle apenas respiro.

Patrick imaginaba que Natalia Pavlovna tendría coartada como primera secretaria o subagregada en la embajada de Orwell Road. Era una mujer delgada, paciente y proclive a largos silencios. Llevaba siempre su pelo negro y largo recogido en un

moño que sujetaba con horquillas; vestía con sencillez y siempre de negro, como si llevase luto perpetuo. Su largo cuello blanco fulgía cual alabastro.

Al principio la creyó anoréxica, pero luego salió de su error: Natalia Pavlovna era una asceta. Sus miembros pálidos, sus escasos senos, el cuello alabastrino, recordaban el físico de una bailarina. Pero aquella mujer se dedicaba a otro tipo de danza al ritmo de una música distinta. Mientras que a Chekulayev le repugnaba el látigo que abre la piel y desolla el cuerpo, ella disfrutaba con las laceraciones; así como él era sensual y utilizaba la privación como amenaza, ella prefería la parquedad y trataba los rigores del interrogatorio como una disciplina de la que finalmente surgiría la verdad pura y simple.

Patrick no sabía cuánto tiempo había transcurrido. El cuarto no tenía entrada de luz natural y nunca apagaban aquella potente bombilla cenital. Despertaba de un sueño intranquilo y desesperado y se encontraba con Natalia Pavlovna o con Chekulayev de pie a su lado, dispuestos a reanudar la sesión.

Las peores eran las que dirigía la mujer. Natalia Pavlovna había hecho su aprendizaje en la galería de mujeres de la cárcel Kresty de Leningrado, antes de que la transformaran en sección psiquiátrica; allí le habían enseñado las pautas del dolor y las cadencias de la desesperación. Era diestra en la técnica de dejar la piel intacta y la mente deshecha; hablaba el idioma de la delación en cualquier dialecto, pero su lenguaje preferido era el sufrimiento: lo conocía por propia experiencia y se lo enseñaba a los demás con toda naturalidad.

De Kresty la habían trasladado a la cárcel Lefortovo de Moscú, donde había trabajado con disidentes como Solzhenitsin y Bukovski. Le había hablado largo y tendido sobre sus experiencias en aquel centro, del que, primordialmente, recordaba las enormes redes con que las autoridades habían cubierto los huecos de escalera para impedir el suicidio de reclusos.

—Piensa en mí como si fuera una red —le decía—, dispuesta para tu bien, para impedir que caigas. No hay de qué tener miedo.

Aquel cuarto se convirtió en una pesadilla. Suelo, paredes y techo se fundían en un espacio amorfo sin dimensión. La luz jamás disminuía ni fluctuaba, y, nada más encerrarle, un ordenanza se había llevado su ropa, entregándole un largo blusón blanco. No llegaban ruidos del exterior y sabía que, aunque gritase, nadie le oiría.

Desde el principio sabía con certeza que el espejo era un vidrio por el que le vigilaban constantemente desde el otro lado. Permanecía sentado horas seguidas frente a él, como un animal enjaulado, mirando a sus carceleros. Otras veces les daba la espalda y contemplaba la pared contraria.

Le dejaban la comida en un cuenco mientras dormía. Lo justo para mitigar los zarpazos del hambre, pero no lo bastante para satisfacer su apetito. Nunca variaba: arroz blanco, unas judías y café solo. Retiraban el cuenco vacío mientras dormía, lo

que no era frecuente porque el café le mantenía mucho rato en vela. Su sueño era un puro sobresalto y se despertaba por nada. No tardó en caer en estado de desorientación; sufrió estreñimiento y después fuertes diarreas que le clavaban horas seguidas en la taza. Se despertaba en medio de pesadillas, temblando y con vértigo.

A veces le dejaban dormir diez o quince minutos para despertarle inmediatamente aporreando la puerta. Y así durante horas: en cuanto pegaba ojo, volvían a golpear la puerta hasta que se crispaba y enfurecía. A la novena o décima vez, estaba tan rendido y trastornado, que comenzaba a llorar de desesperación. Luego sentía vergüenza de sus lágrimas y se prometía no dar muestras de debilidad ante sus torturadores. Pero las lágrimas brotaban sin querer.

Soñaba constantemente con De Faoite, con aquel altar ensangrentado en que el sacerdote yacía exánime como un animal torturado: se erguía y abría sus labios agrietados, musitando interminablemente una palabra: «Pascua, Pascua». Mientras duraba la pesadilla no dejaban de caer copos de yeso de la alta bóveda, blancos y relucientes como la nieve, esparciéndose por la iglesia ensangrentada, blanqueando suelo y paredes, blanqueando todo lo corrupto.

—Hábleme, Patrick —decía Natalia Pavlovna en un susurro, como las monjas que había conocido cuando de niño oraba a Dios a solas—. Hábleme de usted. Hábleme de su pasado. Tenemos tiempo de sobra, todo el tiempo que queramos.

Pero él notaba en su voz algo conminatorio, un no sé qué acuciante encubierto por el aire de paciencia con que acometía su tarea. Nunca hablaba de las cosas directamente, nunca le preguntaba cosas importantes. Era siempre una inquisición indirecta, pero Patrick sabía que iba aviesamente dirigida a un objetivo concreto.

Al principio él no respondía a tales insinuaciones; mantenía un tenaz silencio, como ligado por un juramento. Eso fue el noviciado. Pero conforme pasó el tiempo y perdió la noción de noche y día, presente y pasado, sueño y realidad, comenzó a desear cada vez más las visitas de Natalia Pavlovna. Al final, sólo sentía gratitud por su presencia y un irrefrenable deseo de complacerla.

Había veces en que despertaba de un sueño enrevesado o de una pesadilla y se hallaba en un estado sobrenatural de agudeza mental, y en tales momentos se daba cuenta de que su agradecimiento no era más que la consecuencia de la coacción que ejercía Natalia Pavlovna. Pero no podía desembarazarse totalmente de aquella sumisión. La falta de sueño y las repetidas dosis de cafeína le desequilibraban. Sus reservas estaban mermadas y su resistencia respondía cada vez menos a su voluntad. Había momentos en los que creía amarla por su voz suave, tranquilizante, por sus ojos negros inquisitivos.

No era amor, por supuesto, sino miedo mezclado a gratitud. Y, sin embargo, en ocasiones sentía una corriente de sensualidad entre los dos. Hasta las monjas en sus duros catres despiertan estremecidas de deseo. Muchas veces, cuando ella entraba, le

producía un amago de erección. Su sutileza era como un dedo que le acariciase la piel, acumulando cada vez más intimidad entre los dos. Sus preguntas eran como las manos de una amante que le fueran desnudando. Se despertaba sudoroso, soñando en traicionar. Pero ¿a quién le quedaba por traicionar?

En varias ocasiones ella le preguntó por sus pecados, grandes y pequeños, antiguos y recientes. Era el método para ahondar en su alma, de su alma al corazón y luego a su mente, donde conservaba todos los recuerdos de nombres, fechas y lugares. A Natalia Pavlovna le importaba un bledo la teología: para ella los pecados eran nada; a lo sumo, llaves con las que abrir la puerta de la mente de Patrick.

—Considéreme un sacerdote —musitaba—, un padre confesor. ¿Cuánto hace que no se confiesa?

Y Patrick —que, efectivamente, no se había acercado a un confesonario en muchos años y que sentía remordimientos de conciencia y las terroríficas pisadas de inquietos fantasmas— se desahogaba alegremente sin sentir culpabilidad.

Natalia Pavlovna nunca se apresuraba, jamás ejercía excesiva presión, aunque cada vez era más evidente que trabajaba contra reloj. De los pecados religiosos pasaron a los pecados civiles; de la moral al pragmatismo y al absolutismo del Estado.

Las sesiones con Chekulayev eran más realistas. A diferencia de ella, a Alex no le interesaba el estado del alma de Patrick. Después de una sesión con Natalia, a Patrick le resultaba casi un alivio enfrentarse a la crudeza de Chekulayev.

Él sabía los nombres de los principales agentes de Patrick en Egipto y el Líbano, de la mayor parte de sus contactos en la OLP y el Hezbollah, y de varios de los agentes influyentes en Siria. Conocía datos sobre los pisos francos de la CÍA en El Cairo y en Port Said; era capaz de recitar de memoria detalles de varios casos importantes en los que había intervenido Patrick, incluidos algunos que habían salido mal por la innecesaria pérdida de vidas. Sabía lo de Hasan Abi Shaqra.

Lo que él buscaba, naturalmente, eran lagunas. Las cosas que sabía no eran nada en comparación con las que ignoraba. Pero Patrick sabía cuándo debía hablar y cuándo guardar silencio.

—Háblame de Shifrin —Chekulayev volvía una y otra vez al antiguo protector de Patrick, su jefe en El Cairo—. ¿Cuándo te habló de la Pascua judía? ¿Qué sabe él de la cofradía?

Patrick no contestaba por la sencilla razón de que no sabía nada.

Sin embargo, Natalia Pavlovna tenía la habilidad de enturbiar la diferencia entre lo que sabía y lo que no sabía.

Siempre que hablaban, Patrick notaba que su resistencia cedía. Había hablado y quería hablar más. Ansiaba confiarse a ella. Las paredes blancas le oprimían como planchas de una prensa hidráulica: se imaginaba que iban cerrándose. Pero era

incapaz de medir la distancia.

—Hábleme de la Pascua judía —dijo Natalia Pavlovna, volviendo con mayor frecuencia al tema. Incluso parecía nerviosa, con sus manos delgadas sobre el regazo, cual cangrejos blancos sin caparazón—. ¿Qué sabe de Migliau? ¿Está aquí en Irlanda? ¿Qué ha oído usted? ¿Han fijado una fecha?

No le quedaba otro remedio que fingir absoluta ignorancia a todas aquellas preguntas. Le dolía la cabeza y ansiaba hallarse a oscuras. Hasta cuando cerraba los ojos, la fuerte luz penetraba en su cerebro como una cuchilla.

—Se lo he dicho: lo único que sé de la «Pascua» es que De Faoite la mencionó antes de expirar.

—Y usted lo murmura en sueños. Le he oído muchas veces.

Confesar que le escuchaba subrepticamente en sus ratos de descanso no parecía turbar a Natalia Pavlovna. Sabía que él lo asumía y lo esperaba. El sueño no era sacrosanto; ahora eran como marido y mujer y entre ellos no cabían secretos.

Se despertó tres o cuatro veces y encontró que no había nadie. La quinta vez dio por seguro que algo sucedía. Se moría de hambre. ¿Por qué no venía nadie? Gritó y aporreó las paredes sin resultado. Agotado, volvió a dormirse. Cuando despertó, todo seguía igual.

Volvió a gritar: «¡Me oís, hijos de puta; seguro que me oís!»

—¿Dónde estás, Chekulayev? ¡Natalia!, ¿dónde está? ¿Por qué no contestan?

Nadie respondía a sus lamentos. El terror le hizo un nudo en el estómago.

Se acurrucó junto a la pared, desorientado. Así que habían cambiado de táctica; le dejaban aislado, privado de todo contacto humano para que muriese de hambre. Se sentía desamparado y asustado. ¿Cuánto podría aguantar? Había confesado todo, al menos lo que Natalia Pavlovna deseaba oír. ¿Bastarían las mentiras?

Ideó maneras de pasar el tiempo, juegos mentales que contuvieran su creciente desesperación. Pensó primero en recitar el padrenuestro al revés, en inglés, luego en latín, como lo había aprendido de niño. Después compuso en árabe enrevesados poemas sin sentido en los que cada palabra empezaba por la misma letra y cada línea acababa con igual rima. Y, también, mentalmente, escribió cartas a todos sus conocidos. Pero no venía nadie.

Durante largo rato estuvo de pie, desvalido, ante el espejo. Se estuvo observando con curiosidad, como si contemplara a un mono enjaulado: aquel rostro sin afeitar con ojos enrojecidos. Quizá fuese lo único que quedaba: él y su imagen reflejada. Se preguntó si, en caso de desaparecer, permanecería aquel reflejo como una herida al retirar el cuchillo. Asestó un golpe al espejo y se lastimó los nudillos.

—¡Chekulayev, cabrón! ¡Déjate de juegos! ¡Ven aquí, que quiero hablar contigo!

Su voz sonaba quebrada y hueca, rebotaba contra las gruesas paredes y caía al

suelo. Por primera vez le atenazaba una horrible claustrofobia. Le estrangulaba y le obligaba a arrodillarse; le agobiaba hacia dentro. Comenzó a sollozar. Las lágrimas resbalaban por sus mugrientas mejillas, empapándole la barba.

Pasó el tiempo, recobró la calma y volvió a llamar. Pero no acudía nadie. No se oía ruido. Era como si le hubiesen enterrado vivo. Desechó aquella idea. «Sigues en la celda de interrogatorio. Están ahí fuera mirándote: resiste».

Utilizó el retrete y se limpió con un trozo del blusón porque ya no quedaba papel.

Su miedo crecía aún más: había perdido la noción del tiempo y del espacio. Si no salía pronto, aquella estrecha habitación sería su tumba. Se echó de espaldas en el suelo, temblando. Seguro que ahora Chekulayev juzgaría que ya era bastante. No había necesidad de proseguir aquella farsa, pues estaba destrozado. Confesaría. Natalia Pavlovna lo comprendería; no se refocilaría ni le regañaría: sería un alivio acabar con aquella tortura. Pero no vino nadie.

No estaba muy seguro la primera vez que dio en pensar que sucedía algo raro. Él mismo había realizado interrogatorios y sabía hasta dónde se podía llegar. El aislamiento era un medio eficaz, capaz de quebrar los espíritus más enteros, pero tenía sus límites. Se corría el riesgo de que alguien estallase durante días e incluso semanas, pero sus carceleros no tenían tiempo para eso; estaba seguro. Ellos querían respuestas inmediatas. Algo pasaba.

Cogió una silla y se quedó con ella en la mano un largo rato ante el espejo. Su intención estaba clara, pero no acudía nadie. Apartando la vista, levantó la silla agarrada por el respaldo y con un amplio impulso la estrelló contra el vidrio, que se deshizo en fragmentos. Una esquirla le saltó a la mejilla. Dejó caer la silla y vio que el cuarto contiguo estaba vacío.

Capítulo 10

CON cuidado para no cortarse entró en el cuartito. A la derecha había una consola de grabación con dos magnetófonos, uno para grabar y otro para reproducir. Estaba encendida como si alguien la hubiese dejado así hacía poco; había también un cuaderno con anotaciones en caracteres cirílicos y un bolígrafo sin capuchón. En el panel de controles digitales centelleaban unas mágicas luces verdes y rojas sobre el bruñido metal; una de las cintas magnetofónicas daba vueltas como una rueda de circo con el extremo suelto golpeando contra los controles. Encima del mueble había quedado una taza de café sin acabar. La cogió y vio que estaba helada, de días.

Al volver a dejarla, su mano rozó la consola y oyó ruido de respiración y una voz cercana que susurraba: «¿Cuándo va a entenderlo? ¿Cuándo me creerá? Yo no sé nada. No puedo decirle más que lo que sé».

Era su propia voz. Se estremeció y cerró la tecla que había tocado sin querer. Volvió a reinar el silencio.

Aguardó, tenso, tras la puerta, esperando la entrada de alguien, esgrimiendo la taza a guisa de arma. En el suelo había caído café y un charco informe marrón empapaba la alfombra. En la consola había un reloj eléctrico que marcaba las diez menos veinte. ¿De la mañana o de la noche? No podía saberlo. Dejó que transcurrieran cinco minutos y nadie apareció.

La puerta comunicaba con la reducida antesala por la que había entrado al llegar. Igual que la celda de interrogatorio, la cabina de control estaba disimulada detrás de la pared empapelada. Cerró la puerta al salir y fue como si no hubiesen existido celda y cabina. Ahora estaba en un cuarto normal, respirando aire normal. Sólo le quedaba aquel blusón de algodón blanco como recuerdo del tormento.

Se detuvo en la escalera sin saber qué hacer. Su instinto le aconsejaba bajar sin más; con suerte, quizá alcanzase la puerta principal y podría salir a la calle antes de que apareciera alguien. Pero un instinto más profundo le decía que no iba a venir nadie. Marcharse sin saber por qué podría ser peligroso. Si su instinto le engañaba, al menos contaba con el factor sorpresa.

En un trastero del tercer piso encontró un martillo de mango largo, que le pareció una arma letal y le infundió confianza. Los otros cuartos —todos dormitorios— estaban vacíos. Con un vistazo por una ventana con cortina comprobó que eran las diez de la noche. Afuera, las calles interminables le miraban con sorna, mojadas bajo la lluvia. No había escape de incendios.

Siguió por la escalera hasta el segundo piso con cuidado de andar despacio, venciendo el acuciante deseo de echar a correr hasta la calle. Oyó un sonido parecido a música, amortiguado, casi etéreo. Era música, pero música rara.

Permaneció indeciso a la escucha. Ahora comprendía lo que era: una aguja de gramófono pasando incesantemente sobre los mismos surcos.

El sonido procedía de un cuarto a la izquierda. Abrió la puerta y vio que también allí se habían dejado la luz encendida: una mesita de centro con revistas en inglés, dos butacas y un vaso vacío en el suelo. En un rincón, un tocadiscos barato desgranaba su monótona frase. Se acercó a levantar el brazo. La cubierta del disco estaba en una estantería próxima: grabación de Elmer Bernstein de la *Mise Eire* de Sean O'Riada, interpretada por la orquesta de conciertos de RTE. Alguien había querido ambientarse.

La siguiente puerta correspondía a un cuarto de baño. Acero inoxidable y porcelana sucia, una taza como la de la celda y una navaja de afeitar en una repisa. Cerró la puerta.

En la habitación siguiente había seis personas. Cinco hombres y una mujer, Natalia Pavlovna. Estaban sentados en fila frente a él, con los ojos fijos en la puerta. Ninguno habló ni le invitó a pasar. Permaneció en el umbral un buen rato sosteniendo la mirada. ¡Qué posturas más extrañas y qué expresiones más atormentadas! Ninguno movió un músculo. Patrick cerró la puerta a sus espaldas.

El que los había atado lo había hecho a conciencia: ni demasiado fuerte ni demasiado flojo. El punto exacto. Una vez bien atados en las sillas, el resto habría sido fácil. Probablemente las bolsas y el cordel de plástico lo habrían comprado en Quinnsworth's. Más de una libra no les habría costado.

Tras el plástico se transparentaban los rostros lívidos como la cera. El cuello alabastrino de Natalia Pavlovna estaba arrugado e hinchado; en la mejilla izquierda tenía una mancha azulada y cárdena. A Chekulayev le asomaba por la boca una lengua como un tapón de goma, negra y horrenda.

Les habían afeitado la cabeza y el suelo estaba lleno de pelo esparcido, como burda imitación de una barbería. Patrick se aproximó a los cadáveres y vio que a todos les habían marcado el cuero cabelludo a bolígrafo con tres cifras: «666».

Alzó la vista y advirtió que detrás, en la pared, habían escrito también a bolígrafo algo en griego:

Ti ouoioc; Tio Supico; xai xi<; owaxcu rcoteuTiaai nex auxoo?

Sabía lo que era. Un párrafo del Apocalipsis: «¿Quién irá al encuentro de la bestia? ¿Quién es capaz de hacerle la guerra?»

Miró las cabezas rapadas y recordó otro versículo del mismo capítulo: «Aquel que tenga conocimiento para contar el número de la bestia...; porque es el número del hombre, y ese número es seiscientos sesenta y seis».

«666»: el número de la Bestia.

Patrick rogó al cielo que nadie supiese que él andaba detrás de aquello.

Capítulo 11

CAMINABAN por el parque de St. Stephen, un poco como enamorados y un tanto como extraños. Rostros esculpidos los miraban por doquier: Mangan y Markievicz, Emmet, Tone y Kettle; poetas y paladines de la libertad convertidos en adornos urbanos. El sol era exiguo, insuficiente para despejar las nubes, pero lo bastante para infundir una pizca de ánimo en el espíritu. Buskers les había interpretado en lo alto de Graffon Street Raibh Tú ag an gCarraig, con las tenues gaitas de fino silbido edulcorado y henchido de dolida melancolía. Luego habían almorzado en el Shelbourne, para a continuación cruzar la calle y entrar en el parque.

Allí todo parecía normal: los niños jugando o dando de comer a los patos en el pequeño lago, los enamorados besándose en los bancos y los ancianos de abrigo gastados apelotonándose junto al quiosco de la música como a la espera de que volviera a sonar la orquesta. Aún no era primavera, pero ya flotaba en el aire una promesa de cambio. En Graffon Street, el viejo lord Mustard bailaba ritmos de jazz con un sombrero absurdo.

Ella le cogía a veces de la mano y otras cruzaba los brazos y caminaba delante de él, como impaciente por hallarse en otro lugar. Vestía un abrigo largo de pieles de Zwirn con zapatos Pancaldi, y por primera vez a él le pareció fuera de lugar. Lucía aquellas prendas como medio para distanciarse de la miseria de su trabajo, de los actos degradantes que realizaba a diario en nombre de la razón. Él interpretaba aquellas ropas más bien como símbolos o garantías de lealtad: a Ruth Ehlers no se la sobornaba. Al menos, no con dinero.

—Patrick, quiero que te vayas —dijo ella. Junto a ellos, una fuente de juncos verdes y dorados lanzaba un alto surtidor hacia el cielo de febrero—. Te lo digo en serio; no te dejes implicar más en esto.

Era la primera vez que hablaba del tema aquel día. Y era curioso, pero con ello parecía estar más unida a él, como si se encontrase más a gusto ante un asunto ajeno.

—Estoy implicado; lo he estado desde el principio.

—Pero hasta este momento... Ahora deja que lo resuelva otro. No olvides que tú ya no trabajas en eso.

—Me lo han vuelto a encargar, Ruth. Uno no se aparta así como así del cadáver de un amigo.

Estaban de pie junto al bajorrelieve en mármol de Roisin Dubh, a los pies del plácido busto de Mangan. Ruth acarició el blanco rostro con su mano enguantada.

—Sí, Patrick, sí; tienes que dejarlo si quieres conservar la vida. Mira, he estado juntando las piezas del rompecabezas.

—¿Y...?

—Hace unas semanas que interceptamos una señal de un buque AGÍ soviético anclado en Malin Head. Y cuando digo «interceptamos» me refiero a la estación de interceptación de Hacklaw, en Escocia, bajo mando inglés. Lo enviaron junto con un montón de papeles rutinarios a la oficina de enlace de la NASA en Benhall Park, y de allí nos lo pasaron a nosotros.

Él había oído hablar de aquellos buques AGÍ —Auxiliares de Inteligencia General—, barcos de tipo Okean, que los rusos mantenían amarrados en las costas del Donegal y cuyo principal cometido era seguir el rastro de los submarinos nucleares norteamericanos con base en Holy Loch.

—Generalmente —prosiguió Ruth— son señales de baja frecuencia que envían a su agentes de Irlanda, un trabajo rutinario que suele tener relación con el IRA, pero ésta había tardado tres días en llegar a Benhall. Yo la vi el mismo día que llegó; si hubiese sabido... —Hizo una pausa. Una ráfaga de viento agitó su pañuelo, haciéndolo revolotear sobre la efigie de mármol como velo multicolor, hasta que ella lo recogió y volvió a enrollárselo al cuello—. Patrick, ese mensaje procedía de las altas esferas, de la sede en Moscú; era del general Kurakin, jefe del primer Directorio, e iba dirigido a la rezydentura de Dublín. Comenzaba con excusas por transmitirlo por ese medio tan poco seguro, alegando que no habían tenido tiempo de organizado mejor, y ordenaba al equipo de Dublín que dejase todo lo que tuviese entre manos y se preparase para la llegada de alguien muy importante. El nombre cifrado nos era desconocido: le llamaban «Obelisco».

Patrick había estado observando a un pajarillo que se acicalaba con el pico en un matorral cercano: un petirrojo como salido de una tarjeta de Navidad. Se volvió y cogió con fuerza a Ruth por el brazo, alejándola de la estatua de mármol para reanudar el paseo.

—Hace frío —dijo—. Regresemos.

Se dirigieron al puente, sobre los estanques.

—Sabes a quién me refiero, ¿verdad, Patrick? Tú sí sabes quién era «Obelisco».

—Naturalmente: Chekulayev. Es su antiguo seudónimo, siempre se llamó así.

—Nosotros no lo sabíamos. En aquel momento, no. A nadie se le ocurrió mirar la lista de los agentes de Oriente Medio. En aquel momento no nos pareció evidente.

Salieron a la calle para dirigirse a Baggot Street en pleno tráfico de media tarde.

—Después no hubo más mensajes de la Central; no a través del AGÍ en todo caso. Lo notificamos a los servicios de inteligencia irlandeses y nos mantuvimos alerta, pero se nos escurrió. Creemos que debió de desembarcarlo un submarino en la costa una noche oscura. O quizá llegase por el aeropuerto de Dublín, vete a saber. Patrick, no se nos ocurrió pensar en Oriente Medio. Quizá yo habría debido imaginármelo... sabiendo que tú estabas aquí.

—No eres tú la única que sabía que yo estaba en Dublín.

—No, pero... tenía más motivos para pensar en ti.

Ahora caminaban agarrados del brazo. Fuera de los espacios abiertos del parque ella parecía más pequeña. Su hálito blanco quedó por un instante suspenso en el aire glacial y Patrick sintió la calidez contra su mejilla cuando ella se volvió para hablar.

—Que había llegado, lo sabíamos —prosiguió—, porque días después captamos una señal de la rezydentura con el mismo nombre cifrado que el del mensaje previo. Un descuido por su parte. Firmaba la transmisión «Obelisco» y se refería a algo denominado «Pascua judía»; decía que había comenzado a trabajar, y dos días después desaparecías tú.

Ella le cogió más fuerte, como temiendo que fuera a desaparecer de nuevo, como el humo, como la respiración cálida en la fría atmósfera, como una idea iniciada que no se ha completado. Una monja vieja les sonrió con complicidad al pasar aprisa a su lado. Sólo los solteros entienden verdaderamente la pasión.

—Pero incluso entonces no se me ocurrió establecer la relación. «Obelisco» con «Pascua judía»... ¡Dios mío, Patrick, tenía que haberme resultado obvio!

—Nada es obvio en nuestra profesión. Mira, ¿a qué preocuparse tanto? El equipo de Dublín sabía que Chekulayev estaba aquí, no me lo avisaron y me enteré por las bravas. ¿A qué ese pánico?

—No es pánico, Patrick: simples precauciones lógicas. —Hizo una pausa—. Espera que termine. Pedimos a la NASA un escrutinio del nombre cifrado en el ordenador de Fort Meade en el que guardan los datos de todo el tráfico diplomático y del SIGINT que entra y sale de Irlanda, y que incluye todas sus interceptaciones de Menwith Hill y Morwenstow en Inglaterra y cubre todas las comunicaciones por vía Intelsat a través de Elfordstown y todos los GCHQ conectados a la red. Ellos disponen de un programa de reconocimiento de palabras capaz de verificar cuatro millones de caracteres por segundo. Solicitamos que localizasen la expresión «Pascua judía» en una docena de idiomas durante el último mes. ¿Y...?

—Nada. Nada de nada. Probamos con «Obelisco» y «Chekulayev» y lo mismo. Alguien sugirió marcar «Semana Santa», pero lo único que obtuvimos fue un par de mensajes rutinarios del Vaticano a la nunciatura, y ya está. Luego marqué tu nombre.

Como por mutuo acuerdo, se detuvieron a la vez. En aquel momento cruzaban el puente del gran canal entre Lower y Upper Baggot Street. Los árboles helados, como alambres de hormigonado sin acabar, bordeaban el agua perdiéndose a lo lejos en todas direcciones. Patrick dejó que continuase.

—Tenías tres registros. El primero de alguien en Tel Aviv que hablaba con uno de la embajada israelí preguntando qué demonios hacías en Dublín. El segundo era curioso: un radiomensaje transmitido por una longitud de onda diplomática y código cifrado corriente, pero quien lo transmitía lo hacía desde algún punto de la costa cerca de Galway. Iba dirigido hacia el sur de Europa..., norte de Italia o Yugoslavia, quizá.

Te habían visto visitando a Eamonn De Faoite y habían verificado que aún seguías en la Compañía. Eso pensaban.

Ruth se volvió y miró al canal en dirección a Mount Street. Árboles como cirios apagados, exánimes, sin llama. Agua como metal líquido, discurriendo apacible entre hierba y hormigón.

—¿Dices que eran tres mensajes?

—Sí —contestó ella dubitativa, y él advirtió que se mordía el labio inferior: dientecitos blancos sobre carne bermeja—. Creemos que era la respuesta al segundo: una llamada telefónica. Lo único que la NASA supo decirnos es que la llamada tenía origen en Venecia, desde un número ilocalizable, y llamaban a un número de Oughterard, una pequeña localidad próxima al lago Corrib, a un chalet de veraneo. La recibieron por contestador automático —añadió haciendo una pausa.

—¿Y...?

—Ese chalet lleva vacío todo el invierno, Patrick. Cerrado. O es lo que dice el dueño. Hicimos que lo comprobasen y no había contestador automático y el teléfono estaba desconectado.

—¿Qué decían en la llamada?

—Era en italiano. El que hablaba daba instrucciones para que te eliminaran junto con Eamonn De Faoite. Tenían que registrar tu casa para encontrar unos papeles, unos papeles que De Faoite debía haberte entregado.

—¿Cuándo cursaron las instrucciones?

—Hace tres semanas. Unas veinticuatro horas antes de que encontrases asesinado a De Faoite —respondió ella, volviéndose hacia él, crispada, ofuscada, casi llorando—. ¡Por Dios bendito, Patrick! El chalet no estaba vacío cuando los nuestros fueron a registrar. Había un niño de diez años. Bueno, lo que quedaba de él. Le habían arrancado el corazón..., posteriormente encontraron parte de él en el cubo de la basura. Lo habían quemado. Había... El médico dictaminó que llevaba una semana muerto. Ayer recibimos la ficha de identificación.

A su alrededor el mundo parecía de lo más normal. El tráfico discurría en constante fluir; a pocos metros se acababa de formar una cola en el cajero automático del Banco de Irlanda en la esquina de Haddington Road. Y ellos, hablando en el puente de niños con el corazón arrancado...

—Se llamaba Alessandro Clemente, hijo de Paolo Clemente, ministro italiano de Asuntos Exteriores. Le habían raptado al salir del colegio particular al que iba en la vía Galvani de Roma. Rapto que tuvo lugar dos semanas antes del descubrimiento del cadáver. Los italianos habían mantenido el asunto en secreto y fue pura casualidad que lo descubriésemos.

—¿Y ese Clemente, el padre? ¿Ha hecho declaraciones? ¿Sabe de qué se trata?

—No, Patrick, no ha hablado con nadie porque ha muerto. Su mujer lo encontró

en el despacho de su casa con el cañón de una escopeta en la boca y el cerebro esparcido por las paredes. Sucedió diez horas después de llegarle la noticia de la muerte del niño. Pero descubrimos algo: en su escritorio había una nota, aunque su mujer dice que no era su letra. Una nota de una sola línea que, según me han dicho, es del Levítico: «Dio de sus hijos a Moloch, deshonrando mi santuario y profanando mi santo nombre».

«¿Qué demonios está pasando aquí, Patrick? —Lloraba a lágrima viva, no por el niño, ni por Patrick, sino por ella misma. Había levantado una baldosa de mármol, poniendo al descubierto los horrores que rebullían debajo—. ¿Qué porquería es ésta?

Capítulo 12

EN su piso de Pembroke Road, se sentaron en un largo sofá algo arrimado a la chimenea. Bajo los altos techos, las sombras danzaban sobre los Mondrian, los Van Doesburg y los Fontana, como si obedecieran a un ritmo, sombra sobre sombra. En un rincón, una escultura policroma de Dhruva Mistry, mitad hombre mitad bestia, los miraba atentamente. En el aparato de alta fidelidad, Kalus Nomi cantaba una aria de Sansón y Dalila de Saint Saéns.

Sólo el fuego parecía real. Un suave aroma a turba caliente llenaba el cuarto. Las llamas, rojas, amarillas y doradas, arrojaban reflejos sobre el cobre y el latón. Ruth había calentado vino con especias olorosas: clavo, canela y anises con piel de limón y naranja. Bebían a sorbos lentos, escuchando la música. Patrick pensaba en el cariz tan irreal que había tomado todo. Cuan ajeno le era aquel mundo en que había cadáveres de niños pudriéndose en chalets de veraneo y a los sacerdotes les arrancaban los ojos ante el altar, como Edipos.

—Me trastorna que Dios consienta esas cosas —dijo.

—No sabía que creyeras en Dios.

Contempló el humo que ascendía en espirales y se lo imaginó gris y nebuloso en el aire oscuro de afuera.

—Y no creo —replicó—, pero precisamente por eso, ¿no lo entiendes? No puedo creer en un Dios que permite que sucedan semejantes cosas. ¡Oh, y peores! Mucho, mucho peores. Podría creer en cualquier otro dios, pero no en ése. Un Dios omnipotente que se inhibe y no interviene; sólo observa, observa y juzga. Recuerdo...

Ella se volvió levemente hacia él, mirándole fijamente el perfil.

—Recuerdo una cosa que leí —prosiguió Patrick—. Era un libro de teología islámica: «Éstos al cielo, y no me preocupa. Éstos al infierno, y no me preocupa». ¿Qué clase de Dios es ése? Y el Dios de los cristianos no es mucho mejor; permite que mueran los niños en las calles de Calcuta para que la gente pueda decir lo estupenda que es la madre Teresa. Al menos Moloch mantenía sus depredaciones a nivel razonable.

—Patrick, ¿quién era Moloch? ¿Qué significa ese versículo que hallaron en el escritorio de Clemente?

—¿Moloch? Un dios de Canaán. Fenicio, si prefieres. Le gustaban los niños, y los padres se los llevaban a su altar en un lugar llamado Topheth, donde se le ofrendaban sacrificios al fuego para que no se arruinaran las cosechas y el ganado fuese fértil... Por cualquier cosa que consideraban importante.

Ruth se estremeció y apartó la vista.

—¿Los quemaban?

—Sí, eso dice el Antiguo Testamento. Quizá sea una exageración, una propaganda contra las atrocidades de los cananeos, ¿quién sabe? Pero no recuerdo nada de corazones arrancados...

Saltaba y se retorció el fuego en la chimenea, lanzando una nube de chispas hacia el tiro. Ruth se reclinó en Patrick, tocándole por primera vez desde que habían llegado a casa. Él respondió rodeándola con el brazo y atrayéndola hacia sí.

—Mis padres eran cultos —dijo ella—. O pensaban que lo eran. Liberales ricos con amigos negros, judíos, intelectuales. Homosexuales no, por supuesto; tan liberales no eran. Poseían una fortuna de solera y podían permitirse ciertas excentricidades; votaban demócrata, hacían donativos al ACCL y firmaban escritos en los que se pedía el fin de la guerra en Vietnam. A mí me enseñaron a ser amable con las criadas, los jardineros, y todas las Navidades daba juguetes míos al orfanato local. Me enviaron a una serie de colegios particulares y a Europa dos veces al año; y a Vassar cuando tuve edad, porque habían adoptado la enseñanza mixta. Aparte de un año a Suiza para «refinarme», como decían ellos.

—El problema está en qué hacer luego. Cuando me hice mayor ya no había pasotas; cierto que yo era liberal, pero teniendo cuenta corriente y rentas propias, uno puede ser liberal sin ningún problema, aunque esté Ronald Reagan en la Casa Blanca. Con mayor motivo si el presidente es Ronald Reagan. —Le puso la mano en el hombro—. Me casé, pero eso no solucionó nada. Supongo que nunca soluciona nada. El señor Ehlers era un buen chico, como lo son los buenos chicos; pero después de haber fornicado setecientas veces seguidas, estar quince veces de vacaciones en tres años y dar los últimos toques del año encima de los últimos toques del año anterior en los bidés de los cuartos de baño de invitados, hasta los buenos chicos empalagan un poco.

«Así que lo dejé todo y, como ya no podía hacerme hippy, entré en la Compañía. Mis padres se enfurecieron, pero yo quería demostrarles algo. —Hizo una pausa, mordiéndose el labio—. ¡Qué gracia..., se me ha olvidado el qué! —Le atrajo hacia sí, asustada y molesta por aquel temor—. ¡Patrick, dímelo tú! ¡Dime qué demonios era! Si no era esto..., ¿qué, entonces?

Lloraba desconsolada, rabiosa por la ambigüedad de sus dudas. Él la besó en los ojos, saboreando aquellas lágrimas relucientes, metálicas. Conocía bien aquel sabor porque corría por sus propias venas, acre, mortificante, frío como el hielo. Recorrió con sus labios temblorosos y enfebrecidos aquellas mejillas y sus manos acariciaron torpemente sus senos, como lo habría hecho un niño. Ella se apartó un instante y volvió a sus brazos, besándole en la boca, mezclando a la de él su agitada respiración, una calentura con fuerte olor a vino y especias.

No habían hecho el amor desde su regreso de la casa de los rusos. Él había estado

distante, más frío de lo normal, inapetente. Ahora, con una brusquedad que lamentaba, los temores acumulados durante su encierro cristalizaban en una necesidad física apremiante. Penetrarla le liberaría de todo. Gritó como un profeta sorprendido en su soledad por un dios arrollador.

Cerró los ojos y vio a Natalia Pavlovna, su cuerpo delgado, sus penetrantes ojos. La imaginó desnuda debajo de él, con su pechitos de pezones marchitos y la respiración agitada. Se le había presentado como una amante para sonsacarle los pecados y nunca se habían tocado.

Se revolvió y alargó una mano hacia Ruth para tirar de ella hasta el suelo. Ruth mantenía los ojos cerrados; no podía soportar mirarle ni que la mirara, su corazón latía fuerte y de prisa, incomodándola. Notó los dedos de él, ora con suavidad, ora con ansia, y se le aceleró la respiración; quería gritar, expulsar aquella cosa horrible que la embargaba: un niño desventrado y tirado como un pez despreciado contra un espigón.

Él la desnudó apasionadamente, pero como en sueños: el corpiño, la falda, la ropa interior. Sentía su piel caliente y enfebrecida, pero no su presencia en el cuarto, acompañándole. Imperceptiblemente, habían comenzado a moverse a ritmo distinto. Ella hacía el amor para exorcizar el fantasma de un niño desconocido, cuyo corazón silencioso y arrancado había entrado en sus sueños, causando aquel estrago; él, para hallar un sueño que le hiciera más soportable el despertar.

El cuerpo desnudo de Ruth le aterraba, igual que sus ansias porque la tocara, su vehemencia haciendo el amor. El exorcismo de ella exigía furor; el de él, olvido. Conforme ella le desvestía, Patrick sintió ahondarse aquella sensación de irrealidad, como si el despojarle de la ropa conllevara una especie de pérdida de identidad. Sentía la cabeza flotando, casi desgajada del cuerpo. Y, sin embargo, sus pensamientos eran lúcidos, casi a un extremo insoportable. Notaba las manos de ella, calientes y nerviosas, recorrerle la espalda y el pecho.

Lo que sucedió a continuación fue imprevisible y extraño. Era como si hubiese estado mirando a una de esas estampas raras que los psicólogos emplean para verificar la percepción y en las que un pato resulta ser un conejo o una hermosa mujer una vieja.

Un cambio casi imperceptible se produjo entre un suspiro y el siguiente. Miró a su alrededor para ver si el fuego había disminuido y vio el cuarto bañado en luz de velas. Ni siquiera estaba seguro de que fuese la misma habitación, porque advirtió unos gruesos cortinajes en una pared desnuda. De afuera ya no llegaba el ruido del tráfico. Hacía más frío que momentos antes.

Seguía desvestido, en erección, tumbado sobre un cuerpo desnudo de mujer en el suelo. Pero la mujer no era Ruth: su pelo negro como el azabache y despeinado le caía en gruesas mechones por la cara, tenía pechos menudos, caderas más estrechas y

vello púbico más abundante. Mientras la contemplaba, ella se apartó el pelo del rostro.

—*In ainm Dé, a Phádraig, lean orí!* ¡Por Dios, Patrick, no te pares ahora! —le dijo.

No sabía cómo, pero le había hablado en irlandés; un irlandés de Leinster del siglo XVI. Era imposible: ella no sabía irlandés. Y él sabía quién era; la conocía tan bien como a sí mismo. Aquella mujer era Francesca. Pero también era imposible porque Francesca había muerto: llevaba veinte años muerta.

Se apartó vacilante, resbalando y apoyándose en una mano.

—*Cad tá ort, a Phádraig? Cad tá ort, a stór?* Patrick, ¿qué sucede? ¿Qué pasa, cariño?

De pie, notó que la cabeza le daba vueltas. Las velas danzaban y el cuarto se tambaleaba. Iba a caerse, notó que giraba en el espacio y que luego se estrellaba contra el suelo y se quedaba sin respiración.

Cuando volvió en sí, Ruth estaba inclinada sobre él con una esponja húmeda en la mano, mirándole muy preocupada.

—Patrick, ¿qué te sucede? ¿Qué te ha pasado, cariño? ¿Te sientes bien ya?

Él se llevó la mano a la cabeza. Sin saber por qué, sentía un intenso dolor. Notaba el estómago raro. Aquello era como las jaquecas que sufría de jovencillo.

—Estoy... bien —musitó—. Es que he... perdido el conocimiento. Me duele horriblemente la cabeza. Creo que es jaqueca.

Ella le alzó para ayudarlo a sentarse apoyado en el sofá.

—¿Llamo a un médico? ¿Te ha sucedido antes alguna vez?

—No hace falta; se me pasará. Antes me sucedía de joven. Me sentiré mejor cuando duerma un rato.

Pero no le había sucedido una cosa así nunca; no semejante alucinación con pérdida del conocimiento. Estaba sudoroso y comenzaba a tiritar.

—No te muevas —dijo ella—. Voy a traerte una manta.

Adoptó una postura más cómoda y, al hacerlo, advirtió algo en su estómago: una raya larga y fina. Lo cogió con la punta de los dedos y lo despegó de la piel: era un pelo. Un pelo negro de unos cincuenta centímetros.

Capítulo 13

EL arzobispo Pasquale Balzarin estaba de pie junto a la ventana de su despacho en el segundo piso, mirando cómo las sombras comenzaban a alargarse sobre el césped. La luz del sol formaba trenzas entre las briznas de hierba no hollada. Un pájaro voló hacia lo alto, perdiéndose en los círculos de su propia ascensión. Por el césped cruzó un pavo real, melindroso y rutilante, con las plumas iluminadas por la luz crepuscular y —mero artificio de hermosura— deambulando por un mundo propio ajeno a las preocupaciones del hombre que le contemplaba.

«¿Por qué en este momento? —pensó el prelado—. ¿Por qué precisamente ahora?»

Sus dedos artríticos apretaban nerviosos las cuentas blancas del rosario, confirmando aquel interrogante cierta calidad de plegaria. Afuera, el pavo real lanzó un grito y movió el abanico de su cola hacia las sombras invasoras.

Balzarin llevaba tres años de nuncio papal en la República de Irlanda. Durante su último viaje a Roma había oído ciertos rumores según los cuales era seguro que Fazzini tendría que dejar su despacho de la curia, al cumplir los setenta y cinco años. Si él se mantenía unos meses más, se haría con el cargo de Fazzini y con el capelo cardenalicio, por supuesto. Era algo que deseaba más que nada en el mundo.

Un momento: lo que deseaba más que nada en el mundo era marcharse de Dublín; dejar atrás aquella lluvia y aquella niebla, aquella llobreguez perpetua. Tenía ya sesenta años y quería pasarse sus últimos días al sol, preferentemente en su Italia natal, y mejor que mejor en Roma. Al fin y al cabo, le quedaban quince años por delante para jubilarse oficialmente.

Había momentos de duermevela en los que maldecía a san Patricio por haber llevado la fe a aquel país. Era un error fatal porque el cristianismo era una religión mediterránea y el Hijo de Dios jamás habría elegido venir al mundo entre los montones de piedras y cromlechs de aquel erial velado por la bruma.

Volvió a su escritorio, en el que tenía la última edición del Anuario pontificio, el almanaque vaticano, abierto por la primera página del elenco que constituía la Secretaría de Estado. No venía mal estar al día de quién ocupaba determinado cargo concreto y de los ascensos. Ojeó unas páginas al azar y, consultando el índice, buscó la sección dedicada a los archivos. Examinó un instante el apartado, hizo una anotación a lápiz en un cuaderno y cerró el volumen.

Se oyó llamar a la puerta.

—Avanti!

Fray Asefa Makonnen entró en el despacho. Era el addetto del nuncio, cargo equivalente al de subsecretario aproximadamente; un etiope que había sido destinado

a Dublín hacía unos años para fomentar los vínculos entre la Iglesia irlandesa y el Tercer Mundo, pero en menos de seis meses se había dado cuenta de que algunos prelados de la propia Iglesia irlandesa opinaban que su país era precisamente tercermundista.

—Perdone que le moleste, ilustrísima. Ha llegado la visita que esperaba.

—Que pase —respondió el arzobispo.

Cuando Makonnen se daba la vuelta para salir, Balzarín le llamó.

—Padre, dígame el nombre. ¿Cómo se llama?

—Canavan, ilustrísima. Patrick Canavan. Es norteamericano de origen irlandés.

—¡Ah, sí! —musitó Balzarín—. El norteamericano.

El reloj hizo un runrún intempestivo y marcó el cuarto.

Ruth había tardado dos horas aquella mañana en conseguir la entrevista con el nuncio, moviendo hilos y prometiendo favores, pues, aunque no le complacía que Patrick prosiguiera las investigaciones, había acabado por comprender que era inútil disuadirle.

Makonnen presentó a Patrick al arzobispo y le ofreció una silla antes de sentarse él mismo en otra próxima, provisto de papel y lápiz, dispuesto a tomar notas.

Patrick dudaba. Ya no quedaba gente como Balzarín. El nuncio era el arquetipo del patriarca desde el solideo púrpura hasta los relucientes zapatos; un personaje en el que confluían los rasgos faciales de distintos pintores renacentistas, pero el efecto de conjunto era uniforme: mirada de aristocrático desdén, revestida de la sacralidad del cargo y una impaciencia mal disimulada.

—Ilustrísima, le agradezco mucho que me haya recibido —comenzó diciendo Patrick.

Balzarín hizo un conciso ademán. Patrick no sabía si aquello significaba «No hay de qué» o «Adelante con lo que tenga que decir», pero imaginó que debía ser lo último.

—No sé... Si el padre Makonnen le ha puesto al corriente del motivo de mi visita...

El nuncio corrigió la posición de una foto que tenía en el escritorio y en su dedo un rubí reflejó la luz del fuego.

—Usted es investigador de lenguas semíticas en el Trinity College, y era amigo del pobre padre Eamonn De Faoite, párroco de San Malaquías en Dublín. Ha llegado... —añadió mirando el reloj sobre la chimenea— quince minutos tarde. ¿En qué puedo servirle?

Patrick se rebulló incómodo en el asiento. Con el rabillo del ojo captó una sonrisa del secretario.

—Iré directamente al grano, ilustrísima. Antes de morir, Eamonn De Faoite me dijo que le había entregado unos papeles, y creo que dichos papeles guardan relación

con su muerte. Quisiera examinarlos, si me lo permite.

Balzarín no se movió, pero Patrick advirtió el esfuerzo que realizaba para contener el menor gesto. Las sombras que arrojaban las llamas del fuego de la chimenea bañaban su piel pálida. El nuncio clavó los ojos en Patrick, como si poseyese una facultad secreta para leer el pensamiento de su visitante. Estaba nervioso, pero, al contestar, su voz no traslucía emoción alguna.

—Creo que está en un error, signor... Canavan. Yo no conocía al padre De Faoite y a mí no me entregó ningún papel. Si eran documentos importantes, lo lógico es que se los entregase a su obispo. Nada tendrían que ver conmigo. Yo soy el nuncio papal y los asuntos de las parroquias no son de mi incumbencia.

Patrick tosió. A pesar del potente fuego, tenía frío. Afuera comenzaba a oscurecer. Dirigió una mirada a Makonnen y vio que la sonrisa del etíope había sido sustituida por una mirada inquisitiva dirigida a Balzarín. Patrick probó una vez más.

—No me cabe la menor duda de que la muerte de Eamonn De Faoite no fue un asunto parroquial. Por lo que me consta, implica de entrada, como mínimo, a unos servicios nacionales de inteligencia. Y a muy alto nivel.

Patrick no sabía hasta qué esferas llegaba el asunto, pero Chekulayev no era un personaje al que le encomendasen asuntos parroquiales.

—¿Unos servicios de inteligencia? —inquirió Balzarín como inquieto y bastante interesado, pese a su disimulo—. ¿Podría ser algo más concreto, signor Canavan? ¿Se refiere a la CÍA?

Patrick negó con un movimiento de cabeza.

—De momento, creo que es preferible no contestar a eso.

—Es usted deliberadamente misterioso, signore; le repito que su amigo no me dejó ningún papel ni tengo en mi poder nada relacionado con su muerte. El padre Makonnen me dice que murió hace más de dos semanas y, según la oficina episcopal, nada hubo de relevante en su fallecimiento. Era un anciano que Dios tenga en su gloria. Verdaderamente no veo qué interés puede encerrar su vida o su muerte para quienes usted denomina unos «servicios nacionales de inteligencia». Yo soy una persona ocupada, signore. Perdóneme si pido al padre Makonnen que le acompañe. Gracias por su visita. Siento no haberle podido ayudar.

El italiano se puso en pie para poner fin a la entrevista.

—Ilustrísima, por favor, siéntese. Todavía no he acabado.

Patrick vio cómo el rostro de Balzarín se tornaba púrpura cardenalicia. El nuncio permaneció de pie, privado momentáneamente de palabra.

—Eamonn De Faoite fue asesinado ante el altar de su parroquia —musitó Patrick—. Le habían arrancado los ojos, dejándole morir entre horribles dolores. Sus asesinos pintarrajearon en las paredes versículos de la Biblia, y usted me dice que «no hubo nada de raro en su muerte».

Despacio, como impulsado desde lo alto por un mecanismo, Balzarin volvió a sentarse.

—¿Cómo...? ¿Cómo... ha sabido eso? Los detalles de la muerte de De Faoite han sido ocultados al público. Las circunstancias eran demasiado... turbadoras. Estamos en un país católico, signore, y hay cosas que es preferible que no se sepan. ¿Me comprende? No es un asunto político, de escándalo o de reputaciones, sino una cuestión religiosa. Como representante de la Santa Sede en Irlanda, mi deber es garantizar que su imagen no resulte innecesariamente perjudicada. La Iglesia tiene muchos enemigos en este país, tanto aquí como en el norte, y no estoy dispuesto a que usted ni nadie se entrometa.

Balzarin fue recobrando el tono de control en sus palabras. Se inclinó sobre el escritorio. La luz moría ya rápidamente, pero nadie se movió para encender una lámpara.

—Permita que se lo pregunte otra vez —dijo con voz de la que estaba ausente todo vestigio de turbación—. ¿Cómo ha obtenido la información relativa a la modalidad de fallecimiento del padre De Faoite?

—Fui yo quien lo encontró moribundo. Expiró en mis brazos tratando de decirme algo sobre la «Pascua judía», y me señaló que los papeles que tiene usted dan una explicación. Me importa un bledo que nadie sepa nada a propósito de su muerte; eso no tiene importancia, pero esos papeles sí.

—Y yo le repito que no sé nada de papeles. Francamente, creo que usted hace un misterio de donde no lo hay.

Dice usted que el padre De Faoite habló de Pascua cuando agonizaba. Igual que usted, él era especialista en lenguas semíticas y sin duda tendría algunos papeles relativos a esa festividad hebrea, o quizá sobre el libro del Éxodo. Su muerte ha sido obra de algún perturbado. Si usted lo ha visto, no necesita que yo se lo diga. Comprendo que esté usted bajo la impresión, pero no puedo consentir que su angustia personal perjudique a la Iglesia. ¿Se lo he expresado claramente?

Patrick sabía que el arzobispo mentía. Lo leía en sus ojos y en su actitud. Su entereza se había vuelto jactancia. Él sabía algo que el prelado y otras personas querían guardar en secreto.

Sacó del bolsillo un trocito de papel en el que había dibujado un círculo con un menorá y una cruz inscritos en su interior. Pausadamente lo puso sobre el escritorio.

—Por favor, ¿quiere decirme si eso le dice algo?

Balzarin encendió una lámpara de sobremesa con pantalla verde y cogió de encima del secante unas gafas de montura metálica. Patrick advirtió que le temblaban las manos mientras se ponía las gafas y no quitó ojo en el momento en que se inclinó a mirar el dibujo. De soslayo, observaba también a Makonnen, que miraba.

El nuncio se puso lívido y sus labios balbucieron algo inaudible. Alzó la vista y

Patrick pudo ver en sus ojos como un temblor angustioso.

—Por favor, signor Canavan, márchese. Está usted inmiscuyéndose en asuntos que no conoce. Le ruego que no vuelva a visitarme ni intente ponerse en contacto conmigo. Olvide este asunto. Es fundamental que lo olvide. De lo contrario... —El prelado se puso bruscamente en pie—. El padre Makonnen le acompañará. Adiós, signore.

Haciendo una simple pausa para quitarse las gafas, el nuncio le dio la espalda y abandonó el despacho por una puerta lateral. Sus pasos resonaron brevemente en el cuarto contiguo.

En el jardín, un pavo real lanzó un chillido y se hizo un profundo silencio. Y en aquel silencio, la oscuridad encrespaba los árboles desnudos.

Capítulo 14

MEDIANOCHE. El mundo suspendido, a oscuras, ciego. Faltaban horas para el alba, apenas concebible tan lejana. Assefa Makonnen acababa de despertarse de un sueño inquietante. ¿Había oído un ruido? Sobre su cama parpadeaba una luz roja bajo un cuadro del Sagrado Corazón. Permaneció echado escuchando el viento que daba vueltas al edificio, haciendo crujir los árboles. Hacía mucho frío.

El sacerdote encendió la lámpara de la mesilla y de la oscuridad surgió un gran cuarto blanco. Se restregó los ojos y se sentó. ¿Qué le había despertado? ¿El frío? ¿La inquietud mental que no le había dejado desde la visita del norteamericano? ¿O habría sido un simple ruido? Prestó atento oído, pero sólo sonaba el viento.

Apagó la luz y volvió a tratar de dormirse, pero no lo conseguía. Su mente estaba soliviantada. Sobre su cabeza, la luz roja parpadeaba incesantemente. Abría los ojos y la veía cual si fuese un ojo rojo que le observara; de niño en Asmara le reconfortaba en las horas frías que precedían al alba, por él había velado durante seis años en el seminario etiope del Vaticano y posteriormente en la Academia Pontificia en que había estudiado para diplomático de la Santa Sede. Pero aquella noche se le antojaba adverso, casi acusador. Volvió a encender la lamparita.

Algo sucedía. ¿Por qué había mentido Balzarin al norteamericano? Makonnen sabía que tenía que hablarlo con su superior, pero al mismo tiempo le constaba que le faltaba valor. El arzobispo era un hombre poderoso y no tardaría mucho el santo padre en elevarle a la dignidad de cardenal. Y en Roma, Balzarin se hallaría en disposición de doblegar o aplastar a sus subordinados. Para colmo, el padre del nuncio había muerto asesinado en 1940, siendo gobernador provincial en el África Oriental italiana: en el norte de Etiopía concretamente. Desde su primer día en Dublín, Makonnen se había dado cuenta de que su presencia no era muy grata.

Pero había muerto un sacerdote en circunstancias espantosas y alguien intentaba ocultarlo. Makonnen sabía que ni siquiera a la policía se le había comunicado el crimen.

A las autoridades irlandesas les constaba que la muerte de De Faoite había sido perfectamente natural. El obispo había ido a ver personalmente a Balzarin y el nuncio se había hecho cargo del caso.

Claro que había habido papeles. Él mismo los había visto y, tras la muerte de De Faoite, le habían ordenado llevarlos a Roma en la valija diplomática. Había volado al aeropuerto de Fiumicino el 25 de enero para dirigirse directamente a la Santa Sede y entregarlos en mano al cardenal Fazzini de la Secretaría de Estado. Fazzini le había

despedido con un gesto de la mano, diciéndole que regresase a Dublín en el próximo vuelo.

Y él había vuelto inquieto; pero hasta aquel día, acostumbrado como estaba, había podido dominar sus emociones. Le habían enseñado a obedecer en el colegio, en el seminario y en la Academia Pontificia. Antes de aquello, la obediencia nunca le había molestado ni avergonzado, pero aquella noche sentía como una mordaza que le ahogaba.

El norteamericano había hablado del interés por parte de «unos servicios nacionales de inteligencia», refiriéndose con toda probabilidad a la CÍA. Se suponía que el funcionario de la embajada norteamericana que había gestionado la entrevista de Canavan era el jefe de los servicios de inteligencia, y la propia Agencia había colaborado con la Santa Sede no pocas veces anteriormente. ¿Por qué, entonces, Balzarin había reaccionado de aquel modo? ¿Qué es lo que sabía el arzobispo? Makonnen pensó que la respuesta podía hallarla en el despacho del prelado.

Cogió sus gafas de la mesilla y se las caló. La cama estaba caliente y no le apetecía levantarse. Respecto al clima de aquel país era en lo único en que estaba totalmente de acuerdo con el nuncio. Hizo un esfuerzo y sacó los pies de las sábanas para pisar el frío suelo. Dormía con calcetines, camiseta de felpa y un grueso jersey que le había regalado en noviembre una monja del Sagrado Corazón de María en Tallaght. A veces pensaba que lo único que mantenía su vocación era el jersey de la hermana Nuela. Eso y los calcetines.

Tenía la sotana colgada detrás de la puerta. Se la puso tiritando, mientras pensaba en que lo que hacía era la mayor tontería de su vida.

Al abrir la puerta miró a un lado y a otro. En la pared de enfrente de la cama había un sencillo crucifijo que se había traído de Etiopía; el negro Cristo le miraba con ojos candentes. Makonnen le sostuvo la mirada.

—¿Tú qué harías? —musitó en voz baja, cerrando la puerta tras él.

En la nunciatura todo estaba a oscuras y casi no había nadie en el edificio, pues casi todo el personal había marchado la víspera a Armagh para celebrar consultas con el cardenal O'Fiaich a propósito de la última derrota anglo irlandesa. El chargé d'affaires, padre Kennealy, se hallaba en un congreso en Cork, y aquella noche sólo dormían en la casa el nuncio, él y un sacerdote jesuita del Vaticano, huésped que ocupaba una habitación próxima a la suya.

La legación vaticana en Dublín era un edificio de dos plantas construido a finales de la década de los sesenta, fecha en que el nuncio había abandonado la antigua sede de Phoenix Park. Era una residencia de estilo convencional pero dotada de todas las comodidades.

El despacho de Balzarin quedaba al otro lado del largo edificio, anexo a los aposentos privados del nuncio. Makonnen, una vez en el pasillo, se sintió indeciso y

prestó atentamente oído. Volvía a preguntarse si no le habría despertado un ruido. Era muy raro que hubiese entrado alguien, porque la nunciatura, situada justo en Navan Road, al norte de la ciudad, estaba perfectamente vigilada por la Gardai desde la llegada de Balzarin. Quizá fuese el viento que había tumbado algo.

El pasillo alfombrado amortiguaba sus pasos. En la pared de la izquierda colgaban los retratos de los anteriores nuncios, como jueces en fila, con sus pesados marcos dorados apenas visibles en la oscuridad. Makonnen pensó en su casita de las afueras de Asmara, en las antiguas iglesias de Lalibela excavadas en la roca, en los miserables ropajes de los curas, en la pobreza de Dios, en la pobreza de Cristo, en la pobreza del mundo, mientras que todo lo que allí le rodeaba eran riquezas sin par que atiborraban el espacio. Por primera vez en muchos años se sentía ajeno al mundo y a sí mismo. ¿Caminaría Dios por pasillos silenciosos? Se estremeció y siguió adelante.

Por debajo de la puerta del despacho del nuncio se filtraba luz. Balzarin debía de estar levantado trabajando; era una cosa que no solía hacer y Makonnen no acababa de decidirse, pero ahora, que ya estaba allí, no le apetecía volverse atrás.

Lo que había venido pensando por el pasillo le había reconfortado. Recordó su llegada a Roma, recién venido de África, extranjero de piel oscura, pugnando por hallar su lugar en una Iglesia universal dirigida por hombres blancos. Al principio, el esplendor de la ciudad, los símbolos de poderío imperial y eclesiástico, sus cúpulas doradas y los hieráticos prelados, habrían quebrado y comprometido su fe, pero con el tiempo se había acorchado, pese a que notaba de un modo latente, en contacto con la piel, que eran cosas que le irritaban.

Se enfrentaría a Balzarin y punto. ¿Qué era lo peor que podía sucederle? ¿Que le enviase a un lugar remoto sin esperanzas de ascenso? Cosas peores había en la vida. Se aproximó a la puerta y llamó con firmeza.

Nadie contestaba. Aguardó medio minuto y volvió a llamar. Seguían sin contestar. Vacilante, cogió el picaporte y empujó hacia abajo. No estaba echada la llave y la puerta cedió silenciosamente.

El nuncio estaba sentado en el escritorio, con el rostro parcialmente oculto en la sombra y los ojos fijos en la puerta. Makonnen titubeó.

—Ilustrísima..., yo...

Balzarin no se movía.

—Creí... haber oído...

Makonnen dio unos pasos y en seguida comprendió que sucedía algo. Una mueca surcaba el rostro del nuncio; no sabía si de dolor o de terror, pero tenía los ojos muy abiertos, vidriados, sin vida.

El addetto se acercó al escritorio. No cabía duda de que Balzarin estaba muerto; en su mano derecha crispada sostenía un frasquito. La lámpara de sobremesa se había estrellado en el suelo. Eso debía de ser el ruido que le había despertado. Se inclinó y

tocó la mejilla del prelado: la carne aún estaba tibia.

Cerró los ojos inmóviles de Balzarín y alargó la mano para quitarle la redoma. La mano descansaba en el escritorio sobre un montón de papeles. Makonnen bajó la vista y advirtió una carpeta color morado abierta con el contenido esparcido. Sin pensar en lo que hacía, recogió los papeles y los guardó cuidadosamente en la carpeta. Al cerrarla, vio el título en la tapa: «La Fratellanza» (La Cofradía). Junto al nombre, alguien había trazado un círculo y en su interior un candelabro de siete brazos, un candelabro cuyo soporte central era la base de una cruz.

Capítulo 15

UTILIZÓ la línea directa. En Roma serían casi las dos de la madrugada. El teléfono sonó al otro extremo sin indicar la impaciencia del que llamaba. Tardaron varios minutos en contestar.

—Pronto. Parlo col Vaticano?

—Si. Che cosa desidera?

—Sonó padre Makonnen, l'addetto della nunziatura di Dublino. Vorrei parlare con il cardinale Fazzini, per favore, interno 69.

—Ma guardi che a quest'ora? Il cardinale dorme.

—E moho urgente. Per favore, provi.

—Ma, se proprio vuole. Atienda un momento.

El 69 era la línea privada de Fazzini, sólo utilizada en casos de extrema urgencia. En el momento en que justamente pensaba que el de la centralita iba a cortarle para decirle que telefonease por la mañana, se oyó un clic y una voz tersa dijo:

—Pronto. Qui parla Fazzini.

Makonnen titubeó un solo instante. El asunto era importante. Lo bastante importante para levantar a un cardenal de la cama.

—Eminencia, soy el padre Makonnen, addetto de la nunziatura de Dublín. Siento... siento molestar a vuestra eminencia a estas horas, pero... se ha producido una gran tragedia.

Muy a su pesar, notaba que la voz le fallaba. Miró en derredor al cuerpo exánime de Balzarín, rígido en su poltrona. De momento, prescindía de sus preocupaciones personales y volvía a ser un diplomático cuyo único deseo es evitar un escándalo que perjudicase a la Iglesia. Después pensaría en el sarcasmo de aquella situación.

—Padre, son las dos de la mañana —decía la voz firme de Fazzini, con cierto deje de sueño—. Sea cual sea la tragedia, estoy seguro de que el arzobispo Balzarín sabrá hacerle frente hasta una hora más razonable.

Makonnen respiró hondo.

—Lamento... decirle a vuestra eminencia que... el arzobispo ha muerto. Creo que... se quitó la vida. Si é suicidato, yo...

—¿Está usted a solas, padre?

—Sí, yo...; los demás están fuera. El ama de llaves que tenemos ahora no duerme en la nunziatura y no viene hasta las diez. El único que está aquí es el padre Diotavelli de la Santa Sede, que está durmiendo. Si...

—Escúcheme bien, padre Makonnen. Si es cierto lo que dice y el arzobispo realmente se ha suicidado, no dudo que comprenderá usted la necesidad de... discreción. Me imagino que no habrá usted comunicado a nadie más este...

lamentable descubrimiento.

—Así es, eminencia.

—Va bene. Encárguese de que el padre Diotavelli no lo sepa. Lo que menos deseamos es que esos malnacidos de la Congregación para la Doctrina se huelan el asunto. Siempre meten la nariz en todo y hallan pretexto para molestas indagaciones. Mantenga usted a Diotavelli al margen de esto a toda costa.

»Una cosa muy importante, padre. No quisiera agobiarle más, pero dígame cómo el arzobispo lo... ha llevado a cabo.

—Pues creo que se ha envenenado, eminencia. Tenía un frasquito.

—¿Veneno? Bene. ¿No hay sangre ni el cadáver tiene señales de ningún tipo? Nessun segno sul corpo? —No.

—Muy bien. ¿Ha encontrado al arzobispo en la cama? —No, eminencia; está en su despacho. Le telefono desde el mismo.

Se hizo una pausa. Makonnen alzó la vista y vio en la pared sobre el escritorio el crucifijo colgado de un clavo. La imagen de Cristo era pequeña, blanca, y su cuerpo herido, desmadejado, con la resignación de la muerte. Debajo, en la poltrona, el cadáver de Balzarín, congestionado y enigmático, parecía una burla de la lívida imagen.

—Padre Makonnen, haga lo que sea y lleve el cadáver del arzobispo a la cama. Es mejor. Elimine cualquier resto de veneno, y cuando lo tenga todo arreglado, llame a un médico particular, a alguien que nos haya ayudado en otra ocasión a evitar algún... escándalo. Yo habré hablado previamente con él y lo entenderá. Que no se haga autopsia y que en el certificado de defunción conste que el arzobispo Balzarín murió de causas naturales mientras dormía. Morte naturale. Capisce?

—Comprendo.

Era el procedimiento normal. Los obispos no se suicidan. Los nuncios, igual que los papas, mueren apaciblemente en su cama.

—Otra cosa, padre. ¿Ha dejado el arzobispo alguna nota? ¿Una carta, algo?

Makonnen dudó un instante.

—No —respondió—. En su despacho, no. Tal vez en el dormitorio. Lo miraré. Pero... Hizo una pausa. ¿Sí...?

—Eminencia, había una carpeta. Estaba abierta cuando la encontré en el escritorio.

—Ya, una carpeta. ¿Qué clase de carpeta?

—Pues... —recordaba los papeles que había llevado a Fazzini el mes anterior. El cardenal debía saberlo. Aquello lo explicaría todo—. Tenía un símbolo en la tapa, eminencia. Un candelabro judío, un... —reflexionó un instante— un menorá, pero con una cruz en el centro. Eminencia, el arzobispo tuvo hoy una visita; un norteamericano que le preguntó por ese símbolo y por los papeles del padre De

Faoite. Y me pareció que al arzobispo eso le causó preocupación.

Se hizo un prolongado silencio al otro extremo del hilo. Cuando Fazzini volvió a hablar, su voz había cambiado.

—Padre Makonnen, mire, esto no es asunto para hablarlo por teléfono. Le agradezco mucho que me lo haya dicho, pero hasta que no nos veamos personalmente no puedo darle más explicaciones. Lo único que puedo anticiparle es que el arzobispo se hallaba implicado en... ciertos asuntos ajenos al cargo. Ponga usted la carpeta a buen recaudo, porque la Iglesia podría resultar gravemente perjudicada si el asunto trascendiera.

«Quédese usted en la nunciatura y yo le enviaré ayuda. No telefonee al médico hasta que lleguen ahí. Quizá haya otros documentos y debemos actuar con sumo cuidado. No toque nada hasta que lleguen mis enviados. ¿Me ha entendido?

—Sí, eminencia.

—Quiero verle en mi despacho de Roma. Tome el primer vuelo por la mañana y llame antes de salir al resto del personal para que regrese a la nunciatura, pero no se ponga aún en contacto con ellos. —Hubo una breve pausa—. Padre, ¿ese norteamericano dijo cómo se llamaba?

—¿Cómo se llamaba? Sí, eminencia. Se apellida Canavan. Patrick Canavan.

—Muy bien. También habrá que avisarle, porque su vida puede correr peligro. ¿Dejó la dirección?

—No lo sé. Un momento, que lo compruebe, eminencia.

¿Qué querría decir el cardenal con eso de que «su vida puede correr peligro»?

Las direcciones se guardaban en el pequeño archivador del rincón. Makonnen lo abrió y buscó en la «C». Allí estaba: «Patrick Canavan, 104 Pembroke Road, Ballsbridge». Volvió al teléfono y leyó las señas al cardenal.

—Estupendo, padre. Sonó moho contento di voi. Por favor, tenga paciencia y procure no preocuparse, que nos ocuparemos de todo. Espere usted que lleguen a ayudarle. Y rece por el alma del arzobispo sin tratar de juzgarle. Todos somos humanos y proclives a la tentación. Satán es poderoso.

—Comprendo, eminencia. Haré todo lo que pueda. Gracias por sus consejos.

—Adiós, padre Makonnen. Gracias por llamarme.

La comunicación se interrumpió y Makonnen colgó con mano temblorosa. Se veía arrastrado a aguas peligrosas en contra de su voluntad.

Trasladar el cadáver del arzobispo no fue tarea fácil. Estremecido, pensó en que era la primera vez que manipulaba un cadáver. Tuvo que emplearse a fondo para llevar a Balzarin por el pasillo hasta sus aposentos privados. Avanzaban mejilla contra mejilla, como amantes en un baile sin música. Notaba contra su piel la carne fría y flácida del nuncio, en repulsivo contacto.

Subió el cadáver a la cama y lo tapó con las sábanas, pero por más que se esforzara, no podía desechar el pensar por aquella muerte antinatural. Los labios de Balzarin estaban crispados sobre los dientes en torturada mueca, y no podía disipar el temor de que en cualquier momento el muerto abriese los ojos espantado y airado.

Makonnen buscó una nota en todos los sitios posibles, pero no encontró nada, ni el menor indicio de que el nuncio hubiese iniciado la redacción de algún escrito. Para evitar pensar en el silencioso dormitorio, se dedicó a comprobar que todo estaba en perfecto orden en el despacho. Se guardó en el bolsillo la redoma del veneno, metió la carpeta en un sobre marrón para llevársela a Roma y examinó minuciosamente los papeles del escritorio para que nada quedase revuelto. A él le parecía que todo estaba ordenado.

Se encontró paseando inquieto de arriba abajo por el despacho. Se puso a rezar varias veces como le había dicho el cardenal, pero las preces llegaban estériles a sus labios, como si la muerte de Balzarin hubiese matado también algo dentro de él. De rodillas, en la soledad del despacho, se encontraba vacío, sin reservas, impotente frente a una oscuridad más profunda que las que hasta entonces había conocido. Sentía como si algo brutal le hubiese arrebatado la inocencia.

Al no calmarse su inquietud, decidió ocupar el tiempo en hacer el equipaje para el viaje a Roma. El mejor vuelo sería el de las diez menos cinco, directo a Fiumicino, de AerLingus, que llegaba a la una y treinta y cinco. Cogió el sobre con la carpeta y se lo llevó arriba a su habitación.

Su equipaje era poca cosa. Lo había hecho tantas veces, que lo realizaba con maestría casi artística. No sabía cuánto tendría que estar en el Vaticano, pero, por muy larga que fuese su estancia, le darían cualquier cosa que necesitase. Metió la carpeta en la bolsa y cerró la cremallera.

De nuevo en el despacho de Balzarin, se puso a revisar los archivadores uno por uno, por mor de asegurarse de que no faltaba nada que llamase la atención. Satisfecho viendo que todo parecía estar en orden, se sentó a esperar la ayuda prometida por el cardenal Fazzini. Y en ese momento se acordó de la caja fuerte privada del nuncio. Fazzini querría saber qué guardaba en ella. Pero ¿dónde estaba la llave?

Miró en los cajones del escritorio, pero ninguna de las llaves que encontró era la de la caja. Halló el llavero de Balzarin en un bolsillo de los pantalones, pero no estaba en él la llave que buscaba. Probó con el manajo del ama, que estaba en la cocina, pero tampoco servía ninguna. Cuando estaba a punto de darse por vencido, recordó que había notado algo colgado al cuello del nuncio cuando lo trasladaba a su habitación. Regresó al dormitorio y, efectivamente, la llave colgaba de una cadenita con un crucifijo de oro.

La caja fuerte estaba llena de papeles. Algunos con aspecto muy antiguo y otros muy nuevos. Los llevó al escritorio, con mala conciencia por fisgar en las cosas

privadas de un muerto, pensando, además, en que, apenas hacía una hora, se había llegado a aquel despacho con el decidido propósito de fisgar.

Llamaron inmediatamente su atención dos grandes sobres en cuya cubierta azul oscuro estaba impreso en oro un círculo con un candelabro, igualmente en oro, y sobre él otro emblema: dos llaves cruzadas, el blasón papal. Cogió uno y vio que contenía unos doce folios en los que había pegadas diversas fotografías. Las de los primeros eran antiguas, muchas del siglo pasado, pero en los últimos folios se iban aproximando a la época contemporánea.

Fue ojeando despacio aquellas fotos: mariposas blanquinegras inmortalizando una escena. Desde su casillas rectangulares le miraban caras pálidas, ojos soñadores, labios abiertos y a punto de abrirse. No podía apartar la vista de ellas. Era como si le exigieran que las mirase, que las juzgase, que las recordase.

Aquellos hombres que aparecían en ellas eran en su mayoría eclesiásticos de jerarquía superior: obispos, arzobispos, cardenales, directores de seminarios y prelados de la curia. Todos italianos, todos de mediana edad o ancianos, y todos contemplando la cámara con desdén, como burlándose de aquella frivolidad con glacial orgullo. Absorto, siguió ojeando páginas sin lograr descifrar su significado.

Se oyó el ruido de un motor de coche avanzando por la grava del camino. A Dios gracias, alguien llegaba por fin. Se puso en pie, dispuesto a ir a la puerta para abrir, y dejó caer la carpeta, que se abrió por una de las últimas páginas. La miró y se quedó parado, con la atención fija en la fotografía de la esquina superior izquierda. Era Balzarín, imponente, sonriente y vestido de púrpura. A su lado, con sotana roja y roquete immaculado, reconoció los rasgos demacrados y graves del cardenal Fazzini.

Capítulo 16

MAKONNEN sintió un escalofrío. Aunque no acababa de captar el sentido de todo aquello, su instinto le decía que estaba en grave peligro. Por lo que sabía, las carpetas y sus fotografías nada tenían de malo, pero algo suscitaba sus dudas. Aquel secretismo de Balzarin, la insistencia por parte de Fazzini de silenciar la muerte del nuncio, igual que había sucedido con De Faoite, la petición del cardenal de que le llevase la carpeta y, ahora, aquel descubrimiento de las fotos... Balzarin y Fazzini estaban implicados en algo bastante serio como para que uno de ellos se hubiese visto impulsado al suicidio.

Afuera dejó de sonar el motor del coche y se oyó ruido de abrir y cerrar portezuelas.

Corrió a la ventana y echó una mirada. Las luces de seguridad iluminaban la zona de acceso y a su fulgor vio dos hombres que se dirigían a la puerta. No eran sacerdotes, o al menos no vestían sotana. Había algo decidido en sus movimientos, algo que le recordaba..., ¿el qué? ¿Empleados de pompas fúnebres?

Sin pararse a pensárselo, cogió el montón de papeles de la caja fuerte y en ese momento sonó el timbre de la puerta.

Miró en derredor desesperadamente buscando algo en que llevar la documentación. ¡Su cartera! Estaba en su despacho del pasillo. Sujetando los papeles contra el pecho, salió corriendo del cuarto. El pasillo estaba a oscuras con excepción de la raya de luz que surgía por la puerta que acababa de cerrar a sus espaldas. Su despacho estaba dos puertas más allá. Dejó los papeles en el suelo y abrió la puerta estrangulado por la emoción y un pánico cerval. Abajo volvió a sonar el timbre. ¿Y si se despertaba Diotavelli?

Apresuradamente vació la cartera. Tenía que haber otra cosa, pero, pese al peligro, no la recordaba; sentía el latido de la sangre en sus sienes. De pronto se acordó. Se abalanzó hacia el escritorio y abrió el cajón de arriba: su pasaporte diplomático. Lo cogió sin perder un minuto, se lo guardó en la sotana y salió a toda prisa del despacho.

Metió desordenadamente los papeles en la cartera y la cerró. Oyó el ruido de la llave girando en la cerradura y, de inmediato, el familiar crujido de la puerta al abrirse.

¡La carpeta! Se había quedado en el dormitorio. Corrió pasillo adelante con el corazón encogido, como un peso muerto. Los sombríos retratos le miraban al pasar como reprochándole lo que hacía. Oyó abajo puertas que se abrían y pasos en la escalera.

Ya en su habitación, abrió la cremallera de la bolsa y metió la carpeta en la

cartera. Cogió apresuradamente el abrigo del colgador de la puerta y salió del dormitorio. Le temblaban las manos de miedo, y, sin embargo, conservaba la mente extraordinariamente lúcida: tenía que huir y acudir con lo que sabía a alguien en quien pudiese confiar, alguien con autoridad para plantear las preguntas que él no podía hacer. Al volverse para salir, sus ojos se tropezaron con el crucifijo de madera en la pared.

Dudó un instante, lo descolgó con gesto apresurado y se lo guardó en el bolsillo del abrigo.

Apagó la luz y abrió la puerta. Afuera, el pasillo seguía envuelto en sombras. Giró a la derecha, alejándose de las escaleras hacia un recodo que conducía a la salida de incendios. En aquel momento se encendieron bruscamente las luces. Como un tejón sorprendido a la entrada de la madriguera por un hombre con una antorcha, a Makonnen se le heló la sangre en las venas. Atenazado de pavor, se volvió a ver a su perseguidor.

Diotavelli estaba en la puerta de su habitación en camión.

—Che succede, padre? —inquirió con voz adormilada.

—Niente, niente! Haga el favor de acostarse.

Pero Diotavelli no se quedaba muy convencido. Eran las tres de la madrugada, había oído el timbre de la puerta, y estaba seguro de haber oído ruido abajo. Y tenía ante sus ojos a un miembro de la nunciatura, totalmente vestido y con una cartera, andando por el pasillo a oscuras. El jesuita dio unos pasos hacia Makonnen.

—Che cosa sta succedendo? Che cosa state facendo qui?

—Es un asunto urgente, padre. Tengo que salir. No haga ruido, que despertará al arzobispo.

En aquel instante surgió un hombre del fondo del pasillo. Iba vestido con ropas negras ajustadas, como un montañero, y se cubría la cabeza con un pasamontañas. En la mano derecha esgrimía una pistola con silenciador.

Lo que a Diotavelli le faltaba de valor físico, le sobraba de confianza en sí mismo. Había pasado veinte años al servicio de la Santa Sede, luchando contra la herejía en todos los rincones del planeta y estaba acostumbrado a que le respetasen y obedecieran. Los hombres armados carecían de importancia para quien se había enfrentado a los sicarios de Satanás.

—Nel nome di Dio! Chi...

El intruso se limitó a levantar el arma y disparar. No se lo pensó dos veces y efectuó el disparo sin siquiera apuntar. Makonnen vio horrorizado cómo Diotavelli caía hacia atrás como si hubiese recibido un fuerte golpe en el pecho y sus pies perdían contacto con el suelo; inmediatamente brotó sangre de su pecho. Apenas se había oído ruido alguno: un susurro del arma, un grito quebrado, el chasquido de la bala rasgando la carne y absoluto silencio mientras el cuerpo se desplomaba en tierra.

El etiope vio los movimientos del asesino como a cámara lenta. Vio la pistola descender y girar, un reflejo en el cañón, los ojos del hombre fijados en su persona, acorralándole, y el arma trazando un arco, dirigida hacia su persona. Retorció con esfuerzo el cuerpo, como si se moviera en melaza, y se tiró de lado. Oyó su propio grito, vio el fogueo amortiguado en el cañón por el silenciador, y sintió el fuerte impacto de su hombro contra el suelo.

Se llevó la mano inconscientemente al bolsillo. Vio al pistolero volverse... despacio, tranquilamente, sin precipitarse. Sus dedos se aferraron al crucifijo como a un talismán con el que enfrentarse a la muerte. Apresuradamente, sus labios musitaron: «¡Jesús...!» No había tiempo para rezar.

El asesino alzó la mano apuntándole a la cabeza. Makonnen esquivó la bala con un respingo que le hizo chocar con la pared y, luego, se puso en pie sin aliento y esgrimiendo el crucifijo, como exorcizando al demonio. En el momento en que el arma apuntaba de nuevo a su cabeza, arrojó con todas sus fuerzas la cruz sobre el agresor. La cortante arista le golpeó en la frente, haciéndole caer al suelo, al tiempo que lanzaba un grito y soltaba la pistola.

Makonnen ya estaba de pie. Tenía el interruptor al alcance de la mano. Lo apagó y echó a correr, invisible en la oscuridad por su piel oscura y el ropaje negro. Alguien gritó a sus espaldas y oyó unos silbidos sucesivos mientras seguía corriendo.

La puerta del final de aquel pasillo daba a la escalera de incendios. El aire frío de la noche le cortó la respiración y una ráfaga de viento casi le tumba. Tropezó y cayó por el primer tramo de escalones sin resuello. En el pasillo acababan de encender la luz y oyó a sus espaldas pasos precipitados y una voz que le ordenaba detenerse.

Se le había caído la cartera y la buscó a tientas sobre los duros escalones. Oía las pisadas en las metálicas superficies mientras sus dedos palpaban la cartera. Volvió a cogerla y descendió el siguiente tramo casi a trompicones. Un chasquido metálico le dio la noción de otro disparo.

Al pie de la escalera cobró aliento. Tenía el garaje a la derecha, anexo al edificio. Kennealy se había llevado el Volvo, y Stephens y Corcoran, el Volkswagen. Quedaba el Mercedes del nuncio y la bicicleta suya. Tenía una llave del Mercedes en el llavero que guardaba en el bolsillo, pero comprendió que era una locura coger un coche tan identificable. La bicicleta sería más lenta, pero silenciosa y casi invisible.

Pegado al césped, por el lateral del edificio, corrió con todas sus fuerzas, casi arrastrando la pesada cartera. A sus espaldas oyó que las pisadas de su perseguidor salían del metal y mordían la grava, y luego el ruido de otros pasos que se aproximaban desde la parte delantera del edificio. El aire frío le cortaba los pulmones. Tropezó, cayó y volvió a incorporarse sin dejar de correr. Sólo faltaban unos pasos. A sus espaldas oyó una voz, seguida del silbido de otro disparo. Una ventana del garaje se hizo añicos con ruido quebradizo.

La bicicleta estaba en su sitio, apoyada en la pared del garaje. En la nunciatura lo dejaban siempre abierto. Echó la cartera en el cestillo, agarró el manillar, empujó la bicicleta por la irregular grava y montó a la carrera. Delante de él apareció un hombre corriendo, al que logró esquivar por escasos centímetros. La bicicleta iba tomando velocidad. Sin resuello, siguió pedaleando, consciente de que en ello le iba la vida.

Ya estaba en la parte delantera del edificio. Los pasos precipitados a sus espaldas se desvanecían conforme avanzaba. Embocaba ya el camino de entrada y bajo sus pies discurría el terreno como promesa de libertad. Miró hacia arriba y vio estrellas entre las nubes dispersadas por el viento.

Con un suspiro de alivio columbró las figuras de los dos guardias de la verja de entrada. Frenó y se bajó de la bicicleta. Los policías se volvieron y le miraron mientras se les acercaba. Uno de ellos le enfocó con una potente linterna que le deslumbró.

—¿Es usted, padre Makonnen?

Asintió con la cabeza y el vigilante apartó el haz.

—Pero ¿qué diablos hace usted aquí, padre, a esta hora?

Makonnen reconoció la voz del sargento Dunn. Se le había olvidado que aquella semana el sargento tenía turno de noche.

—Sargento Dunn, tengo... que... hablarle...

—Cálmese, padre, está sin aliento. ¿Qué sucede?

Dunn hablaba con ese acento rural que a Makonnen le habían dicho que era de Mayo o de Limerick, no recordaba exactamente.

Respirando fatigosamente, entre frases, procuró explicarle lo mejor posible lo que sucedía sin caer en histerismos. Los dos policías le escuchaban callados, y, cuando acabó de contárselo, vio que estaba temblando. El viento soplaba implacable, sacudiendo los árboles de Navan Road.

De pronto oyó ruido de pasos que se acercaban por el camino de acceso.

—¡Sargento... —comenzó a decir Makonnen—, que vienen esos hombres!

—No se preocupe, padre. El sargento O'Driscoll y yo también vamos bien armados. ¿Verdad, Sean?

—Ya lo creo que sí, Pádraig. Ahora tranquilícese, padre. Hablaremos con esos tipos.

En aquel momento apareció el primero. Era el que había matado a Diotavelli. Ya se acercaba. Makonnen vio que llegaba con la pistola en la mano.

Fue Dunn quien habló:

—Buenos días, señor. Hace un viento terrible, ¿verdad? ¿Es éste el hombre a quien busca, señor?

Makonnen miró en derredor y se sintió desfallecer: O'Driscoll le apuntaba con su Uzi y Dunn le había cogido con su manaza por el brazo.

Capítulo 17

APAGÓ el cigarrillo en la corteza del árbol. Por encima de su cabeza, en la oscuridad, las ramas invisibles se agitaban bajo el viento. Se estremeció y se alzó el cuello del abrigo. Desde aquel punto propicio detrás del árbol veía la puerta de entrada a la nunciatura. Con el cuerpo en tensión, se inclinó hacia adelante para observar mejor sin ser visto.

Desde que había dejado al nuncio aquella tarde, Patrick había estado dándole vueltas a la presunción —más bien la certidumbre— de que tenía algo que ocultar. Por su larga experiencia, sabía que el que se pone nervioso se ve impulsado a cometer algún error.

Se había apostado frente a la nunciatura para observar quién entraba y salía. Ya faltaba poco para amanecer y estaba convencido de que su espera no iba a dar fruto; iba ya casi a darse por vencido, marchándose a casa, porque tenía frío y hambre, y consideraba provisionalmente más halagüeña la perspectiva de intervenir el teléfono.

Pero le sacó de su letargo la llegada de un coche, un Ford Sierra con matrícula militar. El conductor se detuvo y dijo algo a los gardai que vigilaban la puerta antes de continuar hasta el edificio de la nunciatura. Aún estaba pensando si arriesgarse a entrar, cuando vio llegar a Makonnen, que inició lo que parecía una conversación seria con los dos policías.

Las cosas comenzaban a tomar un cariz interesante. El sacerdote no parecía muy complacido por la llegada de aquellos dos hombres de negro. Olían a militar, y Patrick habría jurado que, al menos uno de ellos, llevaba pistola.

Salió de su escondite tras el árbol para ver mejor la escena. De todos modos, nadie miraba hacia donde él se encontraba; ahora oía la voz del cura entre ráfagas de viento. Uno de los vigilantes le había agarrado del brazo y parecía retenerle contra su voluntad.

El segundo militar —si es que lo era— dijo unas palabras al primero y se alejó por el camino de entrada. Se oyó el ruido del encendido del motor y poco después aparecía el coche y el primer hombre metía a empellones al etíope en la parte de atrás. Ahora no cabía la menor duda: el sacerdote se debatía desesperadamente; llevaba una especie de maletín que el hombre le arrebató, arrojándolo en el asiento delantero. Era inútil que Makonnen se resistiera porque su adversario de un fuerte empujón le tiró sobre el asiento de atrás como un pelele.

Aprovechando la confusión, Patrick se dirigió sin perder tiempo a su coche, aparcado a unos metros de allí, y apenas se había sentado al volante, cuando el Sierra salió de la nunciatura y desembocó en la calle. Casi no le dio tiempo a agacharse antes de que los faros bañasen con su haz la ventanilla.

Al incorporarse, el Sierra ya se encontraba en Nephin Road. Lo vio doblar a la izquierda, hacia el norte en dirección a Fingías y Tolka Valley. Introdujo la llave en el encendido y la hizo girar. Casi de milagro, el frío motor arrancó. Sin encender los faros, se puso a seguir al otro coche.

Seguir a alguien sin equipo de apoyo es difícil, pero a las tres y media de la madrugada resulta prácticamente imposible. Si se acerca uno demasiado, se corre el riesgo de tener que darle las buenas noches y, si te quedas demasiado rezagado, puedes perderlo en la maraña de calles.

Cuando Patrick doblaba en Nephin Road, el Sierra acababa de rebasar la verja de los Bogies, denominados, en realidad, parque Juan Pablo II. Mantuvo los ojos fijos en las luces de posición del Ford como un marinero que se guía por dos estrellas rojas. De pronto las perdió. El coche había girado a la izquierda en una rotonda de Ratoath Road, para atajar por la parte trasera del parque. ¿Dónde diablos se dirigiría? Los cuarteles McKee, Clancy y Collins estaban a poca distancia en dirección sur, y el Ministerio de Defensa en Drumcondra, hacia el nordeste.

Giró en la rotonda y volvió a localizarlo. Conteniendo la velocidad, se hacía cábalas sobre adonde se encaminarían. De saberlo, habría podido tomar por un camino distinto para evitar que le descubriesen; pero por aquellos parajes no había más que el Royal Canal y el río Tolka. Era como si se dispusieran a salir de la ciudad. A la luz de los faros veía árboles y setos con la misma frecuencia que casas.

En aquel momento, el coche se detuvo. Automáticamente, él paró el motor. Llenaba la calle vacía el rumor del viento, brusco y desolado. Vio que bajaban tres hombres. Makonnen, el más pequeño, iba en el centro sujeto por los brazos.

Patrick abrió la guantera y sintió en su mano la pistola fría y extraña, como un viejo amigo del que uno ha estado alejado varios años. La asió con fuerza, como a un animalillo al que acabase de acorralar. Era una Heckler and Koch P7M8, su antigua pistola de Beirut; la prefería a las Browning y Beretta que había utilizado años antes, porque era más ligera, compacta y de gran precisión. Y además siempre la llevaba con un iluminador de blanco 310.

Se apeó del coche y casi le derribó una fuerte ráfaga. Pero el viento jugaba a su favor, amortiguando los pasos y permitiéndole acercarse a su presa sin que le oyesen. A juzgar por el modo en que actuaban, estaba seguro de que no se habían dado cuenta de que los seguía.

Los vio cruzar el paso a nivel y desaparecer en la oscuridad. Cubrió rápidamente el trecho y, por un instante, creyó haberlos perdido, pero luego vio el puente que, inmediatamente después del paso a nivel, salvaba el canal.

El canal de Long John Binns: un vergonzante rival del siglo xviii del Gran Canal del sector sur de la ciudad. En sus aguas crecían yerbas y juncos y sus riberas servían de paseo para enamorados y de terreno de correrías para los chiquillos. Aquella

noche, la oscuridad lo cubría como una suave alfombra lisa. En sus aguas rizadas por el viento no se reflejaba ninguna luz ni había rapaces nocturnos al acecho de presas.

Los vio justo en el momento en que salían del puente y tomaban por la vereda del margen de piedra. Ahora ya iba sobre sus pasos; oía a Makonnen discutiendo con sus captores con voz desesperada y temblorosa. Patrick sabía perfectamente por qué le habían arrastrado hasta allí.

No caminaron mucho. Vio cómo el que sujetaba a Makonnen por la derecha le obligaba a ponerse de rodillas, en postura implorante. Sigilosamente fue acercándose, al abrigo de las matas. Ahora oía la voz del sacerdote con súbita claridad, transportada por una ráfaga de viento que cruzó el canal. A unos metros, una vieja farola arrojaba una luz amarillenta sobre el camino, insuficiente para leer, pero sí para que Patrick viese lo que estaba sucediendo. Palpó bajo el cañón de su H K y conectó el iluminador.

Makonnen acabó sus rezos y se persignó. El hombre a su derecha le acercó la pistola con silenciador a la sien. Patrick apuntaba ya y el potente rayo láser del iluminador proyectaba un intenso círculo rojo en la mejilla del asesino. Pulsó el desbloqueador del seguro y apretó levemente el gatillo con un movimiento bien aprendido. El disparo repercutió en el aire, tragado por el silencio. Un segundo después se oía el sonido sordo de la zambullida del muerto al caer al canal seis metros más abajo.

El segundo hombre giró velozmente sobre sus talones, sacando la pistola del bolsillo y escrutando en la oscuridad el lugar del que había partido el disparo.

—¡Tira la pistola! —gritó Patrick sin salir de su escondrijo.

El hombre se quedó rígido, como dispuesto a echar a correr.

—Te tenemos bien apuntado —añadió Patrick, probando a engañarle—. Tira la pistola y pon las manos en la cabeza.

Sin previo aviso, el hombre se lanzó bruscamente de lado, saliendo de la línea de tiro de Patrick, arrastrando al cura. Cuando se incorporó, se cubría con el tembloroso Makonnen, a quien apuntaba con el cañón en la cabeza.

—¡So mierdas, mirad! —gritó—. Voy a dar otro mártir a la Iglesia.

Patrick le enfocó con el láser, pero no se atrevía a disparar, pues, si le alcanzaba, el simple gesto reflejo al herirle habría bastado para que le volara la cabeza a Makonnen.

—¡Salid de ahí! —gritó el pistolero—. ¡Vamos! ¡Todos! ¡Que os vea yo!

Patrick se puso en pie sin dejar de apuntarle.

—Estoy solo —dijo, advirtiendo la sorpresa del pistolero.

—¡Déjate de memeces! —gritó.

Se le notaba asustado y tenso, y Patrick sabía que la presión sobre aquel gatillo era ya media libra de más. No sería la primera vez que veía apretar sin querer un

gatillo por efecto de la tensión.

—No digo memeces —replicó a grandes voces para que le oyera bien a pesar del viento—. Estoy solo. No hay nadie conmigo.

—¡Tira el arma! —le gritó el hombre apretando con más fuerza el cuello del cura y cubriéndose mejor—. ¡Te he dicho que tires el arma!

—Sabes que es inútil. Si tiro la pistola te quedas con el cura y puedes matarle. Y el cura lo quiero yo; tú no me interesas. Suéltale y lárgate. Mátalo y eres hombre muerto. Elige: te largas o acabarás flotando ahí como tu compañero.

—¡Aquí el que da las órdenes soy yo! Y yo quien dice quién se larga y quién no. Seas quien seas, guárdate la pistola y lárgate ya. No te metas en esto, que no es de tu incumbencia. ¿Me entiendes? Estás en terreno peligroso.

Durante aquel diálogo, Makonnen no había dejado de rezar con voz atemorizada: avemarías en una mezcla de latín, italiano y etiope. Una babel de plegarias para conjurar las inexorables tinieblas. De pronto, su voz se quebró a media plegaria y comenzó a volver lentamente la cabeza, presa por el brazo de su raptor, hasta que su rostro quedó frente a la pistola, sintiendo el rígido y frío cañón del arma contra su frente, en medio de los ojos.

—¡Mátame! —musitó—. Hazlo ya, rápido, que estoy dispuesto. ¡Hazlo ya, por amor de Dios!

Patrick advirtió que el otro dudaba.

—¡No! —gritó.

El hombre golpeó con fuerza al cura con el extremo del silenciador y luego giró el arma en dirección a Patrick, efectuando dos sordos disparos que no acertaron.

El disparo de Patrick le alcanzó en la boca: un tiro imperfecto pero mortal. Su cabeza cayó violentamente hacia atrás, mientras con el dedo aferrado al gatillo disparaba al buen tuntún. Makonnen dio un salto de costado y el pistolero cayó de cabeza al canal. Del punto en que se había hundido surgieron unas ondas que el viento borró en seguida. El silencio que se hizo fue absoluto.

Capítulo 18

UNA luz blanca lechosa se filtraba a través de las largas cortinas, insípida, sin forma ni sustancia. Antes, pensaba que el Espíritu Santo sería así: etéreo, blanco como una paloma, luz devanada; el Verbo era luz. Por costumbre, sus ojos se elevaron hacia la pared de la cabecera. Pero no había nada; ni lucecita roja ni crucifijo.

El padre Makonnen no recordaba cómo había llegado allí. Todo era extraño: la cama en que se encontraba, la habitación, la sencilla alfombra marrón. Se volvió de espaldas a la luz, se tapó la cabeza con las sábanas y volvió a dormirse.

Soñó que estaba en un sepulcro y que su cuerpo yacía yerto sobre una losa de mármol. En la pared veía pintada en rojo la efigie de un pez. En torno a él, unas figuras encapuchadas cantaban letanías en un idioma desconocido. En la oscuridad brillaban unos cirios con fulgor diamantino. Los ecos recorrían los muros como bancos de peces, revolviéndose y girando en medio de la corriente.

De pronto cesaron las voces, se apagaron los cirios y se oyó el rechinar de una piedra cerrando algo, una pesada piedra. Oía el martilleo, el sonido del metal contra la piedra, casi como una orquesta. Luego cesaron los golpes y quedó desesperadamente solo. Y en aquel momento, en la oscuridad, en el silencio, notó que alguien se movía.

Abrió los ojos y volvió a encontrarse en una habitación extraña. Se dio la vuelta y entornó los ojos, molesto por la luz que entraba por la ventana. Aún resonaba en su cabeza el martilleo.

Súbitamente, los recuerdos de la noche anterior fueron como un alud de abrumadora intensidad en su cabeza: el rostro exánime de Balzarín, lívido e incoherente; Diotavelli desplomándose arrogante de un balazo, con el camisón repentinamente tinto en sangre escarlata. Revivió la persecución por la nunciatura y el jardín, el viento que azotaba su carne, la captura y el viaje hasta el canal. Pero después de aquello no recordaba nada; era como si le hubiesen pasado una esponja por el cerebro.

Apartó las sábanas y se levantó. Había dormido en ropa interior, cosa que él no hacía nunca. Sus prendas de vestir estaban dobladas en una silla de madera.

Se acercó a la ventana y descorrió la cortina. Entornando los ojos para evitar la hiriente claridad, contempló unos campos verdes y un lago azul. Unas colinas circundaban las orillas y por encima de una densa filigrana de árboles pelados se alzaba un campanario de triste piedra gris. En el agua se movía lento el reflejo impreciso de las nubes que el viento impulsaba como humo.

¿Dónde se encontraba? ¿Quién le había llevado allí? Se vistió apresuradamente y se llegó a la puerta. Un reducido descansillo conducía a un tramo de escalera de

madera sin alfombrar. Por una puerta abierta a su derecha vio un lavabo y parte de una bañera. La puerta contigua estaba cerrada. La abrió y se encontró con otro dormitorio muy parecido al que él había ocupado.

Volvió al descansillo y oyó voces flojas en el piso de abajo. Con cautela, comenzó a bajar la escalera. Un pasillo de baldosas desembocaba en una puerta, a través de la cual llegaba olor a café recién preparado.

Se detuvo ante la puerta. Había un hombre y una mujer sentados uno frente al otro en una mesa rústica de pino en la que tenían un montón de papeles. Reconoció a Canavan, el norteamericano, pero a la mujer no la conocía. Canavan alzó la cabeza y, al verle, sonrió y se puso en pie.

—Padre Makonnen, espero que haya dormido bien. ¿Cómo se encuentra?

—Pues... algo confuso. Anoche... no recuerdo muy bien qué pasó. ¿Dónde estoy? ¿Qué hacen ustedes aquí conmigo?

—No se preocupe; no pasa nada. Me imagino que le apetecerá una taza de café, y tal vez algo de comer. ¡Oh, perdone que no le haya presentado! Mi... amiga Ruth Ehlers, de la embajada norteamericana. Ella ya sabe quién es usted. Estamos en su casa, o más bien su chalet de vacaciones.

El sacerdote permaneció de pie. Los acontecimientos de la víspera se le arremolinaban confusos en la cabeza.

—No recuerdo haber venido aquí —dijo—. Fui... recuerdo haber estado en el canal. Me llevaron... dos hombres. Luego...

—Siéntese. Se sentirá mejor después de tomar un café. ¿Cómo le gusta?

Canavan le cogió del brazo y le ofreció asiento.

—Pues... solo, por favor, y con azúcar —contestó, sentándose. Privado de las convenciones del seminario o la nunciatura, el mundo se le venía abajo. Ni siquiera había hecho sus oraciones matinales.

—Ahora mismo. ¿Qué le parece algo para desayunar? Tenemos setas, que ha cogido Ruth esta mañana, y pan integral de Bowley, mantequilla irlandesa auténtica y mermelada de cerezas.

—Únicamente café, por favor. Ha dicho usted «desayuno»... ¿Qué hora es?

—Bueno, tal vez «desayuno» no sea lo más adecuado. Almuerzo, habría que decir. Son más de las doce y media.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Llegamos poco después de las cinco y usted se encontraba aún bastante afectado, por lo que Ruth le dio un somnífero.

—¡Ah, ya! —Makonnen hizo una pausa y miró la habitación. Estaba limpia y reluciente y tenía unos amplios ventanales que daban al lago—. Dígame una cosa: ¿dónde estamos?

Patrick miró por la ventana.

—¿No reconoce el lugar?

—No. No creo haber estado nunca.

Era la primera vez que hablaba la mujer. Era muy guapa, pensó, pero se la veía preocupada. A él le habían enseñado a resistir a la belleza, pero no al sufrimiento y, sin querer, eso era lo que le atraía de ella. Llevaba un vestido suelto de confección europea, sin esos adornos dorados que estaba acostumbrado a ver en las norteamericanas. Incluso su ojo africano, más avezado a los matices de la pobreza que a los de la elegancia, advertía que tenía costumbre de vestir bien.

—Esto es Glandalough —dijo ella, y conforme lo decía, al llevarse nerviosamente la mano a la mejilla, Makonnen reparó en que tenía las uñas comidas. ¿Qué es lo que le causaba semejante nerviosismo?—. En el valle hay un antiguo monasterio fundado por san Kevin en el siglo sexto.

Esa torre redonda que ve por encima de los árboles era el campanario. El monasterio servía de refugio cuando las incursiones vikingas, que asolaban la comarca dejándolo todo incendiado. Todo está en ruinas. Ya lo verá más tarde.

El sacerdote asintió con la cabeza. Había oído hablar de aquel lugar y muchas veces se había propuesto visitarlo. Existían estrechos vínculos entre aquellos antiguos monjes irlandeses y los de su Iglesia.

Se volvió hacia Patrick, que acababa de servirle una taza de café.

—Señor Canavan, ¿qué es lo que sucede? ¿Por qué me han traído aquí?

No estaba enfadado, sólo asustado, arrancado de su ambiente habitual.

—Esperamos que usted mismo nos dé una respuesta a su primera pregunta, padre. En cuanto a por qué le hemos traído aquí, me consta que no ignorará que su vida corre peligro.

—Peligro, sí. Comprendo. —Aún oía aquellos pasos persiguiéndole en la oscuridad, y tuvo que dominarse para no volver la cabeza—. Recuerdo... lo que sucedió en la nunciatura, y que luego me llevaron al canal. Pero después tengo el cerebro en blanco. Usted debe saber lo que ocurrió.

—Sí.

—Me gustaría que me lo contase. —Patrick aguardó un instante.

—De acuerdo —dijo finalmente.

Mientras comía, Patrick le fue contando todo lo que sabía y a su vez le rogó que le relatase los acontecimientos que habían dado lugar a su captura en la puerta de la nunciatura..., la muerte de Balzarin, la llamada a Fazzini y la llegada de los pistoleros.

Cuando el sacerdote concluyó su relato, Patrick sirvió más café a todos y, después de sentarse, señaló los papeles que había en la mesa.

—Entonces ahí no están los papeles que De Faoite envió a Balzarin...

—No, éstos se los llevé yo en mano a Fazzini. Esto es lo que había en la caja

fuerte del nuncio, salvo la carpeta morada, que estaba en el escritorio.

—¿La que examinaba cuando murió?

—Eso es.

Se produjo un silencio.

—¿Ha examinado usted todos los papeles, padre? —inquirió la mujer.

—Sólo una de las carpetas de fotografías.

—¡Aja! Nosotros aún no los hemos mirado, considerando que usted nos ayudaría a identificar a esas personas.

Makonnen lanzó un suspiro. Conforme el café despejaba su mente, comenzaba a darse cuenta de lo peligrosas que eran las aguas en que se había internado.

—¿Pueden decirme, por favor, qué es todo este asunto? Quiero saberlo. Estoy dispuesto a ayudarlos, pero quiero saber qué es lo que ocurre.

Ruth miró a Patrick y a Makonnen sucesivamente.

—Padre —comenzó diciendo—, permita que se lo repita. Todo lo que el señor Canavan o yo le contemos, debe permanecer en el más absoluto secreto. Júrenos que no se lo revelará a nadie sin permiso nuestro, ¿comprende?

El sacerdote movió la cabeza.

—Me perdonarán —dijo—, pero comprendan que es imposible. Yo soy sacerdote y he hecho votos sagrados de obediencia; así que estoy obligado a revelar lo que sepa a mis superiores.

Patrick se inclinó sobre la mesa. Makonnen advertía por su actitud algo que le decía que él y la mujer eran amantes, pero notaba entre ellos un no sé qué raro, como una carga eléctrica capaz de saltar en cualquier momento.

—Pierde cuidado, Ruth —dijo—, podemos confiar en él —añadió volviéndose hacia el etíope—. Lo único que le rogamos, padre, es que sea discreto. Sus votos no le obligan a revelar voluntariamente información, ¿no es cierto?

Makonnen sonrió por primera vez.

—No, claro que no —respondió.

—Pues entonces creo que podemos empezar —replicó Patrick, reclinándose en la silla.

Capítulo 19

FUE Patrick quien primero tomó la palabra. Hablaba despacio, como consciente de que debía forjar un vínculo, una especie de confianza entre él y el sacerdote. El hecho de que le hubiese salvado la vida, eliminando a los dos hombres que le habían raptado carecía de sentido. Por lo que Makonnen veía, había caído en manos de ladrones, más sutiles y bienintencionados que los primeros, pero ladrones y asesinos al fin y al cabo, pues los buenos samaritanos no llevan pistola.

—Padre Makonnen —comenzó Patrick—, ceo que debemos asumir en principio que el cardenal Fazzini se habrá enterado de su desaparición, y, al no saber cómo ha podido escapar, imagino que transcurrirá cierto tiempo hasta que sepa lo que sucedió a los hombres que envió para que le mataran. Entretanto, tendrá que solucionar ciertos detalles embarazosos y el peor de todos el de la presencia del cadáver de Diotavelli. Ruth averiguará lo que pueda a través de la embajada norteamericana, pero no creo que sea gran cosa.

—Lo que está claro es que si regresa a la nunciatura o al Vaticano puede darse por muerto. Que usted, en el fondo, ignore las maquinaciones del cardenal, a él le tiene sin cuidado, puesto que ya sabe demasiado y necesitan silenciarlo. Por si le sirve de consuelo, le diré que ambos nos encontramos en la misma situación.

Makonnen recordó la petición por parte de Fazzini de la dirección de Canavan.

—Me preguntaron si sabía dónde vivía usted. Perdone que no se me ocurriera pensar... ¿Han... han intentado...?

—¿Por qué cree usted que estamos aquí?

—¿Y si voy al Vaticano y hablo con otra persona digna de confianza? —inquirió el sacerdote inclinándose hacia adelante.

Patrick movió la cabeza.

—No, hasta que sepamos qué sucede y quién está implicado. Es usted un hombre marcado se mire por donde se mire. Pero en principio, sí; necesitaríamos tener acceso al Vaticano, y para ello nos hace falta su ayuda.

—Dígame qué es este asunto, por favor —imploró el sacerdote.

Patrick mostraba vacilación por primera vez.

—La respuesta a su pregunta es que no lo sabemos.

—Cuando ayer fue usted a ver al nuncio, dijo que unos servicios nacionales de inteligencia estaban implicados. Y supongo que se referiría a ustedes mismos, a la CÍA.

Patrick sonrió.

—En aquel momento no. Me refería a nuestros primos lejanos, el KGB —hablaba de ellos como un cura posconciliar se habría referido a los «hermanos descarriados»,

aludiendo a las Iglesias protestantes. Era la primera insinuación por parte de Canavan de lo próximos que se encontraban el espía y el sacerdote, casi dando la mano, rozándose los dedos, entre las balas y los lilaos, iniciados en el más antiguo de los misterios—. Pero ahora creo que también debe de estar implicada la CÍA —añadió mirando a Ruth—. Para dejar las cosas bien claras, le diré que el papel que juego en esto, por lo que me consta, es estrictamente personal. Si bien es cierto que antes fui agente de la CÍA, y no se puede descartar totalmente cierta relación.

Hizo una pausa. Makonnen le miraba con curiosidad, como si estuviera escuchándole en confesión. Patrick se sentía incómodo; pensaba en la celosía del confesonario, cuando, de pequeño, la voz inquisitiva del cura escarbaba en sus pecados como un escalpelo que rebana un tumor.

—La señorita Ehlers es una especie de coordinadora —prosiguió— a las órdenes directas del jefe local de la Agencia en nuestra embajada. Su cometido es controlar el tráfico de inteligencia entre las diversas embajadas de Dublín. La mayor parte de este tráfico lo intercepta la estación de escucha de la Agencia Nacional de Seguridad en Menwith Hill, Yorkshire, y lo transmite a su vez a los ingleses por medio de su oficina de enlace en Benhall Park, Cheltenham.

—Patrick —terció Ruth—, no creo que el padre Makonnen deba...

—Ruth, por favor, sé lo que me hago —replicó él, alzando las manos para contenerla—. El padre es diplomático, y, si te imaginas que lo que le estoy diciendo no lo saben perfectamente sus superiores del Vaticano, eres demasiado ingenua respecto a la Iglesia católica. Benhall Park —continuó, volviéndose hacia Makonnen— reúne todo ese material con el que les entrega el GCHQ de sus propias estaciones de control en Hacklaw y Cheadle, así como las interceptaciones de telecomunicación de Caroone House en Londres. En realidad, es aún más complejo, pero lo que trato de explicarle es que el material de Ruth es extremadamente exhaustivo y enormemente fiable.

—Su principal cometido es analizar los datos por su relevancia en relación con la situación irlandesa. Revisa, por ejemplo, todo el material árabe traducido para ver si detecta posibles vinculaciones entre, pongamos por caso, los libios o la OLP y el IRA. Y seguramente sabrá usted que nuestras propias transmisiones son comprobadas por igual motivo.

Patrick no necesitaba ampliar sus explicaciones. A fines de los años setenta, el nuncio de Dublín, monseñor Gaetano Alibrandi, había adquirido notoriedad por sus repetidos contactos con miembros del IRA. Alibrandi había actuado con un noble fin muy comprensible, y quizá decidido a interceder en pro del cese de la violencia, pero la sospechosa atención suscitada por aquel nuncio no había disminuido con sus sucesores.

—Entonces, usted sabía que Balzarin se traía algo entre manos y quería

disuadirle...

Patrick sacudió la cabeza.

—No. Hasta ayer por la tarde no tenía motivos para sospechar nada de él. Sabía que tenía unos papeles que yo quería ver y nada más. Pero al hablar con él vi que se comportaba como quien oculta algo, y después de salir de la nunciatura telefoneé a Ruth para pedirle que comprobase datos de sus actuaciones: llamadas, telegramas diplomáticos, radiomensajes... todo. Creo que es preferible que ella misma le diga lo que averiguó.

Ruth no acababa de decidirse. No sabía por qué, pero el sacerdote la intimidaba. Por las amistades de sus padres, ella había tenido poco contacto con católicos y prácticamente ninguno con curas. Como tantas otras mujeres, la opción sacerdotal del celibato la veía como una negación de algo que ella juzgaba esencial, e imaginaba que a los hombres debía sucederles lo propio respecto a las monjas. Por primera vez en muchos años le fallaba su soltura social; se sentía incómoda y era consciente de que se le notaba. El hecho de que Makonnen fuese negro la inquietaba aún más. No es que ella hubiese jamás tenido veleidades racistas, pero precisamente eso la inducía a pensar que su turbación pudiese interpretarse equivocadamente.

—Padre Makonnen —comenzó diciendo—, es probable que sepa que ustedes, quiero decir el estado vaticano, y la CÍA intercambian normalmente información secreta. Como ha señalado Patrick..., el señor Canavan..., es lógico, entenderá que también nosotros deseemos estar independientemente informados de los datos interesantes que, por el motivo que sea, hayan sido omitidos en esas reuniones periódicas. Estoy segura de que igualmente sus agentes saben obtener información de algunos de nuestros secretos más vulnerables.

Seguía indecisa. No sabía cómo reaccionaría Makonnen a lo que iba a decirle. Respiró hondo y continuó.

—Ayer, después de que Patrick me telefonara, fui a la embajada y consulté unos viejos archivos informáticos. Ya le ha dicho Patrick que buscábamos algo con la expresión «Pascua judía», pero lo que no le ha dicho es que en cierta ocasión probamos también con la palabra «Easter», que en italiano quiere decir «Pascua». Bien, lo único que descubrimos fueron unos cuantos mensajes de entrada y salida en la nunciatura. Nadie se había preocupado de leerlos, ya que nada más normal que el Vaticano hable de una importante festividad cristiana. —Hizo una pausa y miró por la ventana. Un pájaro grande volaba en círculo sobre la torre y el sol del atardecer hacía brillar a ratos sus alas—. Pero alguien había actuado con negligencia. «Pascua judía» no es una expresión que suela tener que traducirse. Bien, en cualquier caso, resulta que Pascua no es únicamente la traducción italiana de «Easter», sino la palabra que los judíos italianos utilizan para referirse a su Pascua si hablan con los cristianos, es decir: Pascua hebrea.

»Así que repasé los mensajes de la nunciatura y comprobé que los dos primeros podían referirse tanto a la Pascua judía como a la cristiana, aunque no estaba claro, pero el tercero era aún más extraño. Estaba fechado el tres de febrero, en código cifrado, y lo firmaban no con un nombre propio, sino con una especie de seudónimo: Il Pescatore, el pescador —volvió a hacer una pausa—. ¿Le dice eso algo?

El sacerdote reflexionó un momento. Ruth notó la leve sombra que nublaba sus ojos y su vacilación.

—No —contestó—, no me dice nada.

Pero ella sabía que lo que pensaba es que Pedro había sido el primer pescador de la Iglesia y su primer papa.

—El mensaje iba dirigido a Balzarin en persona —siguió diciendo—. Le decía que tuviese valor, que todo iba bien, que los planes estaban ultimados y que la Pascua se celebraría exactamente dentro de un mes, el tres de marzo —hizo otra pausa—. Alguien habría debido advertir que este año la Pascua es el diecinueve de abril.

Makonnen escuchaba cada vez más perplejo. ¿Adonde los llevaba todo aquello? Pasaba nervioso las cuentas de su rosario, como en muda plegaria. Se sentía comprometido y desamparado, como un niño que sale de la adolescencia.

—¿Y la Pascua judía empieza el tres de marzo? —inquirió.

Ruth movió la cabeza.

—No, eso es lo extraño. Esa fiesta comienza unos días antes que la Pascua cristiana. Pero en el mensaje, Pascua significa claramente Pascua judía, porque el que lo envía habla del «día en que los hijos de Israel dejan el cautiverio de Egipto», y tanto De Faosite como Chekulayev dijeron claramente Pascua judía.

Makonnen se levantó de la silla. Se sentía atrapado, como si el Pescador del Vaticano le tuviera sujeto por un largo sedal con anzuelo. Fue a la ventana y miró la torre grisácea y los árboles sin hojas, las aguas oscuras y las nubes en formación. Hasta en invierno estaba verde el campo en aquel país, verde y húmedo como él no recordaba cosa parecida en su niñez. Y pensó por qué el mundo sería tan desolado y vacío por pleno que fuese.

—¿Por qué estamos hablando aquí de una cosa así? —inquirió—. ¿Por qué me lo cuentan? Ustedes disponen de una poderosa organización: hombres, ordenadores, archivos, y yo sólo soy un sacerdote que no puede ayudarlos.

Ruth miró a Patrick con gesto de cansancio, casi de desesperación.

—No me diga eso, padre —dijo Patrick pausadamente.

—¿Por qué no? —replicó Makonnen mirándole.

A guisa de respuesta, Patrick cogió la carpeta que el cura había encontrado en la caja fuerte de Balzarin, la abrió y sacó un papel que depositó suavemente en la mesa para que el sacerdote lo leyera. Era una hoja pequeña de un cuaderno de notas con membrete. En la parte superior había un escudo y bajo él se leía una cita bíblica:

«Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres».

Makonnen se acercó a la mesa y cogió la hoja.

«Hermano: He recibido tu carta y la de Pilares. Que Dios os bendiga y procuréis todos seguir su camino. La hora de la Pascua se acerca. Contad con mis oraciones y ayuda. Si algo hay que tú o los hermanos necesitéis y yo pueda hacer, no dudéis en pedírmelo. Ya sabéis que todo lo mío es vuestro. He dado las instrucciones que me pedíais. No encontraréis trabas. Saludad de mi parte al cardenal Fazzini. En SU nombre, MILES VAN DOREN».

—No comprendo —dijo Makonnen, devolviendo la carta a Patrick—. ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué es ese escudo?

—El escudo —respondió pausadamente Patrick— es el sello oficial de la CÍA —Ruth había apartado la vista y miraba al vacío—. La frase es de la Biblia, y puede verla cuando quiera entrando en el vestíbulo de la Agencia en Langley.

—¿Y quién es ese Miles van Doren?

Ruth observó una nube que discurría como un velo por detrás de la torre. Había elegido aquel lugar por la calma, pero el mundo la había seguido y llenaba los espacios grises con sus propios sonidos.

—Miles van Doren —dijo en voz tan baja que Makonnen tuvo que hacer esfuerzos por oírla—, Miles van Doren es mi padre. Es consejero presidencial en asuntos de espionaje y director de la CÍA. Fueron sus hombres quienes le capturaron a usted en la nunciatura. Y no eran agentes corrientes, sino hombres de Operaciones Especiales recién llegados de Honduras; los envió a Irlanda hace tres semanas, y esos dos que fueron a buscarle a usted no son los únicos: hay más. —Alzó la vista con una expresión de insufrible dolor—. Y siguen buscándole —añadió—. Sólo que esta vez los acompaña mi padre.

Capítulo 20

A pesar del fuego, comenzaba a notarse frío. Ruth echó otro bloque de turba y reavivó las brasas, haciendo ascender brillantes chispas por la chimenea.

—Voy a salir —dijo— a dar un paseo a ver si todo está tranquilo. A lo mejor me llevo hasta el lago.

Cogió un anorak verde de un colgador de detrás de la puerta y se lo puso.

—Ten cuidado y no te alejes mucho. Nosotros cuidaremos de la casa.

Patrick sabía lo que quería decir Ruth. En su profesión, la vigilancia constante era el precio a pagar: menos libertad a cambio de conservar la propia vida.

La puerta se cerró a sus espaldas y Patrick señaló los sillones junto a la chimenea.

—Vamos a sentarnos ahí, padre.

Estuvieron un rato callados, tomando café y contemplando las llamas lamiendo la turba. El cura necesitaba tiempo para asimilar lo que acababan de decirle, comprender que su calvario, lejos de concluir, acababa de empezar. Cuando acabaron el café, Patrick encontró jerez en una alacena; una vieja botella de manzanilla muy seca y muy clara. Mejor habría estado fría, de todos modos, la sirvió. Comenzaron a hablar y al poco ya estaban charlando del misterio que los había llevado a aquella situación.

—A Chekulayev le mataron los mismos que asesinaron a Eamonn De Faoite —dijo Patrick—. Eamonn sabía lo de la Pascua judía, y los papeles que envió a Balzarín debían de dar detalles concretos: nombres, lugares, fechas..., todo lo que él hubiera podido averiguar.

—¿Por qué se los enviaría a Balzarín?

Patrick se encogió de hombros.

—Imagino que él sabía algo de Fazzini, o quizá la vinculación vaticana a grandes rasgos, y debió de creer que podía confiar en el nuncio. Eamonn era listo, pero un tanto ingenuo en ciertos aspectos. Quizá considerase que el arzobispo era la persona adecuada para tratar el asunto que afectaba al Vaticano.

—Pero no era el procedimiento adecuado, sino a través de su obispo...

—Puede; pero Eamonn nunca seguía el procedimiento establecido. Y si pensó que no había tiempo que perder... En cualquier caso, nunca lo sabremos.

—¿Y esos papeles que encontré en la nunciatura? —dijo Makonnen con un ademán hacia el montón que había en la mesa—. ¿Qué han descubierto en ellos? Aparte de...

Patrick dio un sorbo al jerez y dejó la copa en el suelo; se acercó a la mesa y volvió a su asiento con parte de los papeles.

—Hay varias cartas —dijo—. Algunas con fecha de hace años y relacionadas con

diversas etapas de la carrera eclesiástica de Balzarin; son de distintos cardenales y de distintos países, no simplemente del Vaticano o de Italia. Hay algunas de personalidades estatales de la misma Italia o de gente influyente de países en los que había estado destinado Balzarin; otras de banqueros, industriales y magnates de las finanzas y dos de militares. Las más recientes son de irlandeses: un senador, un juez y un consejero del Banco de Irlanda.

Al coger la carpeta de cartas que le entregaba Patrick, Makonnen comentó en italiano:

—Era piduista, de la logia P2.

Patrick meneó la cabeza.

—No, no creo. Puede haber una relación, pero no veo pruebas concretas.

Makonnen se refería a la P2 (pidue), una logia masónica italiana secreta y muy poderosa, cuyo descubrimiento a la opinión pública en 1981 había provocado la caída del gobierno de coalición de Aldo Forlani. La influencia de la P2 llegaba hasta el palacio Chigi y muchos temían que su poder no hubiera sido totalmente contrarrestado.

Mientras el sacerdote ojeaba las cartas, Patrick continuó.

—Todas esas cartas se refieren de un modo u otro a una organización denominada la Cofradía o, más escuetamente, los Hermanos. Hay varias referencias a un sepulcro, al parecer objeto de veneración de la secta, y en más de una se menciona a los Pilares.

«Hemos encontrado también un diario en italiano, creemos que del propio puño y letra de Balzarin. Habrá que traducirlo detalladamente; pero de un primer examen se desprende que no va ser fácil porque los nombres propios figuran con simples iniciales, y los lugares, con abreviaturas. Hay párrafos tachados, como si el autor se lo hubiera pensado mejor, lo cual nos hace pensar que lo que queda no será muy esclarecedor.

Entregó a Makonnen un librito encuadernado en fina piel color borgoña. En la contracubierta, una pequeña etiqueta indicaba que procedía de Olbi, de Venecia, como único signo distintivo.

—Padre —prosiguió Patrick—, voy a serle sincero. Corremos grave peligro. Hace días, a Ruth y al equipo que trabaja con ella en la embajada les dieron estrictas instrucciones de abandonar el caso. Les dijeron que se encargaban de él en las altas esferas, pero no creemos que sea verdad. Con suerte, aquí estaremos seguros un día o dos a lo sumo.

«Como le he dicho, consideramos que usted se halla en inminente peligro y no quisiera ofenderle, pero comprenda que aquí en Irlanda, aunque vista de paisano, resulta usted muy llamativo porque casi no hay gente de color, por lo que no debe hacerse ver por ahí.

«Afortunadamente, Ruth tiene dinero y amistades, y vamos a intentar sacarle de

aquí esta noche para encontrarle un sitio seguro en el que pueda quedarse hasta que esto termine.

—¿Y cuándo terminará, señor Canavan? ¿Dentro de una semana, de un mes, de un año? Dice usted «hasta que termine», pero ¿cuánto tiempo lleva en marcha? En esa carpeta hay grabados que datan del siglo dieciocho.

Patrick hizo una pausa antes de contestar. Sentía frío a pesar de hallarse en aquel cuarto caldeado por la chimenea. La alucinación de dos días atrás —si es que se trataba de una alucinación— aún le obsesionaba. No sabía si acudir a un médico. O a un sacerdote.

—Padre, no quería decírselo, pero quizá sea mejor. Cabe la posibilidad de que ninguno de nosotros vuelva a vivir seguro. Yo podré protegerle cierto tiempo, pero no se lo garantizo indefinidamente. Tal vez ni siquiera una semana. Nuestra única esperanza es encontrar personas en quienes confiar, gente poderosa capaz de enfrentarse a esta secta. Y no tengo que decirle lo difícil que eso puede ser.

«Pero podemos empezar por algo, identificando a aquellos cuyo nombre figura en las cartas y a los que usted reconozca en las fotos.

Entregó la primera carpeta a Makonnen, la que contenía grabados y fotografías de eclesiásticos.

Makonnen la examinó meticulosamente. Los principales personajes, incluso los históricos, resultaban fáciles de reconocer. A algunos los conocía por los periódicos; a otros, por los libros de texto de historia de la Iglesia. Se fijó en uno en concreto.

—Éste —dijo, señalando a un rostro grave en primer plano con la inconfundible marca de toda una vida consagrada a cargos de autoridad y de generaciones sujetas a la obediencia— es el cardenal Giancarlo Migliau. Sus antepasados llegaron a Italia desde España, cuando Isabel y Fernando expulsaron a los judíos. Debieron de venir por Provenza y el Piamonte y creo que se establecieron cerca de Turín; sólo uno de sus antepasados llegó a Venecia, donde se convirtió al cristianismo e hizo fortuna comerciando con Egipto y Levante. Se casó con una muchacha de la rama venida a menos de una familia noble, pero siempre estuvo considerado un advenedizo.

«Sus hijos y nietos continuaron el comercio con el sultán, fundamentalmente el de la pimienta; compraron tierras en Montebelluno y una villa de Palladio próxima a Maser. En el siglo diecisiete, cuando el Gran Consejo puso a la venta títulos nobiliarios, ya tenían dinero de sobra y bastante influencia, por lo que consiguieron que su apellido fuese incluido en el Libro de Oro. Son una de las últimas familias nobles que quedan en Venecia.

Makonnen hizo una pausa, con los ojos fijos en la fotografía.

—Hace tres años Migliau fue nombrado patriarca de Venecia —prosiguió—. No fue un nombramiento bien acogido, pero el papa no cedió. Puede que en San Marcos no cuente con muchas simpatías, pero sí con una importante influencia en el resto de

Italia. En muchos círculos se habla ya de él como papable, como seguro candidato al solio pontificio. Si el actual papa muriese (Dios no lo quiera), no cabe duda de que Migliau sería el candidato de los conservadores.

—Ya entiendo —terció Patrick—. Y de los que están en esta página, ¿conoce a alguno?

Makonnen los miró detenidamente, pero no reconocía a ninguno. Cuando llegaron al final de la colección, Patrick estaba convencido de que serían necesarios los servicios de una buena fototeca.

La segunda carpeta contenía grabados y fotografías de monjas en distintos hábitos, pertenecientes a diversas órdenes religiosas. Makonnen manifestó en seguida que no las conocía.

Lo último era un álbum más que una carpeta. Patrick lo había dejado en la mesa para examinarlo más cómodamente. Se levantó y puso dos sillas contiguas junto a la mesa.

Era un antiguo volumen, artesanalmente encuadernado según una técnica muy difundida en Francia en el siglo xvii. Habían eliminado cuidadosamente las páginas originales para adaptarle otras más adecuadas para grabados y fotografías. En la primera página habían inscrito con bellos caracteres el título de Morti (Los muertos).

Debajo seguía una leyenda en latín con los mismos caracteres manuscritos:

«An ignoratis quia quicumque baptizad sumus in Christo Jesu, in morte ipsius baptizan sumus? Consepulti enim sumus cum illo per baptismus in morten...»

Patrick reconoció un párrafo de A los romanos: «¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo».

Volvió la página. Una fila de rostros le miraban; los muertos mirando a los vivos, a través de siglos. El papel era viejo y ligeramente enmohecido, como si hubiese estado enterrado en una tumba años seguidos. Lo notaba en sus dedos, rancio y casi podrido.

La disposición de las páginas que seguían era distinta a la de las carpetas. En la parte superior de la primera figuraba un nombre: Benedetta di Rovereto. Patrick reconoció el apellido de una antigua familia veneciana del siglo xiii o xiv. Debajo y en la página siguiente había grabados y luego fotografías de mujeres jóvenes; aquéllos, quizá de la segunda mitad del siglo xvii. Había siete en total.

Conforme fue mirando aquellos rostros advirtió el parecido familiar que había entre todos. Vestidos y peinados cambiaban, pero ojos, nariz y boca delataban el linaje común. Podrían haber sido hermanas o primas, de no ser por las décadas que las separaban. ¿Serían del mismo apellido? ¿Cuál? ¿Conservarían las familias el

mismo apellido a lo largo de generaciones?

El siguiente conjunto de retratos era de hombres. Encabezaba la sección el nombre de Giovanni Carmagnola. Patrick volvió a notar el parecido fisonómico, a modo de una hila que cruzase una tela de múltiples dibujos; si en unos desaparecía un rasgo, reaparecía posteriormente en otros, menos acentuado pero inequívoco, se desvanecía un instante para repetirse en otro, o aparecía un tercero persistente en una generación entera, cual fósiles de insectos mantenidos intactos en estratos de minerales antiguos.

Página a página, los muertos se sucedían como en formación, cobrando esporádicamente vida. Quiénes eran y lo que representaban, qué significaba su muerte, era un misterio. ¿Habían muerto todos ellos jóvenes, poco después de haberles hecho los grabados o las fotografías?

Patrick pasaba las páginas como hipnotizado, atraído por aquellas fotos, como si un niño le hubiese cogido de la mano para llevarle a una vasta cámara en la que colgaban los retratos de sus antepasados. La media por apellido era de aproximadamente siete u ocho fotografías, pero en algunos había menos por comenzar en fecha más tardía, mientras que en un par de ellos constaban de mayor número y sus orígenes se remontaban al siglo XVI e incluso al XV.

Los individuos aparecían en los grabados en postura seria, generalmente sentados y junto a una imagen de la Virgen o un crucifijo. Incluso a lo largo de varias generaciones se observaba poca variación. Las fotografías seguían casi todas el mismo formalismo que los grabados, aunque de vez en cuando había algún detalle innovador. Algunos estaban de pie ante un retrato de su predecesor y otros ante un panteón familiar.

Acababa de pasar la mitad de la serie cuando sintió que el miedo le secaba la garganta. Por un instante ni siquiera estuvo seguro de lo que le había aterrado. Su mano quedó paralizada sobre la página como si se hubiese vuelto de piedra.

—Señor Canavan, ¿qué sucede? ¿Le pasa algo?

Oía la voz de Makonnen, pero le sonaba queda y distante, como si le llegase desde detrás de altos muros. No contestó. Parecía haberse quedado mudo de repente.

No necesitaba mirar el apellido que encabezaba aquella página. Los rostros se fundían en uno solo, los ojos se transformaban en un solo par, la boca en una sola boca. Al principio pensó que volvía a sufrir otra alucinación, pero transcurrido un momento comprendió que lo que veía era totalmente real.

Su foto estaba al pie de la página de la derecha, la última de la serie, la más reciente. Era actual y dolorosamente familiar. Él tenía en casa, bajo trastos polvorientos y en una caja, un álbum lleno de fotos parecidas: Francesca sola, Francesca con un grupo de amigos, Francesca con él al borde del canal, hecha por Paolo una tarde de otoño diecisiete años atrás. Habían estado juntos de vacaciones en

Venecia, en casa de la familia de ella, y un año después Patrick volvía para asistir a su entierro entre niebla y cipreses en un panteón de piedra desmoronada en el cementerio de la isla de San Michele.

Capítulo 21

EL universo se resquebrajaba. Las imágenes de Francesca poblaban su mente como polillas de alas desgarradas, ansiosas por la luz. Temía que se produjera otra alucinación, la locura, la desesperación. Otra realidad de un mundo espectral tomaba forma y coherencia a su alrededor; amenazaba con absorberle, arrastrarle como un barco destrozado hacia el frío y la eterna tiniebla. Temía la aparición de fantasmas, creía ver, bordeando los márgenes de su visión, rostros abigarrados que a su vez se desvanecían.

Despacio, pieza a pieza, el mundo se recompuso.

Con la respiración agitada, Patrick extrajo la foto de las anticuadas cantoneras que la sujetaban y cerró el álbum. Makonnen le observaba perplejo y algo asustado. ¿Qué habría en aquella fotografía que tanto se había alterado el norteamericano? Patrick volvió a mirar la foto y luego se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Padre —dijo volviéndose bruscamente—, quédese aquí, por favor, que yo voy a salir a buscar a Ruth. Lleva fuera mucho rato.

Por la ventana comenzaban a verse los primeros signos de la caída de la tarde. Patrick cogió su Burberry de la percha en la pared y se la puso. Era una gabardina de vestir, fuera de lugar en aquel ambiente rural, pero él no tenía la habilidad de Ruth para adaptarse al ambiente.

Se detuvo antes de salir.

—Padre, por favor, ahora cierre la puerta y no abra más que a Ruth o a mí. En ese armario hay una escopeta. —Yo no puedo...

—No pretendo que dispare contra nadie, pero le sugiero que la coja y si apareciese alguien amenazador, la esgrima como si fuese a usarla. Yo vuelvo en seguida.

Se apretó bien el cinturón de la gabardina y se subió el cuello para abrigarse mejor. Nada más salir el frío le hizo tiritar. A sus espaldas oyó a Makonnen cerrar con llave.

Ruth tenía que andar por el jardín: primero la llamó en voz queda y luego a voces, pero nadie contestaba. Al final del jardín, una cancela se abría sobre la carretera. Miró a un lado y a otro: un tractor avanzaba despacio en dirección a Laragh, arrastrando un remolque lleno de balas de heno. El cielo comenzaba a oscurecerse; en tres cuartos de hora habría anochecido.

Cruzó el camino y echó a andar por la vereda que discurría por detrás del hotel. Una atmósfera de melancolía se adueñaba de todo. Igual que su estado de ánimo. El lago quedaba a la derecha, invisible desde aquel sendero. Más cerca, a través de los árboles, veía la torre redonda y el montón de ruinas color pizarra que la rodeaban.

Fuera de temporada nadie visitaba aquellas ruinas; vio una figura sentada entre las tumbas y gritó el nombre de Ruth, pero era una vieja con pañuelo en la cabeza, arreglando unas flores en una tumba reciente. La saludó con una inclinación de cabeza y siguió su camino. Tumbas antiguas sucedían a las más nuevas, lápidas con flores de plástico, moho y líquenes. En lugar de inscripciones claras en inglés, las losas tenían borrosas frases en latín o irlandés. «Or do Diarmait» (Rogad por Dermot). «Or do Pádraig» (Rogad por Patrick). Volvió la cabeza y vio que la vieja había desaparecido.

Allí había estado él una vez con Francesca. Debía de ser en primavera, a fines de marzo o primeros de abril. Recordaba los brotes tiernos de los árboles y el sol sobre las piedras grises. Al día siguiente le había escrito un poema. Aún recordaba la primera estrofa:

***En Clendalough, junto a un peñasco,
vi un cuervo temblando al viento;
y vi a Kevin caminando
sobre sombrías olas
de playa en playa de aflicción.***

Aún ahora, en aquel paraje húmedo y desagradable, lleno de tumbas, con las manos manchadas de sangre y los años a sus espaldas como un desierto, las palabras del poema volvían a su memoria. Volvían las palabras y con ellas revivían las imágenes en la atmósfera sutil del presente: aquella melena cayendo sobre un hombro en penumbra, aquellos dientes blancos entre jugosos labios, la protuberancia de un seno turgente bajo la tenue tela. Y una medalla de oro con el emblema de un menorá de siete brazos, coronado por una cruz.

Conforme caminaba hacia el lago, sus pensamientos volvían constantemente hacia la fotografía del álbum de Balzarin. Estaba totalmente seguro de que era Francesca. Toda una zona de su memoria estaba consagrada a ella y la fotografía de aquel álbum acababa de evocarle miles de imágenes. Ya más calmado, volvió a pensar en ella, tratando de entender en qué medida eso podría hacer cambiar las cosas. ¿Era aquélla la verdadera conexión, el vínculo que le unía a De Faoite, a Chekulayev y a sus asesinos?

Al llegar a un recodo resbaló en la hierba húmeda y cayó aparatosamente sobre una tumba, quedándose sin respiración. Al incorporarse, advirtió que la inscripción era borrosa e ilegible. Nada quedaba de la identidad de los restos allí enterrados: ni nombre, ni fecha de nacimiento y de muerte.

Y acto seguido, ya incorporado, apoyado en la desgastada lápida, una idea espeluznante le acometió. Permaneció tambaleándose, mareado, casi a punto de

vomitara. Por segunda vez en menos de una hora sintió que el mundo se le venía abajo.

«¡No puede ser!», pensó, pero en lo más profundo de su ser sabía que sí era cierto. Metió la mano en el bolsillo y sacó la foto de Francesca.

Al principio no había reparado. Había muchas lápidas en todas aquellas fotografías, y sus pensamientos sólo habían sido para el rostro de Francesca, pero ahora, como si emergiese de la niebla invernal que antes la envolvía, vio claramente la inscripción en segundo término.

A Francesca la habían fotografiado de pie ante su propia tumba, viva y sonriente: un espectro inmóvil bajo un rayo de sol.

Capítulo 22

AL oeste, el sol ya había iniciado su trayecto final hacia el Atlántico. Se escuchaba un piar de pájaros preparándose para la noche, el viento volvía a alzarse, curvando las copas desnudas de los árboles, y quedaba la luz justa para ver.

Prosiguió el descenso hacia el lago. Lo primero era encontrar a Ruth. No había contestado a sus voces y empezaba a estar preocupado.

Justo delante de él vio el lago. Era el más pequeño de los dos que había en Glendalough; rodeado de oscuras colinas, sus riberas estaban bordeadas de altos y esbeltos carrizos que se balanceaban al viento como ondas de seda. Sobre el agua planeaba un pájaro blanco, solitario, sus alas teñidas por el rojo del crepúsculo. En su estela se fundían luz y agua, y en las sombras de la orilla un avetoro lanzó un estentóreo chillido saludando a la noche.

Patrick escrutó toda aquella extensión de agua enrojecida. El fulgor del ocaso dificultaba la visión y sabía que el anorak verde de Ruth actuaba de camuflaje. Haciendo bocina con las manos voceó con fuerza, pero sólo obtuvo un débil eco, a guisa de burla a su preocupación. Quizá hubiese emprendido el regreso al chalet por un camino distinto al habitual.

Tomó por el sendero de la izquierda y avanzó a paso rápido por la orilla. Al girar en un recodo la vio unos metros más adelante. Estaba sentada sobre unos guijarros, al borde del agua, recostada en una peña. Unos minutos más y no la habría visto, transformada ya en una masa verde oscura en la penumbra. La llamó a gritos y corrió hacia ella.

La sangre fue lo primero que advirtió: un charquito al pie de la peña. E inmediatamente reparó en su cabeza desmayada.

Tenía las manos fuertemente atadas a la espalda y una mordaza que le impedía gritar. Seguramente lo habían hecho con una pistola con silenciador. La sangre estaba reseca en torno al reducido orificio del balazo en la frente; prácticamente se había desangrado por el otro orificio mayor de salida en la nuca. Tenía los ojos abiertos, mirando al lago, como si contemplase al pájaro planeando. Se los cerró y se la quedó mirando, sin saber qué decir. Se sentía enajenado y aturdido. Ella sí habría sabido, se dijo, habría sabido las palabras adecuadas. Pero el único sonido era el del frío viento norte azotando el lago.

Se puso en pie y miró hacia el agua gris que temblaba furtiva, pero sin decirle nada. Cerró los puños hasta hundirse las uñas en la carne haciéndose sangre.

De repente, un ruido le hizo volver en sí: sobre su cabeza volaba un helicóptero en leve descenso, como buscando sitio para aterrizar.

«¡Dios!», pensó. Makonnen seguía solo en el chalet.

Se alejó rápidamente del lago, corriendo hacia la derecha. Había por allí un atajo que discurría entre cercas de piedra en dirección a la carretera. Corría a saltos, esquivando piedras y montículos casi invisibles en la oscuridad cada vez más cerrada; el aire frío le laceraba los pulmones, notaba bajo sus pies el terreno húmedo y resbaladizo y gateó entre helechos un promontorio, mientras el helicóptero daba otra pasada, con sus luces rojas y blancas de cola parpadeando.

Al final de la pendiente saltó la última cerca y se encontró en el camino. Tenía el chalet a su derecha, después de tres curvas. Se encaminó hacia él paseando por la carretera, con el corazón saltándole en el pecho y esforzándose por calmarse.

Cuando se aproximaba a la cancela, atisbo la silueta de un hombre de pie junto al límite del césped.

—Michael, ¿eres tú? —dijo cuando se encontraba suficientemente cerca para que le oyese.

El hombre no contestó.

—¡Vaya, creí que era mi amigo Michael! —insistió, acercándose más.

Si el desconocido contaba con que apareciese un norteamericano, esperaba poder engañarle con aquel extraño acento con que se le había dirigido en la oscuridad.

Metió la mano en el bolsillo y vio el notorio bulto cuando el extraño se llevó también la mano al interior de la chaqueta, pero, al verle sacar un paquete de cigarrillos, el otro se tranquilizó.

—¿Lleva usted fuego, señor? —inquirió al tiempo que cogía un cigarrillo—. ¡Las ganas que tenía de fumar!...

El desconocido rebuscó brevemente en su bolsillo y extrajo una caja de fósforos. Patrick dio un paso hacia él con el cigarrillo en la boca y, cuando la llama iluminó su rostro, ya era demasiado tarde para que el otro saliera de su error. Patrick le golpeó con todas sus ganas en el estómago y, mientras se doblaba hacia adelante medio ahogado, le asestó un rodillazo en la barbilla. Se oyó un sonido seco y el hombre cayó de espaldas en la carretera, golpeándose brutalmente en el asfalto.

Patrick le quitó la pistola y se la puso en la cintura. Se incorporó y miró a un lado y a otro del camino. No se veía a nadie, pero el helicóptero podía haber aterrizado cerca, descargando más hombres. Tenía que actuar sin pérdida de tiempo; de prisa y sin ruido.

De la cancela a la casa habría unos doscientos metros de jardín, en su mayor parte sin cuidar. Había luz en la cocina, a la derecha de la puerta, y vio que también estaba encendido uno de los dormitorios de arriba.

Se quitó la gabardina Burberry para no ser visible en la oscuridad: llevaba debajo un grueso jersey. Se agachó y, llenándose las manos de barro, se embadurnó la cara.

A continuación se dirigió al chalet por fuera del camino de entrada: una sombra avanzando en la oscuridad. Sus ojos estaban acostumbrados y conocía el terreno. De

momento, lo tenía todo a su favor.

Dio la vuelta a la casa por la izquierda y vio que en la parte de atrás no había nadie. El chalet no tenía puerta trasera; sólo un par de ventanas. Podía entrar por una de ellas, pero, si lo hacía, quedaría el de la puerta y cualquier otro que hubiese cerca susceptible de acudir en su ayuda. Decidió ocuparse primero del vigilante.

El mes anterior, Ruth y él habían estado colocando lazos para conejos por allí. Sería difícil encontrar uno a oscuras, pero consideró conocer el terreno lo bastante bien para probar. Localizó el gran fresno, que el año anterior había sufrido las quemaduras de los gitanos, y a unos pasos, a la izquierda, tenía que haber un lazo.

Allí seguía. Hurgó entre la yerba, lo desató de la estaca y se hizo con un buen trozo de alambre fuerte. Dejaba mucho que desear, pero serviría. En el bolsillo encontró un pañuelo y lo partió por la mitad. Arrollados a los extremos del alambre, los trozos de tela harían de agarraderas.

Dobló de puntillas la esquina del chalet por el lado opuesto a la cocina y miró en derredor. El hombre seguía junto a la puerta, empuñando un fusil automático. Lo difícil era llegar hasta detrás de él sin que le viera.

Oía rumor de voces; una voz colérica de hombre, fuerte y amenazadora, a la que contestaba la de Makonnen: aún estaba vivo.

El de guardia ante la puerta estaba cometiendo un error elemental al fijar mayor atención a la zona de su derecha, iluminada por la luz que salía de la cocina. Patrick se tumbó en el suelo y fue arrastrándose hacia él pegado a la pared.

De pronto, el hombre se dio la vuelta y miró hacia la izquierda. Patrick se quedó inmóvil conteniendo la respiración. Todavía tenía ventaja, porque el guardián, al volver la vista desde la zona iluminada hacia la densa oscuridad, estaría deslumbrado. Aguardó a que volviese de nuevo la cabeza y siguió arrastrándose.

Ahora venía lo peor: el momento en que tendría que decidirse a matar. Cualquier vacilación podía ser fatal. Pensó en Ruth, en su sangre coagulada en las piedras grisáceas junto al lago sombrío, y sus manos se aferraron al alambre y comenzó a incorporarse.

El hombre se dio la vuelta con los ojos dilatados por el espanto, pero, antes de que hubiera tenido tiempo de reaccionar, Patrick se le había echado encima, pasándole el alambre por la cabeza, apretándoselo con fuerza al cuello. El alambre le cortaba las manos, apenas mitigado por la fina tela del pañuelo.

Se oyó un impacto al chocar el arma con el suelo. El hombre se revolvía hacia atrás y hacia adelante, llevándose las manos a la garganta, debatiéndose desesperadamente. Patrick sintió el alambre hundirse en la carne y tiró con más fuerza, ajeno al dolor de sus propias manos, sin piedad para su víctima. Se oyó un prolongado estertor y el guardián se debatió frenético, retorciéndose y consumiendo sus últimas energías inútilmente. Pero Patrick no soltaba presa y estrechaba el lazo

metálico, hundiéndolo cada vez más en la carne, como quien corta queso.

Sujetó aquel cuerpo desmadejado para que no cayese y lo bajó despacio hasta el suelo. Le escocían las manos, pero era lo único que sentía. Ningún remordimiento, rabia o asco. Eso —si acaso— vendría después.

Permaneció durante un minuto agazapado en la oscuridad, junto a la pared, con el arma preparada, observando la puerta. No salía nadie. Volvían a oírse voces: aquella voz ronca y la implorante de Makonnen; y una tercera, firme y fría. Quería coger vivo a uno por lo menos.

Abrió despacio la puerta, tratando desesperadamente de recordar si chirriaba. No. Segundos después avanzaba por el pasillo. A su izquierda estaba la puerta de la cocina. Respiró hondo y alargó la mano hacia la aldaba, rezando por que siguiera sonriéndole la suerte.

Capítulo 23

TENÍA a su favor el factor sorpresa. La puerta se abrió hacia la derecha, lo cual le procuró un buen campo de tiro sobre la cocina. Había dos hombres con Makonnen, vestidos también con anoraks verde oscuro. Uno estaba de pie y el otro sentado en la mesa, frente al cura. Patrick cruzó la puerta, adoptando la posición de tirador: piernas abiertas y pistola a la altura de la cabeza.

—¡Quietos!

Todo se desarrolló a cámara lenta. El que estaba de pie se tiró de lado, arrastrando a Makonnen al suelo. Al perder el asiento, el sacerdote resbaló, derribando a su agresor. Se oyó un disparo que pasó a varios palmos de Patrick; éste, a su vez, disparó dos veces seguidas por encima de la mesa, y el hombre del suelo lanzó un gruñido y enmudeció.

El segundo hombre de la mesa permanecía inmóvil. Patrick le apuntó con la pistola.

—¡Ponga las manos en la mesa y no mueva un solo músculo! —gritó, entrando en la habitación—. ¿Se encuentra bien, padre Makonnen?

Hubo un breve silencio antes de que el sacerdote contestase.

—Sí, sí, estoy bien.

—¿Y ése? —inquirió Patrick, señalando al del suelo. Otro silencio. Finalmente se oyó la voz de Makonnen en tono censurable:

—Creo que está muerto.

—En ese caso, ayúdeme a atar al amigo. Quiero llevármelo prisionero para que nos cuente algo.

Por primera vez, el de la mesa habló. Era la voz fría que Patrick había oído desde afuera. Incluso ahora se mostraba impasible y flemático. Era alto y adusto, de unos sesenta años, con pelo blanco algo largo. Había pasado mucho tiempo desde que él y Patrick se habían visto la última vez.

—Pierde el tiempo, Patrick. No hay escapatoria. Ya no. ¿Por qué no abandona ahora que aún está con vida? No queremos hacerle daño. Sólo que de momento se calle algunas cosas. No es culpa suya, pero no tenía que haberse enterado.

Patrick no contestó. Sin dejar de apuntarle, ayudó a Makonnen a ponerse en pie. El sacerdote sangraba por la sien, pero no sufría ningún otro daño. Patrick estaba nervioso. ¿Serían cuatro hombres sólo o habría más, alertados ya por los disparos?

—¿Ha venido solo? —preguntó al del pelo blanco.

El desconocido sonrió sin decir nada. En la chimenea, el fuego se extinguía. Un leve olor a cordita flotaba en el aire. Tras los cristales sólo reinaba la más espesa oscuridad.

Patrick se aproximó al hombre de la mesa y le puso la pistola en la sien.

—Le he preguntado si está solo, y créame que dispararé si hace falta —amartilló el arma y el hombre le sonrió, frío, desafiante y despreocupado.

Makonnen se les acercó.

—Señor Canavan, no...

—Por favor, padre, déjeme a mí.

El sacerdote retrocedió sin saber qué hacer. Canavan le había parecido un hombre moral, o, si no exactamente, una persona dispuesta a evitar muertes innecesarias. Y sin embargo, que él supiera, ya había matado a tres hombres y allí estaba amenazando a un cuarto.

El de la mesa sostenía impertérrito la mirada de Patrick. No era simple despreocupación lo que denotaban sus ojos, sino otra cosa: ¿seguridad, convicción, conformidad? Sí, pensó Patrick, quizá fuese eso, una voluntaria aceptación, arraigada en una absoluta confianza en su propia rectitud. Pero ¿cuál era la rectitud que sentía Miles van Doren?

—¿Por qué ha ordenado que la matasen? —inquirió, dominando a duras penas la emoción de su voz—. Era su hija, su propia hija.

Van Doren le miró con desdén, como un gato mira a un niño travieso con estudiada indiferencia. Sus cejas eran más espesas y oscuras que el pelo y ensombrecían sus ojos confiriéndoles mayor relieve. Tenía una tez empobrecida, tirante como papel encerado, sobre unas facciones en las que resaltaban los huesos y bajo las que discurrían unas venillas cual tosca red escarlata por un terreno gris, a guisa de ríos incoherentes arracimados sobre el mapa de un desierto blanco y yermo.

—Cálmese, Patrick. Se ha entrometido en algo que no le incumbe. Esto no es asunto de la Agencia. Digamos que Ruth fue... una especie de pago. Una deuda, un sacrificio... difícil de comprender para usted. No quedaba otro remedio. De verdad. Ella sabía cosas que no debía, se había metido en un terreno peligroso. Igual que usted, Patrick. Debió usted dejar esto después del encuentro con Chekulayev. Nos jugamos demasiado para andarnos con pamplinas.

Patrick estaba cada vez más nervioso. Notaba que Van Doren pretendía ganar tiempo. A lo lejos se oía una especie de zumbido, y comprendió que se acercaba el helicóptero.

—¡En pie! —dijo tajante—. Ya hablaremos de eso después, cuando le saque de aquí.

—Patrick, ya le he dicho que pierde el tiempo. Deje esa pistola. Si actúa razonablemente, no tiene por qué preocuparse. Yo tengo influencia y puedo conseguir que salga de esto sin peligro. En caso contrario... —apostilló, encogiéndose de hombros.

Patrick iba a replicar, pero apagó su voz un estruendo que invadió el espacio y,

segundos después, un resplandor hendió la oscuridad como si una mano gigante hubiese desgarrado una gruesa cortina negra de arriba abajo.

Patrick retrocedió de la ventana medio cegado por la luz y Van Doren aprovechó el momento tirando la silla hacia atrás y agarrándole del brazo para hacer que se le disparase la pistola: la bala pasó a corta distancia de su cabeza y la detonación quedó amortiguada por el estruendo del helicóptero que intentaba el aterrizaje en el césped.

Patrick perdió el equilibrio y cayó hacia su agresor. Van Doren le obligó a girar sobre sus talones, tirándole brutalmente del brazo hacia atrás y obligándole a soltar la pistola. Afuera volvió a reinar la oscuridad nada más tocar tierra el helicóptero, que dispersó hojas muertas y yerbas por el aire.

Sujetándole con violencia el brazo a la espalda, casi a punto de descoyuntarle la clavícula, Van Doren sacó una pistola con la mano libre y se la puso a Patrick en la nuca, sin decir palabra ni recurrir a un gesto excesivamente brusco, a la vez que se inclinaba y le besaba con suavidad en el pelo, como haría un amante con su pareja dormida.

Afuera, el piloto paró el motor y se hizo un profundo silencio en la noche. Patrick sentía los latidos de su corazón, los últimos antes de morir. Notaba la presión de Van Doren y sabía que su dedo acariciaba el gatillo, que todo había acabado, que el beso había sido un gesto de traición, o quizá de contrición.

—Tire la pistola, haga el favor —era Makonnen quien lo decía, nervioso pero decidido—. No me haga disparar; no lo deseo, pero lo haré si me obliga. Créame.

Van Doren no soltó a Patrick ni tiró la pistola, y miró en derredor como si aquello no fuera con él.

Makonnen había cogido el arma del hombre que Patrick había abatido. Su mano no era firme del todo, pero no podía fallar el blanco tan cerca como estaba.

—¿Qué sucede, padre? —inquirió Van Doren—. ¿Ha perdido los escrúpulos?

El sacerdote movió la cabeza. Él no era persona dada a revelaciones sobre repentinos cambios deontológicos.

—Se equivoca —replicó—. No habría consentido que el señor Canavan le disparase a sangre fría, pero esto no es lo mismo; y para salvarle la vida estoy dispuesto a arrebátársela a usted. ¿Lo comprende?

Patrick notaba la indecisión de Van Doren. Makonnen avanzó un paso más y afuera se oyeron pisadas sobre la grava y una voz.

Van Doren, vuelto a medias, contestó también gritando:

—¡Estoy aquí! Tengo a Canavan, pero el cura está armado. ¡Cuidado!

La puerta se abrió de un golpazo de par en par. Dos hombres en anorak verde irrumpieron en la cocina empuñando fusiles automáticos. Makonnen no se arredró ni apartó la vista; ahora sujetaba la pistola con ambas manos y cada vez con más firmeza.

Los recién llegados no sabían qué hacer, apuntando con sus armas al sacerdote, conscientes del riesgo si le disparaban.

—Tire la pistola, padre —dijo Van Doren, sin aflojar la tenaz llave en el brazo de Patrick.

—Haré fuego —replicó Makonnen—. Diga a sus amigos que dejen de apuntar.

—Padre, sea razonable. Si me mata, mis hombres acabarán con ustedes dos. ¿Qué conseguiría? Lo único que lograría sería morir con las manos manchadas de sangre.

Makonnen vacilaba. Van Doren le miró a los ojos, como desafiándole a que disparara. El etiope, finalmente, tiró la pistola.

Uno de los que acababan de entrar se acercó a él y le cogió del brazo sin miramientos.

—Al helicóptero con él —ordenó Van Doren—. Yo llevo a Canavan. Los entregaremos a Migliau, que quiere interrogarlos. Tú quédate aquí con Mark hasta que envíe a alguien a buscaros —añadió, volviéndose hacia el segundo pistolero— porque en el helicóptero no hay sitio para seis. Di a John que ponga en marcha el motor, que ahora mismo vamos.

El hombre giró sobre sus talones y salió de la cocina. Un instante después se oía el silbido del motor. Patrick fue obligado a salir a empellones, seguido del otro pistolero con Makonnen.

Conforme avanzaban hacia el helicóptero, Van Doren se guardó la pistola en el bolsillo. Patrick tropezó en la grava, pero él no le soltó. Se agacharon para pasar bajo las aspas y, en la puerta, Van Doren le soltó para que subiera.

Era el momento que Patrick esperaba. Nada más tener el brazo suelto, giró súbitamente, cogiendo a Van Doren por la cintura y, antes de que pudiera reaccionar, le alzó en el aire con todas sus fuerzas. Se oyó un crujido siniestro al seccionar las aspas la cabeza de Van Doren, seguido de un fuerte silbido del mecanismo del rotor desequilibrado. Salpicaba sangre por todas partes, mientras el cuerpo de Van Doren, tras dos violentas convulsiones, caía desmadejado. Patrick le soltó y echó a correr fuera del campo de giro de las aspas averiadas, derecho hacia Makonnen y el que le sujetaba.

El pistolero se había quedado pasmado de horror, y, antes de que pudiera reaccionar, Patrick le tenía derribado en el suelo con el cura. Se oyó el disparo del otro agente sobre sus cabezas. Patrick giró rápidamente apoderándose del fusil automático que había en el suelo, lo alzó y apretó el gatillo. El pistolero se tambaleó y cayó de espaldas.

—¡Larguémonos de aquí, de prisa! —exclamó agachándose y ayudando a Makonnen a ponerse en pie.

El Mercedes de Ruth seguía donde lo había aparcado, delante del chalet, y debía de tener puesta la llave de contacto porque ella siempre la dejaba. Patrick echó a

correr hacia él, casi arrastrando a Makonnen y apremiándole a montar en el asiento delantero. A sus espaldas sonó un disparo de fusil automático; se volvió y respondió al fuego sin apuntar, mientras a toda prisa daba la vuelta al coche para ponerse al volante.

—¡Tenga! —gritó entregando el arma a Makonnen—. Utilícela si es necesario para mantenerlos a raya.

El sacerdote temblaba y sus labios se movían como rezando. Estaba asqueado y paralizado. Patrick le puso el fusil en el regazo y giró la llave de contacto. El motor arrancó sin fallos, mientras otro disparo estuvo a punto de alcanzarlos en el momento en que salía disparado en primera. Sólo se acordó de encender las luces cuando ya corrían por la estrecha carretera camino de Laragh.

LOS MUERTOS

Apocalipsis, 1.5

Capítulo 24

Venecia

NINGÚN sonido. Un inmenso silencio cortante lo cubría todo. Negrura interrumpida por lucecitas amarillas como cirios fúnebres sobre una estrecha franja pantanosa vacía. Se hallaba en la oscuridad, en movimiento, y sobre él el silencio incesante y agorero. Conforme se movía, sus ojos comenzaron a desvelarse y pudo columbrar algo del entorno.

Iba sobre una especie de pequeña embarcación a remo, con la borda pegada al agua, deslizándose silenciosamente por una soledad configurada por luz y oscuridad. Sentía el balanceo de un lado a otro a medida que avanzaba en línea recta sobre el agua, la proa hendiendo suavemente la superficie. Con un sobresalto, reconoció la forma característica de la proa, el ferro acuchillado de una góndola veneciana.

Miró brevemente hacia atrás. Al timón, un gondolero alto, vestido de negro, inclinado sobre la larga pértiga, retorciéndola de esa curiosa manera veneciana sobre el tolete de madera. Recordó que el tolete se llamaba forcola, pero no recordaba cómo había aprendido aquella palabra. De la puntiaguda popa colgaba un farol que proyectaba en el agua una estela de oro desmenuzado. Pero el rostro del gondolero permanecía oculto en sombras, bajo un sombrero de fieltro de ala ancha. Volvió de nuevo la cabeza en dirección a la marcha.

Iba sentado en una poltrona alta, de delicado torneado, adornada con delfines dorados y caballitos de mar de latón. Su mano rozó el almohadón en que iba sentado: era un terciopelo grueso suave al tacto. Se reclinó sobre el respaldo, esperando oír el chapoteo del agua o el roce de la pértiga en la jorcóla, pero no le llegaba ningún sonido. Debía hallarse en Venecia, pero ¿dónde exactamente? ¿Y quién remaba? Intentó formular las preguntas, pero no podía abrir la boca.

En aquel momento surgió oportunamente la luna de entre unos nubarrones, arrojando una luz mórbida y lechosa sobre el agua rizada. Iba por el Gran Canal, deslizándose por el centro de la ancha vía de agua bordeada de altas casas y palazzi dorados. Veía por doquier ventanas ojivales, muchas de ellas cubiertas por cortinas e iluminadas por el fulgor de velas. Había antorchas en pilotes en los puntos en que los fundamentos y rive confluían con el canal. De las fachadas de los palacios colgaban enormes faroles sobre los embarcaderos, proyectando una extraña luz temblona sobre las estacas de atraque y las pequeñas embarcaciones amarradas a ellas.

Sucedía algo rarísimo. Al principio no sabía el qué; sólo que algo era falso y se había producido un cambio de entidad, pero no acababa de saber si era una transformación del mundo físico o una simple modificación de su propia consciencia.

Junto a ellos pasaban otras embarcaciones bamboleándose...; esbeltos sandoli con remos en cruz y largas góndolas pintadas de negro, algunas con felze, esas cabinas negras redondas que ocultan la identidad de los pasajeros a los ojos de los curiosos. Tragheíti ligeros transportaban gente de una orilla a otra, abriéndose paso hábilmente entre el tráfico del canal.

Reconocía las fachadas de los palazzi en ambas orillas. Francesca se los había enseñado bien en sus frecuentes viajes por el canal. En arte y arquitectura, igual que en el amor, ella había sido su cicerone. Advirtió que navegaban en dirección nortesur, alejándose de la terraferma hacia San Marcos y la laguna. A su derecha vio el Fondaco dei Turchi, una masa de ruinas que otrora fuese la sede de los mercaderes turcos de Venecia. Casi enfrente, a su izquierda, estaba el palacio VendraminCalergi, donde había muerto Wagner, loco y solitario.

Los nombres de los palacios y las familias que los habían habitado discurrían por su mente como fantasmas borrosos: Bastaggiá, Errizo, Priuli, Barbarigo, Pesaro, Fontana, Mirisini..., letanía de los muertos en cuyas mansiones se erguían cual lápidas sobre el agua acariciada por la luna. Sabía que algo no concordaba, pero ¿el qué?

Alcanzaron la Ca' d'Oro, con sus relieves dorados y luminosos capiteles centelleantes a la luz de cien antorchas y sus ventanas iluminadas por la luz de mil velones. Entre los oros, fulgían a la luz de la luna los entrepaños rojos y azules, cinabrio y aguamarina.

La embarcación discurrió frente a Ca' da Mosto, que señala el inicio de la gran curva del canal antes del puente de Rialto. Despacio, trazando un amplio arco, avistaron el puente a guisa de enorme barco, con las ventanas iluminadas en las tiendas que constituyen la sección central. De pronto, a lo lejos, a la derecha del puente, el cielo se cuajó de luces resplandecientes. Los fuegos artificiales estallaban silenciosos sobre Campo San Polo; los cohetes enrojecían y doraban la noche y las bolas de fuego estallaban, esparciendo una lluvia de estrellas multicolores. El fuego caía en cascadas como lluvia, iluminando tejados, pináculos y campanarios.

A la luz de los fuegos artificiales vio claramente una fachada a la izquierda cada vez más próxima: era el Fondaco dei Tedeschi, una edificación del siglo XVI que había albergado la fonda, dependencias y almacenes de la antigua colonia de mercaderes germánicos. En la fachada y un lateral del edificio brillaba el colorido de los dos frescos que las cubrían, obra de notables artistas. Recordó sus nombres: Giorgione y Tiziano; un encargo realizado tras el incendio que en 1505 destruyó el edificio primitivo.

Y eso era —lo supo como si una parte de su cerebro hubiese estado anestesiada hasta aquel momento y le susurrase la horrenda verdad—: allí residía el verdadero horror, el auténtico delirio, pues los frescos no tenían que estar. El de Giorgione hacía

tiempo que se había perdido y sólo se conservaba un fragmento en el museo de la Accademia. Y el de Tiziano no era más que una sombra policroma desvaída en la pared del Fondaco, un vestigio de pasadas glorias y nada más. El mismo Fondaco era actualmente una oficina de correos anodina, vulgar y sin atractivo.

Pensó en todos los parajes por los que había pasado: el Fondaco dei Turchi no podía estar en semejante estado de deterioro porque lo habían reconstruido en el siglo XIX y posteriormente había sido transformado en museo: en el tejado del palacio Vendramin habría debido de haber una maraña de antenas de televisión, mientras que en el palacio dorado de los Contarini, frescos y dorados hacía tiempo que se habían desprendido.

Y ahora, el delirio le atenazaba como una pitón entre sus espirales. No había visto en el canal ningún motoscafo, ni vaporetti, ni una sola embarcación a motor. Además, las góndolas no llevaban felze desde el siglo pasado y tampoco había visto embarcaderi atestados de gente a la espera de embarcar. Nada de motoras de la policía, ni vigili urbani, ni ambulancias, ni luces eléctricas.

Miró hacia arriba. Estaban a punto de pasar bajo el puente. En lo alto, acodadas al pretil, le miraban unas figuras oscuras con capas negras, tricornio y la cara tapada por máscaras blancas con pico, como pájaros de presa: la batuta, el disfraz de carnaval del siglo XVIII.

La góndola se deslizó silenciosa bajo el esbelto arco, las luces se hicieron borrosas y reinó la oscuridad.

Capítulo 25

—¿SE encuentra usted bien?

Patrick se incorporó temblando en la cama. Alguien había encendido la luz: Makonnen. Volvió a oír su voz.

—¿Se encuentra bien, señor Canavan?

Estaba sudando. Si cerraba los ojos, veía aún el canal en la noche y las caras con máscara blanca observándole desde el puente.

—Sí —musitó—, estoy bien; no se preocupe. No es nada.

Compartían habitación en una pensión del Rio della Verona. La víspera habían llegado en avión de Glasgow a Roma, tomando luego el primer tren para Venecia.

—¿Qué hora es? —preguntó Patrick.

—Son más de las cuatro. Estaba usted gritando en sueños. En italiano; gritaba en italiano.

—¿Y qué decía?

Makonnen se mostraba indeciso.

—No... no sé exactamente. No lo entendí bien. Una de las veces exclamó: Chi é lei? Dove mi sta portando? ¿Quién es usted? ¿Adónde me lleva?

Era lo que él había intentado decir al gondolero. No lo había olvidado. No había olvidado nada: la góndola, las sombrías fachadas, el puente iluminado por los fuegos artificiales; conservaba de todo un vivido recuerdo, tan claro como el de la alucinación que había experimentado en Dublín. Pero esto únicamente había sido un sueño.

—¿De qué está asustado, señor Canavan? ¿Qué le sucede?

Patrick notaba el sudor enfriársele en la piel. Hacía frío aquella noche. Notaba la penetrante humedad de Venecia, que llegaba desde el pequeño canal.

—Lo que me asusta, ya lo sabe usted —contestó.

—No —replicó el sacerdote—. No me refiero a eso. Eso también me da miedo a mí; es natural que asuste. Pero hay algo más; a usted le asusta otra cosa.

Patrick no contestó de inmediato. No le había hablado a Makonnen de la foto de Francesca ni de su descubrimiento de que el objeto ante el cual se la habían hecho era su propia tumba. No había tenido tiempo de reflexionar al respecto. Y tampoco le había contado lo de la alucinación de Dublín.

—Padre, dígame una cosa —comenzó diciendo—. ¿Cree usted en fantasmas?

Makonnen le dirigió una mirada de perplejidad.

—¿Fantasmas? Nunca se me había ocurrido pensar... Sabrá usted que la Iglesia no fomenta el entrometerse en lo sobrenatural. —Hizo una pausa—. ¿Cree haber visto un fantasma? ¿Es eso lo que le asusta? ¿Un fantasma?

No había son de burla o reproche en la voz del sacerdote. Al hombre le asustan los muertos, y es natural. En Etiopía y en muchos países africanos no hay tanta separación entre muertos y vivos.

Patrick se estremeció.

—Escuche, padre: no sé si creo en Dios y menos en espíritus, pero...

Poco a poco fue explicando a Makonnen lo que había descubierto. Sacó del bolsillo la foto de Francesca y se la enseñó. La inscripción en la lápida estaba clara; no cabía error. La única duda era la identidad de Francesca, para Makonnen, no para Patrick. Cuando concluyó, el sacerdote estuvo un rato callado. Permanecían los dos en silencio en sus frías camas, oyendo el agua lamer los bordes del canal.

—¿Por eso hemos venido a Venecia? —inquirió finalmente Makonnen—. ¿Para encontrar a esa mujer? ¿Cree que sigue viva y que usted ha sido víctima de una crueldad? ¿Es eso?

—He venido aquí a encontrar a Migliau para averiguar lo que sabe de la Pascua.

—Pero usted quiere descubrir la verdad; quiere encontrar a esa mujer, si es que sigue viva. Y si no lo está, en definitiva, lo que busca es un fantasma, ¿no?

Patrick asintió con la cabeza. Hasta aquel momento no se lo había confesado a sí mismo. Por eso había elegido Venecia en vez de Roma para comenzar las indagaciones. Pero no le contó lo de la alucinación ni le refirió la claridad del sueño. ¿Habría alguna relación? Tendría que ir a un médico. Quizá el agobio de las últimas semanas, junto con las presiones que le habían obligado a dejar la Agencia...

—Apague la luz, padre. Vamos a dormir, que tenemos que levantarnos temprano.

Se despertó a las siete sin haber descansado. Makonnen estaba ya levantado, rezando en voz baja en un rincón a los pies de un pequeño crucifijo de bronce. Vestía las ropas que Patrick le había comprado en Belfast el día de su huida de Glendalough: un grueso jersey marrón oscuro, pantalones marrones de tweed y zapatos también marrones. Aún se le notaba incómodo en su nueva indumentaria, como si su condición sacerdotal formase un caparazón entre su piel y los nuevos hábitos seculares que se veía obligado a llevar. Efectivamente, al principio se había resistido a vestir así, pero Patrick le había convencido de que era primordial para su seguridad, porque habría en algún sitio alguien al acecho de un cura negro, y, aunque de piel no podía cambiar, al menos así evitaría atraer las miradas por su condición de eclesiástico.

De Glendalough se habían dirigido directamente a Dublín, donde nadie los había perseguido; era evidente que el horrendo final de Van Doren había causado una avería en el helicóptero, dejando desconcertados a los agentes que hubieran quedado. Patrick había conducido como un poseso por sinuosas carreteras, con el cura al lado muy quieto y ensimismado, mirando los faros de los coches como obsesionado por algo satánico que fuese a surgir de la oscuridad.

En Dublín se habían detenido el tiempo preciso para sacar dinero de un cajero

automático y alquilar otro coche de Boland's en Pearse Street. El Mercedes lo dejaron junto al Trinity College; con suerte, pasarían unos días antes de que alguien advirtiera que estaba abandonado. A las siete reemprendían viaje hacia el norte por la carretera de Swords, y una hora después estaban cerca de la frontera.

El instinto le inducía a Patrick a tomar precauciones. La frontera irlandesa era muy fácil de cruzar y muy fácil de vigilar. Sabía que existía una carretera poco recomendable en dirección este, después de Dundalk, que discurría sobre los acantilados que dominan la bahía del mismo nombre, para después cruzar en dirección norte hacia Newry, bordeando Carlingford Lough; pero sabía que era imposible conducir por ella de noche porque era una sucesión inacabable de curvas y en algunos puntos pasaba rozando el precipicio, y, sin luces habría sido un suicidio, con ellas habrían llamado la atención de las patrullas fronterizas inglesas que perseguían el contrabando.

Pasaron la noche en una pensión de Dundalk, de donde salieron temprano a la mañana siguiente. Patrick aguardó a que por la general no pasase ningún vehículo en el momento de doblar a la derecha, por una pequeña carretera asfaltada apenas mejor que una vecinal, que trazaba una serie de curvas antes de salir hacia el mar. A sus espaldas quedaban unas montañas, y el río que allí desembocaba parecía una cinta de seda. El mar era rojo, verde, azul, en llamas, y las montañas altas y cubiertas de niebla.

Poco después cruzaban la frontera, pese a que no había indicadores. Nadie los detuvo y al poco se hallaron de nuevo en la carretera general, camino de Newry.

Viajaron en silencio por un mundo distinto. Makonnen estaba deprimido, un estado de ánimo en consonancia con aquel paisaje en el que había iglesias por doquier, como si una fuerza religiosa ciega y pertinaz habitara como un cáncer latente en el seno de la región. En los arceles, a guisa de indicadores de tráfico, había clavadas en los árboles placas metálicas con admoniciones para los impíos: «¡Preparaos para el día del Juicio!», «Jesucristo murió por tus pecados», «Llegará el día de la Resurrección».

Tras un breve alto en Belfast para sacar dinero y cambiar de coche, se dirigieron a Larne. Llegaron al puerto a media tarde y tomaron el ferry hacia Escocia. Nadie los molestó. No había controles de seguridad ni en Larne ni en Stranraer, y, por primera vez desde que habían salido de Glendalough, Patrick respiró más tranquilo.

Desde Glasgow había vuelos diarios a Roma. Pernoctaron allí para tomar el de las 7.40, de British Caledonian/Alitalia, vía Amsterdam, en lugar de hacerlo a través de Heathrow. Makonnen conservaba su pasaporte y su llegada a Fiumicino sería registrada, pero era inevitable. En Roma cogieron el primer rápido a Venecia, a donde habían llegado al anochecer. Sólo habían transcurrido cuarenta y ocho horas desde su huida de Glendalough, pero parecían muchas más.

—¿Ha logrado dormir, por fin?

Makonnen había terminado sus oraciones y estaba de pie, ligeramente a la defensiva, como si una luz peculiar le hubiese revelado un Patrick distinto.

—Sí, muy bien. Gracias.

—¿No ha vuelto a soñar?

Patrick movió la cabeza. Curiosamente, aún recordaba el sueño. Nunca le había sucedido recordar con tal claridad y lujo de detalles ningún sueño.

—Vamos a desayunar —dijo—. Quiero exponerle el plan.

Era la primera vez que se hablaba de plan. Todas las fases de su huida se habían sucedido aceleradamente como impulsados por una fuerza de la naturaleza, y hasta el momento no se habían trazado ninguno.

Desayunaron en un comedorcito de la planta baja con vistas al canal. Patrick miraba por la ventana la desvaída luz invernal descender sobre el agua. La vista no tenía nada de particular: la gastada fachada del pequeño palazzo, granulada y jaspeada por los años y la humedad, pero le recordaba lo que debía saber; que estaba otra vez en Venecia y que no podía hallarse en ningún otro lugar. Era como si nunca se hubiera ido de allí.

El yeso amarillento se desprendía del ladrillo desnudo como una piel que descarna los huesos. En ciertos puntos, unas abrazaderas de hierro sujetaban los ladrillos. La mitad de las ventanas estaban protegidas con rejas, confiriendo al edificio aspecto de prisión o asilo. En lo alto se veía una ventana solitaria en la que habían colgado una alfombra, para ventilar. Un gato enorme se había encaramado al alféizar y miraba con malevolencia el agua sucia con sus ojos de color dispar: uno azul y el otro amarillo. Sólo Dios sabía cómo había llegado hasta allí y cómo iba a salir.

Patrick se sentía cansado. Allí, el peso del pasado era tan insufrible, que lo agobiaba todo. Incluso en el centro de El Cairo o en el sur de Damasco jamás había sentido con tanta fuerza la presencia del pasado. Allí era posible pensar que iba a abrirse una grieta entre pasado y presente, una fisura entre los gruesos muros que separaban los distintos años. Apartó la vista de aquello y sirvió café a Makonnen.

—Padre, lo que voy a pedirle comporta riesgos. Si no se ve con ánimo para correrlos, dígamelo. No quiero forzarle a nada.

El sacerdote levantó la vista de la taza y le dirigió una sonrisa entristecida.

—Mucho me temo hallarme obligado por las circunstancias. Yo no decidí venir aquí ni mezclarme en esto, pero aquí estoy y bien implicado —dio un sorbo al café y untó mantequilla en un bollo—. Por cierto —añadió—, creo que no conviene que siga llamándome «padre», ¿no le parece? Mi nombre de pila es Assefa, y tal vez yo podría llamarle Patrick.

Patrick asintió con la cabeza. Eran los únicos comensales en el pequeño comedor,

pero hasta las paredes venecianas —sobre todo las venecianas— tienen oídos.

—Muy bien. Escuche. Lo primero que haremos es averiguar qué hace Migliau. Usted entérese de lo que pueda: qué hace a diario, sus movimientos estos últimos días, cualquier cosa extraña que la gente haya podido advertir.

—Pero yo no puedo presentarme en la basílica haciendo preguntas por las buenas. Usted quizá sí; podría hacerse pasar por periodista o escritor norteamericano. Los periodistas norteamericanos son una plaga... y nadie sospecha de ellos, mientras que ¿quién ha oído hablar de la prensa etiope?

Patrick engulló un trozo de focaccia y lo tragó con un sorbo de café.

—¿No conoce usted a nadie en Venecia? ¿Algún amigo o alguien del seminario de la Accademia?

Assefa se puso a reflexionar. Sus amigos de la Accademia Pontificia habían seguido toda la carrera diplomática y casi todos vivían en el extranjero, y del resto de seminaristas había perdido el rastro. Pero de pronto se acordó de Claudio. Claudio Surian: lo había tenido de compañero en cuarto curso, cuando de repente perdió la vocación. Habían sido muy amigos y ni el mismo Assefa había logrado enterarse de hasta qué punto los problemas de Claudio pudieran ser tan graves para impulsarle a tomar aquella decisión, porque nunca contestó a sus cartas y le había manifestado que no intentara verle.

—Sí —dijo—. Aquí vive un viejo amigo mío. No es sacerdote, pero podría enterarse de algunas cosas que usted quiere, y estoy seguro de que podrá encontrar respuesta a las demás.

—Estupendo, pero deberá asegurarse de que le jura guardar el secreto. Debe hacerle comprender que corre peligro su vida. Dígale lo suficiente para que lo entienda, pero nada más.

—Entendido: pierda cuidado... Será muy discreto. —Assefa apuró el café de la taza y alargó la mano para coger la cafetera—. ¿Y usted? —inquirió—. ¿Qué piensa hacer?

Patrick miró las paredes de la orilla opuesta. Estaban tan cerca que era como si se pudieran tocar con la mano. Así era el pasado: al alcance de la mano; pero alguien podía ahogarse en las aguas que había en medio.

—Yo también tengo viejos amigos que ver —dijo—. Si es que aún viven y quieren recibirme.

Assefa alargó la mano y la puso sobre la del norteamericano.

—Patrick, tenga cuidado —musitó. Alguien había entrado en el comedor, yendo a sentarse a otra mesa distante—. Me ha salvado varias veces la vida y le estoy muy agradecido, pero temo más por usted que por mí mismo. En mi caso, sólo corre peligro mi vida, pero, en el suyo, me temo que sea su alma la que esté en peligro.

Capítulo 26

EL taxi acuático saltaba y se balanceaba sobre las olas, lanzando una estela de espuma. Afuera, hacia la laguna, el mar comenzaba a picarse; se estaba formando una llovizna que reducía la visibilidad y cubría las ventanillas de la cabina con un vaho semejante a un velo. El motoscafo había tomado el camino más directo hacia San Michele, por Cannaregio, siguiendo el Canale della Misericordia, que desemboca en la laguna.

Al margen de donde estuviera la verdad, la búsqueda de Patrick se iniciaba en la isla del cementerio de Venecia. Tenía que empezar por donde lo había dejado dieciocho años atrás. Cuando le llegó la noticia de la muerte de Francesca, él estaba en Dublín. Ella había ido a Venecia a visitar a una vieja tía suya, mientras él se aplicaba en estudiar después de las vacaciones de Navidad. El telegrama lo recibió una semana después: «Horrible accidente. Francesca muerta. Entierro mañana. ALESSANDRO CONTARINI».

Había llegado a Venecia antes de que la realidad de su muerte hubiese calado en su alma. Había sido como un fuerte golpe que le privara de respiración, sumiéndole en un dolor vago e incomprensible. Le dijeron que se había ahogado mientras remaba sola por la laguna, que su cuerpo lo habían recogido unos pescadores testigos del accidente. Al día siguiente, cansado y entumecido, había seguido a la gabarra funeraria en una góndola de respeto. El Gran Canal estaba envuelto en niebla y hacía mucho frío en la laguna.

Los padres y hermanos de Francesca habían sido corteses, pero distantes. Ellos nunca habían aprobado aquella relación y no se mostraban predispuestos a permitirle más el acceso a su cerrado círculo familiar. Ellos eran Contarini, descendientes de los dogos, ricos, fatuos y poderosos. Le habían demostrado por las claras que no deseaban que se quedase una vez concluido el entierro; y al día siguiente regresaba a Dublín con la pena en el alma, sin desahogarse con nadie y sin asumirla. Una pena que con los años se había enconado, dejándole heridas que nunca cicatrizarían.

Al aproximarse el pequeño motoscafo al embarcadero del extremo noroeste de la isla, Patrick vio que los precedía un cortejo fúnebre, una procesión de góndolas adornadas de negro, que se esforzaban por seguir la marcha de la carroza funeraria a motor que encabezaba la comitiva. Los familiares permanecían de pie bajo la lluvia, todos vestidos de negro. Entre filas de paraguas negros destacaba uno rojo rabioso, como gesto desvergonzado. La carroza funeraria tenía sus adornos de plumas mojados por la lluvia y la espuma.

Aguardaron a que la comitiva desembarcara. Patrick cerraba un círculo, y no le habría sorprendido reconocer los rostros de los deudos o que uno de ellos le hiciera

señas de que se pusiera a un lado de la fosa.

Los familiares del muerto se encaminaron por un lúgubre paseo bordeado de altos cipreses y severos monumentos de mármol y granito. El féretro iba envuelto en un paño negro y oro, sobre el que lucía un ramo de flores invernales. En cabeza del cortejo marchaba un sacerdote alto con la cabeza gacha, leyendo oraciones de un breviario mojado por la lluvia.

Patrick dijo al taxista de aguardar y puso pie en el embarcadero para dirigirse sin tardanza al claustro que rodeaba la iglesia que había en la entrada. Allí comenzaba la muerte en forma de enormes lápidas con afectuosas inscripciones y grafiti menos afectuosos.

Era un cementerio muy bien trazado, que databa de fines del siglo xviii, cuando por un decreto de Napoleón comenzaron a efectuarse allí las inhumaciones de Venecia. Era una ciudad en miniatura, una intrincada maraña de calles y paseos. Esbeltas cúpulas mojadas por la lluvia, tejadillos y pináculos de sombríos mausoleos, formaban una línea desigual contra aquel cielo gris pizarra. Impresionantes tumbas de mármol de Carrara dominaban las más modestas de la clase media y las conmovedoras lápidas de los pobres. Verjas de hierro forjado cerraban el paso de pesadas puertas tachonadas, de edificaciones en las que nadie entraba ni salía y en las que no había ventanas.

En los paseos no se veía gente jugando, riendo o cantando. Aquí y allá los visitantes se detenían a leer la inscripción de un monumento o se inclinaban a depositar unas flores. Patrick no recordaba exactamente la situación del panteón de los Contarini. Deambuló por los encharcados paseos cada vez más confundido. La lluvia era ya diluvio. Por doquier que caminaba descubría una nueva panorámica de tumbas silenciosas; ángeles inmóviles, vírgenes de mármol blanco y Cristos de piedra parecían mirarle. Sentía frío, mucho frío.

Tardó nada menos que una hora, yendo de mausoleo en mausoleo, en encontrar el que buscaba. Al dar la vuelta a una esquina, lo descubrió bajo la lluvia, siniestro, al final de una larga avenida: un panteón de piedra gris de estilo romano clásico, flanqueado por obeliscos y adustas esfinges con cara de mujer.

Cuando se aproximaba, advirtió que se hallaba muy descuidado. La verja que lo rodeaba estaba oxidada y caída en parte; crecían yerbajos en los parterres y los escalones que conducían a la entrada estaban agrietados y sucios. Quizá se había equivocado, pero comprobó que, sobre el dintel, en grandes letras esculpidas, se leía el apellido de la familia: «CONTARINI».

Se sentía solo y atemorizado. Involuntariamente miró por encima del hombro hacia el camino bordeado de cipreses que conducía al panteón. No había nadie. Una horda de espectros le rodeaba, agobiándolo, robándole la respiración, besándole los labios, lamiendo su carne para calentarse. Y desde la húmeda y destrozada escalinata,

le miraba con ojos glaucos el fantasma de Francesca.

Sacudió la cabeza y volvió a estar solo. Nervioso, se acercó a la verja tratando inútilmente de abrirla: un grueso candado herrumbroso la cerraba. Se dio por vencido y la circundó hasta un punto en que había unas barras rotas; se escurrió entre ellas y se encontró en un terreno blando con matorral hasta la rodilla. Conforme se aproximaba a la escalinata, se le encogió el corazón y su respiración se hizo más agitada.

Dio ha chiamato a se la riostra sorella Francesca...

Recordaba al cura del entierro de Francesca, perorando sobre la vida eterna. Estaban todos apiñados en torno a la tumba, sin orden preciso, mientras el sacerdote, de pie en la escalinata, frente al ataúd, proclamaba la resurrección de la carne en aquel osario.

Ma Cristo, primogénito di coloro che risorgono, transformerá...

Allí, solo y desconsolado, aguardando a que sus hermanos le diesen sepultura, Patrick había notado que su fe se desvanecía como una neblina sobre la laguna. Después había entrado en el panteón con la familia y las amistades que desfilaban ante el nicho que le habían destinado. Él había querido verla por última vez, pero ya habían cerrado el féretro y colocado la lápida con su nombre y la fecha de nacimiento y muerte. Se había limitado a acariciar la piedra, arrodillándose para besarla, cuando alguien le empujó por detrás, obligándole a seguir con un traspie y a dejarla para siempre.

Aquella noche, el padre de ella le había hecho pasar a su despacho para ofrecerle dinero. Él lo había interpretado como una simple compensación, un caramelo que se da a un pretendiente extraño e indeseado para hacerle salir de la vida de su hija. Pero la hija de Alessandro Contarini había muerto, y no había habido nada brusco o grosero en la oferta: sólo los arribistas muestran torpeza en semejantes circunstancias, mientras que la riqueza de los Contarini venía de siglos y su nobleza aún más.

«Patrick, per favore, non fare l'orgoglioso. Acéptelo. Necesita unas vacaciones, tiempo libre, tiempo para recuperarse de la pérdida».

Las palabras del conde habían sido comedidas, casi amables, pero Patrick había notado en ellas la inflexibilidad del ultimátum. No aceptó el dinero y se marchó al día siguiente. Sólo tras su regreso a Irlanda dio en pensar por primera vez en que no había visto a nadie de la familia derramar una sola lágrima durante su breve estancia en Venecia. Él no se había vuelto a poner en contacto con ellos; ni ellos con él.

Pensó que la pesada puerta estaría cerrada igual que la verja, pero, empujándola con todas sus fuerzas, logró abrirla un poco. Era una puerta de madera de ciprés con cuarterones de bronce adornados con escenas clásicas y de la Biblia. Graves figuras en procesión con palmas y ofrendando sacrificios en altares floridos; hombres y mujeres con túnicas romanas hasta los pies y la cabeza cubierta. En lo alto, Adán y

Eva acurrucados y culpables bajo el árbol de la vida; Moisés sacando de Egipto a los hijos de Israel; Abraham colocando a su único hijo en el ara, disponiéndose al sacrificio.

En uno de los paneles, Jesús resucitaba a Lázaro de entre los muertos y, en el centro, un grupo de discípulos afligidos enterraba el cuerpo del Señor crucificado. A Patrick no le llamó la atención de momento algo muy raro que había en aquella escena.

Había comprado una linterna en una tienda de la Mercería antes de tomar el motoscafo; la encendió y cruzó la puerta entreabierta.

Se vio en una vasta habitación oscura con el techo lleno de telarañas. El haz de la linterna recorrió silencioso las paredes. Tras aquellas lápidas de mármol dormían varias generaciones de Contarinis. En un rincón quedaban nichos libres a la espera de muertos.

Fue despacio de una lápida a otra, leyendo las inscripciones. Vio el nicho de Lucrezia Contarini, la tía a quien Francesca iba a visitar cuando murió. Junto a ella descansaba Caterina, la madre de Francesca: «La Contessa Cateriña Contarini. 25 febraio 1920 18 marzo 1977. Hic jacet pulvis cinis et nihil» (Aquí yacen polvo, cenizas, nada). Había fallecido seis años después de Francesca. Quedaban unas flores blanquecinas en un jarrón sin agua bajo su fotografía descolorida.

Pero por más que buscó no encontró el nicho de Francesca. Comenzó a repasarlos desde el principio, siguiendo un orden sistemático, mirándolos uno por uno con minuciosidad de arqueólogo. Nada. Sintió un escalofrío. No podía ser. Él había estado allí y había tocado con sus dedos el nombre. Con mano temblorosa, sacó la fotografía del bolsillo. En ella se veía la lápida tal como él la recordaba, y junto a ella aparecía parte de otra de la que sólo se leían unas cuantas letras, pero suficientes para comprobar que se trataba de la de la abuela de Francesca y que, por consiguiente, la madre ocupaba ahora el nicho en que habían puesto el féretro de Francesca. Hic jacet pulvis cinis et nihil.

Capítulo 27

AFUERA seguía lloviendo a mares. En el cementerio no quedaba nadie, y, mientras rehacía su camino entre ángeles dolientes y bustos y fotos idealizados de los muertos, advirtió que el cortejo fúnebre ya había embarcado e iba camino de Venecia, allá a lo lejos, tras una cortina gris, separada de sus muertos por un brazo de agua azotado por el chaparrón invernal.

En el claustro encontró a un joven monje franciscano que se ofreció a traerle al sacristán. El antiguo monasterio de San Cristofero llevaba mucho tiempo cerrado y sólo una reducida plantilla de monjes atendía la iglesia de la isla, una construcción de aspecto clásico severo diseñada por Coducci en el siglo xv. La principal tarea de los religiosos era allanar el tránsito de los venecianos al camposanto; ellos se ocupaban del cementerio y de los sepelios, recibiendo a los cortejos en el embarcadero, hieráticos y afligidos.

El sagrestano tenía un pequeño despacho en el claustro; era un cuarto casi desnudo, sin lujo ni gracia, una especie de antesala de la tumba. Sus lóbregas ventanas daban directamente a la necrópolis. El monje joven invitó a Patrick a sentarse y desapareció. Diez minutos después aparecía el sagrestano, quien se presentó como el hermano Antonio.

El hombre se bajó la cogulla empapada y acercó una silla al escritorio metálico verde, que era la única superficie disponible en el cuarto. Era muy anciano y sólo le quedaban unos grotescos mechones de pelo gris adheridos al cráneo, calvo y rugoso, a guisa de disforme tonsura. Mostraba una extraña actitud grave que casi parecía severidad. Quizá toda una vida entre muertos había profundamente impreso en él los evidentes horrores de la existencia terrena, o quizá fuese que se había hecho poco a poco viejo y hosco como cualquier mortal. Sus ojillos hundidos escrutaron a Patrick medio minuto antes de hablar.

—Buon giorno. Posso parlare italiano? —dijo con voz rasposa y asmática.

—Ma certo.

—No es corriente —añadió—. Aquí en San Michele recibimos pocas visitas de extranjeros, sobre todo en esta época del año. Nuestra isla no figura en los itinerarios turísticos y únicamente vienen todos los años algunos admiradores de los ballets rusos a presentar sus respetos a un tal Diaghilev, que está enterrado en la zona de ortodoxos, y unos cuantos más que llevan flores a la tumba de un inglés llamado barón Corvo. Imagino que habrán leído sus libros, aunque no puedo asegurarlo; yo, desde luego, no los he leído, porque me han dicho que son disolventes y que él era un depravado. Y ni siquiera barón.

Hizo una pausa y notó la impaciencia de Patrick.

—Perdone, signore, pero usted comprenderá que esto es San Michele, no el Père Lachaise de Montmartre, y aquí no tenemos ningún Chopin, Proust, Delacroix, ni Osear Wilde. Para eso hay que ir a París. Pero nuestra iglesia es muy bonita; es el ejemplo más antiguo de arquitectura renacentista de Venecia, y cuenta con tres altares de Carona y un busto de Bernini. Me refiero al hijo, no al padre. Un monje joven se la enseñará encantado.

Patrick sacudió la cabeza.

—No he venido a ver tumbas de famosos —dijo—, sino a buscar la tumba de... una vieja amiga. Pero necesito ayuda.

El anciano se relajó un poco y pareció que respiraba con menos dificultad. Buscar una tumba era algo natural.

—Entiendo —dijo—. Le ruego me perdone, signor...

—Canavan.

—Signor Canavan, a la isla vienen turistas de vez en cuando y esperan que los entretengamos y enseñemos el recinto. Y a mí me cansan. Pero tratándose de un viejo amigo... es distinto. Eso es muy distinto. Le ayudaré de mil amores —dijo cruzando sus manos rugosas—. Vamos a ver..., ¿cómo se llamaba su amiga?

—La enterraron aquí hace veintiún años. Acabo de estar en el panteón familiar, pero no hay indicio de que haya estado sepultada allí.

El hermano Antonio asintió con la cabeza.

—¿Cuál es el apellido de la familia?

—Contarini. Su padre es el conde Alessandro Contarini.

Una imperceptible sombra cruzó el rostro del monje, que asintió gravemente con la cabeza.

—Contarini, sí. La grande lomba románica. Está en el sector sudoeste. ¿Dice que ha estado en ella?

—Sí.

—¿Y no hay rastro de su amiga? —Eso es.

—Quizá se haya equivocado, y no la enterrarían en el panteón familiar. Sucede a veces. Patrick meneó la cabeza.

—La sepultaron allí. Lo sé porque estuve en el entierro.

El hermano Antonio se rebulló incómodo en la silla. En su amplio hábito parecía un fruto seco, una manzana arrugada al sol.

—Me imagino, signor Canavan, que sabe cómo funciona este cementerio... No es como los recintos habituales para muertos. Aquí hay poco espacio. Claro que procuramos en lo posible conseguir más terreno al este de la isla, pero hay poco y la gente sigue empeñándose, lógicamente, en morir y nacer. Enterramos diariamente a viejos y jóvenes, ricos y pobres, y no paran de llegar. A Dios gracias, signore, no somos paganos y no los quemamos ni los dejamos pudrirse. Tiemblo al pensar en los

cangrejos y langostas de la laguna.

«Normalmente, a menos que la familia pueda pagar una suma importante, los muertos comunes se exhuman al cabo de doce años; tiramos sus modestas lápidas y recogemos los huesos. Antiguamente venía todos los meses una gabarra para llevárselos a una islita de la laguna, Sant'Ariano, cerca de Torcello. Sant'Ariano era el osario de Venecia hasta hace unos años. Ahora ya hay sitio para los enterramientos en la fosa común al este de esta misma necrópolis. —El monje clavó sus ojos en Patrick—. ¿Le parece extraño, signor Canavan? ¿Primitivo, quizá? Ya sé que no es lo que hacen ustedes los norteamericanos, que guardan a los muertos para siempre en féretros de plomo. Pero nosotros tenemos una costumbre distinta; para nosotros los huesos no representan nada. No hace muchos años que los utilizábamos para refinar azúcar. Los venecianos somos golosos y algo enamorados de la muerte...

—No me cabe duda de lo que me dice —le interrumpió Patrick—, pero eso sólo es aplicable a quienes usted denomina «muertos comunes», pero los Contarini son ricos y su panteón uno de los más importantes del cementerio. Si hay quien descansa en paz, los Contarini no les van a la zaga.

El hermano Antonio apartó la vista, molesto. Patrick miró en la misma dirección y, a través del vidrio barato de la ventana, vio una hilera de tumbas que tapaban el mar. Sobre la ventana colgaba un crucifijo de madera sobre el yeso agrietado.

—Nadie descansa en paz en San Michele, signor Canavan, y menos los Contarini. Tenemos mar por todas partes. La condenación. Pero llegará la resurrección.

La vehemencia del anciano sorprendía y molestaba a Patrick, ya que, más que nada, lo que él trataba de encontrar eran pruebas de que Francesca descansaba en paz.

—No hablo de sus almas, padre, sino de sus huesos. Estoy seguro de que, una vez enterrados, nadie va a trastocar los huesos de los Contarini.

No se refería a la posibilidad de que uno de los enterrados volviese a deambular.

El monje hizo una pausa y le devolvió la mirada.

—No —dijo—. Tiene razón. Los Contarini se pudren en un apacible esplendor —añadió con cierta sorna y un suspiro—. ¿Cuál es el nombre completo de su amiga?

—Francesca. Francesca Contarini. Murió en mil novecientos setenta y uno; el cinco de enero. La enterraron el día seis.

—¿Tiene usted algún documento?

—No, claro que no. Pero pensé que quizá usted guardase un registro.

Durante una fracción de segundo, Patrick advirtió la indecisión del monje.

—Hay registros familiares, signore. Las solicitudes para examinarlos suelen hacerse a través de las familias interesadas. Si los Contarini...

—Padre, por favor. No tengo tiempo. Francesca era... una amiga muy querida. Hace más de veinte años que estuve en su tumba, y ahora dispongo de muy pocos días en Venecia.

El sagrestano no parecía dispuesto a ceder; sin embargo lo que hizo fue suspirar y ponerse lentamente en pie.

—Muy bien —dijo—. Aunque a lo mejor no encontramos nada. O resulta que los restos han ido a reunirse con todo ese montón de millones de huesos. Bien sabe Dios que habrá un lío enorme el día de la resurrección. Yo ya estaré aquí con los demás y espero que no me perjudique; Dios quiera que no me los mezclen con los de un amputado y en el barullo me quede sin una pierna o un brazo.

Mientras decía aquello, que seguramente era su bromita preferida, hacía crujir una estantería corrida que ocupaba toda una pared y en la que habría un centenar de volúmenes encuadernados en piel, ordenados por años.

—¿Qué año ha dicho?

—Mil novecientos setenta y uno. El seis de enero.

El fraile cogió uno de los últimos volúmenes y lo llevó al escritorio. Nada más abrirlo hizo una pausa.

—Esa amiga suya —dijo— no sería, y perdone..., un suicidio...

Patrick movió enérgicamente la cabeza.

—Fue un accidente. Se ahogó. Yo estuve en el entierro, aquí —replicó, esforzándose por no perder los estribos.

El hermano Antonio abrió el registro y comenzó a pasar hojas musitando fechas.

—Maggio..., aprile..., marzo..., febbraio... Ah, gennaio! Bene. L'undici..., l'otto..., il sette... Ah, ecco! 11 sei gennaio!

Recorría la página despacio con el dedo y Patrick advirtió que tenía la uña negra y amarillenta en algunos puntos.

—Taglioni..., Trissino..., Rusconi..., Lazzarini... —recitaba los nombres como quien pasa lista—. Bastiani... Giambono... ¡Ah, qué lástima! Éste era un niño. Recuerdo lo entristecida que estaba la familia... Malfiero...

Patrick contenía la respiración. El dedo del anciano llegó al final de la página y permaneció inmóvil, temblando un poco como una hoja que barrunta la tormenta a lo lejos.

—No hay nada —dijo—. Ninguna entrada con ese apellido.

—Tiene que haber un error.

—No hay error posible. ¿No será que me ha dado una fecha equivocada?

—Mire otra vez el día cinco y el siete.

El hermano Antonio se encogió de hombros y siguió repasando apellidos. De nuevo su dedo nudoso fue discurriendo sobre nombres de muertos y detalles de la sepultura, y de nuevo se detuvo. El fraile sacudió taxativamente la cabeza.

—Usted tiene que acordarse —insistió Patrick—. Fue un gran entierro, de una familia importante; de su hija única. Recuerdo que vino en los periódicos.

—Lo siento —replicó el hermano Antonio, cerrando el registro con ademán

molesto—. No recuerdo ese entierro; pero hay tantos a diario que se me olvidan los detalles.

—Sin embargo se acordaba de ese del niño, el de la familia tan afligida...

—Sí, por la pena que me produjo. Pero un Contarini..., no sería una tragedia tan grande.

Patrick cambió de enfoque.

—¿Y de la madre? ¿Recuerda el entierro?

—Tal vez. ¿Cuál es el nombre de pila?

—Caterina. El apellido de soltera era Querini. Murió el dieciocho de marzo de mil novecientos setenta y siete. Creo que la enterraron en un nicho del panteón, que en principio estaba destinado a la hija.

El fraile dejó el registro en la estantería y trajo otro.

—No es corriente —replicó—, aunque puede darse —añadió consultando las anotaciones.

—Contarini... Contarini... Ecco, ci siammo! «Condesa Caterina Contarini, del palazzo Contarini, Campo San Polo 2583. Nacida el 25 de febrero de 1920, fallecida el 18 de marzo de 1977. Enterrada en el panteón de los Contarini, parcela número 7465, 11 de enero de 1977.» —Levantó la vista del libro—. Eso es todo, signor Canavan. No cita para nada a la hija. Todo es correcto, como puede ver.

Se dirigió al anaquel y colocó el libro en su sitio. Por un instante, permaneció frente a las hileras de volúmenes, como dudando en si coger otro. Luego, de pronto, se volvió hacia Patrick con rostro serio y duro, en el que se leía un gran esfuerzo por dominarse.

—Signor Canavan, le ruego me perdone. Yo soy viejo, veo mal y tampoco oigo bien. Pronto, muy pronto mi nombre figurará en uno de esos registros. La tinta se secará y no tardarán en añadir un nuevo volumen. Luego, varias veces al día, mi sucesor sacará el registro del sitio y añadirá nuevos nombres. Habrá días en que brillará el sol, otros, como hoy, en que lloverá o habrá una espesa niebla entre los cipreses; las góndolas atracarán y volverán a marcharse como durante todos estos años. Nada cambiará. San Michele rebotará de muertos y sus huesos estarán más apretados en la tierra. Quién sabe si con el tiempo Venecia se hundirá en el mar y ya nadie más vendrá por aquí. Pero en el fondo, las cosas serán como siempre han sido.

El anciano hizo una pausa y dio un par de pasos hacia Patrick con la espalda encorvada y las manos fuertemente enlazadas sobre el pecho.

—Deje usted que los muertos descansen en paz, signor Canavan. De donde vienen y a donde van no es de su incumbencia. El mausoleo de los Contarini ya se está desmoronando y entre sus piedras crecen las yerbas y el moho, poco importa quién descansa allí y quién no. Todos ellos son intangibles para usted. Márchese, signore. Rece por nosotros y nosotros rezaremos por usted.

Hizo una pausa algo más larga y a continuación se cubrió con la cogulla su cabeza marchita y se dirigió a la puerta.

—No vuelva, signore. Aquí no hay nada; sólo dolor. Patrick vio como el anciano abría la puerta y echaba a andar bajo la lluvia reluciente.

Capítulo 28

MAKONNEN le estaba esperando en Florian, como habían convenido. El sacerdote parecía incómodo en medio de aquellos espejos dorados y asientos de terciopelo del lujoso interior del café. Estaba en un rincón, tomándose un espresso ristretto en una diminuta taza blanca. Entre sorbo y sorbo miraba, como un desventurado a través de una ventana decorada con sirenas, la gente que pasaba bajo los soportales de la plaza de San Marcos.

Patrick tomó asiento a su lado y pidió un Fernet Branca.

—¿Ha almorzado? —preguntó a Makonnen. El sacerdote movió la cabeza—. ¿Quiere tomar algo?

—Pues no. No tengo mucho apetito.

—Ni yo, pero imagino que mejor será que comamos algo.

Cuando acudió el camarero con la bebida que había pedido, Patrick encargó para ambos un plato de prosciutto crudo y bresáola con una botella de agua mineral Recoara.

El camarero tomó nota con una reverencia, lanzó una mirada casi imperceptible recriminatoria por Makonnen y los dejó. Enfrente de ellos, en un rincón, una grande dame anciana ocupaba sola una mesa, mirándose sus pintadas y apergaminadas facciones en la rugosa superficie de un espejo rococó, al tiempo que se llevaba a sus ajados labios la taza de chocolate.

Aparte de ellos y la anciana, el café estaba casi vacío. En Venecia a nadie le preocupa el agua alta de la marea cuando invade la ciudad e inunda la plaza, pero los días fríos de fines de invierno, en que cae la lluvia del Adriático y no hay donde guarecerse en las calles, los que pueden se quedan en casa a calentarse frente a la estufa.

—¿Ha visto a su amigo? —inquirió Patrick.

Makonnen asintió con la cabeza. Parecía un tanto distante.

—Sí —contestó—. Tiene el mismo domicilio. Su madre murió el año pasado y ahora vive con el padre; el hombre tiene ya ochenta y cinco años y Claudio está totalmente dedicado a cuidarle. No puede pagar una asistenta o una enfermera y tiene que hacerlo todo él. Le lava, le viste, le ayuda a ir al cuarto de baño y le da de comer. —Assefa hizo una pausa y miró la tacita vacía—. Es curioso —prosiguió—, pero es como si fuese una vocación, como si guardase el celibato; nunca piensa en sí mismo y está siempre en casa para ayudar al anciano, como un santo. Nos dio tanta vergüenza a causa suya cuando dejó el seminario..., pensábamos que el sacerdocio era lo único importante en la vida. Pensábamos que se condenaría, que se buscaría la perdición al dar la espalda a la Iglesia, y, en cambio, ahora ahí le tiene, dedicado a

limpiar a un viejo y sin pensar en nada más. No como penitencia ni nada parecido, sino por cariño.

—Debe de ser buena persona su amigo.

—No, ahí está la cosa, que no es buena persona. Él no soportaría oírsele decir; de verdad. Bebe mucho y dice palabrotas; tiene muy mal carácter. Y detesta la Iglesia. Pero ya lo verá usted mismo. Me ha dicho que pase a verle esta misma tarde.

Patrick dio un sorbo al Fernet Branca, haciendo una mueca cuando el amargor le llegó al paladar. La grande dame se llevó la mano enjovada a su descarnada mejilla y los miró con frialdad. De su chocolate ascendía una tenue espiral de humo.

—¿Qué le ha contado usted?

—No más de lo que usted me indicó, que mi vida corría peligro y que necesitamos ayuda.

—¿Y piensa ayudarnos? ¿Le ha dicho lo que necesitamos saber?

Makonnen asintió con la cabeza.

—Sí. Él tiene buenas relaciones, viejos amigos de cuando era monaguillo. Y también amistades de ahora; actualmente es comunista, o eso dice. Antes de morir su madre y verse obligado a cuidar él solo a su padre, pertenecía a un grupo de extrema izquierda de Cannaregio.

Entró una familia inglesa, tiritando, y entregaron sus gabardinas Burberry y los puntiagudos paraguas a un paciente camarero. Eran cuatro personas: el matrimonio con niño y niña rubios de unos siete años. Parecían retraídos, casi tímidos, como les ocurre a los ingleses en el extranjero. La anciana los miró con sus impertinentes de oro, como irritada por aquella irrupción de turistas fuera de temporada.

—¿Y usted? —inquirió Makonnen—. ¿Ha averiguado algo en el cementerio?

Patrick le contó sus infructuosas indagaciones en la isla y la conversación con el fraile. Se escuchaba su propia voz, pero era como si estuviese ajeno a la charla, distanciado, observando. Como si no se hallase allí, miraba a la familia inglesa que tomaba asiento, a la condesa sorbiendo el chocolate, a los camareros yendo y viniendo como acólitos de un templo resplandeciente y dorado.

Había estado allí muchas veces anteriormente con Francesca, huyendo de la multitud veraniega, para escuchar a la orquesta que afuera interpreta música de baile y mirar el mundo reflejado en los espejos, todo al revés, y, sin embargo, en cierto modo, más real que la vida misma, más intenso.

Se preguntó si Ruth habría estado alguna vez allí y se dijo que no habría desentonado; habría sido como un personaje de Henry James o de Fitzgerald. Las norteamericanas como ella eran casi una especie extinta. Hollywood, Disneylandia y los Burger King las habían barrido de la faz de la tierra. Y ahora Ruth había ido a reunirse con ellas por culpa de una codicia muy distinta. Parecía una tontería, pero pensaba que la quería más ahora que estaba muerta. Con Francesca había pasado lo

mismo. Se pregunto si Assefa lo consideraría pecado.

—¿Se encuentra bien, Patrick? —dijo el sacerdote, inclinándose sobre la mesa con gesto de preocupación.

Patrick salió de su ensoñación.

—Lo siento. Estaba abstraído. Pensaba en Ruth.

—Lo comprendo; no tiene por qué excusarse.

El camarero les trajo el almuerzo y comieron en silencio, acompañándolo con el agua mineral. Casi habían acabado, cuando Patrick advirtió que la grande dame pagaba su cuenta, recogía su abrigo y paraguas del camarero y, en lugar de dirigirse directamente a la puerta, venía hacia la mesa de ellos.

—¿Es usted norteamericano? —preguntó a Patrick, quien, sorprendido, reconoció en aquella voz un deje de Boston o quizá de Cambridge. La contessa resultaba ser un personaje de Aspern Papers.

Él asintió con la cabeza.

—Pues un consejo —dijo sibilante, inclinándose sobre él y apretándole el hombro con una mano que parecía una garra. De cerca, su cutis era tirante y moteado por la edad y su hálito olía a chocolate—. La próxima vez que venga, déjese el negro fuera. Éste no es sitio para él.

Antes de que Patrick hubiera podido responder, ya se había dado la vuelta, dirigiéndose con paso majestuoso hacia la salida. La familia inglesa seguía en su mesa charlando de una casa con tejado de paja que acababan de comprar en Surrey; al cerrarse la puerta, sus voces chillonas llenaron el local.

Tomaron un vapor público hasta Santa Marcuola y siguieron a pie hasta Cannaregio. La lluvia se había convertido en llovizna; de vez en cuando se veían grupos de gatos rebuscando en los desperdicios. Conforme se aproximaban al Ghetto, las calles se hacían más estrechas y las casas eran más altas, cercándolos. Pasó una anciana con un abrigo harapiento y la compra en una bolsa de plástico. En un portal, un ciego sentado trazaba rayas en el suelo con su bastón blanco. Cruzaron estrechos puentes en canales secundarios en los que flotaban verduras podridas y mierda de perro. Por todas partes reinaba el olor a pobreza y abandono. Y un olor más profundo e insidioso: vejez mezclada con desesperanza.

Claudio Sudan y su padre vivían en el último piso de una casa de seis plantas. Afuera, en la calle, unos niños sucios jugaban con una pelota estropeada. Por un canalón roto caía el agua sobre la fachada, dejando una mancha oscura y mohosa sobre los viejos ladrillos. No es que la casa hubiera sido bonita, pero en otro tiempo habría debido de tener cierta dignidad ya perdida. Assefa abrió la enorme puerta de madera y entró en el patio.

Una escalera de piedra daba subida a los pisos. Assefa y Patrick ascendieron despacio, con cuidado de no resbalar por los desgastados escalones mojados por la

llovía. Un vago olor a orines les llegaba en cada descansillo. En la casa de enfrente se abrió una contraventana y una mujer asomó la cabeza y se los quedó mirando con recelo y gesto hostil mientras subían.

Habían rociado con desinfectante el último descansillo. Assefa llamó en la pesada puerta, de cuya pintura sólo quedaban parches rojizos, y al cabo de un minuto largo se oyó ruido de llave en la cerradura. La puerta se abrió unos centímetros mientras quitaban la cadena para dejarlos pasar.

La primera impresión que tuvo Patrick de Claudio Surjan fue que era un suicida frustrado. Había en su cara un gesto de resignación, particularmente acentuado en los ojos; era el rostro de un hombre que sabe que su desesperación es racional y, por consiguiente, inevitable, de alguien que considera la esperanza un paliativo más y la desecha por inútil. Parecía enfermo y sus mejillas demacradas acentuaban lo que sus ojos daban a entender. Pero iba limpio y recién afeitado.

—Éntrate, vi prego —les dijo.

Para sorpresa de Patrick, su voz era agradable, casi simpática, sin resto alguno de amargura o mal genio, como había esperado de él. Le dio la mano y cruzó la puerta detrás de Assefa.

Era una habitación sin mucha luz, salvo en una zona que parecía ser banco de trabajo. Las paredes estaban llenas de máscaras, unas blancas, otras pintadas y otras mitad y mitad. Las había en forma de lunas y soles, de sombrero de copa, máscaras a cuadros y con estrellas a guisa de ojos. Vio varios ejemplares de la clásica bautta blanca y algunas con tricornio y velo negro. Las mejores eran las de estilo Commedia dell'arte, máscaras de medio rostro de Arlequín y Polichinela, narigudas y con sombrero puntiagudo. En el suelo había un caldero humeante con papier maché, y sobre el banco de trabajo, botes de pintura, frascos de disolvente y pinceles.

—Lo siento, pero hay poco espacio —dijo Surjan, sacando sillas para ellos—, y tengo que usar el cuarto como taller. Mi padre está en el dormitorio. Si les parece, hablaremos aquí.

La única fuente de calor era una pequeña estufa de petróleo en un rincón, pero no hacía frío en aquel cuarto, sino más bien la atmósfera estaba cargada. Una neblina de humo de tabaco campeaba sobre todos los objetos como niebla azulada de la laguna.

—Cuántas máscaras —comentó Patrick.

Surjan lanzó un bufido.

—Industria en expansión, ¿no lo sabía? No hay turista que se vaya de Venecia sin comprar una por lo menos. Hace unos quince años sólo existía una docena de tiendas de máscaras en toda la ciudad, mientras que ahora son casi trescientas —dijo tomando asiento en una sencilla banqueta de madera—. Estos días acumulo género para la temporada de verano. Las vendo casi todas en los comercios de Strada Nuova

y otros cercanos al Rialto.

—Pero éstas son mejores que las que suelen comprar los turistas.

—Gracias —replicó Surian sonriendo entristecido—. No es la profesión a que había pensado dedicarme..., pero seguro que Assefa se lo habrá contado. —Hizo una pausa y acercó la banqueta a sus visitantes—. Tengo entendido que desea información sobre nuestro querido cardenal Migliau.

Patrick asintió con la cabeza.

—Estoy dispuesto a pagarle el tiempo que le ocupe. —Surian se echó a reír.

—¿Y qué le hace pensar que puede aceptar mis honorarios? No quiero ningún patrocinio, signore. Si le ayudo es por hacerle un favor a Assefa. Me ha dicho que está en peligro. ¿Es cierto?

—Efectivamente.

—¿Por algo que ha hecho?

Patrick negó con la cabeza.

—Por algo que sabe. Por algo que sabemos los dos. Es muy complicado y no se lo explicaré porque creo que también correría peligro. Le ruego que nos crea.

Surian se quedó mirando a Patrick fijamente.

—Vaffanculo! —exclamó, cambiando bruscamente de modales—. Yo no confío en nadie, y menos en un norteamericano. Tienen todo este país lleno de sus puñeteras bases aéreas; toda Europa. Tiran de los hilos y los demás a bailar, y si hay guerra, nosotros seremos la carne de cañón, mientras ustedes lo ven desde casita. Así que haga el favor de no pedirme que le crea.

—Por favor..., Claudio..., él lo que intenta es ayudarme —imploró Makonnen, tratando de apaciguar a su amigo.

—Claro. Y, por lo que me has dicho, él también necesita una mano. Pero antes de ponerme a ayudar a extranjeros, y en eso te incluyo a ti, Assefa, quiero saber de qué se trata. —Hizo una pausa, sacó del bolsillo de la camisa una latita de tabaco y papeles de liar Rizla y se puso a hacer un pitillo, disponiendo cuidadosamente las hebras de tabaco en el fino papel.

—¿Usted qué es —inquirió—, de la CÍA?

—Esto es un asunto privado —contestó Patrick.

—Para la CÍA no hay nada privado. Vaya a pedir mi ficha, si es que no lo ha hecho ya. Y verá lo privada que es aquí la vida.

—Esto no es un asunto de la CÍA —repitió Patrick—. Salvo que...

En el cuarto contiguo se oyó un grito quejumbroso:

—Claudio! Claudio! Corrí qui, sbrigati!

Surian pidió excusas y desapareció por una puerta que había a mano izquierda. Patrick oyó una voz aguda a través del fino tabique.

—Con chi stai parlando, Claudio? Che é questa gente? Ti ho detto che non voglio

amici tuoi a casa mia!

Y luego la voz de Surian, radicalmente amable de nuevo, marcando pacientemente las sílabas, calmando al viejo.

—Nessuno, papa. Solo vecchi amici... se ne vanno súbito (No es nadie, padre; sólo viejos amigos, que en seguida se van).

Un minuto después se abría la puerta y reaparecía Surian. Volvió a sentarse en la banqueta sin decir palabra y acabó de liar el pitillo. A continuación se guardó la latita en el bolsillo y cogió una caja de fósforos.

—¿Quiere usted hacerle algo a Migliau? —inquirió encendiendo el cigarrillo.

Patrick no sabía qué contestar.

—A mí me tiene sin cuidado —añadió Surian, lanzando una cinta de humo acre—. A lo mejor hace un favor a algunos..., quitándole de en medio.

—No se trata de matarle. Lo único que quiero es que conteste a algunas preguntas.

—¿Y cree que se las contestará? Patrick se encogió de hombros.

—Tal vez tenga que actuar algo violentamente con él —dijo.

Surian sonrió sardónico.

—Seguro. Bien... —añadió, quitándose el cigarrillo de la boca—. Le deseo suerte. —¿No va a ayudarnos?

—No he dicho eso. Sí que le ayudaré, si puedo. Migliau no cae bien y a mucha gente le gustaría verle neutralizado. Pero hay un problema.

—¿Cuál?

Surian aplastó lo que quedaba del pitillo en el borde de la banqueta.

—Cuando se marchó Assefa esta mañana, hice algunas averiguaciones. Tengo un amigo que trabaja en la redacción del periódico del partido, L'Unitá, y le sorprendió un tanto que le dijera que quería información sobre el cardenal Migliau. ¿Qué cree que me dijo? —Patrick permaneció callado—. Pues que a primera hora de esta mañana había hablado con su mejor contacto en los carabinieri y le contó que, aunque no es oficial, hace tres días que no se sabe nada del cardenal. La última vez que le vieron fue en sus habitaciones del palacio patriarcal, el lunes. El martes por la mañana, su mayordomo encontró vacío el dormitorio. Las autoridades eclesiásticas optaron por esperar veinticuatro horas a ver si les llegaba alguna nota pidiendo rescate, y ayer llamaron a los carabinieri. Ayer mismo llegó un comando GIS de Lavarino. Y ahora, signore, ¿por qué no me explica de qué se trata?

Capítulo 29

YA había anochecido cuando salieron. Había dejado de llover, pero aún flotaba en el aire una humedad sofocante por la que se filtraba un frío molesto que atacaba los huesos como una neuralgia. Patrick fue con Makonnen y Surian hasta el Rio Terrá San Leonardo, donde se separaron. El sacerdote y su amigo siguieron por la calle hasta Lista di Spagna, donde Surian había quedado citado en un café con el periodista de L'Unitá.

Patrick se encaminó a Santa Marcuola, donde cogió el vapor que le dejó en San Stae, en la otra orilla. A partir de allí tomó por un laberinto de callejas y callejones cuya complejidad le desorientó, aunque no se perdió del todo, ya que, siempre que se equivocaba de dirección, al final conseguía corregir su itinerario guiado por un instinto adquirido durante los dos veranos y un invierno que había pasado en Venecia con Francesca.

Poco había cambiado desde entonces. Las tiendas tenían otros dueños, había farolas que antes no existían y algunos edificios lucían nuevo revestimiento, pero la estructura de pasajes y puentes era la misma.

Cada vez fue internándose más en la tortuosa trama de calles y canales, aunque siempre orientándose en dirección a los Frari. No era tarde, pero las calles estaban casi desiertas. Pasó ante una pequeña pasticcería en la que unos hombres tomaban café y charlaban en voz baja acodados al mostrador. Un gato escuálido cruzó como una flecha entre sus pies, pasando de un portal a otro. Se detuvo en el primer puente que encontró para orientarse.

Le había desconcertado lo que había contado Surian, aunque había podido convencer al artesano de que él nada tenía que ver con la desaparición de Migliau, pero no podía desechar la molesta impresión de que existía una relación entre aquella desaparición y los recientes acontecimientos en que se veía envuelto. ¿Habrían raptado al cardenal? Desde luego, eso parecía más viable que pensar en que había huido por el simple hecho de que él hubiese descubierto ciertas fotografías en Dublín.

Sin embargo existía otra posibilidad: que la desaparición de Migliau estuviese en cierto modo relacionada con la Pascua judía. Si así era, podría significar que el miedo a verse descubiertos hubiese sembrado el temor en la Cofradía y hubiesen adelantado la fecha de actuación. Por lo que a él le constaba, la Pascua podía comenzar en cualquier momento.

Siguió caminando, mojándose de vez en cuando los pies en charcos imprevistos. La gente estaba recogida en sus casas viendo la televisión y cenando. Sentía hambre, pero quería acabar aquello antes de que se hiciera más tarde. Ya no faltaba mucho, pero cuanto más se aproximaba más despacio andaba. Miró a su alrededor inquieto,

como temiéndose que Francesca le siguiera. Aquél era su barrio; si su espíritu andaba errante, debía de estar por aquellos parajes.

La fachada de la casa daba al Rio delle Meneghette, pero la entrada estaba al final de la calle Molin. Los Contarini habían adquirido el palazzo en 1740, fecha en que había muerto sin descendencia el último GrimaniCalerghi. No era ni mucho menos el mayor ni el mejor de los diversos palacios en que las distintas ramas de la familia habían vivido a lo largo de siglos, pero era el último y, en ciertos aspectos, el más querido para ellos; el más querido, incluso, dado el secreto que guardaban generación tras generación.

Visto de frente o de lado, como todas las mansiones venecianas, carecía de atractivo. Una vieja farola arrojaba un siniestro fulgor sobre una tapia baja con el yeso desconchado. Tras el muro, Patrick sabía que había un patio y luego la parte posterior del palazzo, invisible en la oscuridad. Se encontraba ante una puerta desvencijada y despintada pegada a la acera. Una aldaba oxidada en forma de cabeza de moro colgaba en el centro.

Patrick cogió la aldaba y llamó varias veces con fuerza. El eco dispersó el ruido por la calle, al tiempo que oía pasos lejanos y una puerta que se cerraba de un fuerte golpe. Pero en el palacio Contarini todo era silencio y oscuridad. Alzó la aldaba y volvió a llamar tres veces. A lo lejos sonó una campana de iglesia como en son de burla.

En seguida oyó ruido de cerrojos que se descorrían, una puerta que se abría y pasos lentos por el patio enlosado. Pensó en aquellos baldosines azules, negros y rojos gastados por los años, en el viejo pretil del pozo con bajorrelieves de leones y un unicornio encabritado. Los pasos llegaron hasta la puerta exterior y cesaron.

—Chi é? Che diavolo volete a quest'ora?

Era voz de mujer mayor, chillona y malhumorada, con el lúgubre deje del Véneto.

—Me llamo Canavan y deseo ver a Alessandro Contarini; quiero hablar con él.

—Alessandro Contarini é morto. ¡Muerto! ¡Haga el favor de marcharse!

—Dígale que quiero hablarle. Recordará mi apellido. Canavan. Dígale que es Patrick Canavan. Él sabe quién soy y se imaginará de qué he venido a hablarle.

—¡Le he dicho que el conde ha muerto y no hay nadie! Nadie. ¡Váyase!

De pronto se hizo luz en una ventana alta y Patrick vio un rostro en sombra contra el cristal; a continuación una mano abrió la ventana.

—Chi e, María? Che cosa vogliono? ¿Qué quieren?

Era voz de hombre, vieja y cansada pero aristocrática.

—Dice que se llama Canavan y quiere ver al conde.

Se hizo una pausa tras la cual volvió a hablar el de la ventana.

—Dile que el conde ha muerto. Que aquí nadie le ha llamado.

Patrick hizo bocina con las manos:

—¡He venido para hablar de Francesca! Es una deuda. ¡La familia me debe una respuesta!

Siguió una pausa aún más prolongada. Junto a Patrick pasó un perro cojo. Sentía aquella decadencia y torpor rodeándole, cayendo sobre la ciudad. Muerte y descomposición y una terrible detención de la voluntad que desembocaba en abulia.

—Que suba —contestó por fin el hombre—. Hablaré con él.

La ventana se cerró de golpe y Patrick siguió aguardando en la puerta. El perro se había arrastrado hasta un espacio entre dos casas para tumbarse gimoteando. ¿Sería de dolor? A Patrick no le quedaban energías para la compasión; en su ser no quedaban espacios vacíos. Oyó la enorme llave girar en la cerradura.

La anciana abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarle pasar. Llevaba un farolillo en la mano, pero su cabeza torcida hacia un lado quedaba envuelta en una red de sombras. Se mantuvo apartada mientras Patrick entraba y luego cerró otra vez la puerta con llave.

Un haz de luz amarillenta procedente de la ventana del segundo piso iluminaba el patio. Patrick dirigió la vista a la ventana, pero no vio más que la figura borrosa de alguien que tras los cristales observaba el patio.

La anciana se guardó la llave en el bolsillo y tomó la delantera. En aquel momento, la luz del farol le dio en la cara y Patrick pudo ver sus facciones. En su mente se alumbró un recuerdo.

—¿María? ¿Es usted María? Yo soy Patrick Canavan. ¿No recuerda mi nombre? Hace muchos años... yo solía venir con Francesca. ¿Se acuerda?

—Non mi ricordo de lei. No le recuerdo. Aquí no venía nadie con la señorita Francesca. La señorita Francesca ha muerto.

Pero sí que le recordaba; lo notaba en su voz, en el modo en que se mostraba esquiva, como si tuviese miedo. ¿De qué estaría asustada? ¿Del pasado?

Entraron en el palazzo. Aquella parte de la planta baja había sido otrora el sitio en que la familia guardaba las mercancías y las góndolas durante los largos meses de invierno. No hacía muchos años, la última vez que Patrick había estado allí, quedaban aún barcas y remos y objetos curiosos del pasado de los Contarini: los bustos de mármol de los dogos, tres ángeles de escayola rotos y atados con cordel, grandes sellos del Estado con la leyenda «Pax Tibí Marco», varios candelabros con innumerables velas de cera amarilla, los restos de un retablo del siglo xv en oro y lapislázuli, una mesa de juego del casino Ridotto, muñecos ataviados con descoloridas ropas de la Commedia dell'arte y un guiñol. Había estado allí muchas veces con Francesca, haciendo bailar y cantar a las marionetas, sentado en una poltrona que había pertenecido al último dogo..., haciendo el amor calladamente lejos de la mirada fiscalizadora de la familia.

Ahora, aquella enorme sala estaba vacía y fría. Mientras seguía a María hacia la

escalera, una forma gris diminuta se alejó corriendo de la luz, haciendo un ruido al escabullirse. Luego se restableció el silencio.

Las escaleras conducían al mezzanino, el piso principal en el que en sus buenos tiempos los Contarini habían administrado sus negocios, como todos los mercaderes ricos de la Serenísima. Incluso en vida de Francesca había despachos en aquella planta. Pero ahora, igual que la de abajo, albergaba un vacío retumbante y olía a una terrible incuria. Patrick pensó en el panteón de San Michele, cubierto de yerbas, sin comprender lo que sucedía. ¿Qué les había pasado a los Contarini en tan breve espacio de tiempo? ¿Se habrían arruinado de la noche a la mañana? ¿O es que los afectaba una desgracia de distinto cariz?

Finalmente, llegaron al piano nobile, el que había sido el corazón del palacio, en el que la familia dormía, comía y recibía a sus invitados. María abrió de par en par la curiosa puerta tallada que daba paso al salón central que se extendía de un lado a otro de la fachada contigua al canal.

El salón tenía tres débiles bombillas colgadas de un techo lleno de telarañas. En el centro, la antigua lámpara eléctrica pendía gris y apagada, llena también de telarañas y polvo. Se veían por todos lados signos del abandono: sillas y sofás, divanes y taburetes tenían el tapizado húmedo y deslucido; mesas y aparadores estaban deslustrados y llenos de cucarachas muertas brillantes; sobre el suelo sin alfombrar se amontonaban adornos rotos.

Pero había una cosa que llamó la atención de Patrick. La última vez que había estado allí, en la pared del fondo colgaba un gran tapiz de Gobelinos. Ya no estaba; ahora lo sustituía un mural. No alcanzaba a verlo con detalle, pero la temática era evidente. Estaba dividido en secciones correspondientes a escenas de la vida y ministerio de Jesús, y algo en su estilo le recordaba a Tiépolo; desde luego, a lo sumo era un fresco del siglo XVIII. Las figuras eran de fino trazo y los colores rendían hábilmente la luz y la acción.

Vestidos con ropajes de damasquinado y turbantes enjorjados de turcos y otomanos, los Reyes Magos hacían su ofrenda a los pies del Niño Jesús. En la siguiente sección, María y José huían a Egipto, mientras al fondo los soldados de Herodes estrellaban a los recién nacidos contra marmóreos pavimentos y columnas de bronce.

En el centro del mural el pintor había dispuesto las fases de la Crucifixión en secuencia cronológica: la flagelación, los primeros pasos vacilantes en la Vía Dolorosa, la primera caída, el enclavamiento en la cruz, el descendimiento y, finalmente, la escena del sepulcro, cuando los discípulos llegan con el cuerpo mutilado para darle sepultura.

Patrick sintió un estremecimiento al reconocer en aquella última escena el original de la reproducida en la puerta del mausoleo de los Contarini. Y en esta

ocasión sí que captó lo que había escapado a su atención en San Michele. Era evidente y simple, y se le cortó la respiración. En casi todas las versiones del entierro hay cuatro personajes en torno al Crucificado: José de Arimatea, Nicodemo y las dos Marías. Pero en el mural estaban representados los doce discípulos y ninguna mujer. Pero fue el cuerpo de Cristo lo que llenó a Patrick de espanto porque estaba vivo y atado y se debatía conforme le conducían al sepulcro.

Capítulo 30

—Lo pintó Tiépolo. No Giambattista, sino su hijo mayor, Domenico. Es de un estilo más ligero, menos alegórico. Lo realizó en mil setecientos cincuenta y ocho, justo al terminar la decoración de villa Valmarana, unos años después del regreso de su padre de Alemania, por supuesto. Mi abuelo decía que Giambattista le echó una mano en alguna de las figuras principales.

Era la voz del que había hablado a Patrick desde la ventana. Estaba sentado al fondo del salón en un sillón de respaldo alto. La luz eléctrica le daba un aspecto seco y parecía más pequeño de lo que Patrick recordaba. Sobre los brazos del sillón destacaban sus manos pálidas.

—¿Qué fue del tapiz? —inquirió Patrick.

Alessandro Contarini sonrió.

—Lo vendieron. Creo que les dieron mucho dinero. Más de lo que pueda imaginar y mucho más del que yo podría haber conseguido. Ahora creo que adorna las paredes de un banco de Texas, ¿o es de California?

Volvió a sonreír y miró directamente a Patrick, como si el paradero del tapiz fuese una confidencia entre amigos.

—Dígame —prosiguió—, ¿no cree que es imposible que las paredes de un banco de Texas resulten más airoas por la sencilla razón de colgar en ellas un tapiz antiguo? —Hizo una pausa, recogiendo despacio las manos en el regazo—. Quizá no, quizá no.

Alzó una mano como rechazando la idea de elegancia en aquella localidad extranjera e inculta y, luego, con gesto nervioso más asiático que italiano, hizo un delicado y deliberado ademán hacia Patrick.

—Por favor, signor Canavan, acérquese que le vea mejor. María, déjanos solos —añadió con un leve gesto en dirección a la mujer.

Patrick oyó cerrarse la puerta a sus espaldas con un clic sordo. Avanzó unos pasos hacia el conde y se quedó a cierta distancia.

—¡Basta! Ya está bien, signor Canavan. Ya le veo bien. Tiene usted una silla a su lado. Haga el favor de sentarse.

Era una silla mugrienta, pero bastante seca. Patrick pasó la mano con cautela antes de sentarse en el borde.

Alessandro Contarini había envejecido de forma palmaria en aquellos veintiún años. Patrick recordaba un apuesto caballero cincuentón con pelo gris peinado hacia atrás, ropas exquisitas y un cutis todavía casi sin arrugas. Ahora parecía una réplica disecada del de antaño: su piel era gris y manchada, sus mejillas demacradas, sus ojos hundidos y atormentados. El pelo blanco y escaso le caía desarreglado hasta el cuello.

Las elegantes ropas estaban sucias y arrugadas y aquellos dientes blancos que otrora sonreían bondadosos se habían vuelto amarillos o eran negruzcos raigones.

—Lamento que no encuentre usted el palazzo como estaba la última vez que lo vio —dijo. Su voz sonaba forzada y vacilante, con un levé freno asmático, pero Patrick notaba latente su antigua altanería.

No dijo nada. La escena del fresco se había grabado en su mente: un grupo de encapirotados rodeando a su víctima indefensa, arrastrándola hacia un sarcófago de piedra en un oscuro sepulcro rodeado de parras.

—Me ha causado impresión antes al verle en la puerta —continuó el anciano—. ¿Sabe que esta mañana vino una persona preguntando por usted? No, ya veo que no lo sabía. Es muy curioso, ¿no le parece? ¿Cuánto tiempo hace? ¿Veinte años?

—¿Quién era? —inquirió Patrick—. ¿Qué quería saber?

Aquello le atemorizaba. ¿Quién diablos se habría enterado tan rápido de que estaba en Venecia?

El conde hizo caso omiso de la pregunta.

—Debe de hacer más de veinte —dijo—. Y ahora surge usted dos veces en el mismo día. Y eso que no es usted famoso, ¿verdad, signor Canavan? No ha ganado ningún premio de la lotería ni matado a ningún presidente..., ¿verdad que no? Y sin embargo viene gente importante a hacer preguntas, para saber cosas del pasado, de su amistad con mi hija. Y ese pasado llama a mi puerta en plena noche gritando exigencias: «¡Me debe una respuesta!» —El anciano hizo otra pausa—. ¿Es eso todo lo que considera que le debo? Creo recordar que la última vez que nos vimos le ofrecí dinero. Fue una inmodestia por mi parte... Perdóneme. Quizá ahora nos entendamos mejor. Entonces era usted un niño, apenas mayor que mi hijo Guido. Y, no obstante, su dolor era genuino, no era pena infantil. Siento haberle ofendido y lamento que le hicieran sufrir. Por favor, perdóneme. —Lanzó un suspiro y se pasó por las mejillas su larga mano pálida—. A mi edad sólo resta el perdón y muchas cosas que no se han dicho, que no se han hecho. Y muchas cosas dichas y hechas de que arrepentirse. Con el tiempo sabrá usted lo que es, Patrick Canavan.

—¿Dónde está Francesca? —inquirió Patrick con voz tranquila.

—Francesca duerme, Francesca ha muerto. Patrick negó con la cabeza.

—No me mienta —replicó; se preguntaba por qué se mostraría tan impasible, hablando casi en un susurro—. Ya no es preciso seguir mintiendo. Dígame dónde está; es lo único que quiero saber.

—Habla usted como si estuviera viva.

—He estado en el mausoleo de San Michele y allí no está. Y tengo una fotografía.

Sacó la arrugada foto del bolsillo y se la dio al conde. Contarini la examinó largo rato.

—¿De dónde ha sacado esto? —inquirió finalmente.

—Qué más da...

El anciano se encogió de hombros.

—Quizá no. Bien..., ¿qué es lo que quiere?

—Una explicación.

—No hay explicaciones que para usted tengan sentido.

—¿Por qué no deja que yo mismo juzgue? —replicó Patrick, inclinándose indeciso hacia el anciano y bajando la voz—. Signor Contarini, creo que no lo entiende. Yo amaba a su hija y creo que ella me amaba. Hace veintiún años me la arrebataron. Alguien, por razones que no atino a imaginar, me hizo creer que había muerto. Usted me hizo venir para que asistiera a una farsa de entierro. En aquel entonces no vi motivo alguno para hacer preguntas y me marché cuando usted me lo pidió; pero esta noche no me iré sin que me dé una explicación.

Contarini le devolvió la foto con mano temblorosa, y Patrick atisbo lágrimas en sus ojos.

—Signor Canavan, le ruego que me crea: Francesca le amaba como usted dice y quizá más —dijo alzando la vista. Su rostro revelaba una infinita tristeza—. Creo... —prosiguió vacilante—, creo que aún le ama. O al menos su recuerdo. —El conde se irguió y le miró fijamente—. Pero no intente encontrarla, signor Canavan. No puede volver a usted, ni al mundo en que usted vive. Para usted y su mundo es como si hubiese muerto. No intente nada. Deje las cosas como están.

Patrick respiró profundamente. Las palabras de Contarini eran como un dedo que arranca una costra y abre una vieja herida. Había pensado que el dolor de la pérdida de Francesca era algo ya dormido, pero en aquel instante revivía con increíble vigor, como si le practicaran un corte con un cuchillo muy afilado.

—¿Por qué? —musitó—. ¿Por qué?

El conde no respondió de inmediato. Permaneció impasible en su sillón, como un príncipe renacentista marchito a quien han abandonado sus cortesanos.

—Signor Canavan —comenzó diciendo—, los Contarini existen casi desde la fundación de Venecia. Ocho dogos de la república llevaban nuestro apellido, teníamos palacios y naves, almacenes y casas de comercio por todo el Mediterráneo. Desde siempre formábamos parte del Gran Consejo, del Senado y del Consejo de los Diez. Ahora sólo quedo yo, un viejo que ya no espera más que la muerte en una casa en ruinas. Nada de lo que diga o haga usted puede perjudicarme o beneficiarme.

»Pero lo que usted desea es la verdad, y la verdad es precisamente lo que no puedo darle. Me imagino que le resultaría tan absurda... Quizá no lo sea para mí, pero sí para otros. Y en su furor, harían lo que las turbas siempre han hecho: destruir lo que no entienden.

El anciano volvió a hacer una pausa. Sus ojos consumidos miraron la habitación en penumbra como si la viera por primera vez.

—Aquí hay fantasmas —prosiguió—. Este salón está lleno. A algunos los veo, a otros sólo los oigo. Quizá no sean literalmente fantasmas que puedan hacernos mal, al menos en sentido físico, pero no por ello dejan de ser reales. Mire, signor Canavan, voy a hablarle de ellos.

»Hace siglos, cuando Venecia aún rendía vasallaje a Bizancio, unos mercaderes transgredieron la prohibición del emperador de comerciar con Egipto y zarparon hacia Alejandría. Cargaron diez naves de especias, sedas y alfombras y regresaron ricos. Uno de ellos era mi antepasado Pietro Contarini. Dos años más tarde, él y otro volvieron a Alejandría; pero esta vez no iban con especias ni telas, sino a robar el cadáver momificado de san Marcos, que trajeron a Venecia. La momia fue enterrada en el altar mayor de la basílica... y Venecia se convirtió en un gran centro de peregrinación.

El conde volvió a guardar silencio. Afuera en el canal se oyó ruido de una lancha avanzando lenta en la noche. El ruido del motor penetraba en el salón a través de las gruesas contraventanas, acrecentándose y luego disminuyendo poco a poco conforme se perdía en la distancia.

—Pietro Contarini —prosiguió con voz reducida casi a un susurro— trajo algo más a Venecia con el cuerpo del santo. Había descubierto algo que para él era mucho más valioso que los restos del santo. El hallazgo de Pietro no era una reliquia, una mercancía o un tesoro..., era la verdad. Una verdad tan devastadora, que guardó el secreto para él solo durante cuarenta años.

Patrick no apartaba la vista de aquellos pálidos labios que desgranaban el relato. Imaginaba, en las sombras del cuarto, a otros, agazapados, escuchando.

—Pero en su lecho de muerte, Pietro se lo reveló a uno de sus hijos, Andrea, ya por entonces un hombre de más de cuarenta años. En aquellos tiempos, los mercaderes seguían comerciando regularmente con el norte de África, a pesar de las objeciones del papa y de Bizancio. Andrea fue a Alejandría y a continuación emprendió viaje por tierra a Palestina para ir a Jerusalén a ver el Santo Sepulcro.

Todo era quietud en el salón. Hasta las sombras parecían detenidas. Afuera, también silencio. Patrick oía su respiración en aquella calma.

—Pasaron más de cinco años antes de que Andrea regresara. Había visto con sus propios ojos aquello de lo que Pietro únicamente había oído hablar. Y había estado con los que guardaban el secreto de su padre. En los pocos años que le quedaban (pues murió seis años después) se lo confió a miembros de su familia y a algunos amigos escogidos.

»Eso, signor Canavan, fue el principio de nuestro auge. El secreto de Pietro era, efectivamente, más valioso que las sedas y las especias. —Contarini hizo otra pausa—. Pero el poder tiene un precio —continuó—. Ningún hombre puede tener poder y riquezas y ser dueño de su alma. Y menos una familia. Los Contarini, los Bárbaro, los

Grimanim, los Sagredo..., todas las casas nobles que compartieron nuestro secreto pagaron su precio. En nuestras familias, en nuestros afectos personales, en nuestra fe, incluso en nuestra alma..., todo por una verdad que la plebe jamás podría entender ni tolerar.

Guardó silencio, juntando las manos descarnadas como alas rotas de una mariposa gigante. Un temblor las agitó y luego volvieron a quedarse quietas. Afuera sólo se oía el quedo lamer del agua contra la piedra.

—¿Y eso cómo explica —inquirió Patrick— lo de Francesca? ¿Lo de su muerte y que esté viva?

Contarini lanzó un suspiro profundo como un gemido.

—¿No lo comprende? Francesca fue mi precio. Su felicidad fue el sacrificio que tuve que pagar. Y su sacrificio fue usted..., todo lo que tenía, lo único que quería.

—¿De esto? —replicó Patrick poniéndose en pie encolerizado, señalando con gestos desabridos aquellas paredes desconchadas y los muebles deteriorados.

El conde movió la cabeza. El pelo blanco le caía sobre la cara como un velo.

—No —dijo. Su voz había cambiado de timbre y denotaba un vigor inusitado. Alzó una mano y señaló repetidamente el fresco—. ¡De eso, imbécil! ¡De eso!

Capítulo 31

PATRICK abandonó aturdido el palazzo. La cólera de Contarini había culminado en un acceso de tos y María se había apresurado a atenderle, despidiéndole a él, que se había marchado sin dilación, perseguido por las sombras y acosado por los fantasmas de aquella noche horrenda.

El perro tullido seguía tumbado en su cobijo temblando de frío. Patrick sentía su ser escindido entre la repugnancia y la compasión; deseaba tirarle piedras o matarlo porque su miseria le espantaba y frustraba. Recogerlo o acabar con él eran las únicas alternativas que se planteaba. Pero no hizo nada por falta de valor y convicción.

Dio la espalda al animal y al palacio de los Contarini y se encaminó a buen paso por la calle. Una niebla fría procedente del Adriático había ido invadiendo la ciudad durante su conversación con el conde, llenando despacio las calles, y ahora se adhería a la superficie de los canales, oscureciendo puentes y reptando por todas partes en calles, fundamenta y rugetta. Como briznas de humo blanco, sus zarcillos invadían las vías desiertas, enroscándose en las escasas farolas y oscureciendo y amortiguando la tenue luz. En arcadas y sottoporticos se acumulaban masas brumosas, cual depredadores al acecho.

Se subió el cuello del abrigo. En aquel estado de turbación, había doblado una esquina que no debía al salir del palazzo, y ahora la niebla le tenía desorientado, jugando con él y engañándole cada vez más. Sus pasos resonaban entre las apretadas casas con un sonido desolado que acentuaba aún más su desvalimiento en aquella ciudad medio desierta.

Aceleró el paso, pero cuanto más avanzaba menos reconocía los lugares por los que pasaba. La razón le impulsaba a llamar a la primera puerta para preguntar el camino, pero era ya más de medianoche y las puertas y ventanas cerradas que veía no tenían aspecto hospitalario.

Al cabo de un rato se encontró en una plaza desierta. Leyó el rótulo azul y blanco del muro —«Campo dei Carmini»—, pero no le decía nada. En un lado de la plaza la sombría fachada de una iglesia barroca le miraba amenazadora entre la niebla. Sus columnas retorcidas y siniestras ventanas le recordaban los sepulcros de San Michele, cual si la iglesia hubiese sido construida para los muertos en vez de para los vivos.

Al salir de la plaza se detuvo a leer el rótulo de la calle que había tomado y al hacerlo oyó ruido a sus espaldas. Le había parecido un roce de pisadas sobre el enlosado; no era ningún eco.

Se aplastó contra el muro de la iglesia y prestó atento oído por si se repetía. No estaba seguro, pero le parecía que el ruido procedía de la plaza. Contarini le había dicho que había estado alguien preguntando por él. ¿Estarían siguiéndole?

Continuó su camino, andando más despacio, esforzándose por distinguir el ruido de sus propios pasos del que pudieran producir los de un supuesto seguidor. Lo ideal habría sido fingir seguir avanzando para girar de improviso, retroceder y ponerse detrás, pero la niebla y la desorientación se lo impedían.

Un estrecho callejón desembocaba en un puente. Vio luz en una ventana de la acera opuesta. Cruzó el puente y se detuvo, aguardando. El silencio era total y agobiante; deseaba gritar para desgarrarlo sin paliativos. Y en ese momento volvió a oírlo: un leve roce en el callejón. A través de un arco divisó otro canal; la acera proseguía hasta el borde del agua y, por lo que veía, moría allí. Si lograba engañar al que lo seguía para que tomara por aquella dirección, podía atraparlo.

Avanzó despacio bajo el pórtico.

—¡Que no me pierda, por Dios! —musitó.

La niebla se disipaba lentamente, pero tenía que ir mirando dónde ponía el pie para no resbalar y caer al agua. Su suposición era acertada: la acera acababa en el agua y no había continuación ni a derecha ni a izquierda.

La lógica apuntaba a que alguien hubiese dejado allí una barca amarrada, porque, si no, no tenía sentido el reducido embarcadero que había al final. A través de la niebla columbró la forma difusa de un pequeño sandolo cubierto con una lona. Tiró de la amarra, acercó la barca y se metió en ella, casi resbalando en la húmeda lona.

Se agazapó en el interior, agradeciendo aquella niebla que le permitía otear el arranque de la acera. Oyó por fin unos pasos inconfundibles y sintió que se le encogía el estómago y los músculos se le tensaban.

Vio moverse una sombra y se dispuso a saltar. Todo dependía de lo que se aproximara su perseguidor al borde del agua; si se arrimaba mucho, podría agarrarle y tirar de él. Al menos contaba con el factor sorpresa. La niebla se abrió y la sombra se transformó en una silueta oscura. Patrick contuvo la respiración. «¡Acércate más, maldito! Hasta el borde. ¡Vamos!» La figura se mostraba indecisa, temerosa quizá de perder pie en la niebla y caer. Patrick notaba el balanceo del sandolo bajo su peso; no era una buena plataforma para abalanzarse sobre su perseguidor.

La figura se detuvo y, a continuación, dio bruscamente media vuelta y echó a caminar bajo los soportales. Patrick flexionó las piernas y saltó a tierra, cayendo de rodillas, momento en que vio al desconocido volverse a mirarle. Se puso en pie a tiempo de ver a su perseguidor hundirse en la niebla.

—¡Alto! ¡Quiero hablarle! —gritó.

Oyó correr de pasos y emprendió una carrera, llegando a la calle a tiempo de ver una sombra envuelta en niebla. Los pasos resonaban como balas en la oscuridad. Siguió corriendo en dirección al ruido.

Corría sin aliento por una maraña de pasadizos, cruzando puentes, por estrechas orillas, obsesionado por el ruido de pisadas que se perdían en la niebla cada vez más

espesa. A veces creía haber perdido la pista, doblaba una esquina y ya no oía las pisadas, pero, al volver a salir por otra calleja, volvía a oírlas delante de él. Dos veces vio borrosamente al que corría delante perdiéndose en la niebla.

Sin resuello, se detuvo en un puentecillo a descansar. Apoyado en la barandilla metálica, lanzó la vista y vio a alguien en un segundo puente a escasos metros. Tuvo como un vahído y notó que la sangre le golpeaba en las sienes y el corazón le daba un vuelco. ¿Sería una alucinación? Volvió a mirar, pero la niebla se espesaba otra vez y no había nadie en el puente.

—¡Francesca! —gritó—. Fermati, Francesca!

Se oyó un correr de pasos en la otra orilla del puente en que había visto la silueta. Sintió nuevas energías y cruzó el puente a toda velocidad, a punto de caerse en la breve escalinata que había al final.

Ahora oía los pasos a su derecha. Giró y tomó por un callejón cubierto de niebla que desembocaba en una calle más ancha, justo en el momento en que la figura volvía a desaparecer. Con la respiración entrecortada, se lanzó en su persecución, sintiendo en el costado un dolor agudo que le obligaba a avanzar casi doblado. Apretando los dientes, siguió corriendo. Sentía sus piernas pesadas y la cabeza le daba vueltas.

—Fran... cesca... Per grazia di Dio!..., fermati!

Sus pulmones se llenaban de aire húmedo y a duras penas recuperaba la respiración. Tropezó con un adoquín partido y cayó de bruces. Permaneció en el suelo medio minuto, atontado y respirando angustiosamente.

Cerró los ojos, luchando contra el dolor, se puso en pie y dio un paso. Pero sintió un dolor atroz en el estómago y vio las estrellas; se le doblaron las piernas y notó que se desplomaba sin poder evitarlo. Y luego ya no sintió nada, sólo la sensación de caer sin peso en un horrendo vacío.

Abrió los ojos y vio que era de noche, pero la niebla se había disipado. Le dolían terriblemente la cabeza y los ojos. Parpadeando, creyó distinguir las estrellas en el cielo negro. Estaba echado sobre algo duro. Con un esfuerzo, se incorporó y se sentó.

Veía discurrir a ambos lados los edificios como en sueños. No había luces, pero, conforme sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, distinguió los contornos del Gran Canal. Iba en una misteriosa góndola otra vez; la remaba un gondolero desconocido al que no veía la cara. En esta ocasión se hallaban ya casi al final del canal, rumbo a San Marcos. Las antorchas y velas del sueño anterior estaban apagadas y no se veía ninguna otra embarcación. Todo volvía a estar en silencio.

Le trastornaba la idea de ser capaz de recordar todo lo del sueño anterior, que él sabía había sido un sueño, y estar seguro, como la otra vez, de que en aquel momento no soñaba. Y sin embargo no podía ni oír ni hablar.

La góndola comenzó a aproximarse a la orilla. Conforme se acercaban, creyó

reconocer las ventanas de doble ojiva y la ornamentación del último piso del palazzo Corner Spinelli. La embarcación entró en un canal lateral estrecho y continuó por un laberinto de canales. Algunos con la anchura justa para el paso de una sola embarcación. Sigilosamente siguieron avanzando, dejando atrás fachadas y traseras de altas casas. De vez en cuando veía un velón en una ventana en lo alto, y en cierta ocasión alcanzó a ver a una mujer que los observaba desde un balcón bajo, una mujer de pelo rubio peinado en largas trenzas, lánguida y senos en sus manos desvalidas, a guisa de ofrenda.

Discurrieron bajo puentecillos que obligaban al gondolero a agacharse. En otra ocasión, vio a lo lejos, por un hueco entre altas casas, una gran plaza. En el centro habían encendido una hoguera, y un grupo de ciegos esgrimiendo largos cuchillos acosaban cada vez más a un cerdo enloquecido. Luego la escena quedó tapada por un muro alto cubierto de yedra. La góndola seguía internándose en el laberinto.

Pasaron junto a un embarcadero en el que un perro tullido se arrastraba penosamente. Estaba seguro de que el perro le recordaba algo, pero no sabía qué. Comprendió que, aunque no podía oír hablar, no estaba completamente aislado del entorno, porque notaba el aire frío en su piel y si hundía la mano en el agua la sacaba mojada y fría. Sin embargo notaba una especie de barrera entre él y el mundo externo. Estaba allí como mero espectador, sin participar. Pero ¿qué es lo que le habían llevado a ver?

La embarcación aminoró la marcha de pronto y Patrick notó que bogaban hacia la orilla. De la oscuridad surgía la puerta de un gran palazzo. Dos hachones de hierro flanqueaban la entrada y un criado con bautta sostenía una antorcha ya en el interior. Sobre la puerta había un bajorrelieve de un cordero con una cruz.

Atracaron contra una escalinata de piedra y el gondolero amarró la embarcación con destreza al pilote más próximo. La góndola giró sobre sí misma y la borda rozó el pie de la escalinata.

En aquel momento algo se produjo en los oídos de Patrick, como si le hubiesen quitado un tapón invisible, y comenzó a oír el ruido del agua lamiendo la piedra y el casco de madera de la góndola rozando el embarcadero. Igual que el perro que había visto antes, el sonido de roce le recordaba algo. Desembarcó y puso el pie en el primer escalón. El criado hizo una profunda reverencia y se quedó firme. Patrick vio que sus ojos le miraban fijamente desde detrás de la máscara: tenía espesas pestañas y pupilas frías moteadas de oro.

—Abbate la grazia di seguirmi. I signori vi attendono (Haga el favor de acompañarme. Los señores le esperan).

Capítulo 32

—¿ME oye, signor Canavan? Por favor, indíqueme con la cabeza.

La voz sonaba amortiguada y lejana, pero hablaba en inglés. ¿Por qué hablaba en inglés?

—Signor Canavan, intente contestar, por favor.

Trató de abrir los ojos, pero era como si se los hubiesen pegado con cola. Y no podía mover los labios.

—Muy bien, signor Canavan, indíqueme si puede oírme.

Asintió con la cabeza e inmediatamente le sobrevino una profunda náusea. A continuación perdió el conocimiento y, luego, de la oscuridad, surgió la cara del criado con bauta acercándose. Se abrió la boca como si fuese a hablar, pero él no oía nada. Después, la oscuridad se tragó el rostro enmascarado.

—¿Me oye ahora, signor Canavan?

Esta vez pudo abrir los ojos y vio un rostro inclinado sobre él; era una cara de hombre con gesto preocupado. Hablaba en inglés, pero con acento italiano.

—Sí. ¿Quién...?

—Soy el doctor Luciani. Está usted en el Ospedale Civile. Capisce? ¿Lo entiende?

Patrick asintió débilmente con la cabeza.

—Le trajeron anoche. Una signora... Le trajo una señora que le encontró inconsciente en la calle. ¿Recuerda algo? ¿Sufrió un accidente?

Patrick movió la cabeza. Se sentía como si la niebla de la noche anterior se hubiese concentrado en su cerebro, y tenía el estómago revuelto. Era como una jaqueca, pero peor.

—¿Quiere decir... que no tuvo ningún accidente... o que no recuerda?

—Mi ricordo..., la nebbia... Recuerdo... niebla... Correr... Una góndola.

Había contestado, curiosamente, en italiano; lo encontraba más fácil, como si el inglés fuese un idioma extraño para él.

—Ah, parla italiano. Benissimo —dijo el médico, haciendo una pausa—. Signor Canavan, voy a hacerle unas pruebas. Simplemente para verificar si ha sufrido alguna lesión cerebral. Puede haberse caído o recibido un golpe, ¿comprende?

—Sí.

—Después le haré una radiografía y, posiblemente, un electroencefalograma para mayor seguridad. De momento me limitaré a comprobar sus reacciones a los estímulos. No tiene por qué preocuparse.

Iba recuperando la vista, pero la cabeza seguía doliéndole, aunque sus ideas eran ya menos confusas. Los recuerdos de la noche anterior comenzaban a llegarle en

tropel: Contarini y su reino de ratas y fantasmas, un perro tullido gimoteando en la oscuridad, el fresco que había visto en el palazzo.

Se acercó una enfermera al médico, y Patrick no se sintió con fuerzas para protestar cuando Luciani comenzó a pincharle en diversas partes de su anatomía. Le enfocaron luces a los ojos, le tomaron la temperatura y la presión sanguínea, le examinaron los oídos en busca de restos de sangre y observaron sus reflejos.

Recordaba haberse perdido en medio de la niebla y, después, el acoso de su perseguidor. ¿Y luego? ¿Le había atacado alguien? De pronto, la imagen de un puente se formó en su mente: un puente y una silueta borrosa, medio velada por la niebla.

—¡Doctor...!

—Relájese, por favor, signor Canavan. Ya falta poco.

—No, por favor... Dijo usted que... me trajo una señora. Una signora... ¿Cómo era? ¿Qué aspecto tenía? Per placeré... é importante..., moho importante.

El médico se encogió de hombros.

—Lo siento, pero no me fijé bien. Quien me preocupaba era usted, y cuando volví a recepción ya se había marchado.

—¿Qué edad tendría? ¿Era joven, mayor?

—¿La conocía usted? ¿Lo dice por eso? Ella me indicó que usted era extranjero, que ella había salido tarde y le encontró desvanecido.

—¿Qué edad tendría?

—Unos cuarenta años. Bastante delgada; sí, más bien delgada. Y pequeña; no era alta. Siento no recordar más. Quizá alguna enfermera...

Patrick volvió a recostarse, desamparado. Las imágenes del sueño que había sucedido al desvanecimiento comenzaban a agolparse en su cerebro: aguas oscuras abriéndose contra la aguda proa de la góndola, escalones de piedra llenos de musgo, un enorme cerdo sangrante acosado, unas pupilas punteadas de oro tras una máscara carnavalesca... Le asustaba que el sueño fuese a devolverle a la inconsciencia y desesperadamente hizo esfuerzos por mantener los ojos abiertos.

—Miei vestiti... ¿Dónde ha puesto mi ropa?

—Pierda cuidado —dijo la enfermera—. Están en este armario. Lo tiene todo ahí; tranquilícese.

—La mia giacca..., mi chaqueta, por favor; mire en el bolsillo. Una fotografía... que hay...

El médico interrumpió inquieto su examen y se dirigió a la enfermera:

—Mírelo usted mientras yo acabo. A lo mejor le sirve para recordar.

La enfermera abrió el armarito y buscó en los bolsillos de la chaqueta. Estaba todo: cartera, pasaporte, llaves y dinero. Todo menos la fotografía.

A media tarde se le había despejado del todo la cabeza. El doctor Luciani le

autorizó a tomar una ligera colación y la enfermera le ayudó a sentarse en la cama. Le habían puesto en una habitación con la sola compañía de un viejo televisor con un programa infantil. Les pidió que llamasen a Makonnen al hotel y una hora después entraba el sacerdote con gesto angustiado.

Patrick sonrió y le dio la mano.

—Lo menos que puede decirse es que parece usted algo pálido —dijo riendo.

—Ya lo creo que debo estarlo —replicó el etiope—. Anoche, al ver que no volvía, no sabía qué hacer. Me había usted dicho que regresaría antes de medianoche y pensé en llamar a la policía, pero... ¿qué iba a decir?

—Lo siento. Las cosas se pusieron algo... difíciles. Vi... al padre de Francesca. —Hizo una pausa—. Assefa, creo que nos han descubierto. Alguien preguntó por mí en casa de los Contarini.

—¿Cómo pueden habernos descubierto tan pronto?

—No lo sé. En cualquier caso, tenemos que cambiar de hotel. O mejor, encontrar alojamiento por medio de su amigo Claudio. Por cierto, ¿qué tenía que decirle ese periodista anoche?

Assefa se encogió de hombros.

—Migliau sigue sin aparecer, pero no se ha recibido ninguna nota pidiendo rescate. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Los carabinieri están desconcertados. La tesis oficial es que le han raptado y que se ha producido lo peor, y lo único que esperan es que aparezca su cadáver flotando en algún canal. Sin embargo...

¿Qué?

—Ya le digo, ésa es la teoría oficial, pero el amigo de Claudio piensa otras cosas. Se llama Aldo Siniscalchi y he concertado una entrevista para usted. Le gustará; es un hombre que reflexiona, hace preguntas y se impacienta. Hace ya años que trabaja en un expediente sobre Migliau. Bueno, no sólo Migliau, sino la Iglesia veneciana en general.

Hizo una pausa, una enfermera asomó la cabeza, miró con curiosidad al enfermo y al visitante y desapareció.

—Patrick, ¿sabía usted que tres de los ocho papas elegidos en este siglo fueron patriarcas de Venecia? Como le he dicho, hay quien piensa que Migliau puede ser el cuarto. Ha llegado a su actual posición gracias fundamentalmente a sus relaciones familiares, pero Siniscalchi opina que hay algo más que títulos de nobleza.

—Él comenzó a interesarse por el cardenal debido a sus tendencias a la extrema derecha, pues es un hombre que nunca ha ocultado sus convicciones y ha manifestado repetidas veces en círculos sociales su oposición a la reforma posconciliar: nada de control de natalidad, aborto ni divorcio, curas casados o mujeres consagradas al sacerdocio: el clásico repertorio del eclesiástico reaccionario.

—No parece estar usted muy de acuerdo —dijo Patrick sonriendo.

Makonnen sacudió la cabeza.

—No, pero qué remedio me queda. Dios no me concedió la gracia de nacer en Europa o América, y en el Tercer Mundo las cosas se ven muy distintas. No me mal interprete: en realidad soy bastante conservador en muchas cosas, y no estoy de acuerdo con Claudio ni con sus amigos comunistas; su actitud no es la solución, pero ellos tienen razón en algunas cosas. No se puede predicar el Evangelio a gente con el estómago vacío ni se puede infundir entusiasmo por el reino de Dios a quien vive a diario con el temor de ser secuestrado por un comando de extrema derecha. Y tampoco creo que se pueda promover la consolidación de la democracia apoyando a las dictaduras. —¿Y Migliau opina que sí?

—Él no le da importancia. Para él la misión de la Iglesia es salvar almas, no vidas. Rebelarse contra el Estado, aunque éste se halle hundido en la injusticia y manchado de sangre, es pecado mortal. Practicar el control de natalidad, aunque las familias se mueran de hambre, es contravenir la ley de Dios.

—Pero eso es prácticamente lo que el papa viene diciendo hace años.

Makonnen asintió con la cabeza.

—No necesita recordármelo. ¿Cómo cree que Migliau llegó a ser patriarca de Venecia? Pero él quiere llegar más alto. Si de él dependiera, retrasaría el reloj de la historia como no puede usted ni imaginarse. Ni yo mismo me daba cuenta hasta anoche.

»Migliau anularía todas las resoluciones del Concilio Vaticano II, eliminaría el principio de colegiatura y restablecería la misa de Trento; clausuraría el diálogo con otras Iglesias, prohibiría las relaciones con las religiones no cristianas, restablecería el dogma de la culpabilidad judía en la muerte de Cristo. Con Migliau de papa, la Iglesia daría un gran retroceso. Habría otra vez un índice de libros prohibidos, juicios por herejía y muchas excomuniones.

Patrick movió la cabeza sin acabar de creérselo.

—No hablará en serio...

—¿Que no? —replicó Makonnen enarcando las cejas—. ¿Por qué lo dice? Comparado con treinta o cuarenta años atrás, la Iglesia católica se halla en este momento aturdida por las ideas modernas. Y sin embargo hay gente como usted, gente incluso como yo, que piensa que las cosas están tranquilas, pero las personas como Migliau están sobrecogidas de pavor, porque consideran a dónde nos han llevado las reformas y los efectos que siguen produciendo y ven el futuro con treinta o cuarenta años de anticipación y su imaginación vislumbra el fin de la Iglesia tal como ellos la conciben: nada de misa, sacerdocio, jerarquía o papado..., ni Dios siquiera. Yo creo que es una exageración; vamos, lo sé taxativamente, pero vaya usted a decírselo a un irreductible como el cardenal Migliau... Patrick se encogió de

hombros.

—Así que Migliau es un fundamentalista católico reacio al cambio. ¿Y eso es una novedad? El conservadurismo va muy ligado a la jerarquía católica.

—Puede. Pero Migliau va más lejos. Uno de sus principales temores es que el fundamentalismo protestante entable negociaciones para conseguir influencia política en Europa, igual que ha hecho en Estados Unidos. Si eso sucediera, se atraerían a buena parte de la derecha temerosa de Dios, cuyo apoyo les sería esencial para una revolución moral y religiosa. Y Migliau sabe que tiene que anticiparse a esa posibilidad.

«Siniscalchi tiene pruebas de que el cardenal se reúne con políticos de extrema derecha no sólo en Italia, sino igualmente en Francia, España, Alemania y Austria, y posiblemente de otros países. No hay pruebas documentadas, naturalmente, nada que L'Unitá u otros periódicos puedan publicar, pero por un informe se sabe que Migliau se ha comprometido a un pacto. Si le nombran papa, dará instrucciones a los obispos de todos esos países para que los feligreses voten a esos candidatos. Una vez conseguido el poder, solicitarán apoyo político y legislativo para una campaña contra el modernismo en todas sus facetas. Migliau sería el papa desde hace muchos siglos con algo más que simples encíclicas como arma. Tendría una policía estatal a su servicio.

Capítulo 33

PATRICK sintió una especie de ahogo. Aquello parecía plausible, más que plausible.

—¿Y dice usted que Siniscalchi tiene pruebas?

—Sí, en cierto modo; pero no concluyentes.

—¿Podría obtenerlas?

—Sí. Él conoce a alguien que tiene acceso al despacho de Migliau. Quiere verle a usted esta noche: quizá para entonces tenga algo.

—¿Y dice que no está de acuerdo con la tesis policial del secuestro? ¿Y cómo explica él la desaparición?

—Dice que lo del secuestro no se sostiene por su propio peso, porque nadie de la derecha se atrevería a poner a Migliau la mano encima; ni se les ocurriría. Y lo mismo es aplicable a la Mafia. Queda la izquierda, pero Siniscalchi, que tiene más contactos que la policía con grupos izquierdistas y terroristas, o al menos eso dice, jura y perjura que también para ellos es un misterio la desaparición del cardenal.

—Entonces ¿qué queda?

—Resta la posibilidad de que Migliau se haya puesto voluntariamente fuera de la circulación por motivos que sólo él o sus más allegados conocen. Siniscalchi opina que su ausencia puede estar relacionada con nuestro asunto, aunque no sabría decir en qué sentido.

Se produjo un silencio.

—¿Hasta dónde le ha contado del asunto? —inquirió Patrick.

—Pues...

En aquel momento se abrió la puerta y entró el doctor Luciani, quien sonrió y se presentó él mismo a Makonnen.

—¿Tendría la amabilidad de esperar afuera, señor Makonnen? Quisiera hablar con su amigo.

Una vez que hubo salido Assefa, el médico se sentó en el borde de la cama y miró a Patrick.

—Bien, signor Canavan, ¿qué tal se encuentra?

—Mucho mejor, gracias. Perfectamente, en realidad. Si no tiene inconveniente, me gustaría irme cuanto antes.

Luciani frunció el ceño.

—A decir verdad, signor Canavan, sí que tengo inconveniente. Usted puede sentirse bien, pero me gustaría que estuviera aquí al menos un día más.

—¿Para qué?

—Para tenerle en observación. Me gustaría hacerle otras pruebas, y pasados unos días, un TC. Aquí no hay equipo, pero en el hospital de Mestre han instalado uno

hace poco, y creo que podríamos incluirle en la lista para que pasase un día de esta semana.

Patrick sintió una punzada de alarma.

—¿Lo cree necesario? ¿Me pasa algo?

El médico negó enérgicamente con la cabeza.

—No, no. No hay ningún motivo para pensarlo.

—Entonces...

Luciani le interrumpió.

—Signor Canavan, ¿ha experimentado recientemente... trastornos auditivos o visuales?

—No comprendo. ¿Qué clase de trastornos?

—Quizá sea mejor llamarlos alucinaciones. Allucinazioni Podría estar afectado cualquier sentido. A veces se nota el sabor o el olor de algo ficticio: un alimento, un perfume, flores... O puede tratarse de un sonido..., música, una voz...

Patrick desvió la mirada. Le parecía oír el ruido del agua, oler un cuerpo de mujer, cálido, cercano.

—No —replicó mintiendo—. En absoluto.

—¿Está seguro? Piense bien.

—Estoy seguro. ¿Por qué me lo pregunta? —El médico se mostraba indeciso.

—Es que en base a lo que le sucedió y al resultado que acabo de recibir de las pruebas realizadas, yo diría que sufrió usted una especie de epilepsia focal. No se alarme, por favor. No tiene por qué ser grave, y hay otros posibles diagnósticos. Sólo quiero que coopere.

—Pero puede ser grave. ¿Es eso lo que quiere decir?

Luciani no contestó de inmediato.

—Signor Canavan, no quisiera alarmarle. Mire, el diagnóstico en estos casos suele ser muy difícil, y por eso me gustaría hacerle otras pruebas. Pero, aunque llegásemos a una diagnosis firme..., la causa puede resultar muy compleja.

»La causa más común de la epilepsia focal es una lesión del lóbulo temporal; por eso quiero que le hagan un electroencefalograma y, si es posible, una exploración TC. Si hay lesión, normalmente provoca algún tipo de alucinaciones. Puede ser una lesión menor o, a su edad, pudiera ser un tumor. Se lo expongo no para asustarle, sino para que se haga una idea de la posible gravedad de la enfermedad y, por consiguiente, de la necesidad de que colabore. Dígame, ¿ha sufrido alguna vez episodios de este tipo?

Patrick no acababa de decidirse.

—No..., no exactamente... He tenido sueños. Dei sogni. —¿Qué clase de sueños?

Patrick se lo fue explicando y, cuando terminó, Luciani asintió con la cabeza.

—Muy bien. Voy a consultar su caso con un colega del hospital que es

especialista en trastornos neurológicos. Creo que esta tarde él mismo podría examinarle. Tengo que hacer hincapié en que se tome muy en serio lo que le estoy diciendo. Me hago cargo de que tal vez se encuentre usted en... una situación comprometida, lo que no es de mi incumbencia, pero sí su salud.

—Si ha sufrido episodios como el que me ha descrito, es probable que la lesión esté muy avanzada, y tal vez tengamos que operarle. Ignoro qué preocupaciones le afligen, pero le ruego que haga lo posible por abstraerse. Es prioritario, porque, en caso contrario, las consecuencias podrían ser graves. ¿Me entiende?

Patrick asintió con la cabeza. Estaba desconcertado. Él no sentía dolores, sino visiones imprecisas. ¿Cómo iba a ser aquello mortal? Debía haber algún error.

—Ahora tengo que irme; volveré esta tarde y espero poder venir con mi colega. Usted no se preocupe, que aquí y en Mestre tenemos un excelente servicio. Aun en el caso de que haya que operar, no hay de qué preocuparse. Tendrá constantemente una enfermera que le atienda. Pídale a ella lo que necesite y dígame si experimenta algún síntoma.

Antes de salir se detuvo ante la puerta.

—Signor Canavan, creo que debo comunicarle que abajo hay un inspector de policía. Se llama Maglione y es de la comisaría de carabinieri de San Zaccaría. Ha solicitado permiso para verle —añadió mirando al suelo—. ¿Tiene usted idea de por qué quiere verle?

—Pues no... Debe ser un error. Yo no he hecho nada.

—Por favor, signore, no me venga con cuentos. En el bolsillo de su chaqueta encontramos una pistola, que hemos guardado en la caja fuerte del hospital hasta decidir qué hacemos con ella. Vamos a ver: puedo decir a ese inspector que se marche, pero si insiste en hablar con usted, no podré negarme. Como médico, preferiría que de momento no le agobien, porque, francamente, temo que pueda desencadenarse otro ataque. Pero no puedo eludir una petición razonable por parte de la policía. Así que lo dejo a su criterio. ¿Qué hago?

Patrick reflexionó a toda velocidad.

—Dígale que suba —dijo—. Yo nada tengo que ocultar; pero me gustaría antes hablar un rato más con mi amigo, el señor Makonnen. Es un asunto privado importante para mí. Le aseguro que nada tiene que ver con ningún tipo de delito.

Luciani tardó un rato en decidirse.

—Muy bien —dijo finalmente—. Diré a Maglione que suba a verle dentro de diez minutos. ¿Le parece bastante?

—Creo que sí. Gracias, doctor.

Al salir, Luciani intercambió unas breves palabras con Makonnen, que aguardaba fuera.

—Assefa, cierre la puerta, por favor —dijo Patrick nada más entrar el sacerdote.

—¿Qué sucede, Patrick? ¿Se encuentra bien?

—Sí, claro que sí. Estoy bien. Escuche, Assefa..., no tenemos mucho tiempo. Abajo hay un policía. Dios sabe lo que estará pasando, pero no estoy dispuesto a quedarme aquí para enterarme. Tiene que ayudarme usted a salir del hospital.

—Pero el médico dice...

—Me importa un bledo lo que haya dicho. Aquí no puedo quedarme. Ni usted. La Pascua empieza dentro de un par de días y no hay tiempo que perder.

Capítulo 34

FUERON hacia Cannaregio bajo aquella luz difusa de media tarde. Como fugitivos que se acercan a una frontera mal delimitada, miraban constantemente a su alrededor temerosos de que fueran a detenerlos. Todas las caras, todos los gestos les infundían sospechas.

Dejando ya atrás las calles más concurridas, comenzaron a tranquilizarse. Patrick contó a Assefa lo que le había sucedido la noche anterior, explicándole la persecución de alguien que él pensaba era Francesca, su desvanecimiento por agotamiento y su sueño. Cuando terminó, Assefa siguió caminando en silencio a su lado un buen rato. Cruzaron el Rio di Noale para seguir por el largo tramo de Fondamenta della Misericordia. Pasó una barca cargada de basura en dirección al Canale della Sacche; el que la conducía los saludó sonriente con la mano. Durante un rato flotó en el aire un tenue olor a desperdicios.

—¿Dice que pasaba por una plaza en la que unos hombres acosaban a un cerdo? —inquirió por fin Assefa.

—Sí; ciegos con cuchillos.

—Con cuchillos, sí. Y ¿esa escena... le decía algo?

—¿Que si me decía algo? —Patrick notaba la inquietud de su amigo, mientras a lo lejos se perdía de vista la gabarra cargada de basura—. ¿Por qué iba a decirme nada? Es la clase de escena que uno ve en sueños. Cosas absurdas y nada más.

Pero sabía que no era cierto. Nada de sus sueños era absurdo; todos tenían perfecto sentido, y recordaba los detalles con la minuciosidad con que un amputado recuerda el dolor.

Assefa meneó la cabeza.

—No, Patrick. No es absurdo. En el siglo dieciocho..., ¿me escucha, Patrick? Es importante. En el siglo dieciocho, los dos domingos de carnaval, todos los años dejaban que los ciegos de la ciudad se reunieran en una plaza para dar muerte a un cerdo. Era una especie de espectáculo, algo para solaz de los nobili, para que se sintiesen superiores. No me diga que no había oído hablar de ello...

Patrick movió la cabeza.

—Pues usted lo ha soñado. No tenía conocimiento de ello y ha soñado una cosa que ocurrió.

Cuando alcanzaron la zona del Ghetto ya casi anocheía. Siglos atrás, los judíos de Venecia habían estado confinados en aquel barrio, el primero de una infinidad de ghettos por todo el mundo. Ahora sólo quedaban un par de sinagogas miserables. Cuando pasaban ante la Scuola Cantón, Patrick iba pensando en lo que haría Migliaiu con los judíos en caso de acceder al poder. ¿Los haría volver a los ghettos, los

obligaría a llevar la letra «O» en las ropas o el sombrero amarillo? ¿Los haría purgar su supuesto crimen de haber matado a su Dios? Desechó rápidamente aquellos pensamientos; era absurdo. Ningún papa podría hacer que volviese la Edad Media. Inmediatamente recordó la pequeña placa que había enfrente de la sinagoga de la calle del Ghetto Vecchio. Era un recuerdo de la matanza de doscientos judíos venecianos a mano de los nazis.

Ya estaban a un paso de la casa en que vivían Surian y su padre. Aun en una ciudad en la que los edificios nuevos constituyen una contradicción de principio, aquella casa resultaba no sólo vieja, sino enferma, como si estuviera infectada por una enfermedad insidiosa y devastadora.

Cuando llegaban al portal vieron un grupo de gente arremolinada en la entrada. Al principio, Patrick los tomó por un grupo de ociosos, pero en seguida advirtió que estaban allí por algo. Había también un puñado de colegiales con su cartera, merodeando en silencio, pero muy nerviosos. El resto del grupo lo formaban mujeres y viejos sobre todo. Patrick y Assefa se disponían a abrirse paso entre la multitud, cuando vieron que en el centro del corro había un policía que interrogaba a una anciana, mientras los demás pretendían hablar todos a la vez.

—Che cosa é successo? E morto qualcuno?

—Poveretto, si é amnazzato.

—Chi era? Tu lo conoscevi?

Lo primero que pensó Patrick es que alguien había advertido su visita del día anterior; pero eso difícilmente explicaba aquel revuelo y la excitada cháchara de la gente. En aquel momento un pequeño intentó escurrirse entre sus piernas y él le agarró por el cuello. El niño dio un chillido, tratando de soltarse, mientras una mujer se daba la vuelta y se echaba a reír; Patrick le devolvió una sonrisa.

—Quieto —le dijo al crío, que no tendría más de cinco o seis años—. ¿Adonde ibas?

—Stronzo, lasciami andaré! ¡Suéltame, imbécil! —gritó el diablillo, enrabiado.

—No, si no me dices adonde ibas.

—A la casa, ¿no lo ves?

—¿A qué?

—A ver al hombre.

—Al hombre... ¿A qué hombre?

—Al muerto, idiota, el que se ha tirado al patio por la ventana. Déjame.

Patrick tuvo un estremecimiento y soltó al niño. Tenía la mano entumecida.

—Quizá no se trate de él, Patrick —dijo Assefa, que se había situado a su lado; pero lo decía sin convicción.

Se abrieron paso entre el corro sin que nadie se lo impidiera. El portal que conducía al patio estaba abierto.

Sólo un débil resplandor entraba por los altos muros, pero en las ventanas que daban al patio había luz como si hubiese una fiesta, y en ellas los más diversos rostros miraban hacia la penumbra, unos con curiosidad, otros con indiferencia, pero todos con cierta fascinación por aquella muerte violenta inesperada.

Al niño le había abandonado el valor nada más avanzar unos pasos por el portal y permanecía parado y nervioso, incapaz de dar otro paso y clavado en el suelo por la morbosa curiosidad y un leve resto de bravuconería. Al fondo del patio, en el suelo, yacía una masa inmóvil acurrucada. Alguien le había echado por encima una vieja colcha, pero por debajo salía sangre formando un charco oscuro y espeso. Patrick se agachó y levantó un extremo de la burda tela.

Una luz imperfecta e hiriente bañó el rostro exánime que acababa de destapar. Lo primero que pensó Patrick fue que les estaban gastando una broma. Aquel rostro que los contemplaba no era humano, sino uno falso, blanco y duro, con ojos pintados y carrillos coloreados: la cara de Arlequín, hundida por el centro y manchada por abajo de sangre. Sus dedos apartaron la máscara y apareció el rostro de Claudio Surian. Tenía la nuca hundida y por el suelo había trozos de hueso muy desperdigados, cual si se hubieran liberado bruscamente de su arnés de carne y sangre.

Ya había anochecido cuando llegaron a Lista di Spagna. Assefa no había reaccionado. Ni él ni Patrick habían pensado un solo minuto que Claudio hubiera podido tirarse por la ventana. Eran como peregrinos en un templo oscurantista, sin dios, sin luz, con la muerte en el alma. A su alrededor se rasgaban los velos y se apagaban las lámparas. La ciudad se había convertido en una ara de dioses dementes, un altar para la perfección sacrificial. Notaban la sangre en el aire, la olían al respirar, como basura podrida, la sentían cálida y familiar en su carne.

Las tiendas de la Lista di Spagna aparecían brillantemente iluminadas, aunque con menos clientes en aquella época del año que en plena temporada turística en que concentraban la mayor parte de aquel río humano que llegaba casi a la estación de ferrocarril. La redacción de L'Unita estaba en una calle próxima a la estación. No era más que una serie de pequeños cuartos encima de una agencia de viajes, atiborrados, agobiantes, llenos de archivadores, máquinas de escribir, teléfonos, télex y aparatos de telefax. No parecía quedar sitio para los redactores, y sin embargo había media docena de ellos tras una serie de barricadas: escritorios, archivadores y todo lo necesario para mantener a los colegas y al público en general apartados medio minuto.

Assefa se abrió paso, sorteando a un barbudo que trataba de estrangular al receptor del teléfono sin dejar de lanzar una sarta de obscenidades a voz en grito:

—Porca puttana, ándate tutu a lagare, mi avete rotto i coglioni!

Detrás del barbudo, sentada a una mesa llena de montones de volúmenes de

enciclopedias y con unos cuarenta vasos de plástico usados, una joven desgastaba enloquecida sus uñas contra las teclas impávidas de una máquina de escribir antediluviana.

—Permesso? —dijo Assefa, pero su voz quedó ahogada por los gritos del que estaba al teléfono. Volvió a llamarla más fuerte pero tampoco obtuvo respuesta.

La mujer seguía imperturbable ante la máquina. Exasperado, Assefa cogió un ejemplar del diccionario Devoto, lo abrió y lo cerró de golpe con ruido de detonación.

Se alzaron cabezas por todas partes. Sólo el del teléfono seguía en lo suyo.

—No tiene ninguna gracia —dijo la de la máquina—. ¿Qué demonios quiere?

—Busco a Siniscalchi. Aldo Siniscalchi. ¿Sabe dónde puedo encontrarle?

La mujer abría y cerraba la boca. No era bonita y en plena actividad laboral tenía aspecto de pez. Miró a Patrick, que estaba a unos pasos detrás del cura y de nuevo a Assefa.

—¿Y usted quién es? —inquirió. Repentinamente había cambiado su actitud brusca por la puramente defensiva.

—Un amigo suyo. Bueno, un conocido. Nos presentó Claudio Surian... anoche en Bartolini. Aldo había convenido en que volviésemos a vernos hoy, pero...

—Lo siento —replicó ella. Su voz sonaba engolada y artificiosa—. No puedo ayudarle. A Ald..., al signor Siniscalchi hace dos horas que le han matado a tiros al salir de la trattoria en que acababa de almorzar. Es... —durante un segundo pareció que iba a romper a llorar, pero logró dominarse. Aquello era la redacción de un periódico, y el asesinato de Siniscalchi aparecería por la mañana en primera página—. Esos fascistas hijos de puta de Ordine Nuovo se lo han cargado —exclamó—. Hacía meses que le habían amenazado porque estaba publicando una serie de artículos sobre ellos. ¡Fascistas de mierda!

—¿Está segura? —inquirió Patrick con el corazón latiéndole aceleradamente. Se sentía asqueado y harto de todo.

—¿Cómo segura?

—De que ha sido Ordine Nuovo. ¿Está segura de que han sido ellos?

—¡No, claro que no estoy segura! No lo han firmado, pero ¿quién cono va a ser si no? —Y en ese momento se dio cuenta del acento de Patrick—. Oiga, ¿pero usted quién es? ¿Norteamericano? ¿De la CÍA?

—Siniscalchi seguía ese asunto de Migliau, ¿verdad? La mujer enarcó las cejas, unas cejas claras y poco pobladas que apenas daban resalte a sus ojos. —¿Y eso qué tiene que ver?

—Todo. Déjese de Ordine Nuovo. Averigüe todo lo que pueda sobre Migliau; encuéntrelo y habrá encontrado a los asesinos de su amigo. Y... los de Claudio Surian.

Él y Assefa le dieron la espalda dirigiéndose a la salida, pero justo cuando iban a

cerrar la puerta, la mujer les gritó:

—¡Eh! ¡Norteamericano! ¿Usted cómo se llama? Patrick se dio la vuelta.

—Canavan. Patrick Canavan. Si encuentra a Migliau, dígale que he estado aquí, y que aún no he terminado; más bien, que acabo de empezar.

Lo había dicho como un niño antojadizo, con voz discreta, pero como alardeando; un silbido sordo en la oscuridad.

La mujer se le quedó mirando extrañada, sin comprender.

—¿Y su compañero cómo se llama?

Assefa se volvió para decirle el nombre.

—Espere un momento —añadió, poniéndose en pie y dirigiéndose con gran precisión por entre el laberinto de obstáculos a otra mesa, en la que revolvió medio minuto para enarbolar con aire de triunfo un grueso sobre acolchado—. Dejó esto para usted —gritó por encima de la barahúnda de máquinas de escribir y el timbre de los teléfonos—. Dijo que no iba a estar esta noche cuando usted viniera, que tenía que seguir una pista importante. —Su rostro se ensombreció y de nuevo las lágrimas estuvieron a punto de quebrar su falsa entereza—. ¿Cree usted...? ¡Cristo! En fin, me dijo que se lo entregara. Creo que es un libro.

Capítulo 35

EL libro resultó ser un raro ejemplar de la obra de Corradini *Famiglie Antiche e Nobili di Venezia*, un respetable y grueso volumen encuadernado en gastada piel borgoña con cantos dorados y publicado en 1791 en Venecia. Su autor, Marco Corradini, aristócrata de cuna y con aspiraciones políticas, como tantos nobles venecianos de la época, se había encontrado en difícil situación económica, pero, a diferencia de casi todos sus homólogos, era un hombre inteligente con estilo personal y una formación clásica.

Patrick y Assefa no conocían la obra sino por lo que habían podido espigar de un florido prólogo de un tal profesor Enrico Battistella. Habían tomado una lanchataxi en Piazzale Roma para dirigirse a tierra firme, donde el conductor los dejó en una miserable pensión cerca de los muelles de Porto Marghera.

Estar allí era como si el encanto de Venecia hubiese desaparecido por un golpe de varita mágica. Las oscuras calles industriales de Mestre y las adustas y altas grúas del puerto eran objetos de otro embrujo distinto, sus cansados habitantes súcubos de otra pesadilla más monótona. Un olor a petróleo refinado flotaba en las calles atestadas y congestionadas: no había allí especias, aceites exóticos o ungüentos; en las calles de Mestre reinaba la necesidad, no el vicio ni el lujo.

En la pensión no les pidieron pasaporte ni les exigieron firmar en el registro, aunque, de habérselo planteado, lo habrían solucionado con una propina. Surian les había recomendado aquel lugar la tarde anterior, cuando Assefa le explicó el riesgo que corrían en el hotel. Les había dicho que en aquella pensión se hospedaban a veces miembros de Prima Linea y otros grupos clandestinos de extrema izquierda, pero por lo que pudieron ver, la clientela estaba más bien compuesta por prostitutas que trabajaban en el puerto, por sus clientes —casi todos marinos mercantes— y por unos cuantos obreros sicilianos emigrados.

Siniscalchi les había señalado con un papelito dos capítulos del libro; el primero dedicado a las diversas ramas de los Contarini y el segundo, más breve, a la casa de Migliau. Al margen había marcado a lápiz varios párrafos que le habían parecido interesantes.

El primero era una cita de un documento descubierto por Corradini en el monasterio benedictino de San Giorgio Maggiore. El texto se refería a una crónica conservada en páginas sueltas de un manuscrito del comentario de Macrobius sobre el *Somnium Scipionis*. La crónica la había recogido un tal hermano Ubertino de Florencia entre 1223 y 1268; el párrafo señalado por Siniscalchi databa de 1264, con ocasión de la recién instituida fiesta del Corpus Christi.

Assefa leyó el párrafo despacio para que Patrick pudiera comprenderlo,

explicándole las palabras y expresiones difíciles. Estaba escrito en el dialecto florentino de la época, que posteriormente se implantaría como italiano oficial, y Corradino y Battistella habían refinado y modernizado un tanto el lenguaje del hermano Ubertino, por lo que no resultaba tan abstruso.

«Esta última semana los flagellanti se han vuelto a ver de nuevo en las calles. Y eso a pesar del decreto publicado el mes pasado por el dogo y el Consiglio, para que nadie de las órdenes sagradas, laicas o religiosas se atribuya a sabiendas el término de hermandades de disciplina ni siquiera en los consejos por los que se rigen. Se los vio por primera vez aquí el año de la peste, ya hace cinco años, y llegaron en grupo desde Perugia, y se dice que son muchos miles y que no temen a nadie.

«Ahora se los ve en días de fiesta y señalados desfilando por las calles o la plaza ante la basílica, y a veces delante de otras iglesias de la ciudad, vestidos, como es su costumbre, con túnicas negras muy largas que llegan hasta el suelo y azotándose las espaldas con látigos de cuero, acompañándose constantemente de chillidos y gritos parecidos a los de animales salvajes o demonios salidos del infierno».

Assefa hizo una pausa y le preguntó a Patrick si seguía el texto.

—Creo que capto la idea general. ¿Sabe quiénes eran exactamente los flagellanti? Assefa asintió con la cabeza.

—El movimiento de los flagelantes surge en el norte de Italia hacia mil doscientos cincuenta y nueve y en seguida se extiende por Alemania y los demás países. Millares de personas seguían las procesiones religiosas azotándose con látigos y llorando para implorar la salvación.

—Ya. Pero no entiendo qué tiene eso que ver con Migliau y los Contarini.

—Sigamos leyendo —respondió Assefa encogiéndose de hombros y volviendo al texto.

«Ayer, poco después de Laudes, recibí la visita de Umberto Trevisan, un joven erudito que viene muchas veces a nuestra biblioteca, y me dijo que entre los flagellanti hay muchos pobres, tullidos, mendigos, débiles mentales y mujeres, como suele ser común en estas manifestaciones heréticas. Pero hay también entre ellos ciertos caballeros de buena familia y mercaderes ricos con mala conciencia o poco caletre y que temen al diablo más que aman a Dios.

»Y me dijo confidencialmente que ha oído que algunos Contarini, Participazio, Dándolo y Ziani han prestado secreta lealtad a una siniestra cofradía a la que no pertenece ningún pobre ni villano».

Assefa levantó la vista del libro. La pregunta de Patrick quedaba contestada.

«Esto es asunto muy secreto para ellos y nada tiene que ver con la flagelación pública ni ningún espectáculo. Que se reúnen en secreto y celebran cábalas a escondidas es lo único que sabe maese Trevisan, ya que de sus ritos y reglas heréticas no sabe, o dice no saber nada».

Assefa levantó la vista.

—Hay una señal un par de líneas más adelante, en la que Corradini cita de nuevo al hermano Ubertino. Es un extracto de lo anotado al miércoles siguiente del Corpus Christi, aproximadamente una semana después de lo que acabamos de leer.

«Recibí ayer nuevas a través del padre Domenico, que vino a confesarme que mi amigo Umberto Trevisan fue ayer condenado en secreto por los tres Avvogadori, tras lo cual fue llevado al Canale Orfano, donde le ataron las manos a la espalda y le pusieron pesas de plomo en los miembros para que se ahogara antes. Que nuestro Señor se apiade de su alma y alcance la paz. Consideré prudente no confesar al padre Domenico lo que últimamente me había confiado mi amigo, aunque esta mentira me oprime el alma. He pasado toda la noche en oración para que salga del purgatorio y, no obstante, no estoy tranquilo ni creo que vuelva a estarlo».

Capítulo 36

Ni Patrick ni Assefa dijeron palabra, pero sus pensamientos eran tan transparentes como si hubiesen hablado.

El segundo párrafo era una recopilación del propio Corradini.

«Estimo que no está bien ni conviene, pese a lo que mi señor Pisani juzgue, hablar en estas páginas de los pecadillos de la nobleza y de la disolución de los ricos, y no digamos de la canalla, envalentonada por el lenguaje lascivo de sus superiores y falsamente animada por la conducta desenfrenada de algunos de los que los gobiernan y fomentan la discordia en la más serena de las repúblicas. Y, empero, éstas son las costumbres de esta época, en que la nobleza se ha convertido en bajeza y la bajeza en nobleza, en ciertas familias que conozco y esto lo puedo decir con toda sinceridad.

«Innumerables testigos que frecuentan a los Spaderra y Ancilloto y no por caso de beber café, sino más bien, tengo entendido, para murmurar contra el Estado; o los libertinos que se reúnen todas las noches en el Casino degli Spiriti y en plaza Cornaro a jugar al Bassetto o al Spigolo para obtener un montón de escudos de oro o los favores de una dama; o las damas con sus galanes, que acuden enmascaradas y con pelucas empolvadas a ver las últimas comedias en la Fenice o a la Malibrán».

—¿Por qué no se salta unas líneas y lee lo que nos interesa...?

—Sí, mejor será. Vamos a ver... —dijo el sacerdote corriendo el dedo por la página, frunciendo el ceño y mordiéndose el labio hasta que dio con algo—. Aquí está; creo que es esto. Hay una nota a pie de página que indica que los siguientes párrafos han sido incluidos por Battistella a partir del manuscrito de Corradini.

«Señorías, si os dignáis prestar oído, os desvelaré secretos que os helarán la sangre en las venas, porque en esto reside el meollo de nuestra corrupción, en que una familia de judíos se haya convertido en señores de Venecia, y en que algunos de nuestros más antiguos linajes hayan llegado a la más profunda de las depravaciones.

«Sabéis bien que hay masones en nuestra ciudad, que se entregan a adoraciones secretas y a abominables doctrinas. Me consta que muchos estiman que los Contarini, los Migliau, los Rezzonico y los Dándolo pertenecen a esa cofradía, y, por cierto, hay algunos que sí, pero yo considero que la mayoría ha prestado otra clase de juramento».

Assefa hizo una pausa.

—Esto ya me suena algo más —dijo.

—Sí —asintió Patrick—. Siga.

«He oído decir —y no diré por boca de quién— que algunos se reúnen en sus respectivas casas, a altas horas de la noche, cuando los ojos de las gentes los cierra el

sueño o están fijos en naipes en el Ridotto. Acuden en góndolas encapuchadas con remos sordos y nadie los ve, ni siquiera sus propios criados, porque dicen que reman ellos mismos. Las infamias que practican o los corruptos ritos que realizan ni la razón ni la piedad alcanzan a imaginar.

«Pero yo creo que alardean de hermetistas, adeptos de la Cábala, discípulos de Paracelso o iluminados Rosacruz; o bien de deístas, que han importado sus repugnantes misterios de Francia, de donde proceden todas esas abominaciones. He oído afirmar que hay entre ellos rangos jerárquicos, tales como sacerdotes, diáconos y obispos, y que algunos se consagran como monjes y monjas a perpetuidad. Y éstos, tengo entendido que sus seguidores los llaman los muertos, ya que dejan este mundo antes de que sus cuerpos estén privados de vida. Y me han dicho que se supone que éstos dedican su existencia al Sepulcro, aunque en símbolo, y que hoy día viven entre nosotros personas ante cuyas tumbas pasamos a diario en las iglesias».

Patrick empalideció y miró horrorizado a Assefa. Era como si le hubiese entrado en el estómago un puño glacial que le desgarrara inexorablemente.

«Incluso he oído murmurar —no diré por boca de quién— que emulan a los judíos, robando en ocasiones un niño cristiano o comprando un infante a los zíngaros, para arrancarle el corazón y ofrecerlo en sacrificio. Aunque esto último ojalá sean habladurías».

Assefa hizo una pausa y advirtió lo pálido que se había puesto Patrick.

—¿Se encuentra usted bien, Patrick?

El norteamericano cerró los ojos tratando de alejar de su mente la escena de un niño desnudo con el corazón arrancado, sobre la mesa de un chalet de verano en Irlanda, mientras unos cuervos negros sobrevolaban invisibles el lúgubre cuarto. Cuando abrió los ojos, vio que Assefa le miraba preocupado.

—No es nada —dijo—. Continúe, por favor.

Assefa volvió a leer.

«Se dice —aunque no puedo confirmarlo— que en ocasiones los iluminados de entre ellos van a una isla de la laguna donde en una iglesia en ruinas han hecho una especie de oratorio para su misa. Pero no podría decir dónde está esa isla ni cuál de tantas iglesias abandonadas pueda ser su templo, ya que esto es sólo un rumor que he oído. No obstante, alguien que decía saber algo de estas cosas, aunque no quiso divulgar nada, me conminó a examinar la palabra de Dios para obtener consejo y me señaló los versículos que según él darían la explicación.

»Sin embargo han transcurrido siete años y no he sabido interpretarlos, aunque me consta que el primero es del profeta Ezequiel: *Qui oculos habent ad videntum et non vident* (Los que tienen ojos para ver y no ven). Empero, para deleite de vuestras señorías y beneficio quizá de quienes tengan ojos más agudos que los míos, los cito a guisa de curiosidad: *Abscondita est ab oculis omnium viventium* (Job, 28.31); *Ab*

inferna descendunt (Job, 21.13); Atque abysso subjacente (Deut., 33.13); Súmenles igitur lapidem, posuerunt subter eum (Éx., 17.12); En lapis iste erit vobis in testimonium (Jos., 24.27); Quis revolvat nobis lapidem ab ostio monumenti? (Marc, 16.3); Super lapidem unum septem oculi sunt (Zac, 3.9).

Assefa lanzó un suspiro y levantó la vista. —Eso es todo— dijo.

—¿Está seguro? ¿No hay nada más? —Patrick se sentía como exhausto.

El sacerdote movió la cabeza.

—Nada —contestó—. No sigue más.

Cerró el libro y lo dejó a un lado. Afuera, la ronca sirena de una fábrica rasgó el oleaginoso torpor de la tarde. Assefa y Patrick eran durmientes que despertaban bruscamente a la crudeza del día, sin por ello ser capaces de conjurar las morbosas fantasías que habían visto en sueños.

Capítulo 37

SALIERON aquella noche a buscar un lugar para cenar. Fueron en taxi al centro de Mestre y dedicaron casi una hora a deambular por las calles lluviosas tratando de encontrar algo distinto a una hamburguesería o a un tenderete de patatas fritas. Todo eran bloques grises de apartamentos que los miraban ceñudos tras aquella llovizna ruin y pertinaz. Patrick jamás se había sentido tan deprimido.

Finalmente tomaron asiento en una atestada trattoria, encajada entre una tienda de muebles baratos y un salón de máquinas recreativas. A través de la fina pared, no dejaron de oír durante toda la cena los pitidos, mugidos y el tableteo de los disparos. El queso de la pizza de Patrick era de goma y de lata el antipasti de Assefa.

En pleno siglo xx, acosados por una barahúnda de ruidos y olores rancios, se hallaban acodados sobre aquel mantel de cuadros, tratando de desentrañar un misterio con no menos de siete siglos de antigüedad. Patrick estaba seguro de que Francesca vivía, de que la había visto la noche anterior y de que incluso en aquel mismo momento andaba por ahí, espiando en las sombras. Había creído que eran las sombras de la muerte, pero ahora sabía que no era así. Los muertos no vuelven. Lo que pudiera regresar de esas otras tinieblas no era Francesca.

Comieron despacio, hablando de cosas sin importancia, como amantes que han llegado a una intimidad de hastío. La tragedia los había unido y la sensación de peligro mutuo complicaba lo que habría debido ser una simple amistad. Sin embargo, en realidad, ninguno de los dos entendía el mundo del otro. La erudición de Patrick constituía en cierto modo un vínculo, pero su catolicismo, con sus frecuentes errores y drásticos rechazos, era, más que un vínculo, una barrera entre ambos.

—¿Qué interpretación da usted a esos versículos en latín? —inquirió Patrick.

Assefa sacudió la cabeza desilusionado.

—Poca cosa —contestó. No quería hablar de ellos ni pensar en ellos—. Supongo que encierran algún tipo de juego de palabras del siglo dieciocho —añadió.

Patrick asintió con la cabeza. Igual pensaba él.

—¿Puede traducirlos?

—Por supuesto. Los dos primeros son del libro de Job: «Porque encubierta está a los ojos de todo viviente», «Y en paz descienden al sepulcro». El siguiente es del Deuteronomio: «Y con el abismo que está abajo». Luego viene el del Éxodo: «Por lo que tomaron una piedra y la pusieron debajo de él». El siguiente es de Josué: «He aquí que esta piedra nos servirá de testigo», y el siguiente de san Marcos, es el único del Nuevo Testamento: «¿Quién nos removerá la piedra de entrada al sepulcro?» El

último es de Zacarías: «Sobre esta única piedra hay siete ojos».

Patrick se llevó una arrugada aceituna a la boca y la mordisqueó despacio.

—Lleva usted razón; no tienen ningún sentido.

Assefa dio un sorbo de vino.

—Yo creía que este tipo de acertijos era su especialidad. Patrick movió la cabeza.

—Yo desempeñaba un trabajo activo; recogía datos secretos que otros descifrabán. De criptografía no sé casi nada.

—Quizá sea algún tipo de acróstico con las primeras letras de los versículos. Veamos, nos daría AAASEQS. No creo que nos sirva.

—¿Y las primeras letras de las palabras de un solo versículo?

—En el primero de Job, nos daría AEAOOV. No sirve. El segundo, sería AID, que, al menos en inglés, quiere decir algo. Luego tendríamos AAS, que corresponde a las tres letras que hemos obtenido del primer grupo. El del Éxodo nos da SILPSE, que no significa nada. Luego, ELIEVIT, que parece latín, pero no es nada. El de san Marcos daría QRNLAOM, y el de Zacarías, SLUSOS. Francamente, un galimatías.

Del local contiguo les llegó una sarta de horrendos pitidos de una máquina electrónica. Patrick lanzó un suspiro.

—Creo que tiene razón, pero cuando volvamos a la pensión echaremos un vistazo más detenido. Al menos sabemos que no está hecho con ordenador, por lo que, en teoría, no lo necesitaremos para desentrañar el misterio.

—Hay una cosa, Patrick.

—¿Cuál?

—¿No ha advertido que si tomamos las primeras letras de los versículos nos dan siete, y que el último versículo menciona «siete ojos»? Patrick movió la cabeza.

—No, si incluimos la primera del de Ezequiel —replicó, dejando el tenedor y dando un sorbo de Pinot—. Eso que dice es traído por los pelos.

—Como quiera. Pero con Claudio y Siniscalchi muertos, ¿por dónde empezamos, Patrick? Dice que nos busca la policía, ¿y si nos entregásemos? A lo mejor hacían caso de nuestra historia y emprendían una investigación. Esta clase de asunto habría parecido horripilante hasta hace pocos años, pero con el escándalo de la P2, en Italia la gente no se extraña de nada.

—De casi nada, Assefa; pero esto no. Y menos porque lo digamos nosotros sin aportar pruebas convincentes. Y que la policía nos busque significa que hay alguien entre los mandos al servicio de esa gente.

—Entonces, ¿qué sugiere usted?

—¿Y qué voy a sugerir? ¿A qué sugerir nada? Los acontecimientos se producirán queramos o no, y el resultado será el mismo: muerte. Igual que les ha sucedido a ellos o le sucederá a quien investigue más de la cuenta.

—No sé, no sé —musitó el sacerdote.

Patrick pidió otra botella de vino. Quería beber lo más posible para borrar las espeluznantes imágenes que le atormentaban. El vino era barato y ácido, pero eficaz. Assefa le observaba mientras se emborrachaba; él prefería permanecer sobrio por temor a perder el control del yo, por transitorio que fuese, en ese vértigo del espíritu que acarrea la ebriedad. No le había resultado fácil abandonar su identidad de eclesiástico y en todo lo que estaba sucediendo encontraba una mayor disyunción entre la realidad y aquella especie de sensación de delirio. Se limitó a beber agua mineral y a escuchar las fantasías electrónicas de las máquinas del local de al lado.

Más tarde no había manera de encontrar taxi. Seguía aquella llovizna floja y fría, insulsa, sobre las farolas. Patrick caminaba con paso vacilante, ayudado por Assefa. Se orientaron por medio de los rótulos en dirección a Porto Marghera, pero se perdieron. Ahora sí que estaban en la auténtica Venecia: el futuro en vidrio de molde y hormigón, una Venecia chata, yerma, desagradable y carente de gracia espiritual o terrena. Más allá de las farolas, las aguas tristes del Adriático aguardaban el último asalto.

—Assefa —farfulló Patrick cuando daban la vuelta a otra serie de monótonos edificios de apartamentos—, ¿cuál es el elemento común a todos esos versículos?

—Olvídese de los versículos, Patrick. No significan nada.

Patrick tropezó y se agarró del brazo del sacerdote.

—Se equivoca. Tienen que significar algo. ¿Cuál es el factor común en casi todos?

—Qué sé yo, Patrick. ¿Cuál?

—La piedra, por Dios. «Por lo que tomaron una piedra y la pusieron debajo de él», «He aquí que esta piedra nos servirá de testigo», «¿Quién nos removerá la piedra de entrada al sepulcro?», «Sobre esta única piedra hay siete ojos». ¿No comprende que tiene que haber alguna relación?

—Patrick, está bebido. No significan nada. Y si significan algo, ahora ya es tarde para averiguarlo. Corradini dispuso siete años de esos versículos y no sacó nada en limpio. A ver si encontramos un taxi en una calle principal antes de que sea demasiado tarde.

—¿Cómo se dice piedra en italiano?

—Pietra.

—¿Y qué más?

Assefa se encogió de hombros. —Roccia.

—No, roccia no. El nombre «Pietro» es Pedro y Pedro en la Biblia es la «roca» o la «piedra».

—No sé de qué nos sirve eso, Patrick.

Patrick se detuvo y agarró con fuerza a Assefa por el hombro.

—Sí que nos sirve. Nos sirve, pero que mucho.

Guardó silencio. Habían llegado a una calle ancha y aguardaron callados a que apareciese un taxi. Al cabo de un cuarto de hora pasó uno que los dejó en la pensión. La vuelta les costó el doble que la ida.

Una vez en la habitación, Patrick cogió el libro de Corradini y se lo dio a Assefa.

—Tenga: mire en el capítulo sobre los Contarini a ver si hay algún dato sobre Pietro Contarini, que murió hacia el ochocientos setenta...

—Patrick, yo...

—¡Búsquelo, por Dios!

Cinco minutos después Assefa encontraba el dato.

«Pietro Contarini. Este hombre de noble espíritu fue el artífice de la fortuna de la familia y el origen de su prosperidad. Nacido de padres nobles, desde su más tierna infancia fue educado para ocupar el lugar que le correspondía entre los nobili de su generación. Se cuenta que a la edad de catorce años...»

—Busque lo que dice de su muerte —le apremió Patrick. Assefa fue leyendo líneas en silencio, saltándolas.

—Aquí está —dijo finalmente—. Dice algo de su última enfermedad. ¿Lo leo?

—No; quiero que busque lo del entierro. —Bueno; aquí está:

«Murió por fin el trece de setiembre del año 869 y fue recibido en el seno del Señor magnánimo y misericordioso, requiescat in pace. Y al día siguiente sus restos mortales fueron llevados en barco, acompañados por cientos de personas, al monasterio iglesia de San Giacomo, que en aquellos días florecía en la isla de San Vitale en Paluda, esto es la Paluda Maggiore, y que actualmente está en ruinas. Cuando se reconstruyó la iglesia en el siglo xn, el sepulcro de Pietro fue fastuosamente ampliado por sus descendientes, que lo revistieron de mármol y dorados. Yo lo he visto y lo considero obra de gran belleza, aunque muy deteriorada».

Aquella noche Patrick tuvo el último de sus sueños, una visión larga y angustiosa que no parecía tener principio ni fin. Estaba otra vez solo en un cuarto cuadrado todo rodeado de cortinajes negros y de grandes cirios en gruesos candelabros de plata. Estaba seguro de encontrarse en la casa a la que le habían llevado en góndola. Olía a humedad, como si el cuarto fuese bajo, casi al nivel del canal. Y había otro olor más sutil y desconocido, pero inquietante.

Cerró con fuerza los ojos para no ver el cuarto, diciéndose que era una simple alucinación causada por la epilepsia focal: bastaría con no hacer caso para que desapareciera. Y si volvía, se sometería a una exploración TC y le darían medicamentos para curarle. Pero, aunque se sentó y pensó en otras cosas, diciéndose que dormía en una pensión llena de pulgas en Mestre, el olor del canal y aquel sutil aroma que ocultaba se le pegaban a las fosas nasales.

Finalmente abrió los ojos y vio los negros cortinajes y los cirios apenas

consumidos.

De pronto oyó pasos. Se abrió una puerta, descorrieron un poco la cortina y entró un personaje ataviado al estilo dieciochesco. Le seguía un segundo, un tercero y otros muchos que llenaron el cuarto. Todos los que entraban le dirigían una leve reverencia y se iban colocando de espaldas a la pared. Al final entraron cuatro mujeres con velos negros de encaje y se situaron junto a los hombres.

Uno empezó a hablar en voz baja y los demás se le fueron uniendo hasta que todos los congregados lo hacían al mismo tiempo. Con creciente horror, Patrick advirtió que él también hablaba y que su voz se mezclaba a la de los demás, elevándose y descendiendo en suave melopea. Al principio, no reconoció el idioma, pero luego, sin sorpresa, se dio cuenta de que era arameo.

—7 *tsbqnn' 'lh' bhswk'*

—7 *tlbqnn' bhswk' bry' wbsryqwth*

—7 *t'lnn' mr'n' b'tr' dy V bh nwhr'*

—7 *thsyk ynyn'*

—*No nos dejes, ¡oh Dios!, en tinieblas.*

—*No nos abandones a las tinieblas y al vacío.*

—*No nos conduzcas, ¡oh Señor!, al seno oscuro.*

—*No cierres nuestros ojos con su negrura.*

La cantinela continuó unos cinco minutos en iguales términos, implorando a Dios la salvación de los terrores de ultratumba. Luego, el ritmo comenzó a cambiar y Patrick advirtió descorazonado que era él quien dirigía el sortilegio, recitando breves versículos a los que los demás contestaban. Se daba perfecta cuenta de lo que estaba sucediendo, pero era incapaz de detenerse y era como si hablara otro con su propia voz.

De pronto se abrió la puerta y entró un hombre llevando de la mano a un niño de diez u once años. El niño iba vestido con un camisón blanco, tenía el pelo largo y atado atrás con una cinta roja, y parecía aturdido. Se adelantó otro hombre que cogió al niño de la otra mano, y los tres se volvieron de cara a Patrick. El niño temblaba; Patrick le miró a los ojos y notó que iba drogado o hipnotizado.

Los hombres despojaron al niño del camisón y lo pusieron a un lado, dejándole desnudo y tembloroso. Patrick quiso protestar, pero estaba privado de voz y movimiento. Era como si se hallara presente, pero en el cuerpo de otro, sin capacidad para moverlo.

Uno de los hombres sacó una cuerda, le puso bruscamente al niño los brazos a la espalda y se los ató por las muñecas. El otro hombre sacó un largo cuchillo de plata

de una bolsa de cuero y se lo entregó a Patrick, quien vio sus propias manos recogíendolo. Por primera vez miró hacia abajo y vio que tenía delante una alta losa de mármol, una especie de altar.

Los hombres subieron al niño al altar y en el cuarto volvieron a sonar los cánticos. Los hombres volvieron a situarse en la pared junto a los demás y Patrick se vio ante el altar con el niño.

—Os ofrendamos este sacrificio —recitó.

—Aceptad lo que os ofrecemos en nombre de Cristo —contestaron todos a coro.

—Tomad la vida que habéis concedido a este niño y danos a nosotros la vida eterna.

—Concédenos la vida eterna en Jesús, el sacrificio perpetuo.

Contempló horrorizado cómo sus manos levantaban el cuchillo. En el ara, el aterrado niño se debatía. ¿Por qué no lloraba? ¿Por qué parecía tan ligero el cuchillo, tan insustancial en su mano?

Algo le sucedió al niño, que empezó a llorar a gritos como un animal en el matadero que ve como van degollando a sus compañeros. Patrick quiso cerrar los ojos, pero no le obedecían. Trató de tirar el cuchillo, pero era como si lo tuviese pegado a la mano. Sintió como ésta descendía y que el filo rozaba la carne del niño y, de pronto, un estremecimiento erótico y el agobiante silencio al cesar los gritos y escurrirle la sangre por los dedos.

Se despertó sobresaltado buscando la presencia de Assefa, pero seguía en el mismo cuarto de los negros cortinajes, con los cirios ya casi consumidos. Sentía náuseas y mareo; tenía las manos agarrotadas. Vio que tenía delante el altar vacío y limpio de sangre. Podía de nuevo abrir y cerrar los ojos y dominar sus movimientos, como si hubiese vuelto a su propio cuerpo.

Vacilante, como si aún estuviera borracho, dio varios pasos hacia la puerta. ¿Acaso no iba a acabar aquella alucinación? Apartó la cortina y vio la puerta baja de madera por la que habían entrado los demás. Notó el frío pomo de hierro y lo hizo girar, sudoroso.

Un estrecho pasillo conducía a otra puerta. Lo cruzó despacio, como temiendo despertar a alguien; el suelo era de mosaico, con espirales de ángeles dorados. Vio en la cara de un ángel una gota brillante de sangre aún fresca.

Abrió la puerta y entró. Era una pieza bien iluminada por bombillas. En la pared de enfrente, un foco iluminaba un cuadro de Moreau, junto al cual había una librería con los estantes repletos de libros en rústica y un televisor en un rincón con un programa de concursos; no tenía sonido, pero llegaba un tenue sonido de música de otro sitio. Reconoció el Concierto número 2 en do menor para oboe de Albinoni, una composición preferida de sus tiempos de estudiante en Dublín, cuando Francesca le

había iniciado a los esplendores del barroco veneciano: Vivaldi, Tartini, Marcello y Galuppi. Aquélla había sido una de las composiciones que más les gustaba a los dos y que con más frecuencia ponían en el tocadiscos en una versión de I Solisti Veneti. Miró en derredor como si esperase verla entrar.

Al volverse, advirtió de nuevo el televisor. Ya no se veía el concurso, sino una especie de noticiario. Había una multitud moviéndose inquieta y un equipo de socorrismo limpiando el fondo, mientras la policía trataba de contener a la multitud enfurecida. Se veía el destello de luces rojas y azules. Sin sonido, acompañada únicamente de las notas etéreas de la música, la escena parecía una pesadilla surgida del inconsciente y proyectada en una pequeña pantalla.

De pronto, la cámara cambió de enfoque y se vieron en el suelo filas de los cadáveres recuperados por el equipo de salvamento. La cámara recorrió las filas de muertos, recreándose cada vez más, y Patrick contempló caras manchadas de sangre, rostros de niños, cuerpos destrozados y mutilados. La cámara continuaba refocilándose en el macabro espectáculo; la música subió de tono y él contempló aquellos dientes crispados bajo labios exangües, aquellos ojos fijos de muerte, cabellos llenos de sangre y yeso. Cerró los ojos, pero las sangrientas imágenes seguían surcando su mente, oía los gritos del niño, veía el cuchillo, la carne desgarrada, sus manos hurgando en el pecho abierto, cogiendo el corazón caliente... Abrió los ojos y volvió a ver los rostros de la televisión; el cuarto daba vueltas, oyó la música subir de volumen, bajar; subir y bajar; veía aquellas paredes creciendo y cerrándose. Al caer, oyó el gemido del oboe en un último y desesperado lamento en la oscuridad.

Capítulo 38

ENTRE Burano y tierra firme se extiende una plétora de islotes y marismas al norte de la laguna. Es una zona desolada y perdida, cubierta casi todo el año por nieblas y brumas, llena de juncos y tristeza. Sus estrechos canales están marcados por bricole, largas estacas que señalan los bajíos y que surgen bajo el pálido sol como tocones de un bosque inmemorial del que han desaparecido ramas y pájaros.

Habían tomado el vapor de Fondamenta Nuove a Burano, y llevaban unas bolsas con algo de comer y dos linternas con baterías de reserva. El barco, casi vacío, frío y movedizo, había hecho despacio la travesía, como si navegase al albur. Los acompañaban otros cuatro pasajeros: dos que iban hasta Murano y los otros hasta Mazzorbo. El resto de la travesía la hicieron solos, aparte del timonel y su ayudante. Llegaron a Burano a media mañana.

Una vez allí, les resultó sorprendentemente difícil encontrar un barquero que dijera conocer la ruta a San Vitale de Palude o que se mostrara dispuestos a llevarlos. Era como si hubiera caído una maldición sobre aquel lugar, y Patrick advirtió una muda inquietud en todos a quienes preguntó. En cierta ocasión, mientras se agachaba para atarse el cordón del zapato, reparó en que un viejo pescador con quien habían estado hablando no les quitaba ojo y parecía preocupado. Al cabo de un buen rato de ver tantas cabezas dando la negativa en medio de profundos silencios, llegaron a un estado de decepción rayano en la desesperación.

Después de comer, encontraron a un hombre en una tabernita cercana al pequeño muelle.

—Me han dicho que buscan a alguien que los lleve a San Vitale.

Era viejo y bastante desastrado y con rostro curtido y tirante, como moldeado en el taller de máscaras de Claudio Surian. Una barba hirsuta recubría un mentón afilado, reconstruido quirúrgicamente para paliar una grave herida. Sus ojos abúlicos denotaban más las horas pasadas en la barra de los bares que en la del timón. Les dirigió una sonrisa triste, enseñando sus desguarnecidas encías.

Patrick asintió con la cabeza.

—¿Cuánto? —inquirió el viejo.

—Le doy cien mil por ir y volver.

—Vaffanculo! ¿Qué se ha creído, mister? ¿Que soy un gondolero de mierda? Escuche..., si quiere usted dar un paseíto por canales bonitos, con un imbécil que le cante mariconadas, vuélvase a Venecia. ¡Doscientas mil!

Patrick se encogió de hombros. No tenía ganas de discutir. Ya habían perdido bastante tiempo.

Salieron de Burano en silencio, casi con cautela como ladrones que se saben

observados. Después de fijar el precio, el viejo no volvió a abrir la boca; no manifestaba curiosidad por sus pasajeros ni por el viaje y no expresó sorpresa o reproche alguno. Lo último que Patrick vio al zarpar el sándalo del pequeño puerto fue un grupo de pescadores en el muelle, mirando cómo la embarcación bogaba hacia el canal que conducía a Torcello.

El único ruido era el crujido del remo en el tolete. A Patrick le recordaba sus sueños y pensó, con cierta angustia, que aquello era la continuación de la pesadilla, su materialización en el mundo real. Pero ahora, que ya lo sentía tan próximo, temía el desenlace y le inquietaban las revelaciones que fueran a producirse en las horas sucesivas. En las ondulantes aguas creía ver figuras moviéndose en una pantalla de televisión.

No había dicho nada a Assefa del sueño de la noche anterior. Al despertarse, se vio sudoroso y temblando, pero no había dado gritos. Las imágenes de la pesadilla estaban presas en su mente como moscas en una tela de araña; notaba las patas de las arañas aproximándose, pero, por más que lo intentaba, no lograba desechar aquellas imágenes. Y, por encima de ellas, los gritos del niño resonaban por aquella desolación por la que avanzaban. Metió la mano en el agua como para limpiarse de sangre.

Una neblina recubría el agua como una máscara. Su barca era una mera sombra oscura sin importancia, un escarabajo o un cangrejo que se arrastraba trabajosamente por aquella superficie lechosa, hundiéndose en la niebla que volvía a cerrarse a sus espaldas. Hacía frío en la laguna y los dos tiritaban, lamentando no haber ido más abrigados. El viejo barquero parecía inmune a aquel frío húmedo, cual si su caparazón de cuero fuese una defensa congénita contra los rigores de la vida en aquellas aguas heladas.

En un momento dado, Patrick creyó ver otra barca saliendo del embarcadero de una isleta a su derecha; pero, cuando iba a indicárselo a Assefa, la barca ya había desaparecido. Allí, ya después de Torcello, los canales eran cada vez más peligrosos y las bricole escaseaban y difícilmente se distinguían. En algunos sitios los pescadores habían dejado varillas de mimbre y zarzas para señalar donde estaban calados los aparejos.

Encallaron un par de veces en los bajíos y tuvieron que emplearse a fondo los tres con el barro hasta las rodillas para sacar la barca. De vez en cuando, en los tristes islotes se veían ruinas de una tapia o una puerta, restos de glorias pasadas, antiguos monasterios abandonados, fuertes ahora inútiles frente a la oleada de turistas y ejecutivos, chozas de pescadores vacías durante el invierno. En otro momento pasaron junto a un gran trípode de madera en el que había entronizada una Virgen que velaba un canal de corrientes particularmente peligrosas. A sus pies descansaban unas flores ajadas, y una vela apagada en su mano denotaba la devoción de algunos barqueros.

El viejo alzó el brazo y asintió con la cabeza al pasar junto al altarcillo.

—La Palude maggiore, la gran marisma. Ya falta poco; media hora.

Era lo primero que decía desde que habían zarpado.

Patrick no estaba muy tranquilo sabiéndose totalmente a merced de aquel barquero. Allí, en los confines de la laguna, donde no se transmitía el sonido y ni un solo pájaro rompía la monotonía de agua y barro, podían fácilmente extraviarse.

De pronto se detuvieron. El barquero sacó el remo y lo volvió de cara a la borda.

—¿Por qué nos paramos? —inquirió Patrick. ¿Iría a pedirles más dinero, ahora que estaban en medio de aquel laberinto?

Pero el hombre se limitó a desabrocharse la bragueta, poniéndose tranquilamente a orinar por la borda. Cuando hubo terminado, siguió remando; a Patrick, aquel gesto le había hecho ver la identificación del viejo con aquellos parajes: Es mi laguna, son mis aguas, y meo en ellas como si fueran mi casa. No pasa nada.

Poco más de media hora después comenzaron a perfilarse en la niebla los contornos borrosos de una isla plana, al aproximarse, fue adquiriendo precisión y textura.

Unos oscuros cipreses bordeaban la masa fracturada de una iglesia chata del siglo XII. Ya más cerca, la construcción cobró mayor relieve y detalle: era de estilo bizantino de Rávena, fundamentalmente de ladrillo y mármol, muy destrozado por los agentes atmosféricos y el perpetuo abandono. Junto a la iglesia había un campanario al que le faltaba el último piso; sobresalía entre los cipreses como dedo admonitorio, disuadiendo a los curiosos de desembarcar en la desierta isla.

El viejo varó el sandolo en una cala a la derecha de la iglesia. El embarcadero que hubiera podido haber en la isleta hacía ya tiempo que se habría desmoronado y debía cubrirlo la maleza que abundaba en casi todo el terreno hasta la misma orilla. Desembarcaron con dos pies de agua y ayudaron al viejo a situar la barca lejos del límite de la marea. Era una cala de cantos llena de algas verdes.

—¿Cuánto tiempo van a estar? —inquirió el barquero lanzando un escupitajo y sacando una pipa astrosa del bolsillo.

—No mucho —contestó Patrick—. Vamos a ver la iglesia. Todo lo más, dos horas.

El viejo se encogió de hombros y comenzó a llenar la pipa con un tabaco repugnante.

—Bien, pero yo no puedo estar aquí todo el día. Quiero volver a Burano antes de que oscurezca, porque en estas aguas puede uno perderse. Por aquí no hay balizas —dijo sentándose en un montículo que había lejos de la orilla, encendiendo la pipa y echando humo como una chimenea—. Si dentro de dos horas no han vuelto, me marchó. Y si me marchó, se quedan en tierra, y aquí no viene nadie, ¿entienden? Nadie. Y si mañana tengo que volver a buscarlos, les costará el doble. A mí tanto me

da —apostilló con otro escupitajo, volviéndose a poner la pipa en la boca.

No había camino que condujera a la iglesia, pero al cabo de un rato dieron con lo que debían ser los vestigios de un sendero.

—¿Por qué construirían una iglesia en semejante sitio? —dijo Assefa—. Es bastante absurdo.

—Ahora sí, pero tenga en cuenta que la laguna tiene una dilatada historia, y por aquí debió de haber importantes asentamientos antes de que Venecia se convirtiera en el centro de la región. Antiguamente había centros importantes con catedrales, monasterios y palacios; actualmente queda poca cosa y nos imaginamos que la laguna es un lugar desierto.

«Supongo que esta iglesia pertenecería en sus orígenes a un monasterio y más tarde sería basílica de las islas de los alrededores. Posteriormente vendría la capitalidad de Venecia y los habitantes del contorno emigrarían a la ciudad, quedando la iglesia abandonada en la marisma. Es la explicación más lógica.

Assefa miró en derredor el árido terreno azotado por el viento y el campanario sin pináculo cuya campana habría tañido otrora a diario en medio de aquellas aguas inhóspitas y traicioneras.

—A no ser que alguien deseara construir una iglesia a la que no accediese nadie —comentó.

Patrick no contestó. Estaba pensando en los gritos del niño de la pesadilla; pese a lo fuerte que resonaban en su mente, en aquella desolación se habrían perdido.

Continuaron su camino en silencio.

Capítulo 39

YA cerca, vieron que la iglesia estaba más destrozada de lo que parecía desde el mar. Tenía parte del tejado hundido, muchas ventanas estaban rotas y la puerta principal fuera de los goznes y abierta. Se habían desprendido trozos de mampostería de los muros y los escombros se mezclaban a yerbajos y juncos. A cierta altura del suelo se advertían las marcas de diversas inundaciones y entre las grietas del ladrillo crecía el musgo. Sin embargo, pese a su antigüedad y al tiempo que llevaba abandonada, su estado no era tan desastroso. Se habría dicho que de vez en cuando alguien se hubiera dedicado a limpiarla para que aguantase mejor la acción de los elementos.

La puerta principal daba a un oscuro y maloliente pórtico, un montón de yeso derruido y de telarañas, en el que un arco daba paso a la nave principal. Cruzado el arco, la luz del sol invernal se filtraba por miles de agujeros, creando en la piedra un efecto etéreo, como si se tratara de otra sustancia. Ladrillos, fragmentos de mármol, piedras desgastadas y rotas temblaban en su propio matiz, cantando su propia antífona lumínica. El techo, roto y hundido, colgaba como dosel de vidrio alquímico sobre la nave vacía.

Cruzaron el arco como niños que por fin descubren un lugar largo tiempo vedado por los mayores. El silencio los envolvía como un cántico religioso que ascendiera por columnas de mármol rosa; como solemne letanía, luz y piedra entonaban su canto. A la derecha, un ventanal de alabastro calado arrojaba innumerables haces de luz nacarada sobre aquellos espacios vacíos y silenciosos. Crecían matas entre adornos derruidos, la yerba coronaba la cabeza de las imágenes y una garza había hecho su nido en la pila bautismal.

Pero lo que atrajo sus miradas fue el fondo: muros y techo del ábside eran los que menos habían sufrido, y, aunque el altar había sido arrancado y no quedaba sagrario ni lamparilla, era como si se hubiese producido un milagro. Por encima de los sitiales de piedra, sobre la vidriera y el revestimiento de mármol, una imagen de la Virgen con el niño se erguía gloriosa hacia el techo abovedado. Faltaban trozos de mosaico, pero eso no mermaba su belleza. La imagen parecía flotar sobre un cielo de oro. Era estilizada, triste y luminosa, y en el campo azul de su túnica unas florecillas rojas semejabán gotas de sangre infantil.

Asefa sacó de la chaqueta una velita blanca, la encendió con un fósforo y la puso en una piedra. Estuvo un rato contemplando la Madonna y a continuación se arrodilló a rezar. Cuando acabó se volvió hacia el norteamericano.

—Patrick, hagamos ya lo que tengamos que hacer.

A lo largo de los muros había varias tumbas, todas deterioradas. No tardaron en encontrar la de Pietro Contarini: estaba a la izquierda de lo que había sido el altar

mayor y consistía en un elaborado sepulcro gótico de mármol y terracota. No quedaban policromía ni dorados, los relieves de santos de las hornacinas estaban destrozados y el recubrimiento presentaba grietas, pero el sarcófago estaba intacto. En su parte superior, bajo un dosel sostenido por ángeles, presidía la serena efigie de Pietro Contarini. Junto a la cabeza, un jarrón de mármol conservaba los tallos de unas flores marchitas, que no debían de llevar allí más de un año.

Patrick no tenía una idea muy definida de lo que buscaba, pero estaba seguro de que el sepulcro encerraba la solución a sus interrogantes. Comenzó por examinar minuciosamente los relieves de la parte delantera y no tardó en detectar una secuencia, estremeciéndose al reconocer la primera escena que representaba a Abraham preparando el sacrificio de su hijo Isaac: el niño estaba atado y amordazado, tumbado de espaldas sobre una gran piedra, y el padre inclinado sobre él con un cuchillo en la mano.

La siguiente escena era más críptica, y Patrick no se dio cuenta en seguida de lo que representaba. Un hombre sacrificaba una cabra junto a una gruesa columna de piedra, mientras otros le contemplaban. Y en aquel momento recordó la historia de Jacob y del sacrificio de un animal en Jegarsahadutha, donde había levantado una columna de piedra y un mojón.

El tercer relieve representaba a los hijos de Israel sacrificando corderos y untando con su sangre los dinteles de piedra de sus casas: la institución de la fiesta de la Pascua. Patrick sintió latir aceleradamente su corazón. Las cosas comenzaban a coincidir.

Seguían otros relieves, casi todos con escenas sacrificiales del Antiguo Testamento. Encima de la primera serie había otra secuencia de relieves con escenas de la vida de Cristo, que cerraba la Crucifixión: Cristo, el supremo sacrificio; Cristo, símbolo de vida eterna. Patrick sintió una extraña inquietud.

Pero por muy clara que fuese la iconografía, no parecía servir de mucho. Él esperaba algo más de una ejemplificación del modo en que el Antiguo Testamento prefiguraba el Nuevo, y de pronto se sintió anonadado, como si alguien hubiese incumplido una solemne promesa.

—¡Maldita sea! —exclamó—. No tiene sentido. ¿A qué tanto misterio con versículos crípticos? La mitad de ellos ni siquiera coinciden con estas escenas, y los que sí, apenas tienen relevancia. Tiene que haber otra cosa.

—No necesariamente, Patrick. La mentalidad religiosa ve significaciones hasta en lo trivial. Quizá el que transmitió los versículos a Corradini no pretendía más que hacerle entender algún tipo de interpretación esotérica del sacrificio del Señor. No es nada original ni apasionante, pero tiene su propia enjundia.

Patrick movió la cabeza.

—No, no es eso. Tiene que haber algo más. El tema del sacrificio se refiere a otra

cosa. Estoy seguro.

Volvieron a repasar los relieves, como tratando de desentrañar un mensaje sólo susceptible de lectura con ojos predispuestos a ello. Figura por figura, fueron examinando las escenas, tratando de relacionarlas de algún modo con los versículos citados en la obra de Corradini. Al cabo de media hora se daban por vencidos.

Habían traído comida en una caja, que Assefa abrió y puso sobre una losa. Comieron en silencio, decepcionados, vencidos y tiritando por la humedad. Sabían que cuando acabasen su parca colación de pan, salami y queso, tendrían que volver a la barca y regresar a Venecia. Bebieron por turno de una botella grande de agua mineral. A Patrick, las vituallas no le sabían a nada y comía con desgana. Al concluir el último bocado, se llevó la botella a los labios y, al hacerlo, advirtió las palabras de la etiqueta: «Sorgente Recoara» (Manantial Recoara). Y una luz se hizo en su mente.

Lo había tenido a la vista todo el tiempo, a modo de clave de un criptograma, que escapa a la mente consciente y de pronto aviva el inconsciente. Se puso en pie y se dirigió de nuevo al sepulcro. Assefa le miraba sin salir de su asombro.

Era lo que él había pensado: después de la escena de la Pascua venía la de Moisés golpeando la roca en el desierto para dar de beber al pueblo de Israel. Pero, en lugar de haber doce chorros —uno para cada tribu, símbolo a su vez de los doce apóstoles—, sólo había siete. Quizá fuese un descuido del escultor o hubiese preferido el simbolismo del siete. Pero Patrick sabía que no.

Pietro Contarini había traído algo de Egipto y, transcurridos unos años, había vuelto allí, igual que su hijo Andrea. La escena mostraba a Moisés en el desierto tras el éxodo de Egipto. Cuando Pietro Contarini había viajado a Alejandría, ya nadie hablaba egipcio, sino árabe. Y el juego de palabras —ahora lo veía claro— no era en italiano, latín o griego: era en árabe.

La palabra árabe *ayn* tiene dos significados principales: «ojo» y «fuente». Naturalmente que significa más cosas, pero éstos son los dos sentidos más importantes. En la roca había no siete ojos, sino siete chorros.

Patrick puso la mano en la roca junto a la figura de Moisés, notó que cedía y empujó con más fuerza. La escena se deslizó hacia un lado. Dentro había una palanca y un gran anillo de hierro en la piedra. Y en el interior del anillo, esculpido en la piedra, un círculo. Y dentro del círculo, un menorá con la cruz.

Tiró de la anilla y el frontal del sepulcro se movió dos centímetros. Siguió tirando con más fuerza y la piedra basculó como sobre un pivote. Patrick tiró por tercera vez con todas sus fuerzas y el lateral del sepulcro de Pietro Contarini se abrió, dejando al descubierto una abertura en el muro.

Capítulo 40

—¿QUIÉN nos removerá la piedra de entrada al sepulcro? —musitó Assefa, al lado de Patrick y mirando por la abertura.

Sólo se veía el arranque en penumbra de una escalera descendente.

—Y en paz descienden al sepulcro... y con el abismo que está abajo —apostilló Patrick.

El significado de los versículos citados por Corradini estaba claro como el agua.

Patrick sacó las linternas de su bolsa y entregó una a Assefa. Encendió la suya y comenzó a bajar.

Las paredes de la escalera estaban enlucidas con yeso y decoradas con un elaborado fresco. Una fila de figuras, ataviadas a la antigua usanza romana, iban en solemne procesión con pequeñas cruces al hombro. Algunos llevaban niños de la mano, otros portaban instrumentos musicales, tales como cítaras, tambores, harpas, dúlcemeles y címbalos. Pero ninguno bailaba; la música que interpretaban era triste y suave.

Patrick puso el pie en el primer escalón; esperaba que la escalera estuviese húmeda y llena de telarañas, pero, para su sorpresa, vio que se hallaba limpia y seca, como si la hubiesen barrido la víspera. Los frescos, pese a su aspecto antiguo, se hallaban en excelente estado de conservación.

Los escalones eran de mármol y poco gastados. Patrick contó veinte: terminaban en una rotunda de soportales muy al estilo bizantino de la iglesia de arriba, la cual constituía la antesala de una amplia cripta de techo bajo abovedado. El haz de la linterna discurrió sobre un universo pintado, confinado en las profundidades de la tierra, independiente del mundo de la superficie.

Assefa se llegó a su lado y juntos fueron delineando a la luz de las linternas los contornos del mundo esotérico a que habían descendido. Sobre sus cabezas se encendían constelaciones y estrellas de fuego caían innúmeras de un cielo de oro. En medio de ellas, ángeles con túnica púrpura y alas radiantes formaban un revoltijo. En el centro estaba sentado Cristo en la majestad de un trono de vidrio. En torno a él cesaban la muerte y el desorden y una gran calma ascendía hacia el vórtice.

En los muros, la casta procesión discurría por aquel universo, dejando atrás altas torres, atravesando colinas, bosques, ríos, playas de mares silentes y sin oleaje. Por doquier surgían hombres y mujeres para incorporarse a ella; personajes en vestimenta antigua: reyes, escribas, músicos, sacerdotes, monjas, leprosos..., y niños, muchos niños, solos o llevados de la mano. Por el aire, pájaros de extraño plumaje volaban sobre sus cabezas, mientras que, en tierra, extraños animales los miraban pasar y, en los océanos, peces de ojos monstruosos volvían la cabeza para contemplarlos.

Intencionadamente o no, el artista había creado un mundo muy inquietante en el que las únicas cosas apacibles eran la procesión y el rostro barbado del Cristo hecho Dios, impasible en la contemplación de aquel delirio.

Siguieron la procesión por ambos lados a lo largo de las paredes hasta desembocar juntos en el fondo de la cámara, que hasta aquel momento había estado en sombras. Había allí una gran ciudad dorada y con cúpulas en una colina con hierba. Sobre ella, el sol lucía en el cielo azul y en los árboles cantaban pájaros de pico de jaspe, mientras en lo alto volaban los ángeles acompañando su canto.

Patrick no necesitaba preguntarse cuál era la ciudad a la que llegaban los peregrinos, porque había visto muchas representaciones bizantinas de Jerusalén.

Pero ninguna como aquélla. En una compleja serie de escenas, en la muralla central de la ciudad habían repetido y ampliado el fresco del palacio Contarini. En el centro había tres cruces negras y vacías en un montículo desierto. A ambos lados, el artista había representado escenas de la vida de Cristo: la resurrección de Lázaro, la expulsión de los demonios llamados Legión, la expulsión de los mercaderes del Templo; pero debajo de las cruces, como antes, se veía un sepulcro abierto y siete personajes que llevaban hacia él a un Cristo maniatado que gritaba.

Debajo se veía el sepulcro cerrado por una gran piedra y cerca de la entrada habían colocado otra piedra a guisa de altar sacrificial. Aquello era el final de la peregrinación por un mundo delirante: uno tras otro, los peregrinos aportaban a sus hijos para el sacrificio en aquella piedra; uno por uno, los niños eran maniatados y colocados en el ara. A la izquierda, una figura enmascarada hacía girar una piedra de amolar y afilaba largos y finos cuchillos.

En el centro exacto de la cámara, bajo la figura del Cristo triunfante, había un altar exactamente igual que el del fresco, cubierto con una tela manchada de sangre y sobre ella un candelabro de plata de siete brazos, obra de un orfebre. En el centro tenía una cruz. Las siete velas se habían consumido, derramándose la cera derretida por la tela.

—Patrick, venga aquí —dijo Assefa desde un rincón, sujetando algo en la mano.

Patrick se le acercó y vio que había un montón de ropa.

—Mire —decía el etiope, sosteniendo una sotana ribeteada de púrpura y un birrete del mismo color—. Son de cardenal y están limpias y sin polvo. —Se inclinó a recoger un pequeño objeto—. Y éste es el anillo con el escudo cardenalicio —añadió, entregándoselo a Patrick.

El escudo constaba de un capelo de cardenal con borlas sobre una rodela en la que había la representación heráldica de un sol y una luna. Patrick había visto aquel escudo: en el libro de Corradini, en el capítulo dedicado a la familia Migliau.

No fue fácil para Patrick relatar lo del niño asesinado, cuyo cadáver había

aparecido en Irlanda, lo del fresco del palacio Contarini y el sueño que había tenido la noche anterior. Assefa le escuchaba pasmado y horrorizado. Las insinuaciones de Corradini se habían materializado. En cierto momento del pasado, los Contarini y otras familias habían practicado el sacrificio de niños en Venecia y, actualmente, ellos o sus sucesores conservaban aquel abominable culto. ¿Por qué? ¿Qué era la Pascua judía? ¿Y qué había estado haciendo el patriarca de Venecia en una cámara subterránea en el sepulcro de Pietro Contarini?

Comenzaba a oscurecer cuando salieron de la iglesia. Hallaron el sendero que conducía al punto de desembarco y se apresuraron a reunirse con el barquero. A sus espaldas, la iglesia se agazapaba en la oscuridad, celosa de sus secretos.

Pero no veían al viejo por ninguna parte. Patrick le llamó a voces, pero sus gritos se los tragó el silencio. Nadie contestaba. Miró el reloj y vio que no habían transcurrido las dos horas.

—¡Ese mal nacido se ha largado!

Assefa asintió con la cabeza.

—Ya veo. ¿Y ahora qué hacemos?

—Esperar a que regrese, digo yo. Volverá por la mañana para que le paguemos doble.

Assefa se acercó a la orilla y miró hacia la inmensa superficie desolada de la laguna sobre la que comenzaba a caer la oscuridad. Ya volvía para regresar junto a Patrick, cuando advirtió algo a su derecha.

—¡Patrick, venga aquí!

Patrick notó la emoción en la voz del sacerdote y se apresuró a bajar a la cala. —
Mire.

Allí estaba aún el sandolo del viejo, donde lo habían varado. Se acercaron más. Habían perforado con una gran piedra el casco por varios puntos.

Capítulo 41

No había tierra ni cielos, infierno ni gloria. Sólo oscuridad y el rumor de las olas; y, a veces, a lo lejos, la sirena de un barco surcando la noche.

Era curioso, pensó Patrick, lo fácil que al final había sido vencerlos. No había habido necesidad de armas, ya que sin barca o medios para reparar el sandolo estaban atrapados. Atrapados y condenados a una muerte segura. Agua podrían encontrar, pero era muy improbable que en la isla hubiese de qué alimentarse para subsistir.

La tierra firme estaba tan sólo a unos kilómetros, pero para el caso es como si hubiese estado a cincuenta. Los barcos navegaban por los canales más profundos distantes de allí y una o dos veces al día pasaba un avión, pero nadie podía verlos ni oírlos. Echarse a nadar quedaba descartado porque las aguas de la laguna eran muy peligrosas y los canales seguros de aquella zona sólo los conocían algunos pescadores; un nadador no avezado no tardaría en perderse en aquella maraña de fango y juncos.

El fuego se consumía bajo el negro velo de la noche, pero ninguno de los dos tenía energías ni fuerza de voluntad para levantarse a buscar más leña. Estaban física y emocionalmente exhaustos, y sin embargo no podían dormir. Patrick temía sufrir nuevas pesadillas, y más en aquel lugar, unas ruinas que no eran ruinas, sino el epicentro de la horrenda pesadilla. Cerró los ojos y vio siniestras sombras por el margen de la visión. ¿Otro ataque epiléptico? ¿O serían espectros propios de la isla, los espíritus de los niños a quienes habían arrancado el corazón?

Assefa, acurrucado y tiritando, contemplaba las últimas llamas brillar en la noche y pugnaba con sus propios espectros. Espectros que acosan a todos los sacerdotes en un momento determinado: pensamientos de lo que podía haber sido, certezas que se han venido abajo convirtiéndose en dudas, plegarias no escuchadas, rostros de niños hambrientos muriendo sin Dios. Aquella noche se arremolinaban como proxenetas, señalándole lo que estaba en venta, no en la iglesia o en su cripta pintada, sino en un lugar aún más profundo: su propio corazón, más sangrante y desolado que ningún martirio o sacrificio.

Los rescoldos fueron convirtiéndose en cenizas y la oscuridad se acentuó, envolviéndolos, pero ellos seguían sentados, absortos en sus propios pensamientos, aguardando a que concluyera aquella noche interminable. Hacia medianoche, Assefa se puso en pie. Estaba aterido.

—Patrick —musitó—, ¿está despierto?

—Sí. ¿Qué sucede?

—Yo creo que si seguimos aquí fuera moriremos. Si no es hoy, será mañana. Vamos a guarecernos en la cripta, hacemos fuego y procuramos calentarnos. A lo

mejor viene alguien.

Por algún motivo, Assefa sentía el impulso de bajar a la cripta. Notaba la necesidad como si fuese una tentación carnal, pero menos tangible y más difícil de resistir. Era de sentido común, al fin y al cabo. Su supervivencia dependía de ello y no hay tentación más irresistible que el sentido común.

—No —contestó Patrick—. Yo prefiero quedarme aquí. Vaya usted si quiere.

El etíope no acababa de decidirse.

—Bueno, iré por leña. Fuera de la iglesia ha de haber.

Cogió una linterna y se alejó en la oscuridad. Patrick se quedó en su sitio, luchando con una irresistible somnolencia, que él sabía podía ser fatal. Tal vez, como había dicho Assefa, el día les trajese alguna esperanza. Habría luz, podrían explorar la isla y quizá, sí, llegara alguien. En Burano había gente que sabía dónde estaban. Si el barquero no había regresado, seguramente vendría alguien a buscarlos. Patrick estaba seguro de que habían eliminado al viejo, al margen de quién hubiese destrozado el sandolo. Ahora recordaba el barco que había atisbado el día anterior. ¿Los habría seguido en todo momento? ¿O sería una costumbre cuando alguien preguntaba por San Vítale?

Toda aquella historia comenzaba a cobrar una especie de sentido delirante, aunque aún no ataba todos los disparatados cabos. Lo primero y más importante era el concepto de sacrificio. No era una cosa tan extraña: para muchos cristianos, la muerte de Cristo en la cruz representaba un ejemplo sublimado y más perfecto del sacrificio judaico en el Templo. Él era la suprema ofrenda, cuya muerte hacía superfluo todo sacrificio anterior. «No por la sangre de cabras y terneras, sino por su propia sangre». Era evidente que aquella cofradía, aquellos guardianes del sepulcro de Cristo, creían en algo parecido, pero al sacrificio de Cristo sumaban el de niños inocentes.

Moloch no era nada. ¿Cuántos inocentes habrían muerto a manos de Herodes para salvar al niño Dios? ¿Cuántos habrían muerto en Egipto para que el pueblo elegido de Jehová pudiese partir hacia la tierra de leche y miel?

¿Qué significaba lo de «Pascua judía»? ¿Una restauración del sacrificio de Egipto para que otra raza elegida alcanzase la libertad? Patrick temblaba con sólo pensarlo. No quedaban más que unos días.

Vio la luz acercándose desde el fondo de la nave. Su primera idea fue que Assefa regresaba, pero en seguida advirtió que era distinta a la de la linterna que llevaba su amigo; ésta era más grande y más potente. Cogió su propia linterna y la encendió. Su haz era débil y amarillento y no hendía las tinieblas. La luz que se aproximaba se detuvo y cambió levemente de dirección, yendo directo hacia él.

Apagó la linterna y se puso en pie.

—¿Quién anda ahí? —gritó, sin obtener respuesta.

Dio unos pasos hacia los muros del ábside y comenzó a rodearlo para llegarse a la nave principal. La luz seguía aproximándose; comenzaba a distinguir la figura borrosa de quien la sostenía. La figura tropezó y la luz osciló enloquecida hasta estabilizarse.

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

¿Sería ya alguien de Burano, que se aventuraba en los supuestos horrores de San Vitale por un amigo borracho y dos extranjeros temerarios?

—¿Patrick? Sei tu, Patrick?

Era una voz dulce, conocida y desconocida, apenas un susurro, pero algo más fuerte que un gemido. El corazón estuvo a punto de parársele y sintió como un vahído. Alargó la mano y se apoyó en el muro, áspero y húmedo.

—¿Dónde estás, Patrick? No te veo.

Era un sueño, una pesadilla, el último paso en los umbrales de la locura. Sus sentidos estaban bien y nada le aislaba del entorno, pero sabía que soñaba. ¿Qué otra persona podía ser?

Ella levantó la linterna y por fin vio su rostro, el rostro espectral que se esperaba, aquellos ojos negros en una máscara blanca. Recordó un juego de su infancia, cuando se ponían una linterna bajo la barbilla para verse la cara con aspecto cadavérico. Pero aquello no era un juego, sino alguien que había estado enterrado y volvía.

—No soy un espíritu, Patrick. Ahora ya lo sabes. Me esperabas. Hace dos noches, cuando me seguiste, ya lo sabías. No temas, no he venido a hacerte daño.

Se negaba a creer que aquello no fuese un sueño. Se había quedado dormido y la lesión cerebral le hacía ver fantasmas.

Como si leyera su pensamiento, ella meneó la cabeza.

—No, Patrick, no soy un sueño. No me pidas explicaciones todavía. Quizá, nunca. No he venido para hablar de mí, sino para sacarte de San Vitale.

Ahora veía su rostro mejor. Había cambiado. No tanto por la edad como por efecto de una alteración más sutil, menos superficial, de quien ha alcanzado una edad mediana. Sus ojos no eran los que él había mirado hacía más de veinte años. Quizá fuese real, sí. No conservaba un recuerdo semejante de ella que su cerebro enfermo pudiese recobrar.

Dudó aún un instante y luego se acercó a la luz. —¿Qué has hecho de Assefa?— inquirió.

—Está bien; le he dejado en la cala. —Hizo una pausa mirándole a los ojos—. Has cambiado, Patrick —dijo finalmente—. Más de lo que yo pensaba.

Patrick notó la emoción en la voz. ¿Sienten emoción los fantasmas?

—¿Adonde me llevas?

Estaba seguro de que era ella quien mandaba. La muerte confiere privilegios.

—A tierra firme. Tenemos que llegar esta misma noche, porque habrá espías de

Migliau. Patrick, por favor, sé que te resulta difícil, pero también lo es para mí. Tienes que venir conmigo; si te quedas aquí perecerás.

Aturdido, siguió unos pasos detrás de ella, tras el haz de la linterna, tropezando en la oscuridad. Ella debía de conocer el camino, pues al cabo de cinco minutos estaban en la cala. Poco antes de alcanzar la orilla, Francesca apagó la linterna.

—A partir de aquí el sendero baja directamente a la playa —musitó—. Agárrate a mi mano, que yo te guío.

A regañadientes, alargó el brazo para asirse y, estremecido, aferró su mano. Era como el hielo y, por un angustioso instante, pensó que sí que era una pesadilla, que estaba muerta. Pero era sólo el frío de la noche, aquel aire glacial que también a él le había dejado las manos ateridas. Le condujo hasta la playa igual que muchos años atrás le había conducido a otra playa, desnuda y temblorosa, cuando cambiaba la marea.

Capítulo 42

Roma, 2 de marzo

LA Madonna era muy antigua y muy gastada. Su rostro era una filigrana de grietas, el azul de su túnica estaba en parte desprendido y el oro de su halo había desaparecido. No se sabía si era por efecto de la edad o del culto, pero sus ojos parecían cansados y desvaídos, como si las oraciones y súplicas de ingentes generaciones hubiesen acabado por hastiarla. El espíritu, como la carne, tiene sus límites; y la compasión, pese a lo que digan los teólogos, no es ilimitada.

Assefa se acercó a la imagen y puso su vela junto a las que ya ardían. Permaneció casi un minuto mirando aquel rostro estragado por el tiempo. Era negra como él, cansada como él, pero en sus facciones deterioradas hallaba más consuelo que en todas las imágenes y pinturas de la ciudad. Suspiró y se arrodilló mientras desgranaba entre sus cansados dedos las cuentas de plástico del rosario.

En la sombra, detrás de él, aguardaba Patrick de pie y callado, con las manos juntas y vigilante. Sante Marie delle Grazie era una iglesia poco concurrida alejada del animado circuito del Vicolo de' Renzi, al sur del Tíber en el Trastevere. Allí no llegaban turistas, ni siquiera aquellos más inteligentes que dejan a un lado el Baedeker y se pierden deliberadamente por calles que huelen a gato y a mondas de fruta podrida. Hasta los peregrinos eran escasos: un puñado de devotos atraídos por la Virgen Negra.

Según la leyenda, en tiempo de las cruzadas, la imagen la había traído al sur de Francia desde Tierra Santa un caballero templario llamado Guillaume de Pereille. Algunos decían que, como tantas otras vírgenes negras, aquélla era obra de san Lucas. Tras la cruzada contra los albigenses en el siglo XIII, había sido llevada de Languedoc a Turín y de Turín a Roma, donde había quedado entronizada en su propia capilla en Santa Marie delle Grazie, con el nombre de la Madonna Mora. Los más prosaicos decían que seguramente era obra del artista romano Pietro Cavallini, de quien se sabía que en 1290 había pintado una virgen muy parecida, llamada Madonna di Constantinopoli, para la abadía benedictina de Montevergine.

Assefa conocía la pequeña iglesia desde sus tiempos de seminarista, y, en cierto modo, se había convertido en su capilla particular y lugar de recogimiento. Al principio, el atractivo lo constituía la propia imagen; buscaba en su negrura una especie de espejo de sí mismo, un crisol espiritual de todo lo que él tenía de africano, sujeto al riesgo de ser engullido por el legado de Grecia y Roma. Había orado ante ella y ella le había contestado en su modo cansino y ofendido. Pero, con el tiempo, había sido la propia iglesia la que había conquistado su corazón con sus diminutas

capillas con lucecita ante el altar, sus rincones y hornacinas en sombra, sus pequeñas imágenes en peanas de mármol, el olor a cera e incienso, a lustre y a moho seco, a lino rancio y a piedra desmoronada.

En tiempos pasados había encaminado sus pasos hacia aquel refugio al menos una vez por semana, para huir del ininterrumpido rugir del tráfico, el estruendo de las radios y el incesante barullo de las calles; para escapar del mundo agobiante y cerrado del seminario y de la Accademia Pontificia, y, más recientemente, para calmar el frenético barboteo de sus propios pensamientos.

En esta ocasión era el miedo lo que le había conducido allí. El miedo y la aversión a un mundo de dudas. La duda le atenazaba, le impedía pensar y actuar y, no obstante, sabía que, de no hacer algo sin tardanza, se produciría una terrible tragedia.

Patrick aguardó pacientemente en las sombras; él no sentía necesidad de rezar, porque no se trataba de una cuestión de fe. A él le horrorizaba la ominosa oscuridad y la pérdida del ser que representaban todos aquellos suaves olores y apagados colores. Para Patrick, Dios se manifestaba, si acaso, a la luz del día.

Assefa se incorporó finalmente con el rostro bañado en lágrimas, aunque parecía menos inquieto.

—Lo siento —dijo—. He estado más tiempo del debido.

—Es igual.

—¿Y usted, Patrick, no desea rezar algo? Patrick sacudió la cabeza.

—Creo que sólo acrecentaría mi confusión —contestó.

—¿Y su amiga? —insistió el sacerdote, refiriéndose a Francesca, que los esperaba afuera.

—Assefa, ya sabe que ella opina que todo esto es una farsa y que la verdad está en otra parte.

El etiope lanzó un suspiro.

—¿Y ni siquiera va a encenderle una vela? La Madonna es antigua, pero no sorda ni ciega.

Patrick sacó un billete de quinientas liras del bolsillo y lo introdujo en la ranura del cepillo de cirios para la Virgen. Cogió una vela larga y la encendió con la de Assefa; al ponerla en el portavelas, miró a la imagen. La temblorosa luz acarició el oro viejo como una ala de mariposa que roza el fuego y la Virgen le miró. ¿La habrían realmente traído del Languedoc?, pensó. ¿Habría sido testigo de las primeras quemaduras de herejes, de la sangre de niños inocentes derramada en Béziers y Perpiñán para expiación de los pecados y gloria de la Iglesia verdadera?

Dio la espalda a la imagen. ¿Ni sorda ni ciega?, se dijo. Entonces, insensible.

La fotografía que Assefa había encontrado en Dublín había en cierta medida preparado a Patrick para el reencuentro con Francesca, pero no para tocarla o hablar con ella. Y, sobre todo, le costaba aceptar los cambios que se habían operado en ella.

Ahora comprendía que, desde el primer momento en San Michele, en que había considerado seriamente la posibilidad de que estuviera viva, lo había hecho pensando en una muchacha de veinte años, conservada por arte de magia en un ámbito fuera del tiempo, del que volvería a surgir para él tal cual la recordaba, joven, vivaz y enamorada.

Naturalmente, para él era como si hubiera estado en el limbo: una imagen silente y detenida, conservada en su memoria. Pero la Francesca que había surgido de las tinieblas en San Vítale no era más que un fragmento de alguien del pasado. Tenía canas y su rostro era más afilado, pálido y cansado. En sus ojos se detectaba una tristeza distanciada, como si durante todos aquellos años hubiese muerto algo en su interior.

Desde su reaparición en la isla apenas habían hablado. Ella los había llevado a tierra sin decir palabra, orientándose por unas pequeñas boyas luminosas que había dejado en los canales. Los había presentado a su acompañante con el nombre de Roberto Quadri, abogado, y, una vez atracada la embarcación, se habían dirigido a pie hasta Caposile, donde tenían un vehículo, una furgoneta Transit sin ventanillas y habilitada para dormir. Mientras Patrick y Assefa procuraban descansar en la parte de atrás, ella y el abogado se turnaron al volante hasta Roma por la autopista de Bolonia a Florencia.

Quadri les había llevado a un piso en vía Grotta Pinta, una calleja del centro antiguo próxima a Campo de' Fiori. El piso estaba en la última planta de una casa color ocre, situada entre pequeños comercios y trattorie. Era una vivienda grande, escasamente amueblada y llena de corrientes; nada más entrar se notaba que no estaba habitada de seguido. Era más bien un piso franco, pensó Patrick.

—¿Quién es el dueño? —había preguntado.

—Luego te lo diré —contestó ella—. Luego te lo cuento todo; ahora quiero dormir.

Quadri la besó suavemente en la mejilla y estrechó la mano de Patrick y Assefa.

—Hasta luego —les dijo—. Yo también necesito descansar, pero antes tengo que hacer una gestión. ¡Ciao, Francesca! Voy a ver a Dermot para decirle que todo ha ido bien.

Francesca estuvo durmiendo hasta después de las diez, y tanto Patrick como Assefa, ya más tranquilos, pudieron dormir también. Tras un desayuno con panecillos y café, Assefa había preguntado si podía ir a Santa Marie delle Grazie, que quedaba cerca al otro lado del Tíber.

Ahora regresaban por el Ponte Sisto. El río discurría perezosamente a sus pies, amarillento y sucio, casi sin fuerzas. Assefa iba unos pasos delante de ellos, preocupado. Patrick, ya a solas con Francesca, se encontraba raro y enmudecido.

—Sigue pareciéndome un sueño —dijo—. No tiene sentido. Estabas muerta; yo vi cómo te enterraban.

Francesca movió la cabeza. Llevaba el pelo recogido atrás en cola de caballo, tal como él la recordaba.

—No había muerto, Patrick. No... en el sentido que tú le das. En otros aspectos, tal vez sí. En todos los aspectos que cuentan. —Hizo una pausa en el momento en que dejaban el puente y él, al mirar su perfil, supo por primera vez que estaba realmente viva. Otras cosas podían cambiar, pero su perfil era el mismo—. He perdido casi veinte años, Patrick. Y lo siento por ti más que nada. Sé que nunca podré compensártelo, pero no me quedaba más remedio; creí que no lo había. Créeme, yo entonces pensaba así.

—¿Y ahora?

—Si creyera por un solo instante que puedo librarme...; pero no puedo, así que no lo intento. Únicamente procuro corregir cosas.

—No entiendo nada.

—No, ya lo sé —dijo ella—. Pero dentro de un rato te lo explicaremos. Le he dicho a Roberto y a otro amigo que vengan al piso y ellos me ayudarán a explicártelo todo.

Caminaron por Campo de'Fiori, donde aún quedaban algunos tenderetes abiertos. Francesca parecía conocer a los vendedores y compró buena cantidad de verduras, queso y pescado. Junto al puesto de pescado había un arco que daba a una calleja por la que los condujo, diciendo que era un atajo para vía Grotta Pinta. En su mitad, la calleja se convertía en pasaje cubierto, oscuro y maloliente a orines, con pesadas verjas a ambos extremos. Patrick advirtió que el suelo estaba sembrado de agujas hipodérmicas. Francesca volvió la cabeza.

—Por aquí hay que tener cuidado de no pasar nunca de noche —les dijo— porque se dan atracos y a veces cosas peores. —Continuó andando. Sus pasos resonaban entre las estrechas paredes—. El viejo campo era el lugar habitual para las ejecuciones —prosiguió—; en él quemaron a Giordano Bruno en mil seiscientos por decir que la Tierra no era el centro del universo y que nada era finito. —Hizo una pausa y volvió a mirar a Patrick y a las agujas usadas—. ¿Tú crees que morir quemado es doloroso? ¿Poco a poco, sin estrangulación? ¿O las ideas ayudan, como una droga?

—¿Las ideas?

—Las creencias, las convicciones, alguna certidumbre —insistió ella mirándole a la cara. Patrick creyó ver lágrimas en sus ojos—. ¿A ti te parece que paliará el dolor creer que el universo es finito? ¿Sienten menos dolor en la hoguera los santos o los científicos?

—No sé qué decirte —respondió él—. Eso nadie puede saberlo.

Assefa caminaba junto a ellos en silencio.

Francesca no añadió nada más. Miró en aquel oscuro pasaje una mancha de sol que indicaba la situación de la plaza.

—Es cierto —añadió finalmente—. Nadie ha sabido aclarármelo.

Se dio la vuelta y siguió andando a paso rápido.

Capítulo 43

CUANDO llegaron a la casa, había dos hombres esperándolos en la calle. Francesca les sonrió y los saludó afectuosamente con un ligero beso en la mejilla. El más alto de los dos era un hombre fornido de unos cincuenta años, con cazadora de cuero y pantalones de discretos cuadros. El otro era Quadri, a quien ahora veían por vez primera. Iba muy elegante y era un individuo muy delgado de unos treinta años.

—Patrick, Assefa —dijo ella, haciéndoles seña de que se acercasen—, voy a presentarles al padre Dermot O'Malley, irlandés de formación, pero italiano de profesión; lleva viviendo aquí tanto como yo y habla mejor italiano.

El referido avanzó un paso y les estrechó la mano. Era robusto, con aspecto más militar que eclesiástico. En otros tiempos había tenido pelo rojo, pero los años se habían comido el color y le quedaba una espesa mata grisácea con amplias vetas de color manzana roja arrugada. Patrick se imaginó que sus sermones serían altisonantes y advirtió que no llevaba alzacuello.

—A Roberto ya le conocen —prosiguió Francesca, volviéndose hacia el más joven—. Cuando no está rescatando extranjeros en islas misteriosas, trabaja con el padre O'Malley; por eso tiene ese aspecto cansado, ¿verdad, Roberto?

Patrick advirtió una preocupación latente en la broma, y por un instante sintió una especie de punzada de celos. Mas por Francesca sólo sentía lástima, no amor. ¿Qué derecho tenía a sentir celos?

Quadri les estrechó la mano con cierto formalismo y dio un paso atrás. Patrick pensó que debía de estar enfermo; aquel apretón de mano era el de una persona enferma.

—Patrick —dijo Francesca—, espero que no te importe ir con el padre O'Malley mientras yo subo con Assefa y Roberto al piso. Volveremos a vernos dentro de dos horas para comer.

Patrick sintió una especie de desilusión; se estaba acostumbrando a la idea de que, efectivamente, Francesca no había muerto y aguardaba la ocasión de preguntarle directamente qué es lo que había sucedido. Bien —pensó—, lo haría en otra ocasión.

—Muy bien —dijo a regañadientes. Estaba deseando que alguien le explicase quiénes eran aquellos dos hombres y qué relación los vinculaba a Francesca.

O'Malley tenía aparcado su coche, un Fiat, al final de la calle. Mientras el cura avanzaba dando sacudidas en medio del intenso tráfico, Patrick se abrochó el cinturón de seguridad y se dispuso para un viaje movido.

—Viaje misterio, señor Canavan, viaje misterio. Quizá no muy mágico, pero espero que lo encuentre interesante.

Hablaba con un deje que Patrick reconoció como acento de Cork, un acento que

unos treinta años de vivir en Roma no habían logrado borrar.

—¿Por qué yo solo y Assefa no?

—Mire, señor Canavan, habrá advertido que su amigo no pasa inadvertido y tienen ustedes gente buscándolos por todas partes. Yo no creo que se hayan enterado aún que están en Roma y prefiero que las cosas sigan así. Igual que usted, me imagino. Con toda sinceridad, con usted ya corro riesgo, pero el padre Makonnen es algo muy distinto, porque él tiene muchos conocidos en Roma para andar dando vueltas por ahí. En realidad, no habría debido salir esta mañana.

El coche cruzó por Corso Vittorio Emanuele, uniéndose al tráfico del otro lado como una avispa que se reintegra al enjambre. Conforme se dirigían hacia el Tíber, Patrick lanzó un profundo suspiro: se imaginaba a donde iban.

O'Malley le miró de reojo.

—Tranquílcese, señor Canavan. ¿O prefiere que le llame Patrick? No le voy a hacer correr ningún peligro. Estaremos a miles de kilómetros del despacho del cardenal Fazzini y de otros muchos despachos que podría mencionar.

Conforme se aproximaban a plaza Paoli, el tráfico se hizo más denso y complicado. Finalmente tuvieron que detenerse en medio de un embotellamiento de coches y motos entre estridentes bocinazos, a pocos metros del puente. O'Malley puso punto muerto y echó el freno de mano.

—Vamos a estar aquí un ratito —dijo—. Es mala hora, pero es que en Roma es siempre mala hora. ¿Por qué no ocupamos el tiempo contándome usted cómo se ha visto envuelto en esto?

Poco a poco Patrick fue relatando los acontecimientos que le habían llevado a aquella situación, mientras a su alrededor el tráfico permanecía estancado y los conductores desahogaban con todo bicho viviente las frustraciones de toda una vida. El cura le escuchaba en silencio, cada vez más serio al ir conociendo los detalles. No le hacía ninguna pregunta, mostraba sorpresa ni expresaba sentimientos de repulsa o simpatía. Cuando Patrick concluyó su historia, era como si hubiesen quedado desconectados del mundo pendenciero e irritado que los rodeaba y se encontrasen apaciblemente al sol, rodeados de sombras más siniestras a merced de una ira distinta.

—¿Conocía usted bien a Eamonn De Faoite? —inquirió finalmente el sacerdote.

—Muy bien. Le conocía desde que era estudiante de primer curso. Él me ayudó mucho. Y usted también habla como si le conociera...

—¡Oh, sí! —respondió O'Malley, asintiendo con la cabeza y mirando por la ventanilla los rayos de sol que bañaban el metal y el vidrio—. Eamonn y yo éramos viejos amigos. Nos conocimos cuando yo era seminarista en Maynooth; era mi confesor —añadió soltando una carcajada—. ¡Jesús bendito, en aquella época no daba abasto confesando pecados! Supongo que sería porque pensaba que por el hecho de querer ser sacerdote tenía que ser mejor que nadie y que me absolviesen de las

cosas más triviales. Bien, fue Eamonn quien rápidamente me quitó esa costumbre. Figúrese si tendría yo cosas que confesar en aquella época...

Afuera se oyó un rugido al irse reanudando el tráfico; O'Malley metió la primera y avanzó dando fuertes bocinazos.

—Posteriormente seguimos en contacto, algo parecido a lo de usted. De hecho, creo que me mencionó su nombre en un par de ocasiones. Él venía de vez en cuando a Roma y pasábamos una o dos semanas juntos. No aguantaba residir en el Colegio Irlandés, y no se lo reprocho porque allí piensan que lo único que se come en el mundo es puré de patata y zanahorias.

Patrick notaba que O'Malley hacía esfuerzos por ahogar profundas emociones y que la muerte de Eamonn De Faoite le había causado un profundo dolor.

Giraron en vía dei Corridoni en dirección al Vaticano. A su izquierda, la enorme cúpula de San Pedro surgía entre los tejados como si tratara de liberarse de las nerviosas y apelmazadas callejas que le acosaban como parientes a un moribundo.

En la vía di Porta Angélica doblaron a la izquierda para tomar por la puerta de Santa Ana, entrada de servicio del Vaticano. Como de costumbre, estaba atestada de coches, camionetas y motos. Un guardia suizo de servicio los saludó y otro, ya en el interior, se les acercó. O'Malley bajó el cristal de la ventanilla y le mostró un pase. El guardia asintió con la cabeza, saludó y los dejó continuar.

Avanzaron por la vía del Belvedere y cruzaron un corto túnel hasta un patio en el que había aparcadas docenas de coches, todos con la placa SCV, Sacra Città Vaticano. O'Malley detuvo el coche a la izquierda.

—Patrick, ¿ha estado alguna vez en el Vaticano?

El norteamericano negó con la cabeza.

—Pues es una lástima, porque es magnífico. Tal vez nos dé tiempo a hacer una visita en otra ocasión. Ahora estamos en el Cortile del Belvedere; esa puerta de la derecha conduce a la biblioteca, pero nosotros vamos a entrar por esa de la izquierda, que es la de los archivos secretos.

Patrick enarcó las cejas.

—No, no se sorprenda —dijo el sacerdote—. En estos momentos hay un pequeño secreto muy valioso. Sí, no creo que estuviera antes, porque si no quieren que se consulte algo, puede usted estar seguro de que no lo dejan a la vista para que uno se lo tropiece. Lo cual no obsta para que de vez en cuando se haga algún descubrimiento si se sabe dónde buscar —añadió lanzando una ojeada a Patrick—. Su amigo Eamonn De Faoite sabía dónde buscar. ¡Lástima de hombre!

Bajaron del coche y lo dejaron sin cerrar. Allí casi no había robos y los calabozos vaticanos tenían fama de ser los menos ocupados del mundo.

En el vestíbulo, sentado en un escritorio de caoba, había un vigilante de rostro adusto y de edad indeterminada entre cincuenta y ciento noventa años. Con gesto

irritado, alzó la vista del libro edificante que leía y se ajustó sus bifocales de cristales llenos de caspa. Primero miró a Patrick y luego a O'Malley y a continuación se irguió en la poltrona.

—¿Qué se les ofrece?

—Soy el padre O'Malley y vengo a examinar unos manuscritos. Imagino que siguen teniendo aquí manuscritos.

Su italiano era extrañamente perfecto y exento por completo de aquel deje irlandés que coloreaba su inglés. El vigilante se le quedó mirando como si acabase de decirle que era el papa.

—Ya. Tendrá usted una tessera, claro.

—Claro, ¿para qué quiero yo eso? Tengo mejores cosas que hacer que pasarme la vida entre viejos libros. Dios sabe lo que se me puede pegar.

La cara del vigilante, que ya era del color y la textura del pergamino, palideció aún más.

—Lo siento, pero...

—Ahora que tengo algo mejor que un carnet, si lo que me pide es un permiso... Tenga, échele un vistazo.

O'Malley sacó un grueso sobre del bolsillo interior de la chaqueta y se lo entregó. El hombre lo cogió y se lo quedó mirando como si guardara el virus de la rabia.

—¿Qué es esto?

—Ábralo y lo verá.

El bedel no sabía qué hacer, convencido de que le jugaban una pasada, pero abrió el sobre y extrajo una hoja de papel de barba con membrete. Medio minuto después les hacía apuradamente una reverencia y los acompañaba a unos asientos en uno de los inmensos escritorios negros de la sala principal de lectura.

O'Malley se inclinó hacia Patrick, conforme caminaban, y le musitó al oído:

—Al cabo de más de veinte años, Patrick, hasta una persona como yo acaba conociendo a gente importante. ¿Me creerá si le digo que es una carta de recomendación del secretario privado del papa, un tal Foucauld? Fuimos amigos hace mucho.

Una vez acomodados, el vigilante se acercó al regidor, una especie de gárgola con ictericia que estaba sentado en un sitial como un trono, vigilando su pequeño reino intemporal, y le dijo unas palabras. No había nadie en la sala salvo el regidor, sus ordenanzas y un puñado de privilegiados eruditos, inclinados sobre gruesos volúmenes negros tan secos como ellos. En una pared, un enorme reloj hacía sonar ruidosamente el tictac, como recordando a los presentes que, en definitiva, el péndulo y el calendario marcan el final de todo, hasta de la erudición.

Mientras un ordenanza se apresuraba a ir por el archivador que había pedido O'Malley, éste se inclinó hacia Patrick y le susurró:

—La Iglesia mantiene en Roma archivos desde el siglo seis; casi todos los fondos de entonces se guardaban antes en la Laterana, pero se dice que quedó todo destruido a principios del siglo trece. De todos modos, creo que lo que voy a enseñarle es de ese fondo primitivo.

—En cualquier caso, posteriormente se conservó toda la documentación en el Vaticano o en poder del papa cuando viajaba. Más tarde lo trasladaron todo al castillo de Sant'Angelo para mayor seguridad. La documentación realmente importante (como la relativa a privilegios y cédulas papales) se guardaba en el denominado Archivo Arcis.

«Luego, en mil seiscientos once, Pablo quinto creó el archivo secreto, el Archivium Secretum Vaticanum, que constaba de ocho armarios enormes llenos de material de diverso origen, de la Biblioteca Segreta, de la Camera y del Archivo Arcis. Hasta mil ochocientos setenta y nueve el archivo fue realmente secreto; pero a partir de entonces León decimotercero consintió en que los eruditos de fama mundial tuvieran acceso a la documentación. Ya ve, hay algunos que parecen llevar aquí toda la vida. Yo no es que sea famoso, pero tengo mis influencias; y le digo una cosa: en el Vaticano no hay nada que no pueda arreglarse con una botella de Black Bush entregada en el momento oportuno.

Hizo una pausa al ver llegar con un librito al ordenanza, quien sin decir palabra lo dejó en la mesa y se fue.

—Ahora, Patrick, escúcheme bien. Ve que la referencia del lomo de este volumen es AA ARm. IXVIH 6723, lo que quiere decir que procede del Archivium Arcis y que se guarda en la parte inferior del armario I al XVIII con el número de catálogo 6723.

—¿De qué se trata?

—Un momento: no se impaciente. Ábralo...

Desde la silla del regidor llegó un bisbiseo imponiendo silencio. Levantaron la vista y vieron al águila ratonera con un dedo en los labios. O'Malley bajó aún más la voz.

—Verá que es una copia del Evangelio gnóstico escrito en copto. Según una nota en latín de la contraportada, fue hallado en el fondo del Archivium Arcis en la época del traslado de los fondos al Archivo Secreto. Es evidente que en aquellos tiempos los Evangelios gnósticos no se veían con muy buenos ojos, así que el libro se quedó pudriéndose en el archivador sin que nadie lo examinara.

Bajó la vista hacia la gastada cubierta de cuero del curioso ejemplar copto atado con correas.

—Eamonn De Faoite fue el primero en estudiarlo en muchos siglos. ¿Y qué dirá usted que descubrió?

—¿Por qué no me lo muestra usted?

—Mírelo usted mismo.

Patrick desató las correas y abrió el pequeño volumen. Página tras página el enmarañado manuscrito copto discurría en tinta negra con las mayúsculas en rojo. Parecía monótono, pero legible.

—Yo no sé leer copto.

—¿Ah, no? Es una verdadera lástima. Yo tampoco, pero mire esto.

El sacerdote volvió a abrir el libro y pasó las hojas hasta llegar a dos situadas casi en el centro. Con sumo cuidado separó una de otra y dentro apareció una tercera suelta. O'Malley la extrajo y la puso sobre la mesa delante de Patrick.

—Arameo sí que lee, ¿verdad?

Patrick bajó la vista. La hoja sin doblar era un trozo de papiro colmado de caracteres en arameo, la lengua en que está escrito gran parte del Antiguo Testamento; el idioma de Palestina en tiempos de Jesús.

Capítulo 44

«A veces resuenan trompetas en las altas torres. Ora en la torre de Psefino, ora en los altos pináculos de Hippius y Fasael y Mariamme. Espantan a los pájaros del cielo y creemos llegado el fin. Simón bar Gorias y sus soldados defienden la Ciudad Alta y gran parte de la Baja. El Templo y Ofel están en manos de Juan de Gischala y sus seguidores. Todo lo que había entremedio ha sido incendiado y arrasado. Hay humo por todas partes. Humo y sonido de lamentos. Algunos dicen que el Templo ha comenzado a arder».

Patrick alzó la vista. Oía el tictac del reloj y el roce del lápiz de alguien tomando notas en otra mesa. O'Malley le observaba impasible, como un maestro que mira a su mejor alumno demostrar lo que sabe.

—¿Y esto debe tomarse por auténtico? —musitó.

—No lo sé. ¿Usted qué cree? Usted es el que lee arameo, no yo.

Patrick meditó un instante. Hacía años que no leía a Josefo, pero no podía haber duda.

—Yo creo que es un relato del asedio de Jerusalén en el año setenta, durante la guerra de los judíos contra los romanos. Pero es imposible; ningún escrito se salvó de la quema.

—Se refiere usted a nada que se supiera, antes de esto.

Patrick asintió con la cabeza. Claro que podía ser plausible que se hubiese salvado un documento como aquél.

—¿Cree usted que me dejarían una lupa? Los trazos son muy débiles.

—Buena idea: los haremos trabajar un poquito.

O'Malley llamó a un ordenanza y diez minutos más tarde tenían en la mesa una enorme lupa. Patrick la cogió y continuó la lectura:

«Ha llegado y ha terminado la Pascua, pero no hay liberación. Hace tres semanas cesó el sacrificio continuo y el altar quedó vacío. Fuera de los muros de la ciudad se apiñan las huestes del hijo del faraón. Cuatro legiones, y con ellas refuerzos árabes y sirios».

Patrick quedó un instante aturdido. Pero luego lo entendió: el general romano que dirigía la campaña en Judea era Tito, y su padre, Vespasiano, acababa de ser nombrado emperador. Así que Vespasiano era «faraón» y Tito «hijo del faraón».

«Ha trasladado su campamento a un lugar enfrente de la torre de Psefino. La décima legión está situada en el monte de los Olivos. Sus máquinas de guerra son enormes y terroríficas: cargadores rápidos, catapultas. Lanzan enormes piedras de mármol blanco sobre la ciudad. Los vigías de las torres gritan cuando las ven llegar y huimos aterrados. Por todas partes, el retumbar de los arietes asciende hasta los

cielos. Pero nuestras oraciones quedan aquí abajo. Han llevado arietes al atrio oeste del Templo. Ya no puede tardar el fin. Señor, ¿por qué has olvidado a tu pueblo?

»Los hermanos que han permanecido en la ciudad se reúnen todos los días en casa de Juan el Zelote, que recibió la bendición de Santiago días antes de morir. Ya no oramos para que se nos perdone, sino para que se nos comprenda. Aún hay entre nosotros uno que recuerda las palabras de nuestro Señor cuando salía del Templo con sus discípulos y les dijo: "¿Veis todo esto? Pues en verdad en verdad os digo que no quedará piedra sobre piedra y todo será destruido." Y así está sucediendo igualmente. Luego, oramos por que todo se cumpla, así como su promesa de que regresaría».

Patrick alzó la vista y se restregó los ojos.

—El que ha escrito esto era cristiano, ¿lo sabía?

—¡Ah, sí, claro! Lo que tiene en las manos es sin lugar a dudas el documento más antiguo que se ha conservado de la Iglesia. Supongo que descubrirá que se trataba de un cristiano judío, no de uno de los advenedizos gentiles de Pablo.

Patrick asintió con la cabeza. Santiago, hermano de Jesús, había sido cabeza de la Iglesia en Jerusalén y tenía sus seguidores y, a diferencia de Pablo y los que él convertía, él había observado la ley judía acudiendo regularmente al Templo para enseñar que Jesús era el Mesías. Hasta la destrucción de la ciudad en el año 70, sus discípulos habían constituido el núcleo más importante de la Iglesia primitiva. Luego, Jerusalén había sido destruida y sus miembros murieron o se dispersaron, con lo que Pablo y los suyos pudieron orientar la nueva fe a su manera. Patrick siguió leyendo:

«De la hermandad de Jesús que había en la ciudad antes de los días de la Pascua, partiéndose el pan y orando según las enseñanzas de los apóstoles, sólo quedan ahora unos cuantos. Oramos todos los días para que los hermanos que se han ido lleguen sanos y salvos a Egipto y no sufran la ira de estos últimos días.

»Un pequeño grupo de los nuestros, siete en total, con arreglo al número de diáconos presentados a los Doce, se ha reunido hoy octavo día de Loos, para celebrar un concilio secreto. El más destacado es Juan el Zelote, un santo hombre encendido de amor de Dios, profeta enviado para guiar a la hermandad en estos días de tinieblas. Fue nombrado cabeza de los Doce por Santiago, hermano del Señor, unos días antes de que le lapidaran. Debajo de él se sientan Eleazar bar Simón, Judas de Gamala, Barnabas el hijo de Jesua el Viejo, Jonatán, diácono de Emaús, Pablo de Acrabeta y yo, Simón bar Matías, el Levita.

»Nos hemos dado el nombre de los Siete del Sepulcro, jurando defender el sepulcro de nuestro Señor, en el que también están enterrados su hermano Santiago y su madre. El sepulcro está oculto entre las tumbas que hay extramuros, al norte de la tumba de Simón el Justo. Juan conoce un pasadizo secreto que discurre por el sur del valle de Hinón. Desde allí nos dirigiremos de noche hacia el oeste, rodeando el campamento del invasor, para volver a salir al norte.

»Y cuando llegue a suceder lo que está decretado para la ciudad y no quede piedra sobre piedra, si aún estamos con vida por la gracia de Dios, iremos a Egipto, que es Babilonia, para que golpee al faraón, aunque esté sentado en su trono, en venganza por el Templo de Dios, tanto del templo terrenal como el Templo en que fue crucificado.

»Y ésa será la auténtica Pascua, en que los elegidos de Dios saldrán de la tierra de Egipto para llegar a la Tierra de Promisión. Y nuestro Señor regresará. Habrá una nueva Jerusalén y Dios y el Cordero estarán en su Templo. Entonces caerán Egipto, Babilonia y todos los que han dispersado a los hijos de Dios por las naciones. Porque Jesús dijo: "No creáis que he venido a traer la paz en la tierra; no he venido a traer la paz, sino una espada". Y así será.

»Y si todos mueren, que venga Él después a coger la espada por nosotros, que los días se enumeren y los malos sean juzgados. Porque el Sepulcro es un legado secreto y la espada también; los buenos perduran y toda maldad desaparece de la tierra».

Patrick alzó la vista.

—Eso es el texto principal. Quedan unas líneas escritas por otra mano en hebreo. Son algo más difíciles de leer. —Estoy seguro de que puede hacerlo. Pruebe. Despacio, Patrick fue descifrando la poco clara escritura:

«Yo, Juan de Amatus, conocido por el Zelote, bautizado hace tiempo, dejo aquí lo que Simón el Levita ha escrito relativo a los últimos días de Jerusalén, para que sirva de testimonio a otros. De la cofradía del Sepulcro sólo quedo yo con vida. Sellaré el Sepulcro y buscaré refugio en Egipto, a donde otros han huido antes que yo. Llevaré conmigo el secreto del Sepulcro y el secreto de quien en él está y del modo de cómo entró en él para que estas cosas no caigan en el olvido. Hay entre los fieles que me han precedido algunos que saben algo de estas cosas. Dios mediante, elegiré entre ellos a seis ancianos para que dirijan la cofradía. Estas palabras que dejo para aquel que Dios envíe al final de los tiempos para que tome la espada y libere al pueblo de Dios de toda servidumbre. Que él acabe lo que yo he empezado y todo lo determine con justicia».

Patrick alzó la vista y vio que O'Malley le miraba de hito en hito.

—Ahora ya lo sabe —comentó el irlandés.

Capítulo 45

CUANDO regresaron al piso los demás ya habían comido. Francesca les preparó pasta y pescado y los dejó comer tranquilos en la cocina.

Cuando se reunieron con los demás en la sala de estar, ya habían preparado café. Francesca sirvió grandes tazas de expresso y pasó una bandeja de amaretti. El padre O'Malley fue el primero que habló.

—Se habrán estado preguntando qué es exactamente este asunto, pero es que no quería hablarles de él antes de haber enseñado a Patrick una cosa. —Hizo una pausa y miró a Assefa—. Padre, Roberto le habrá explicado por qué preferí que no nos acompañara. Hemos estado en los Archivos del Vaticano y existía el riesgo de que alguien pudiese reconocerle. Me consta que habrá comprendido mis precauciones.

Assefa asintió con la cabeza. Ya había asimilado como una segunda naturaleza aquella sensación de peligro, y se preguntaba cómo anteriormente habría logrado sobrevivir sin ella.

O'Malley se inclinó y se sentó en el borde de la silla. Pese a su corpachón, a Patrick se le antojaba un buen hombre. Amable, pero no blando. Patrick notaba en él una especie de ira justiciera capaz de desplazar y eliminar todo vestigio de amabilidad en caso necesario.

—Perdone la teatralidad de haberme explicado en tono tan misterioso, Patrick; pero mi propósito era más que serio al enseñarle ese documento. Si usted mismo no hubiera visto el original, tal vez habría considerado algunas de las cosas que voy a decir un tanto... traídas por los pelos. Lamentablemente no lo son. Ojalá lo fueran; pero son tal como son.

Hizo una pausa y juntó las manos como para rezar.

—Roberto Quadri y yo —comenzó a decir lentamente— somos directores de una organización llamada Fraternita. En realidad, el nombre lo forman las siglas de Fondazione de Rehabilitazione degli Aderenti e Transfughi delle Religione Nuove in Italia. Fundación que es realmente la rama italiana de una red más amplia organizada por la Iglesia hace unos años para ayudar a quienes han sufrido algún quebranto por su afiliación a nuevos movimientos religiosos, lo que los periódicos suelen llamar sectas. Secta Moon, iglesia de la Cienciología, seguidores de Bhagwan Shri Rajnish, hijos de Dios, discípulos de Krishna, de Baha'is, Sendero Luminoso..., la lista es interminable.

«Nosotros únicamente nos ocupamos de gente que cree haber sufrido por su pertenencia a esas religiones, adeptos que están dentro de ellas y quieren ayuda para salirse, antiguos afiliados que son incapaces de readaptarse a la vida normal. Les buscamos trabajo, les facilitamos alojamiento provisional y los reconciliamos con su

familia. Y a veces los defendemos de otros miembros que quieren obligarlos a volver al culto o vengarse de ellos por su defección. Si alguien pertenece a un grupo y está contento, nosotros no intervenimos. Nosotros, a diferencia de algunas organizaciones que podría citar, no nos dedicamos a secuestrar a miembros de sectas para desprogramarlos. Lo único que hacemos es lavarles el cerebro para que acepten lo que la sociedad considera normal. Lanzó una ojeada al cuarto.

—Perdóñenme. No pretendía hacer proselitismo. Bien. Nuestro grupo tiene ya unos diez años de existencia, pero durante los cinco últimos Roberto y yo hemos dedicado cada vez más tiempo a un culto particular. Por cierto que Roberto perteneció a Iskcon, el movimiento Hari Khrisna. Hace doce años dejó de viajar a otros planetas, estudió derecho y comenzó a colaborar de lleno en Fraternita hace seis años. Será mejor que continúe él.

Quadri dejó su taza en el suelo, y Patrick advirtió de nuevo su aspecto cansado, los lentos movimientos de una persona gravemente enferma. Pero al tomar la palabra, la voz del abogado no tenía nada del decaimiento que Patrick esperaba. Era incisiva, clara; se veía que dominaba el tema.

—Bien, ¿por dónde empezamos? Imagino que por el principio. ¿Cómo se inició todo esto? No Fraternita, sino el asunto en que nos vemos envueltos. —Hizo una pausa—. Poco después de ponerme a trabajar con Dermot, se presentó una mujer en nuestro despacho de Roma. Estaba yo de permanencia y fui quien le abrió. Me pareció de unos cuarenta años, pero no sé por qué pensé que debía ser mucho más joven. Al principio se hallaba en un estado de profunda depresión, muy asustada y nerviosa. No dejaba de mirar a todas partes como con temor a que apareciese alguien indeseable. Tardó mucho en hacer acopio de valor para hablar, y nos costó días y semanas lograr que nos explicara todos los detalles.

»Acabábamos de comprar este piso para acoger en él a fugitivos de las sectas más violentas, y aquí la trajimos aquella misma tarde. Cuando Dermot y yo conocimos su historia, le permitimos el uso exclusivo de la vivienda. Como la escritura aún no había sido transferida a Fraternita, conseguí escamotearla y ningún otro director tuvo conocimiento de ello. Y siguen sin tenerlo.

Hizo otra pausa para servir café.

—Estuve varias semanas acompañándola en el piso porque estaba muy asustada y no podía estarse sola un solo momento. Dermot vino todos los días a partir del segundo y charlábamos con ella, a veces desde primera hora de la mañana, limitándonos otras a estar sentados con ella sin decir palabra, leyendo y esperando a que se decidiera a seguir hablando. Tenía los nervios de punta: no se imaginan hasta qué extremo, pero cuanto más hablaba, más se iba tranquilizando. Contarnos lo que sabía actuaba como una especie de terapia.

»Al principio creímos que se lo inventaba, que nos contaba mentiras producto de

una imaginación desbocada. Aunque también nos constaba que estaba sentimentalmente hundida, agobiada por una profunda pena y que era una mujer sola que buscaba las lágrimas como exutorio para acceder a un sentido en la existencia. Bien, por aquel entonces estábamos acostumbrados a un tipo de locura más leve, las obsesiones triviales de los fracasados espiritualmente. El sexo es la obsesión principal: si sueñan, sueñan con el sexo, sea porque algunos lo practican poco, otros demasiado y otros nada; el resultado es siempre el mismo. Pero no era ése su caso. Si estaba loca, era por causa de la violencia, ya que, si soñaba, soñaba con matanzas.

Hizo una pausa, como fascinado por la simple posibilidad de ese tipo de sueños.

—Pero cuanto más hablábamos con ella, más nos percatábamos de que no estaba loca. Estaba en su sano juicio; ya lo creo.

«Nos dio una lista de datos a investigar sin que llamásemos la atención, y todo lo que comprobamos nos dio confirmación a lo que nos contaba. Su relato era verídico. Ojalá... —Miró a Patrick sin acabar de decidirse y luego a Assefa—. Ojalá hubiese sido mentira o hubiese estado loca.

Miró a continuación a Francesca y sonrió; era una sonrisa triste, exclusivamente dirigida a ella.

—Bueno, no quiero decir eso. ¿Cómo íbamos a desear eso? Digamos que habría sido preferible que todo hubiese sido un error. —Volvió a detenerse, mirando a Patrick antes de proseguir—: Signor Canavan, ese documento que ha visto esta mañana en el Vaticano..., ¿está convencido de su autenticidad?

—Pues —respondió Patrick dubitativo— no soy un experto, pero así, por encima, sí que me lo parece. Tiene esa entidad, un no sé qué..., algo que yo imagino poseen los documentos de aquella época. —Hizo una pausa—. Perdona, no digo nada concreto... En fin, el arameo es convincente, los detalles del asedio son históricos, que yo recuerde, a partir del texto de Josefo; pero para tener absoluta certeza debería examinarlo un paleógrafo, alguien que disponga del equipo adecuado y con capacidad para hacer un buen examen, verificando el soporte, la tinta, los caracteres y el léxico. Lo ideal sería un equipo de especialistas.

—Sí —replicó Roberto—, lo sé; pero se ha hecho ya con entera satisfacción. Eamonn De Faoite lo analizó en los archivos, fingiendo que trabajaba en otros documentos del volumen. En el Vaticano hay medios para ello, excelentes medios; no tan medievales como pudiera creerse. Y tengo copia de su informe, por si desea leerlo.

Patrick movió la cabeza.

—Bien; entonces háganos un resumen para que el padre Makonnen, que no lo ha visto, esté al corriente.

Patrick se prestó a lo que le pedían mientras Assefa le escuchaba atentamente, impávido, como un condenado que oye la sentencia de muerte que dicta el tribunal,

despacio, con deliberación, línea por línea. Al concluir Patrick, no hizo ningún comentario.

Quadri volvió a tomar la palabra con su voz pausada de abogado.

—Como habrán podido imaginar, la cofradía que menciona esa carta no desapareció en las brumas del pasado, sino que sigue existiendo. A lo largo de los siglos se han hecho más sutiles, ricos y poderosos, y ahora están decididos a obtener un poder y una influencia como nunca habían soñado. —Hizo una pausa y dio un sorbo al café—. Creo que Francesca debe explicarles el resto con sus propias palabras —añadió.

Patrick volvió los ojos hacia Francesca y vio que tenía la mirada clavada en el suelo, desviándola de los demás; la vio concentrarse y, con un estremecimiento, reconoció aquella manera de fruncir el ceño tan familiar en otro tiempo.

—Siempre ha habido una cofradía —comenzó diciendo—. Desde tiempos de Juan el Zelote siempre ha existido en alguna parte un grupo de hombres y mujeres dedicados a la conservación del mayor secreto de la humanidad: la situación del sepulcro de Cristo. Han tenido muchos nombres, han adoptado innumerables enmascaramientos, pero la cofradía siempre ha sido una e indivisible. En casi dos mil años, hasta que regresé de entre los muertos y desahugué mi corazón en este mismo cuarto a Dermot y a Roberto, nadie los había traicionado. —Se detuvo, vacilante—. No, no es cierto: los han traicionado muchas veces, pero hasta ahora nadie había vivido tanto para contarlos. —Levantó la vista y vio a Patrick mirándola—. Sí, Patrick, lo sé. Mucho antes de traicionarles a ellos te traicioné a ti, y quieres que te lo explique, pero no sé cómo. Al menos sin omitir cosas que no creerías.

—Deja que sea yo quien juzgue, Francesca. Lo que te sucedió a ti, repercutió igualmente en mí y tengo derecho a saber.

Ella no le contestó de inmediato. El cabello le caía sobre la cara y le tapaba los ojos, como tantos años atrás, pero ahora lo tenía encanecido y los ojos que ocultaba recelaban recuerdos de cosas en las que entonces ni se le habría ocurrido pensar.

—Muy bien —dijo—, trataré de explicártelo. Pero antes... Dermot, por favor, ayúdame. Padre Makonnen...

O'Malley asintió con la cabeza.

—Sí, lo entiendo —dijo volviéndose hacia Assefa—. Padre Makonnen —añadió—, sé que ha sido sometido a duras pruebas estos días pasados, y considero que debo advertirle que si se queda puede oír cosas que a lo mejor habría preferido no saber. Cosas que pondrán a prueba no sólo su vocación sino su fe. No se lo digo a la ligera, pues antes que nada soy sacerdote, como usted. Sé que si escucha lo que Francesca va a contar, no dormirá tranquilo durante mucho tiempo. Quizá nunca más. Así que si prefiere marcharse nadie se lo va a reprochar, y yo menos que nadie. Decida usted mismo.

Assefa se levantó y fue a la ventana para mirar la calle y aquel ajetreo de gente y coches en el mundo de su vocación. Pensaba en la Virgen a la que había rezado por la mañana, en su negror y en su pureza, como dos caras de una moneda: conocimiento e ignorancia, sabiduría y estulticia. Ser negro era saber cosas que otros hombres jamás llegan a saber: haber sufrido siempre, haber sido pobre siempre, no haber conocido esperanza de cambio en toda la vida. El sufrimiento era una especie de conocimiento y el dolor una especie de sabiduría. La ignorancia y la virginidad no afectaban al corazón; pero su propia virginidad, la pureza que él mismo había elegido, era una pureza de sufrimiento y no podía darle la espalda igual que Patrick había hecho con la Virgen aquella mañana.

—Prefiero quedarme —dijo.

Capítulo 46

—Nos llamaban los «muertos».

Francesca estaba tensa en su asiento, como sujetándose en medio de una galerna.

—Nos elegían. Nos elegían entre el resto del mundo, nos decían. Éramos una nueva nobleza, una casta sacerdotal consagrada a Dios. Eso nos decían. Nuestras familias nos elegían y los Siete aprobaban la elección o la desaprobaban si había dudas. Una vez elegidos, no podíamos regresar. Era como si alguien hubiese pasado una esponja, borrando nuestros nombres de una pizarra. A partir de ese momento nos trataban como si realmente hubiésemos muerto. —Miró a Patrick—. Tú lo sabes; asististe a mi entierro y viste como me sepultaban y rezaban por la salvación de mi alma. Ahora creerás que fue una simple comedia, un extraño juego. Puede; pero para ellos era como si hubiese muerto de verdad. Mis padres sabían que nunca más volverían a verme. Igual que lo sabían mis hermanos y mi hermana Giulietta. Así que sufrieron casi tanto como tú, Patrick; casi tanto como tú...

Se detuvo, mirándole nerviosa, como tranquilizándole, dándole a entender que su dolor no había sido en vano, pero sus propios ojos denotaban una tristeza que a él le aterrorizaba más que lo que había sufrido.

—Los «muertos» son una cofradía dentro de otra —prosiguió—. En puridad, se divide en hermandad masculina y hermandad femenina, e, igual que los primitivos monjes cristianos y la misma cofradía del Sepulcro, viven en Egipto en dos casas de la orden unidas, situadas en el desierto occidental, más allá del oasis de Dakhla. Cuando hacen falta sus servicios en Europa o América, los envían al país que sea. Han sido durante siglos el corazón de la cofradía, sus ojos, sus oídos, su... brazo.

Se estremeció ligeramente, como si hubiese cruzado el cuarto una corriente invisible. Estaban ya cerca, pensó; más cerca de lo que nunca habían estado; los acontecimientos de los últimos meses la habían obligado a enseñar su jugada más de lo que quizá era prudente. Aún seguían persiguiéndola, esperando que cometiera un solo error y cayese en sus manos. Y si la encontraban, no tendrían piedad. Ninguna piedad.

—Habiendo muerto una vez —dijo—, están dispuestos a morir otra. O a matar. En cierto modo, están por encima de la moral. Claro, tienen su moral propia adaptada a sus fines, como los artesanos del vidrio, que lo estiran, lo retuercen y lo afinan tanto que, al final, lo único que queda es un objeto frágil.

Patrick observaba sus finos dedos moverse como si hilaran filamentos de vidrio. Recordó que había ido con ella en una ocasión a ver un artesano de Murano trabajar el vidrio fino, haciendo patitas de insecto, y que le había regalado una araña de vidrio, pero cuando llegaron a casa vieron que se le habían roto dos patas.

—Los «muertos» —decía— son sustitutos. Aceptando la muerte en vida, renuevan el sacrificio de Cristo. ¿Cómo lo explicaría? —añadió indecisa—. Patrick, cuando estuviste a ver a mi padre en el palazzo, ¿viste una pintura en la pared, un fresco?

—Sí, representaba...

—La figura de Cristo atado de pies y manos, arrastrado al sepulcro —interrumpió ella, haciendo una pausa—. No es así como dice la Biblia que murió, ¿verdad? Pero no se trata de una fantasía del pintor, ni de una horrenda blasfemia. Para la cofradía es la auténtica verdad; el objeto de su fe.

A Patrick le vino a la memoria Alejandro Contarini, encolerizado, con su largo pelo blanco cayéndole por la cara y el dedo levantado, señalándole insistentemente el fresco y gritando: «¡De eso, imbécil! ¡De eso!»

Francesca, indecisa, se volvió hacia O'Malley.

—Dermot, no sé si...

—No te preocupes, querida, vas muy bien. Continúa.

Ella cerró un instante los ojos y volvió a abrirlos, como si hubiera sacado fuerzas de flaqueza.

—El Antiguo Testamento —prosiguió— se basa en el concepto del sacrificio. Bueyes, carneros, cabras, palomas y tórtolas aportan un flujo interminable de sangre sacrificial.

«Pero también hay sangre humana. Abraham acude a una montaña con su hijo y se dispone a hundirle el cuchillo en la garganta para ofrendárselo a Dios; a Moisés le envía ese mismo Dios a redimir a su pueblo del faraón y el precio es la sangre de los primogénitos egipcios. Dios les concede la Tierra Prometida y el precio es también sangre: ciudades enteras pasadas por las armas, hombres, mujeres y niños indiscriminadamente. Jefte regresa de su victoria sobre los hijos de Ammón y el precio es su única hija en cumplimiento de una promesa a Dios. Jiel el Betelita reconstruye Jericó y lo paga con la sangre de sus hijos Abirán y Segub, enterrados bajos los cimientos de la puerta. Con el tiempo, el Templo huele a sangre.

La tormenta invisible que la acosaba estaba alcanzando el punto culminante, pero ella resistía con todas sus fuerzas.

—Cristo vino a un mundo obsesionado con los sacrificios. Las ofrendas diarias al fuego, el sacrificio semanal del Sabat, la ofrenda mensual, la Pascua... Ofrendas quemadas, ofrendas bebidas, ofrendas por los pecados. A los pocos días de su nacimiento corría por las calles la sangre de inocentes. Era el precio puesto por Dios, el rescate pagado por la huida a Egipto. En el Templo de Jerusalén el altar estaba rojo.

»Él quería cambiar ese mundo y conferir al cuello de las palomas y los carneros una santidad distinta. Su propia vida por aquel mundo, su cuerpo como sacrificio

último, su propia sangre como precio de todo, la moneda con que adquirir el perdón de Dios. Eso es lo que enseña la Iglesia, lo que cree la Iglesia. La misa repite interminablemente ese sacrificio; la sangre y la carne de Cristo en el nuevo altar de Dios.

Miró a Patrick y luego a Assefa. Después, a lo lejos:

—Eso es lo que creéis, ¿no? Que con un hombre el sacrificio del Templo se hizo universal. Pero la cofradía cree otra cosa. La cofradía es depositaria de la verdad.

Cogió de la mesa que tenía al lado un librito encuadernado en negro.

—Este ejemplar es copia del evangelio de Santiago en arameo —dijo—. Es propiedad de la cofradía desde su fundación, y, si ha habido otras copias, hace tiempo que se han perdido o destruido. La propia cofradía apenas si ha editado unos cientos de ejemplares. Éste lo robé en la biblioteca de mi padre antes de venirme a Roma. Es una traducción italiana. Leeré el relato que hace Santiago de la muerte de Jesús.

«Le subieron a la cruz y le clavaron en ella dejándole colgado como había dicho el profeta. Y padeció grandes sufrimientos a partir de la hora sexta hasta la nona, en que gritó con fuerza y quedó colgando del madero como un muerto. Pero no había muerto y aún vivía. Pues cuando llegaron para descenderle y llevarle al sepulcro, se regocijaron de encontrarle con vida.

»Su madre y María Magdalena le curaron las heridas y le cuidaron día y noche durante tres meses hasta que se recuperó. Y en aquellos días sólo un escaso número de sus discípulos llegó a saber lo que había sucedido, que no había muerto como estaba prescrito, sino que seguía vivo. Sin embargo, para la mayoría de los discípulos había sido enterrado y había resucitado de entre los muertos.

«Durante tres meses su madre y la Magdalena le tuvieron escondido. Dejaron que el sanedrín y los romanos le creyesen muerto, pues en ello les iba la esperanza de salvarle. Su plan era, una vez que se hubiese recuperado del todo y pudiese andar, hallar un medio de sacarle de Palestina y llevarle a otro país. Y él también lo deseaba ardientemente porque la cruz le había abrumado de tal manera que se veía incapaz de enfrentarse de nuevo a los clavos.

«Pero Santiago, su hermano, junto con Simón el Cananeo, Andrés, hermano de Pedro y otros siete de los discípulos distintos a los doce, y todos los que sabían la verdad, pensaban de distinto modo. Porque el designio de Dios se había frustrado y su sacrificio estaba incompleto. Tras lo cual se reunieron en casa de Simón, que está en la calle de la Esclusa, y juraron solemnemente concluir lo que había quedado sin acabar. Aquella noche fuimos a un lugar extramuros en el que Jesús estaba escondido, nos apoderamos de él entre gritos de las mujeres que le cuidaban y le condujimos a un lugar en que José de Arimatea había donado un sepulcro para enterrarle. Y fue atado con cuerdas y amordazado, para que no se escapase o los romanos oyesen sus gritos y acudiesen a ver qué sucedía.

«Y le colocamos en el sarcófago en el que José había inscrito su nombre y las circunstancias de la crucifixión por orden de Pilato. Nos causaba una enorme angustia tratarle así, pero recordábamos la promesa de Dios de que nos perdonaría los pecados merced a la sangre de su Hijo. Y así le dejamos en aquel lugar, lo cubrimos con la piedra y sellamos el sepulcro».

Dejó de leer y el cuarto se llenó de un agobiante silencio. Pasaban los minutos y nadie hablaba. Por fin, Assefa se volvió hacia el padre O'Malley.

—¿Usted cree todo eso? —inquirió.

El cura irlandés se echó a reír, rompiendo el hielo.

—¡No, por Dios bendito! Aunque no puedo asegurar que no sea verdad. ¿Cómo voy a saberlo? Hay muchos evangelios apócrifos, ¿no es así? Claro: los gnósticos tenían Evangelios, Epístolas y Apocalipsis y Dios sabe qué... Afirmo creer en el evangelio de Tomás, el evangelio de Pedro o el de los ebionitas, o incluso en los Actos de Pablo, Pedro o Tomás y todo lo demás que pueda haber. Luego, ¿por qué voy a creer en el evangelio de Santiago? Y si es auténtico, ¿qué más da? Si los santos están en el infierno, prefiero ir allá con ellos que estar en el cielo con la pandilla de Santiago. —Hizo una pausa y miró cariacontecido a Assefa—. Lo que no dudo es que la cofradía existe: sé demasiadas cosas sobre ella y sus acciones. Y el papiro que he enseñado a Patrick es la prueba de que su existencia es muy antigua. Pero eso no significa que ellos estén en posesión de la verdad —añadió sonriendo—. Mire, de eso hablaremos después. Ahora dejemos que Francesca concluya su relato.

Francesca puso el libro en la mesa.

—No hay mucho más que decir —prosiguió—. La cofradía se difundió primero en Egipto y luego en Italia. Mi antepasado Pietro Contarini conoció allá a unos cofrades y fue iniciado en su secreto. Por entonces Egipto se hallaba bajo dominio musulmán y la cofradía quería encontrar el medio de llegar a los países cristianos. Desde Venecia se extendieron a Roma y en Roma consiguieron tener obispos y cardenales. Aproximadamente por la misma época en que Pietro trajo el culto a Italia, un peregrino irlandés que regresaba de Jerusalén lo llevó a Irlanda. Durante las cruzadas, los caballeros franceses e ingleses fueron bien acogidos en la cofradía por una rama establecida en Jerusalén, los auténticos guardianes del sepulcro.

»Con el paso de los años, la cofradía fue adquiriendo mucho poder. Para mi familia y otras semejantes de Venecia fue el núcleo en torno al cual giraba su existencia. Era un vínculo que los unía más que la consanguinidad. Bueno, en cierto modo era un vínculo de sangre, pues no se trataba únicamente del secreto que compartían, sino de algo más siniestro y primitivo.

«Cuando la cofradía se estableció por vez primera en Egipto, su fe había sido puesta duramente a prueba. Jerusalén había sido destruida y el Templo arrasado, de su

sancta sanctorum no quedaban más que cenizas, y no sabían cuánto tiempo el sepulcro de Jesús permanecería inviolable, o si estaba descubierto y profanado.

«Los judíos de Alejandría no podían prestarles ayuda. Oraban y se retorcían las manos, pero eran impotentes. Así que lo; hermanos juraron vengarse algún día por la destrucción de su ciudad santa, y para confirmar su juramento matean a sus propios hijos, los primogénitos y las hijas, sin reparar en su edad. Jesús no había bastado, porque, si no el Templo nunca habría sido incendiado. Dios estaba encado y quería más sangre. Si tenían que volver a salir de Egipto, como los hijos de Israel con Moisés, había que repetir la Pascua. Esta vez no se trataba de sangre egipcia, si» de su propia sangre, voluntariamente ofrendada en expiación de los pecados de todo un pueblo.

«Y así continuó todo. Claro que no podían matar al primogénito de todas las generaciones, y lo que hicieron fue instituir la selección de los «muertos». Ya he explicado antes que estos eran sustitutos y que en lugar de una muerte física sí consagraban al sepulcro en vida, aunque de vez en cuando sí que sacrificaban a un niño. Por entonces, el sacrificio de niños se había convertido en algo más que un rito propiciatorio. Los dirigentes de la cofradía, los Siete, sabían que implicándolos en asesinatos, sus adeptos estarían más unidos que por un simple juramento. ¿Quién iba a revelar semejante secreto, atrayendo sobre su familia la ruina?

Hizo una pausa, y Patrick advirtió que volvía a estar muy inquieta.

—Todo esto lo supe por casualidad —prosiguió con voz apenas audible—. Casi ninguno de nosotros tenía idea de ello. Sólo los Siete y los apóstoles de la jerarquía inmediata, los abades de la Orden de los Muertos y los distintos cabeza de familia sabían la verdad. Pero... yo la supe..., la vi con mis propios ojos. Vi a mi padre... Lo siento, no puedo...

Francesca temblaba sin poder contenerse, agobiada por un recuerdo que no podía evitar. No necesitaba decir nada: el horror planeaba sobre la habitación, crudo y sangriento. Patrick se le acercó, sin preocuparse de los demás, la tomó de la mano y la levantó de la silla, abrazándola afectuosamente no como un amante, sino como alguien unido a ella por el dolor.

Pero ella sacudió enérgicamente la cabeza y se zafó del abrazo.

—No —dijo—. El amor no tiene nada que ver con esto. Lo que tú sintieses por mí, lo que yo sintiese por ti, es irrelevante. A ellos no les importa nada el amor. Ni siquiera el amor de Dios. No quieren que Dios los ame, quiere que los recompense por sus ofrendas. Y por eso sacrificarían cualquier cosa: sentimientos, amores, hijos..., su alma.

Patrick la miraba sin salir de su asombro, asustado, sin comprender nada.

—Señor Canavan —terció Quadri—, siéntese, por favor. Aún no hemos terminado —añadió volviéndose hacia Francesca—. Francesca, vuelve a sentarte, por

favor. Lo has explicado muy bien. Gracias.

Hizo una pausa y miró despacio a todos los presentes. Su rostro afilado mostraba signos de cansancio y en sus ojos había una mirada decidida.

—Señor Canavan, padre Makonnen —prosiguió—, hace ya varios años que, con ayuda de Francesca, un reducido grupo de personas elegidas por el padre O'Malley y yo investigan el asunto de la cofradía. Hemos identificado a varios de sus miembros dirigentes, conseguido pruebas de sus actividades y recopilado un expediente para presentarlo al ministerio fiscal a su debido tiempo. Debido a la extensión y al secretismo de la organización, hemos tenido que proceder con la mayor circunspección. Todos los pasos que hemos dado se han planeado y sopesado con sumo cuidado y en todo momento hemos sido conscientes de que el mínimo desliz podría comprometer desastrosamente nuestra misión. Una indiscreción, una revelación prematura, una pregunta inoportuna..., cualquier cosa que hubiera podido servirles de indicio de nuestra existencia... Pero creemos que hasta ahora hemos sabido eludir toda sospecha.

«Hemos corrido un enorme riesgo trayéndolos hoy aquí. La cofradía sabe que andan libres y sus acólitos los buscan por todas partes. La propia Francesca es una mujer condenada a muerte. Normalmente, yo habría sido partidario de dejarlos a ustedes a su suerte, porque nuestra misión es demasiado importante para comprometerla por un par de vidas. No nos queda otro remedio. Pero los hemos buscado por una razón.

«Queremos saber todo lo que ustedes hayan averiguado sobre la Pascua. Uno de los nuestros oyó hablar de ella hace un año y desde entonces hemos hecho todo lo que hemos podido por enterarnos de algo más, con resultados prácticamente nulos. Lo único que nos consta es que lo que planean va a ser un gran triunfo en estos dos siglos de existencia de la cofradía, y que va a tener lugar muy pronto; que han traído más de un centenar de «muertos» de Egipto para llevarlo a cabo. Necesitamos su ayuda y les ruego que piensen a ver si saben algo que nos dé una pista, alguna clave...

Miró en derredor y vio que Assefa se estaba incorporando en su asiento con gesto de espanto. Despacio, se llevó la mano a la boca, tapándosela como si estuviera a punto de vomitar. O'Malley se levantó y se le acercó, cogiéndole por el brazo para que no cayese.

—Padre Makonnen, ¿se encuentra mal?

El etiope se apoyó en el brazo de O'Malley y se agarró con fuerza, mirándole con ojos dilatados por aquel gesto de espanto y de congoja.

—¡Dios mío! —musitó—. ¡Jesús, dulce Virgen María! Yo sé algo. Sí que sé algo.

—¿El qué, padre? ¿Qué sabe usted? —inquirió O'Malley, sobrecogido.

—Yo sé lo que están planeando. Que Dios me perdone, pero debería habérmelo

imaginado. Sé de qué se trata. Y sé que sucederá mañana.

Capítulo 47

O'MALLEY encontró una botella de grappa en la cocina. Assefa bebió a sorbos breves y nerviosos, quemándose la garganta y casi ahogándose. Roberto le hizo calmarse, ayudándole a respirar poco a poco al ritmo del diafragma. Permaneció sentado durante un rato con los ojos cerrados, respirando pausadamente y relajándose. Cuando abrió los ojos, sólo supo mirar al suelo; su inquietud se había transformado en abulia e impasibilidad.

—Padre Makonnen —dijo Roberto con voz amable pero firme, como quien obliga a un testigo renuente a admitir lo que ha visto—, debe decirnos lo que sepa. Es muy importante y están en juego vidas inocentes. Assefa movió la cabeza.

—Es demasiado tarde —musitó—. ¿Qué se puede hacer? No hay tiempo.

—Por favor, deje usted que sea yo quien juzgue. Dígame lo que sepa.

Assefa alzó la vista con los ojos bañados en lágrimas, pero Roberto advirtió en ellos un ruego mudo, una tácita petición de auxilio. Lo había visto muchas otras veces en otros ojos, en distintas circunstancias, pero la súplica era siempre la misma: «Dígame que es un sueño, que voy a despertarme y que todo esto no ha sucedido». Era la mirada de quien acaba de saber que va a morir de una enfermedad incurable: una mirada que Roberto conocía muy bien.

—Muy bien —dijo Assefa—. Les contaré lo que sé. —Hizo una pausa y luego comenzó a hablar, eligiendo cuidadosamente las palabras—: En estos últimos meses, la nunciatura de Dublín ha estado participando en una serie de conversaciones muy delicadas. Asistí a una serie de reuniones, algunas en la propia nunciatura, otras en Leinster House y otras en las embajadas de Egipto e Irak. Comprendan que yo soy un simple addetto y que únicamente he tenido acceso al nivel más inferior, pero el arzobispo Balzarin me otorgaba su confianza y era yo quien atendía cierta correspondencia suya.

Hizo una pausa y alzó el vaso de grappa, pero luego se lo pensó mejor y volvió a dejarlo en la mesa.

—Hace un año aproximadamente el santo padre decidió iniciar una serie de negociaciones destinadas a lograr la paz en Oriente Medio. Su plan consistía en comenzar por el Líbano, ya que allí tiene influencia directa a través de los cristianos maronitas. Si allí se obtenían resultados, se emprenderían gestiones en Palestina o posiblemente en el Golfo.

»Su mejor aliado es el actual presidente de Irlanda, el señor MacMaoláin. Quizá sepan que hace años, antes de ser presidente, MacMaoláin era teniente general del ejército irlandés y durante varios años había sido comandante en jefe del UNIFIL, las fuerzas irlandesas de la ONU en el Líbano. Durante su mandato aprendió mucho

sobre la Política en aquella zona.

«Pretende, por lo visto, ganar el premio Nobel de la paz, como su viejo amigo Sean McBride, y resulta que conoció al santo padre después de la guerra, cuando el papa estudiaba en la Universidad Dominica, aquí en Roma. MacMaoláin tenía entonces un hermano sacerdote que estaba escribiendo una tesis en el Angelicum, y a él le enviaron también un año a Roma. Sus padres querían que fuese diplomático, como el progenitor, y pensaron que le vendría bien aprender italiano para conseguir un puesto en la embajada de Roma. Naturalmente, al regresar a Dublín, él ingresó en el ejército, pero ahora parece como si quisiera contrarrestar aquel cambio de rumbo.

Patrick escuchaba absorto. Dos de los rompecabezas más difíciles del asunto comenzaban a esclarecerse a la vez: por qué Irlanda se hallaba implicada y por qué Alexander Chekulayev había estado en Dublín.

—¿Y qué clase de solución tienen prevista para el Líbano? —inquirió.

Assefa se mordió el labio.

—Lamento no conocer los detalles, pero Balzarin me expuso la idea a grandes rasgos y el santo padre opina que la gente ya no puede más con esa guerra civil y haría cualquier cosa por alcanzar la paz. Ahora no recuerdo todas las facciones, pero la principal ruptura social del país se da entre cristianos y musulmanes. En términos generales, los cristianos constituyen el cuarenta y tres por ciento de la población.

»Lo que intentaría el santo padre es reunirse con las cabezas visibles de las distintas confesiones y luego con los dirigentes musulmanes. A cambio de la promesa de hacer valer su influencia ante Estados Unidos para que los israelíes hagan concesiones a los palestinos, él propondría un gobierno de coalición. Técnicamente, el Líbano se convertiría en un estado musulmán, pero con la garantía de darle a la población cristiana una amplia representación a todos los niveles oficiales. No es muy distinto al sistema adoptado en mil novecientos veintiséis, con la salvedad de que los chutas quedarían oficialmente reconocidos como mayoría entre la población musulmana.

»Dios sabe si este plan tendrá alguna posibilidad de éxito. El santo padre tratará de establecer en Beirut un secretariado especial del Vaticano que supervisará la nueva constitución junto con un consejo eclesiástico chuta, sunní y druso. Los irlandeses se han comprometido a aportar observadores bajo los auspicios de la ONU y se espera que los chutas lo consideren particularmente aceptable, dado que Irlanda no es una potencia imperialista y se supone que lucha contra Inglaterra por su independencia.

Hizo una pausa para apurar la grappa.

—No lo entiendo —dijo Patrick—. No veo la relación con lo que antes hablábamos.

—Podría haberla, Patrick —terció Francesca—. La cofradía es muy sensible al tema del islam. Cuando las huestes musulmanas conquistaron Palestina y Egipto en el

siglo siete, los hermanos lo atribuyeron a un castigo de Dios para dar a las Iglesias una lección, quizá para preparar el camino a su propia toma del poder. Pero los árabes permanecieron en esos países y se apoderaron de las ciudades en que estaban los santos lugares: el sepulcro de Cristo en Jerusalén y el de Juan de Amato en Alejandría, la iglesia de los Siete en Babilonia, cerca de El Cairo actual, y sus catacumbas en Qum alShuqaffa. Los hermanos juraron una especie de guerra santa contra el invasor, y a lo largo de los siglos han hecho lo que han podido para hacerles la vida imposible.

Patrick pensó en lo que había visto en tiempos en Egipto, en su primer roce con la cofradía del Sepulcro: la sangre de niños musulmanes en un estanque y un pueblo entero afligido.

—Hace unos veinte años —continuó Francesca—, la dirección de la cofradía la asumió un obispo llamado Migliau, que es actualmente cardenal y patriarca de Venecia.

Patrick y Assefa intercambiaron una mirada. Aparecía la otra pieza del rompecabezas.

—Migliau —prosiguió Francesca— nutre una fuerte animadversión hacia el islam. Es algo irracional en él, algo connatural a sus temores y prejuicios. Él se puso hecho una furia cuando el Concilio Vaticano emitió un documento llamado *Nostra Aetate* propugnando un entendimiento entre musulmanes y cristianos. Y cuando el actual papa hizo un viaje a países musulmanes, como Turquía y Marruecos, y habló de los lazos espirituales entre ambas religiones, estuvo a punto de enloquecer y envió una encíclica a todas las sucursales de la cofradía declarando al papa apóstata y traidor a la fe de Cristo.

—No lo entiendo —terció Assefa—. Imagino que esa cofradía nunca ha reconocido la autoridad del papa. ¿Qué más les da lo que diga el santo padre?

—No es tan sencillo, padre —replicó Francesca, frunciendo el ceño—. Al principio, la cofradía estaba reñida con la Iglesia, pero en el transcurso del tiempo, al aumentar el poder de ésta, llegaron a considerarla expresión pública de la cristiandad, destinada a todo el mundo, mientras que la depositaria de la verdad era la cofradía. La Iglesia romana era la apariencia y la cofradía la esencia. Pero ahora Migliau quiere cambiarlo todo. Dice que el papa es el Anticristo y que el verdadero papa es él, enviado por Dios para unir el reino externo e interno de la fe. Ya ve lo loco que está. Y yo creo que la solución que propugna el papa para el Líbano él debe considerarla como la máxima traición y tratará de impedir el plan como sea. —Creo que ya ha empezado.

A continuación Assefa expuso lo que él y Patrick habían averiguado respecto a la desaparición del cardenal, mientras los demás escuchaban en silencio. Aunque no acabasen de entender por qué Migliau había optado por desaparecer, era evidente que

su ausencia no era causal, sino el preludio de algo más aparatoso.

—¿Dice que usted sabía lo que era la Pascua? —inquirió Roberto.

—Sí —contestó Assefa, asintiendo con la cabeza—, creo que sí. No sé qué es lo que van a intentar, pero sí que sé cuándo y dónde. —Hizo una pausa—. ¿Saben si los periódicos publican algo sobre una reunión que hay mañana en el Vaticano? —añadió.

—Claro que sí —respondió O'Malley—. Hace tres días que lo dijeron. No lo habían anunciado antes por cautela. Es algo sobre Oriente Medio. Creo que el santo padre se reúne con los jerarcas religiosos de distintos países. No se le daba gran importancia.

—No —dijo Assefa, asintiendo con la cabeza—, pero forma parte del plan negociador del santo padre. La reunión de mañana es la primera de una serie de conferencias públicas para preparar la misión de paz. No lo van a presentar bajo esa luz, por supuesto. No dirán nada del Líbano ni de los otros proyectos en perspectiva. Lo de mañana no es más que una conferencia en la cumbre entre cristianos y musulmanes, organizada por el Secretariado de Religiones no Cristianas.

«Asistirán el papa, los cardenales que pertenecen al Secretariado de Religiones no Cristianas y al Fomento de la Unidad Cristiana, los obispos de las diócesis católicas de todo Oriente Medio, los patriarcas de las Iglesias católicas griegas, representantes de las comunidades cristianas mañanitas, coptas, armenias y asirias, los sayhs musulmanes de la Universidad Azhar de El Cairo, la ulama saudí de La Meca y Medina, dirigentes ismailíes de Bombay y África Oriental y un mujtahid chuta del Líbano.

»En la ceremonia inaugural estará presente el señor MacMaoláin, junto con el presidente egipcio y embajadores de diversos países musulmanes.

—¿El presidente de Egipto, dice usted? Eso no lo ha publicado la prensa —comentó O'Malley con gesto de gran preocupación.

Assefa asintió con la cabeza.

—¿Recuerda el papiro de esta mañana? —inquirió el irlandés, volviéndose hacia Patrick, que estaba sentado a su izquierda—. ¿Recuerda lo que decía Simón el Levita sobre Egipto?

Patrick asintió con la cabeza, como obnubilado.

—¡Vamos, hombre!, ¿qué decía?

—«Si quedase alguno vivo... iré a Egipto, que es Babilonia, para golpear al faraón...» No... no me acuerdo del resto.

—«Y ésa será la verdadera Pascua, el pueblo elegido de Dios dejará la tierra de Egipto y entrará en la Tierra Prometida... Egipto caerá, y Babilonia, y todos los que han dispersado a los hijos de Dios por todas las naciones». Me sé bien el texto, Patrick. No sé cuántas veces lo habré leído, pero hasta ahora no había cobrado tanto

sentido.

Se produjo un extraño silencio al esclarecerse las palabras del antiguo texto. Simón y Juan y todos los prófugos de Jerusalén serían vengados. Era un faraón distinto en una época distinta, pero en cierto modo ideal para esa venganza: el dirigente de Egipto abatido junto con el que había heredado el solio de los antiguos emperadores romanos, y, además, abatido en la propia Roma, la Babilonia de tantos Apocalipsis.

—¿Hay algo más que debemos saber? —inquirió finalmente O'Malley en tono suave e indeciso por primera vez desde que Patrick y Assefa le oían hablar.

—Sí —contestó el etiope—. Dos cosas. Primero, que la conferencia sólo va a durar dos días. La cobertura de prensa se ha mantenido deliberadamente en sordina y sólo se ha invitado a las agencias y a los corresponsales más importantes. Cuando los elementos hostiles de Irán, Libia o Egipto puedan reaccionar, ya habrá concluido la última sesión y los delegados estarán de vuelta hacia sus respectivos países. Así, el santo padre habrá obtenido un gran éxito de relaciones públicas y podrá decir que se han sentado las bases de la unidad cristianomusulmana, borrando en cuarenta y ocho horas siglos de mutua incomprensión e intolerancia. Digan lo que digan fundamentalistas de uno y otro signo, se habrá logrado un gesto por la paz. Desde que Gorbachov subió al poder, el valor de estos gestos en los asuntos internacionales ha aumentado enormemente.

—Ha dicho usted dos cosas... Assefa no acababa de decidirse.

—Sí —replicó finalmente—. Dos cosas. La segunda es la siguiente: a las diez en punto se celebra una audiencia papal especial en la Sala Clementina del palacio apostólico, a la que asistirán todos los delegados con los presidentes de Irlanda y Egipto y los miembros de la curia que no participen en la conferencia. Pero lo más relevante de la audiencia es una sesión que su santidad espera gane los corazones de todos los hombres y mujeres de buena voluntad. —Hizo una pausa y cerró un instante los ojos—. Tras saludar a los dignatarios y que éstos tomen asiento alrededor de la sala, el papa recibirá a un grupo de huérfanos de todos los países de Europa y Oriente Medio, pero sobre todo de Italia y Egipto. Niños cristianos y musulmanes, una nueva generación de esperanza.

Assefa miró a todos los presentes uno por uno.

—¿No entienden ustedes? —musitó—. Mañana por la mañana el papa va a dar la bendición a más de cien niños.

Nadie decía palabra. Desde la calle llegaba un débil rumor de voces y motores, vacío e irrelevante, como a muchos kilómetros de distancia. Las últimas palabras del sacerdote etiope parecían resonar de un modo abrumador llenando la sala de estar.

Fue Dermot O'Malley quien rompió el silencio, desde su silla, sin moverse, escuchando aquel eco que borraba los ruidos del mundo exterior.

—«Y sucedió —dijo con voz neutra sin rasgo de emoción— que a medianoche el Señor hirió a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde el primogénito del faraón, que estaba sentado en su trono, hasta el primogénito del preso en la cárcel».

Pero Patrick no le oía. Permanecía sentado muy rígido en la silla, mirando al frente como si hubiese visto algo en la luz muriente de la tarde: una pantalla de televisión, luces rojas y azules centelleantes, la cara de un niño manchada de sangre, dientecillos blancos en labios exangües, ojos sin vida, cuerpos desmadejados, esparcidos sobre un suelo de mármol.

Capítulo 48

ESTABAN en la terraza de atrás del piso. O'Malley había ido con Assefa al Vaticano, y Roberto a llevar cartas cerradas en mano a varios ministros y magistrados. A Patrick y a Francesca no les quedaba más remedio que esperar.

Era ya casi de noche, y justo enfrente, en la cúpula gris de Sant'Andrea della Valle se disponían a anidar dos cernícalos. Al volar en círculo, un último rayo de sol que incidía sobre la cúpula incendió de oro sus alas.

—Ése es el macho —dijo Patrick señalando una de las aves que permanecía suspendida un instante en el aire antes de alejarse a toda velocidad en busca de material para el nido—. El de alas azules.

—Sí —contestó Francesca; los pájaros la ponían nerviosa. Ella jamás había conocido aquella libertad de volar sin esfuerzo en el aire puro, con las plumas brillantes, haciendo de cazador y no de presa—. Vienen todos los años; hacen su nido, empollan y vuelven a marcharse.

Ojalá ella pudiese batir unas alas y marcharse con la facilidad del ave, alejarse volando de Roma, de Italia, del pasado.

—¿Cómo me encontraste? —inquirió él—. ¿Cómo es que me seguiste en Venecia la noche en que fui a ver a tu padre?

Ella sonrió. Pero no era la sonrisa de antaño, se dijo Patrick. Eso se había acabado. Pero era una muy parecida, torcida, enigmática, no al modo de la Gioconda, sino más sombría, como si no fuese una sonrisa, antes bien una máscara para disfrazar el miedo. El miedo, una gran tristeza, añoranzas vanas, el leitmotiv de toda una vida. Patrick pensó en máscaras: las máscaras alabastrinas del taller de Claudio Surian, la máscara policroma sobre su rostro exánime, las bauttas que llevaban los personajes de sus pesadillas, los elaborados disfraces que había lucido Francesca el año antes de su falsa muerte, de la que toda una ciudad con capa y velo había jurado guardar silencio.

—Tu llegada a Italia la supo en seguida la cofradía —dijo—. Perdieron tu pista en Roma y dieron la alerta a todos los cofrades. Así supimos que estabas aquí. Al principio pensé que sería alguna especie de trampa que me tendían, pero no acababa de entender cómo te habían implicado; luego supimos quién era el padre Makonnen y comprendí que sí tenía algún sentido.

«Bueno, imaginé que irías a Venecia, y el resto es fácil. Había dos sitios a los que necesariamente tenías que ir: a mi tumba en San Michele y al palacio Contarini. El hermano Antonio informó a Dermot que habías estado en el cementerio y...

—¿Él es de los vuestros?

Ella asintió con la cabeza.

—En cierto modo. Es un viejo amigo de Dermot desde que se conocieron en Roma. Dermot le contó en cierta ocasión algo y le pidió que nos ayudase. Como todos los entierros de Venecia se efectúan en San Michele, él ha podido descubrirnos la pista de muchos «muertos» y de sus familias, y gracias a ello hemos averiguado cosas muy interesantes.

Dirigió de nuevo la vista hacia la cúpula. Ahora ya reinaba la oscuridad y en el cielo sólo quedaba una sombra purpura, como enorme magulladura. Ya no se veía a los cernícalos. Hasta la terraza llegaba el rumor del tráfico urbano.

—Entonces, ¿aquella noche me esperabas? —dijo Patrick.

—Sí. Estaba afuera, en la calle. Yo contaba con que no me vieses con aquella niebla y menos que me reconocieses. Lo que no sabía es que habías encontrado una fotografía y que podías imaginarte que seguía viva.

—¿Y no habrías intentado hablar conmigo?

—No —replicó ella abriendo mucho los ojos—. Claro que no. A mí me constaba que tú me creías muerta y aún no tenía idea hasta qué extremo tú estabas implicado en esto. Para ti, que yo apareciese de repente, habría sido una fuerte impresión y para mí habría constituido un grave riesgo de que ellos al seguir tu pista dieran conmigo.

—Pero me llevaste al hospital.

—Por supuesto. Cuando me llamaste por mi nombre comprendí que debías de saber o imaginar que estaba viva. Luego perdiste el conocimiento y no podía dejarte allí. —Su mano no paraba de moverse por la barandilla de la terraza; la de Patrick estaba cerca, cerrada, inmóvil. Antaño, agarrarse de la mano había sido un gesto facilísimo, pero allí, aquella noche, con un sepulcro y tantos años por medio, casi habría parecido un sacrilegio—. Hice que te siguieran al salir del hospital. ¿Sabías que te esperaba la policía?

—Sí, un tal...

—Matteo Maglione —se anticipó ella, asintiendo con la cabeza—. El jefe de los carabinieri de Venecia; pero tuvo un fallo acudiendo personalmente al hospital, porque nuestro contacto le reconoció y comprendió que tú intentarías escapar. Te siguió hasta Porto Marghera.

«Luego cometiste el error de comenzar a preguntar en Burano para encontrar a alguien que te llevase a San Vitale y en seguida enviaron ellos a su gente; menos mal que nosotros estábamos al tanto, aunque llegamos tarde para salvar al viejo pescador, pero sí a vosotros. Corristeis un gran riesgo yendo allá.

—Y tú también —dijo Patrick.

Francesca se encogió de hombros.

—Estoy acostumbrada y no espero vivir eternamente —dijo tiritando—. Entremos, que empieza a hacer frío.

Fueron a la cocina e hicieron café. Necesitaban hacer algo para distraer la tensión

de la espera. Por encima de todo existía el acuerdo tácito de no hablar de lo que había sucedido veinte años atrás. Para él, la pena comenzaba a transformarse en indignación por aquello que, en última instancia, había sido una simple traición. Si Francesca le hubiese dejado por otro, su vida no habría quedado tan destrozada como al creerla muerta.

Cierto que era como si hubiese resucitado, pero ahora ya nada podría hacerle recuperar los años perdidos llorándola. Y tampoco había nada que pudiera revitalizar aquel amor que ella había destruido. Quizá no pudiera imputársele la culpa por haber sido víctima de presiones irresistibles, pero eso él no podía juzgarlo. Con un estremecimiento, comprendió que comenzaba a lamentar el hecho de que estuviera viva. Gran parte de su vida se había configurado en torno a su muerte y tanto de su ser había quedado enterrado con aquel ataúd vacío, que no sabía si lograría recobrar la energía para llenar el vacío que le producía su regreso.

Le contó lo que pudo de su vida después de dejar la universidad, omitiendo todo lo relativo a su estado mental. En consecuencia, todo lo que le explicó era gris y confuso, una torpe enumeración de hechos, como si fuese un informe sobre un extraño. Poco dijo de su actividad en la CÍA y se limitó a hablar de los sitios en que había estado y de la gente que había conocido.

No dijo apenas nada de las mujeres tras las que había corrido en un desesperado e inútil intento de mitigar el dolor de su falsa muerte. Pero al hablar de ellas tampoco mencionó el dolor que había minado todas aquellas relaciones, acabando por amargarlas. Sin quererlo, su relato sonaba inconsistente, superficial.

Había habido un proyecto de matrimonio cinco años después de la desaparición de Francesca, pero, incapaz de admitir que no podía olvidarla, había infligido una despiadada destrucción a la relación, día tras día, noche tras noche, hasta enfermar. El matrimonio había durado menos de un año.

Le habló largo y tendido a propósito de Ruth. Desde que había salido de Irlanda no había dejado de pensar en ella. La imagen de su cuerpo exánime, junto al lago sombrío, le obsesionaba. Ahora comprendía por qué su padre la había matado o había ordenado hacerlo: era el sacrificio obligado. Patrick nunca la había amado tanto como a Francesca, pero hasta aquel momento no había tenido valor para admitirlo. Desde la reaparición de Francesca, el espectro de Ruth había comenzado a desvanecerse.

Francesca le escuchaba en silencio. Durante más de veinte años se había atormentado la imaginación pensando en él. ¿Cuánto tiempo la habría llorado? ¿Un año? ¿Dos? Le había imaginado en la cama con otras, figurándose casado y con hijos, siempre feliz, sin acordarse de ella. No le causaba satisfacción alguna saber que nunca había gozado de la felicidad que su imaginación le había atribuido.

Curiosamente, ella correspondió parcamente a sus confidencias. De lo que más le habló fue de Fraternita, de cómo se había enterado de su existencia, de la ayuda que

le habían prestado y de lo que ella había hecho por la organización en agradecimiento. Aunque no se produjera la Pascua, le dijo, la entidad estaba decidida a presentar el abultado expediente sobre la cofradía al fiscal de la república.

—¿Te acuerdas de la P2? —inquirió. Patrick asintió con la cabeza.

El escándalo de la P2 había estallado quince años antes, en 1981. Un tal Licio Gelli había organizado una logia masónica llamada Raggruppamento Gelli Propaganda Due, P2 en abreviatura. Por diversos medios había conseguido captar a varios personajes de los más poderosos del país: ministros, ex ministros, altos funcionarios, casi doscientos oficiales superiores del ejército, banqueros, magistrados y catedráticos.

En 1980, un amigo íntimo de Gelli, un banquero llamado Michele Sindona, fue objeto de investigación por fraude. Gelli se vio implicado en el caso y su casa fue registrada, encontrándose documentación, y entre ella la lista de los miembros de la P2. Había sido la mayor crisis política italiana de después de la guerra. El primer ministro tuvo que dimitir y se formó un nuevo gobierno.

—Roberto me hablaba mucho del escándalo de la P2 —dijo Francesca—. Lo había estudiado a fondo y consideraba que el mejor plan que podíamos adoptar era poner al descubierto a la cofradía con el mismo método. Pero para ello teníamos que hallarnos en una posición inexpugnable y no podíamos arriesgarnos a revelar nada mientras hubiese sectarios poderosos que no conociésemos. Las autoridades habían tenido suerte con la P2, pues en las listas que encontraron en la villa de Gelli figuraban casi mil nombres, todos los afiliados a la logia. Pero, de no ser por un milagro, nosotros no podíamos conseguir una lista igual en el caso de la cofradía, porque, que yo sepa, no existe. —Hizo una pausa y se frotó la frente como si la tensión le provocase cefalea—. Tenemos nuestro archivo, claro, duplicado y guardado en cajas fuertes de tres bancos, y Roberto tiene a buen recaudo el original en disquetes de ordenador, pero tenemos la impresión de que la lista está bastante completa. Todo lo que hemos descubierto estos dos últimos años son pruebas terminantes sobre las actividades de la cofradía, y lo único que nos falta es convencer a un par de personas en puestos clave para que se autorice una serie de registros sincronizados para obtener el resto de las pruebas.

»Tu amigo Eamonn De Faoite trabajaba con nosotros. El comenzó a traducir unos textos arameos y luego amplió voluntariamente su actuación, descubriendo a la cofradía en Irlanda. Siempre ha habido vínculos con ese país donde hay adeptos desde hace siglos. Por eso me enviaron a mí al Trinity College.

Patrick recordó de pronto la primera de sus alucinaciones, en la que había soñado a Francesca hablando irlandés del siglo XVI en Dublín. ¿Habría vivido allí algún antepasado de ella?

—En principio —prosiguió ella— no estaba previsto que yo fuese a formar parte

de los «muertos». El privilegio había sido reservado para mi hermano mayor, Umberto, pero... él murió en un accidente y tuve que sustituirle. No me lo dijeron hasta que llegué a Venecia. Traté de... ponerme en contacto contigo y... —Cerró los ojos, acongojada por los recuerdos—. No pude; me lo impidieron y tuve que salir inmediatamente para Egipto. —Hizo una pausa—. Perdona, no quería hablar de esto... por ahora.

—Es igual.

Francesca lanzó un suspiro.

—Eamonn... Hablaba de él. Fue él el primero en detectar las referencias a la Pascua. —Hizo otra pausa—. ¿Dices que le envió unos papeles a Balzarin?

—Sí.

—Entiendo. Sí, claro, es lógico. Nos dijo que tenía información, pero que no estaba completa, y creo que mencionó que disponía de una posible fuente para completarla. Sí, ahora recuerdo que mencionó que Balzarin había tratado de ponerse en contacto con él, insinuando que sabía cosas de la cofradía. Aquí no teníamos nada sobre Balzarin, y supongo que él le entregaría el expediente sobre la cofradía para tratar de averiguar algo más sobre la Pascua.

—¿Y ese cardenal a quien han ido a ver O'Malley y Assefa? ¿Se puede confiar en él?

—Dermot dice que sí, pero lo cierto, Patrick, es que no habíamos previsto esta urgencia. Roberto quería hacerlo todo pausadamente para preparar nuestras fuerzas y conseguir el mayor apoyo posible en contacto simultáneo con personas de gran influencia. Pese a todo, quería hacerlo con calma...

Calló y se puso bruscamente en pie para quedarse mirando un instante a la puerta, indecisa, y entrar, a continuación, en la habitación contigua. Patrick, extrañado, la siguió y vio que estaba en la ventana.

—Tardan —comentó ella—. Roberto dijo que telefonaría nada más entregar las cartas. Estoy preocupada.

—Aún es pronto —replicó Patrick—. Apenas pasan de las ocho.

Pero él también estaba intranquilo. Roberto tenía que haber llamado ya.

—Voy a telefonarle a su casa —dijo Francesca. Estaba junto a una puerta que comunicaba con el despacho. Patrick la siguió; al entrar, ella encendió la luz y él de momento no advirtió nada, pero luego, de pronto, se percató que ya había estado en aquel cuarto. No al llegar al piso invitado por los amigos de Francesca, sino mucho antes.

En una pared había una reproducción de la Salomé de Moreau, iluminada por un foco, y junto al grabado una librería repleta. Y en un rincón, un pequeño televisor con la pantalla en blanco.

Era el cuarto de la visión de su última pesadilla en Venecia.

Capítulo 49

MIENTRAS se dirigían en coche al Vaticano, Assefa trató de rezar, pero sus pensamientos eran demasiado atormentados para dejarle formular una simple plegaria. Discurrían por calles conocidas totalmente cambiadas; se notaba en todo un sutil cambio: en las calles, las tiendas, los cafés y la gente. Roma se había convertido en un plato, un simple pastiche de la gran urbe, con sus habitantes a guisa de extras de una película mediocre. No podía creer que allí, en aquellas calles, hubiese gente preparando tan monstruosa matanza.

O'Malley había efectuado varias llamadas telefónicas antes de ponerse en camino para no dejar nada al azar. Quería hablar con las personas clave, pero tenía que tener sumo cuidado para que nada de lo que dijese llegara a oídos de la cofradía, y menos del cardenal Fazzini u otros miembros de la curia adeptos a ella. O'Malley sabía que, por desgracia, no era el momento más oportuno para airear acusaciones contra los cardenales, pero, dejar a la Secretaría de Estado al margen del tema de seguridad, habría sido atentar contra el protocolo.

Contaba con poder persuadir a unos cuantos para que asumieran responsabilidades en lo que fuese pertinente y, estaba convencido de que afortunadamente iba a ponerse en contacto con las personas idóneas.

El coronel Hans Meyer, comandante en jefe de la guardia suiza, era el responsable de la seguridad vaticana, y los hombres a su mando que al día siguiente no estuvieran de servicio en actos ceremoniales, irían armados con Uzis en lugar de alabardas. Era fundamental que ese contingente estuviera preparado para contrarrestar cualquier atentado, independientemente del lugar en que se produjese. El irlandés confiaba en que Meyer y sus hombres fuesen de entera confianza. Sabía por diversas fuentes que la cofradía nunca había logrado infiltrarse en la guardia suiza.

Cierto que en la Noble Guardia, en la Guardia Palatina y en la gendarmería pontificia había habido algunos «hermanos» en distintas generaciones, pero Pablo VI había abolido esos cuerpos en 1970 y, por lo que él sabía, la infiltración nunca había alcanzado a la guardia suiza. El propio Meyer era de Lucerna, una zona a salvo de la influencia de la cofradía. Podía confiarse en él.

La responsabilidad última de la seguridad en el Vaticano la detentaba el cardenal John Fischer, presidente de la Oficina Central de Seguridad, y con Fischer no había nada que temer. Nacido en Chicago, de padres alemanes, el prelado había ascendido en la jerarquía eclesiástica al amparo del cardenal John Cody, pero lo único que tenía en común con él era el nombre de pila, ya que, en cuanto pudo, Fischer dejó Chicago para trabajar en los Servicios Católicos de Ayuda al Tercer Mundo, en África,

Filipinas y México. A principios de los setenta, poco después de la institución de Cor Unum como centro coordinador de las actividades caritativas católicas, había sido llamado a Roma para incorporarse al consejo de administración. Una vez en el Vaticano, sus excelentes dotes administrativas le habían valido continuos ascensos. Su destino en seguridad cinco años antes se había interpretado como consolidación de su influencia en la corte papal.

Aparte de eso, O'Malley había dejado recado a su viejo amigo monseñor Giuseppe Foucauld, secretario privado del pontífice. Foucauld había nacido en Roma, de padres italofranceses, y era una de las personalidades con mayor poder en el Vaticano; gozaba de la confianza del santo padre y todo lo que iba destinado a la atención del papa pasaba infaliblemente antes por sus manos. O'Malley aún no sabía si convenía contar al pontífice lo de la conjura y, en consecuencia, ponerle al corriente de la existencia de la cofradía. Al final habría que decírselo, por supuesto, pero O'Malley temía las consecuencias de una revelación prematura.

Habían convenido una reunión en el despacho del cardenal Fischer, en el segundo piso del palacio del gobernador, un edificio alargado de cuatro plantas que hace las veces de ayuntamiento en el Vaticano. Era O'Malley quien había sugerido aquel lugar para evitar ojos indiscretos en el palacio Apostólico. Aquella tarde, la cofradía estaría ojo avizor.

Se dirigieron al Arco delle Campane, a la izquierda de San Pedro; los guardias que estaban de servicio esperaban la visita y, poco después, el irlandés aparcaba enfrente del Governorato. Cogió un montón de papeles del asiento trasero y se apeó.

El cardenal los estaba esperando en una sala de visitas privada detrás de su despacho. En el edificio no había casi movimiento, pues el personal ya había salido y sólo quedaban los vigilantes. Un joven sacerdote los acompañó arriba, les indicó el camino y desapareció discretamente.

Los recibió el propio Fischer, que salió a su encuentro con la mano tendida y una calurosa sonrisa. Era un hombre de aspecto jovial de unos sesenta años. Estaba algo cargado de peso, pero lo llevaba con dignidad. Tenía el solideo bastante echado hacia atrás, lo que le daba un aspecto garboso.

—Padre O'Malley, es un placer conocerle por fin. Me han hablado mucho de su labor y usted no lo sabrá, pero nuestros caminos se han cruzado más de una vez. Nunca han faltado problemas con las nuevas religiones africanas, los kimbaguitas, aladura y todas esas Iglesias indígenas. Es demencial. Pero peor son los nuevos cultos que surgen en las antiguas misiones: los Testigos de Jehová, los mormones y los Baha'is. La gente de usted nos ayudó mucho.

Estrechó vigorosamente la mano del irlandés y se volvió hacia Assefa:

—Tenastilliñ. Indamin adderu.

—Dahina —contestó Assefa.

—Me temo que mis conocimientos de etiope se reducen a eso —añadió el cardenal, con una amplia sonrisa—. Perdona, creo que el padre O'Malley no me mencionó su nombre.

—Makonnen. Padre Makonnen.

—Encantado de conocerle, padre. ¿Trabaja usted en el despacho del padre O'Malley? —No, eminencia, yo...

—Después explicará el padre Makonnen quién es —terció O'Malley—. Creo que así será mejor. Antes quisiera exponerle otros asuntos.

El cardenal enarcó las cejas.

—Sí que hace usted un misterio de su visita, padre; por teléfono tampoco fue muy explícito.

—No; es verdad, es que... —O'Malley no acababa de decidirse—. Eminencia, ¿no han llegado el coronel Meyer y monseñor Foucauld? Preferiría aguardar a que estén ellos.

Fischer lanzó una ojeada a su reloj de pulsera.

—El coronel tiene que venir en cualquier momento, pero monseñor Foucauld se ha excusado y ha dicho que vendrá más tarde; es que esta noche cena con el santo padre, y, como tienen invitados muy importantes, no podrá ausentarse hasta las diez aproximadamente. ¿Le importa que empecemos sin él? Yo, esta noche, tengo cosas que hacer.

—Bien, precisamente por eso he venido. El...

Llamaron con fuerza a la puerta, que poco después se abrió dando paso a un hombre alto con el llamativo uniforme renacentista de la guardia suiza. Saludó al cardenal y luego a los demás.

—Adelante, Hans —dijo el prelado llegándose a la puerta e invitándole a entrar—. Hans, le presento al padre Dermot O'Malley, director de Fraternita. Ya sabe los que nos ayudan y tratan con las sectas; y Assefa Makonnen, el padre Makonnen, un personaje algo misterioso, aunque espero que sea por poco tiempo.

Una vez hechas las presentaciones, el cardenal norteamericano los invitó a sentarse en unas butacas en torno a una mesita.

—¿Quieren beber algo? Tengo un whisky estupendo que me envió mi hermano en Navidad. ¿No? ¿Nada? Bien, pues yo voy a tomar uno. En seguida estoy con ustedes.

—Eminencia, antes de que comencemos —terció O'Malley—, ¿me permite hacer una llamada telefónica?

—Por supuesto. Ahí mismo tiene un teléfono. ¿Es una llamada al exterior? O'Malley asintió con la cabeza.

—Pues tendrá que pedir el número a la centralita para que le pongan.

Mientras el cardenal se servía el whisky, el padre O'Malley telefoneó a Francesca, diciéndole dónde estaba y prometiendo volver a llamar antes de salir.

El cardenal Fischer volvió a la mesita y tomó asiento con un whisky con mucho hielo en la mano.

—¿A quién llamaba, padre?

—¡Oh, a una amiga que podía estar preocupada por mí!

—¿Preocupada? No correrá usted peligro, ¿verdad?

—No más que todos nosotros, eminencia; sí, por eso he venido a verle. Corremos grave peligro. Tengo pruebas de una conjura contra el santo padre.

El cardenal dejó el vaso en la mesa y miró angustiado a O'Malley y luego a Assefa.

—Padre, explíquese usted.

Tardó un buen rato en relatárselo todo. Ahora que había revelado su secreto, O'Malley no quería echarlo todo a perder precipitándose; por eso fue exponiendo a Fischer y a Meyer paso a paso todas las pruebas que había reunido, mostrándoles los documentos que las confirmaban. Los aspectos más raros de la cofradía y su historia los dejó para el final, para cuando sus oyentes estuviesen más preparados. Finalmente, con la ayuda de Assefa, esbozó lo que consideraba sería el teatro de los acontecimientos a la mañana siguiente.

—No tengo pruebas de que sea eso lo que pretenden; quizá hayamos sacado conclusiones precipitadas, pero más vale prevenir que curar. No estará de más un dispositivo especial de seguridad para la audiencia de mañana, o bien suspenderla. De lo que estoy seguro es de que corre peligro la vida del santo padre.

El cardenal asintió con la cabeza.

—Sí, padre, creo que tiene razón. Ha hecho usted un buen trabajo y las pruebas son abrumadoras. ¿No cree, coronel? —añadió, volviéndose hacia el oficial sentado a su derecha.

Meyer no dijo nada en principio; cogió unos documentos de la mesa y los examinó atentamente.

—Sí —dijo—. No puedo comentar casi nada de esto por no ser de mi competencia, pero lo que han expuesto me causa gran preocupación. No hay tiempo de organizar un nuevo dispositivo de seguridad y tendré que recurrir a la unidad antiterrorista de los carabinieri, el GIS. Lo que sucede es que se encuentra en Venecia por el asunto de la desaparición del cardenal Migliau. Yo diría que habría que considerar muy en serio la suspensión de la audiencia de mañana.

—¿No le parece un poco alarmista, coronel? —dijo el cardenal Fischer inclinándose sobre la mesa—. Estoy seguro de que el padre O'Malley tiene razón respecto a esa... cofradía, pero usted dispone de tropas de sobra para hacer frente a cualquier eventualidad. Sus hombres están bien entrenados y armados. Ahora que conoce el riesgo, puede cercar la Sala Clementina.

—Perdone, eminencia, pero preferiría no hacerlo. Si se produce un ataque, puedo

perder hombres en la defensa y pueden producirse heridos entre los visitantes. Como militar profesional, me veo obligado a aconsejar otra solución: suspender la audiencia. Pero necesitaría autoridad para convencer al santo padre. Quizá podríamos pedir a monseñor Foucauld que solicite al santo padre que nos reciba sin tardanza.

El cardenal no parecía decidido.

—Muy bien. Veré lo que puede hacerse —dijo, cogiendo el teléfono—. Interno due, per favore.

Hubo una espera y luego se oyó una voz que contestaba.

—Monseñor Foucauld, por favor. De parte del cardenal Fischer. Gracias.

Hubo una pausa más larga.

—Oiga, ¿eres tú, Giuseppe?... Soy John Fischer. Tengo aquí al padre Dermot O'Malley, que habló contigo esta tarde para celebrar una entrevista... Eso es... Sí, lo sé. Mira, Giuseppe, acabo de hablar largo y tendido con él y con el coronel Meyer, pero no hay realmente de qué preocuparse... No, nada. Una falsa alarma.

O'Malley miró a Assefa atónito, mientras Fischer continuaba la conversación.

—Seguro que su santidad estará cansado. No hay necesidad de preocuparle esta noche. Sí, por la mañana que todo siga su curso normal. Estoy convencido de que será un éxito. Ciao.

Tanto O'Malley como Meyer estaban ya en pie cuando el cardenal colgó.

—Eminencia..., ¿qué significa esto? Acabamos de convenir en que la vida del santo padre corría peligro. Protesto y le ruego me permita hablar con monseñor Foucauld.

—Padre, por favor, siéntese. No se ponga así. Todo está controlado.

—Perdone, eminencia —terció Meyer, dando un paso al frente—, pero el padre O'Malley tiene razón. No podemos arriesgar la vida de su santidad. Ni con la de otras personas.

Fischer echó hacia atrás la butaca y se puso en pie.

—He dicho al padre O'Malley que se sentase y le ruego haga lo mismo.

—No puedo...

—Coronel, está usted rozando la insolencia. Recuerde su posición —exclamó Fischer con el rostro congestionado y los ojos brillantes de ira.

El coronel se mantuvo de pie.

El padre O'Malley hizo gesto de coger a Fischer por los hombros, pero el prelado le asestó una bofetada.

—Estese sentado, padre —dijo con voz autoritaria—. Ya es hora de que se dé cuenta de lo que hay —añadió, a la vez que cogía un segundo teléfono blanco en el que marcó una sola cifra—. ¿Pueden subir ahora mismo, por favor? —inquirió, colgando acto seguido.

Nadie hablaba. Assefa miró a O'Malley nervioso. No entendía cómo el cardenal

Fischer no podía creerse la historia, pues tenían pruebas. Él mismo le había explicado todo lo sucedido en Dublín. ¿Qué más quería? Dirigió una ojeada al norteamericano.

El cardenal había vuelto a sentarse y se mantenía impertérrito, como ya calmado, con las manos plácidamente cruzadas en el amplio regazo. Su sotana ribeteada de rojo estaba perfectamente planchada y sus zapatos brillaban inmaculados. Tenía las mejillas rosadas de contento y parecía un enorme muñeco de cera.

Algo en la pared llamó la atención de Assefa, justo detrás de la cabeza de Fischer. Era el escudo de armas del cardenal, que decoraba un plato de cerámica. Assefa lo había mirado varias veces durante la reunión, pero era ahora cuando por fin captaba el sentido.

En el centro del emblema heráldico, bajo un capelo cardenalicio rojo con largas borlas, se veía un gran escudo y en el centro un hombre de pie en la proa de una barca, con el brazo alzado por encima de la cabeza, dispuesto a lanzar una red al agua.

Fischer. // Pescatore (el Pescador).

Capítulo 50

SE abrió la puerta y entraron dos sacerdotes que hicieron una reverencia al cardenal. Llevaban sendas metralletas y con soltura profesional.

—Coronel Meyer —dijo Fischer—, lamento comunicarle que queda arrestado. Tenga la bondad de acompañar a estos señores, que le tratarán como es debido.

—Verfluchte Scheise! («¡Mierda!») —barbotó Meyer saltando de la butaca. En la puerta se oyó descorrer de cerrojos—. Le exijo que me diga qué es lo que hace —vociferó el coronel—. No tiene autoridad para hacer esto. ¿Quiénes son estos hombres? Sólo mis hombres están autorizados a portar armas aquí dentro. Tanto me da que sea usted...

—Llévenselo —dijo Fischer con gesto despectivo.

Los curas, si es que de curas se trataba, dieron un paso al frente y agarraron sin miramientos al coronel por los brazos y, antes de que hubiera tenido ocasión de seguir protestando, le habían arrastrado fuera, cerrando de un portazo a sus espaldas. Se oyó ruido de pasos afuera sobre el mármol, otro portazo y silencio.

Fischer se repantigó en la butaca.

—Bien —dijo sonriendo, primero a O'Malley y luego a Makonnen—. ¿Qué haré con ustedes dos?

—No hará nada —replicó el irlandés—. Y, aunque no lo crea, va a ordenar que traigan aquí al coronel Meyer y él hará esa llamada a monseñor Foucauld.

—No me diga... ¡Qué interesante! ¿Podría decirme por qué lo cree posible?

O'Malley señaló la mesa.

—¿Qué ve ahí, eminencia? —El irlandés había pronunciado el título con gran sarcasmo—. Una lista de nombres, pruebas documentales de su relación con una organización llamada la cofradía del Sepulcro, documentos que demuestran la existencia de esa secta. Un buen montón de papeles de inapreciable valor, ¿no le parece? Vamos a ver, ¿pensó que iba a venir aquí con los originales? ¿Se imaginó que iba a ser tan incauto? —Hizo una pausa y cogió la lista de nombres y, levantándola de la mesa, la esgrimió ante la cara de Fischer—. Copias de esto, junto con fotocopias de todos los documentos importantes, están depositadas en la caja fuerte de los principales bancos italianos. He redactado cartas para el fiscal de la república, el Ministerio de Justicia, el primer ministro y los directores de // Tempo, II Messaggero y el Giornale d'Italia. En este momento un amigo mío las habrá entregado en mano.

Volvió a dejar la lista en la mesa.

—Bien —prosiguió—, escúcheme atentamente: si a las siete en punto de la mañana no me he puesto en contacto con todos los que he citado, tienen instrucciones de abrir los sobres. Igualmente, si se produjese en Italia un acto terrorista en días

sucesivos, abrirán los sobres. En cualquier caso, no van a destruir esos sobres bajo ningún concepto y dentro de ellos, como se habrá imaginado, encontrarán mi carta con una autorización para abrir las cajas fuertes y sacar la documentación que hay depositada.

»¿Lo ha entendido? Ahora puede usted hacerme daño o no, a su criterio. Puede seguir adelante con su plan de mañana, a sabiendas de que está descubierto. En cualquier caso, la cofradía está acabada. Migliau figura en la lista, Fazzini también. Bueno, usted mismo lo ha visto. Seguro que con el nombre de usted queda completa —añadió lanzando un profundo suspiro—. Eso es todo, eminencia.

Fischer no contestó; seguía sentado mirando imperturbable a O'Malley. Al cabo de un minuto, sin decir palabra, se puso en pie para dirigirse tranquilamente a un cuarto contiguo. Transcurrió otro minuto y volvió a entrar en la salita llevando un gran montón de papeles guardados en archivadores nuevos color marrón y atados con cordel.

—¿Son éstos los papeles a que se refería, padre O'Malley? —inquirió, poniéndolos en la mesa.

O'Malley los miró y sintió como si se lo tragara la tierra. Tembloroso, bajó la cabeza y dejó caer desalentado los brazos como presionado por un peso inexorable.

Se oyó llamar a la puerta.

—Avanti —dijo Fischer.

Se abrió la puerta y entró un hombre delgado vestido de cardenal.

—¡Ah, Tomasso, adelante, adelante! —dijo Fischer saludándole—. Precisamente estábamos hablando de ti.

—¿Ah, sí? —replicó el recién llegado enarcando las cejas—. ¡Qué halagador!

—No creo que conozcas al padre Dermot O'Malley.

—Pero me han hablado mucho de él —añadió el desconocido estirando el brazo, esperando que O'Malley se levantara y besase el anillo. Pero el irlandés permaneció quieto.

—Ya veo que ha olvidado sus modales —indicó el cardenal bajando el brazo.

—Y éste —continuó Fischer— es el padre Makonnen. Creo que ya le conoces.

Assefa no dijo nada; conocía de sobra a Fazzini.

—Tomasso, por favor, bebe algo.

—Un simple zumo de frutas, por favor. He estado cenando con el santo padre y mañana tengo que tener la cabeza despejada.

—Claro, claro.

Fazzini se acomodó al lado de Fischer.

—¿Y cómo se encontraba el santo padre?

—Muy bien, muy bien. Cifra todas sus esperanzas en mañana. Grandes esperanzas. ¡Oh, por cierto! Antes de que se me olvide: he pasado por mi despacho

antes de venir aquí y tengo las cartas que querías.

Metió la mano en el bolsillo de la sotana y sacó media docena de gruesos sobres. El padre O'Malley cerró los ojos como si le hubiese dado un dolor.

—Gracias, Tomasso. Yo me he encargado de Meyer. Creo que está todo en orden —dijo mirando el reloj de pulsera—. ¡Ah! Has llegado a tiempo de oír el telediario.

Se levantó y se acercó a un pequeño televisor que había en un rincón. Lo encendió, conectó el canal local y volvió a su asiento.

Poco tuvieron que aguardar; en seguida apareció la locutora. La segunda noticia era el primer anuncio público de la audiencia papal del día siguiente y de la conferencia que seguiría. Después de la fotografía del papa saludando a los presidentes MacMaoláin y Mirghani, pasaron una película de la llegada de otros notables al aeropuerto de Fiumicino. Un profesor del Istituto di Studi Orientali de Roma dijo unas cuantas simplezas sobre las relaciones entre cristianos y musulmanes, sólo superadas por el portavoz de la SRNC, la Secretaría de Religiones no Cristianas, quien llegó a citar a san Francisco, el Corán y Herman Hesse.

Fischer no desconectó el aparato al acabar las noticias, sino que los hizo seguir sentados mirando el resto: una información sobre el EUR, otra sobre unas elecciones y una última sobre el precio del salami. Finalmente, la presentadora rebuscó entre sus papeles y dio lectura a la noticia de última hora:

«Acaba de llegarnos la noticia de un accidente de tráfico urbano en el que ha habido un muerto. Un coche en el que viajaba una sola persona chocó en vía del Corso con un camión pesado, cerca del palacio Chigi. Según los primeros datos, el coche patinó e invadió el trayecto del camión y quedó aplastado. El conductor murió antes de llegar al hospital San Giovanni. La patrulla de tráfico acaba de comunicarnos que se trataba de Roberto Quadri, un abogado que trabajaba en una organización católica para excarcelados. El conductor del camión resultó ileso. No disponemos de más detalles.

»Es todo por esta noche. Volveremos con ustedes mañana a las siete con nuestro primer boletín de noticias, en el que les ofreceremos un amplio comentario sobre la audiencia papal, de la que tendrán imágenes a las diez. Buenas noches».

Fischer apagó el televisor con un mando a distancia y en el cuarto se hizo un denso silencio. Dermot O'Malley no se movió. Las lágrimas surcaban sus mejillas, pero tampoco alzó la mano para enjugárselas.

—¿Y el otro asunto, Tomasso, se ha hecho?

—¡Ah! Sí..., el norteamericano y la Contarini. Ya he enviado hombres a por ellos. Ya no pueden tardar.

O'Malley alzó la cabeza. Su aire de bondad había desaparecido por completo; ahora su expresión era una mezcla de rabia y dolor. Echó la cabeza hacia atrás y, lanzando un terrible alarido, se puso en pie de un salto, levantando al anciano Fazzini

del sillón. Cayeron los dos al suelo, donde el irlandés enfurecido se puso encima del cardenal, tratando de estrangularle.

Fischer se levantó, metió la mano en la sotana y, sacando una pequeña pistola, avanzó dos pasos hacia O'Malley, le asestó una patada para apartarle de Fazzini y le disparó dos veces. El corpulento irlandés cayó hacia atrás por la fuerza de los disparos, miró a Fischer con ojos de sorpresa y se incorporó sobre un codo tratando de ponerse en pie. Fischer volvió a disparar dos veces y O'Malley volvió a caer abotargado. Fischer ayudó a Fazzini a sentarse y, al darse la vuelta, vio que el sacerdote irlandés estaba de rodillas en un charco de sangre y apoyándose en una silla para ponerse en pie. El norteamericano alzó la pistola.

—¡No! —gritó Assefa, abalanzándose sobre el cardenal y cogiéndole la muñeca.

Pero Fischer se desasíó, golpeando al etiope en la mejilla con el cañón del arma, haciéndole caer en la butaca. O'Malley estaba ya de pie y, lanzando un rugido, se abalanzó sobre él, quien le vació seguidas las tres balas que quedaban en el cargador. El irlandés cayó de bruces al suelo y allí quedó inmóvil.

Capítulo 51

—EN la cocina dijiste que Roberto era paciente a pesar de todo —dijo él— y luego te echaste a llorar.

Habían salido del despacho cuando Francesca vio que no contestaban en el piso de Roberto. No había advertido la inquietud de Patrick mientras estaban en aquel cuarto; luego, en la sala de estar, sirvió grappa para los dos, y ahora estaba en la ventana mirando la calle.

—¿Ah, sí?

—Sí.

No le contestó. Con las manos apoyadas en el cristal, permaneció con la mejilla pegada a la fría superficie. El cristal amortiguaba el ruido del tráfico y había una calma en la noche que parecía dimanar de ella misma, como si su persona fuese un punto de sosiego en la tormenta.

—Fuimos amantes —dijo finalmente con voz queda, echando el hálito sobre el cristal—. No como tú y yo, Patrick. Con Roberto fue... más apacible. Menos alegre y a veces triste, pero después de tanto tiempo fuera del mundo, él logró que me readaptase. Me enseñó a vivir de nuevo, y no fue fácil. Tuvimos que hacer grandes esfuerzos y nos quedaba poco tiempo para el amor.

Miró afuera y por primera vez notó lo desamparada que estaba, como una niña que se despierta en sueños y se encuentra en un dormitorio que no conoce, a miles de kilómetros de casa.

—Los dos habíamos perdido la fe —prosiguió—, y eso lo sabíamos bien, creo. Pero él había bailado y cantado por sus dioses y yo había llorado y penado por los míos. Yo no entendía su éxtasis y él confundió mis lágrimas con ceguera. Pero mutuamente nos dimos algo de felicidad; una especie de equilibrio. No sé si llamarlo así... No me refiero a la compensación de pesos en una balanza. Era más como... andar por la cuerda floja, en la que uno llega al equilibrio sólo sin dejar de moverse y sabe que caerá fatalmente si se queda quieto más de lo preciso. Así vivíamos: siempre moviéndonos, buscando siempre un nuevo punto de equilibrio.

Alargó una mano y rozó el cristal para limpiar una capa de vaho parecida a gasa. La ventana estaba enrejada con gruesas barras de hierro a prueba de ladrones. Miró a través de ellas como si el piso en vez de un refugio fuese una cárcel.

—Quizá si hubiésemos sido como pesos, habría durado más. No lo sé. Nuestro equilibrio era excesivamente precario y al final lo perdimos. Roberto se vio cada vez más inmerso en la investigación sobre la cofradía; sólo vivía para eso. Y a mí me sucedía lo contrario, porque eso para mí había sido mi vida y trataba de olvidarlo para encontrar una nueva existencia. Podríamos haber encontrado un equilibrio, no sé,

pero de todos modos ya era demasiado tarde. Roberto está enfermo y le queda poca vida.

Apartó la vista de la ventana y miró el cuarto sin fijarse en Patrick.

—Hace tres años —continuó— le diagnosticaron SIDA y el médico le dijo que le quedaba año o año y medio de vida. Al principio estaba deshecho y durante un mes fue como un zombie; había perdido el interés por todo y sólo esperaba la muerte. Pero luego, de pronto, cambió totalmente y vio que podía luchar, que el diagnóstico de SIDA no era una condena a muerte por mucho que dijera el médico.

»En Estados Unidos hay personas que llevan viviendo siete y ocho años con la enfermedad. Algunos son totalmente asintomáticos y llevan una vida normal. Lo que tienen en común es la voluntad de no ceder: meditan, practican el trance para llegar a tener visiones, se aplican la acupuntura, remedios de herbolario..., cualquier cosa que pueda servir para restablecer el sistema inmunitario y seguir luchando. Te parecerá asombroso y quizá lo juzgues tema periodístico, pero a los medios de comunicación no les interesa; lo que quieren es que la gente muera del SIDA. ¿Qué interés tiene una epidemia si algunos de los afectados no mueren?

»Y con los médicos sucede igual. Roberto vive ya más de lo que le habían dictaminado, y cada vez que les cuenta lo que hace, es como si todo se derrumbara. Ellos no quieren saber nada de que la gente sane al margen de sus cuidados. —Lanzó un suspiro—. Por lo que ha luchado, ahora debería estar viviendo normalmente como esos de Estados Unidos, pero todas las energías que recupera las gasta en esa lucha contra la cofradía, y eso es lo que le mata ahora, no el SIDA. ¿Verdad que es absurdo?

Volvió a la ventana.

—Yo pienso en toda esa gente atemorizada por el SIDA, gente que había llegado a creer en el mito de que la medicina lo cura todo, ¿comprendes?, y de pronto aparece el SIDA y los deja totalmente impotentes. Pero el SIDA no es más que una palabra de cuatro letras, los están matando cuatro letras. Creen que los mata un virus, pero no es cierto. La gente con sistemas inmunitarios sanos puede contagiarse sin apenas notarlo. Son los que ya están camino de la muerte los que mueren del SIDA. Y toda la sociedad lo fomenta; los curas les dicen que son pecadores y merecen morir, los médicos que es incurable y que la muerte es inevitable y los medios de comunicación los tratan como leprosos.

»Yo sé muy bien lo que es estar como muerta, sé lo que es estar fuera del mundo. Así se sentía Roberto cuando le diagnosticaron el SIDA, como si le hubieran hecho cruzar una puerta por la que no volvería a pasar nunca más.

Hizo una pausa, con la mirada fija en otro sitio que no era el cuarto ni Patrick.

—Por eso tenemos que acabar con Migliau y la cofradía, porque ellos propugnan la muerte, creen que el sacrificio es esencial para sobrevivir, están convencidos de

que es bueno derramar sangre inocente para merecer la salvación. Migliau está dispuesto a matar a muchos en beneficio de unos pocos. Es como la profesión médica. No quieren que la gente muera y, sin embargo, permiten que muchos millones mueran por el SIDA antes que admitir que están equivocados. Es como si dijeran: sin nosotros no tenéis nada que hacer, creed en nosotros, dadnos poder y os garantizamos la salvación.

«Los curas son igual. Está en peligro la vida de una mujer y necesita abortar, y ¿qué dicen?: la vida de tu hijo es más importante que la tuya, tienes que sacrificarte para que viva. La gente se muere de hambre y necesita anticonceptivos, pero los curas les dicen que Dios se enoja si recurren a ellos.

»Por eso es tan peligroso Migliau. Para la gente como él, el mundo es distinto y él encontraría chivos expiatorios por todas partes: los enfermos del SIDA, los musulmanes, los homosexuales, los pobres, todo el que no se ajuste a un orden nuevo. Todos serán víctimas para el sacrificio, y la gente le apoyará y le aplaudirá. Es una medida higiénica, dirán. Limpiad el mundo de virus y tendremos salud, destruid las células cancerosas y viviremos eternamente. Estaría muy bien si fuese una metáfora, pero no lo es: él quiere sangre de verdad en su altar. Si no lo impedimos, mañana comenzará todo. De pronto se detuvo.

—Lo siento; no era esto de lo que teníamos que hablar. Es que...

—¡Chiss...! —musitó Patrick alzando una mano.

—¿Qué sucede?

—Creo que he oído un ruido. ¿Tiene otra entrada el piso?

Francesca miró en derredor, desconcertada.

—¿Tú crees...? —inquirió vacilante—. Hay dos entradas: la normal y la que da a la escalera de incendios.

—¿Dónde está la de incendios? —dijo él en un susurro, alejándola de la puerta.

Ella le señaló el sitio.

—Bien; sal a la terraza y espérame.

Ella meneó la cabeza.

—Gracias, pero prefiero quedarme.

—Francesca, por favor —replicó él, cogiéndola de los hombros—, no me discutas. Yo sé cómo hacer las cosas. A ti no te han entrenado.

—¿Ah, no? —replicó ella alzando una ceja—. ¿Y qué crees que hacíamos en el desierto? ¿Punto?

Afuera se oyó inconfundiblemente un ruido.

—De prisa —musitó ella—. ¡Por aquí!

Cogiéndole de la mano, le llevó a la cocina y apresuradamente abrió una puerta bajo el fregadero y sacó un bulto de arpillera.

—¡Toma! —añadió, dándoselo. Patrick lo desenvolvió y encontró una pistola

Beretta 92SBF—. Está cargada: quince disparos —dijo en voz baja mientras desenvolvía otra para ella.

Oyeron un estruendo al abrirse la puerta del cuarto de estar de una patada. A través del cristal esmerilado de la puerta de la cocina Patrick vio una silueta que entraba en el cuarto. Agarró el pomo de la puerta y estaba a punto de girarlo cuando el cristal le estalló en la cara hecho añicos por una ráfaga de metralleta que le pasó por encima de la cabeza. Retrocedió bajando el arma, mientras los disparos desde el cuarto de estar seguían destrozando en la cocina platos y vidrios y deshaciendo los armarios.

Francesca se había tirado al suelo encima de Patrick, sosteniendo el arma con las dos manos. La figura del asaltante se veía por el hueco que había dejado el cristal en la puerta. Disparó sin pensárselo dos veces para impedir que el asaltante cambiara de ángulo de tiro y le alcanzó en la mejilla.

Se dejó rodar hacia la puerta, chocando contra ella y retorciéndose para guarecerse contra la pared. Una ráfaga se incrustó en el suelo entre las piernas de Patrick. Francesca alargó el brazo y tiró de él para arrimarlo a la pared fuera del campo de tiro. Una tercera ráfaga partió la puerta en dos y atravesó el suelo en el sitio en que habían estado los dos segundos antes.

Hubo una pausa y Francesca oyó el ruido de extracción del cargador. Se puso en pie de un salto y, apuntando a través del hueco de la puerta, hizo varios disparos hacia el lugar de donde habían partido las ráfagas. Se oyó un grito seguido de un ruido de un cuerpo al caer.

Oyeron una voz gritando desde uno de los dormitorios:

—¡Paolo! Che succede?

—¡De prisa! —Francesca ayudó a Patrick a ponerse en pie y vio que le corría sangre por la cara—. ¿Estás bien? ¿Puedes ver?

—Estoy bien —contestó él, asintiendo con la cabeza—. No es nada, sólo un corte...

—Salgamos de aquí —dijo ella y, al ver que la Beretta de él estaba en el suelo, la recogió y se la dio.

Ya cruzaban la sala de estar cuando apareció otro hombre en la puerta. Iba encapuchado y empuñaba un fusil de asalto Steyr AUG en su mano enguantada. Haciéndose inmediatamente cargo de la situación, se agachó rápidamente más atrás del marco de la puerta.

Francesca se apartó hacia la izquierda cubriéndose con un sillón y Patrick hacia la derecha, derribando una mesita a guisa de parapeto. El encapuchado abrió fuego sobre Francesca y las balas blindadas de 5,6 mm destrozaron la parte superior del sillón en cuestión de segundos; Francesca respondió disparando por un lado del sillón, pero la ráfaga salió alta y destrozó el marco de la puerta por arriba.

Patrick vio un tercer hombre que entraba por el pasillo procedente del dormitorio, próximo a la salida de incendios, y disparó sobre él medio segundo demasiado tarde. El segundo hombre disparó otra ráfaga contra el sillón, obligando a Francesca a dejarse caer rodando hacia la pared. El asesino vio el movimiento y levantó el arma para seguir el mismo arco, pero en ese momento Patrick efectuó dos disparos a través del fino tabique. Se oyó un grito y el hombre se desplomó dentro de la sala.

—¡Cuidado, Francesca, hay otro en el pasillo!

Ya no se veía al tercer hombre, pero era evidente que si quería disparar tenía que llegarse a la puerta. Echaron a correr hacia la pared a ambos lados de la entrada y se aplastaron contra ella.

Patrick vio una mano que se agarraba al marco de la puerta y atisbo algo que volaba. Segundos después se producía una llamarada acompañada de una detonación atronadora. Patrick dio unos traspiés hacia atrás, llevándose las manos a los oídos y dejando caer el arma. Francesca lanzó un grito mientras disparaba enloquecida. Siguió otra granada, cuya onda expansiva la lanzó contra la pared.

Patrick se debatía luchando contra aquel aturdimiento, tratando de ponerse de rodillas. Había perdido el sentido de la orientación y le parecía que las paredes se movían, revoloteaban, se rizaban a lo largo en confusas ondulaciones. No veía ni oía. Alargó la mano para sujetarse y notó que alguien le daba la mano. A continuación perdió el conocimiento y notó que caía al vacío como un ladrillo a un negro pozo sin fondo.

Capítulo 52

NADIE vino a recoger el cadáver de Dermot O'Malley. Ni Fischer ni Fazzini parecían preocuparse. Siguieron hablando sentados de asuntos personales: la primera comunión de una sobrina, la enfermedad de un amigo mutuo o lo difícil que era conseguir un buen vino francés a través del economato vaticano Anonna. De vez en cuando, uno u otro dirigían una mirada a Assefa y luego seguían hablando, indiferentes a su presencia. El etiope estaba inmóvil, soñando con Abisinia, donde se construían iglesias bajo tierra y vestían túnicas inmaculadas. A veces se le ocurría pensar que deseaba estar enfermo.

Finalmente Fazzini se levantó y dio la mano a Fischer.

—Gracias por todo lo que has hecho, John. Ya me encargaré de que venga luego alguien a llevarse eso. Creo que será mejor que no volvamos a vernos antes del cónclave; pero si se produjera algún retraso de importancia, no dejes de llamarme. Pasado mañana ya no importará tanto.

—¿Estás seguro de que en el cónclave todo saldrá según lo previsto? Si la elección no recae en Migliau, tendremos que volver a empezar.

Fazzini movió la cabeza.

—Aunque el papa actual muriese de enfermedad natural, es Migliau quien le sucedería. ¡Pierde cuidado! Pasado mañana ya no habrá dudas. Cuando halló el sepulcro, después de tantos años oculto, fue una señal. Será el primero de los nuestros. El primero de un nuevo linaje.

El secretario de Estado se dio la vuelta para marcharse.

—Padre Makonnen —dijo—, creo que yo me ocuparé de usted. El cardenal Fischer ya tiene aquí bastante jaleo. Vendrá usted conmigo. Mañana le esperan en la ceremonia y necesitará ropas más apropiadas que ésas.

Aturdido y sin entender nada, Assefa se puso en pie. Fazzini le condujo hasta la puerta. Afuera había un sacerdote de guardia armado con una pequeña Uzi. Las palabras de O'Malley resonaron en la mente del etiope: «Más de cien muertos de Egipto han sido trasladados a Italia».

Salieron del palacio del gobernador por la vía delle Fundamenta en dirección al palacio apostólico, sede de la Secretaría de Estado. El anciano cardenal caminaba al lado de Assefa y el cura armado los seguía unos pasos más atrás. El etiope se preguntaba si realmente le dispararía si trataba de escaparse. Había advertido que el arma llevaba silenciador.

—Siento haberle implicado en todo esto sin comerlo ni beberlo, padre —dijo Fazzini—. Tenía usted una carrera muy prometedora. He examinado su expediente, ¿sabe? Y para ser... negro... no está nada mal.

»En Dublín he arreglado las cosas que usted dejó algo revueltas. ¡Lástima de Diotavelli! Eso sí que nos planteaba problemas, pero se lo atribuimos al IRA, por supuesto. Es muy útil tener un grupo terrorista a quien imputar las fechorías.

«Ahora, claro, queda descartado el que usted regrese allí. Ni a ningún sitio, desde luego. Sabe usted demasiadas cosas y constituye un riesgo. De momento no hemos podido ofrecer ninguna explicación satisfactoria de su desaparición y hemos dejado que supongan que le secuestró el IRA, pero esa explicación comienza a perder peso. Si su cadáver apareciese en Irlanda serviría de confirmación a dicha suposición, pero llevarle allí puede resultar problemático pasado mañana. Imagínese cómo estarán las líneas aéreas y las fronteras dentro de una semana.

Hizo un alto al entrar en el patio Sentinal.

—Así que —prosiguió— lo más sencillo parece ser que aparezca usted mañana en la audiencia y yo alegraré que estaba interviniendo en unas negociaciones secretas de última hora relativas a la conferencia y que había sido conveniente mantener de incógnito su presencia en Roma. Naturalmente, no tendrá tiempo ni ocasión de protestar, y, en medio del barullo que se organizará mañana, no será difícil eliminarle.

»Me ha comentado el cardenal Fischer que usted ha adivinado casi con exactitud lo que va a suceder mañana. Le felicito.

Assefa se volvió hacia él.

—¿Y qué es exactamente lo que va a suceder? Quieren matar al santo padre y a los niños, siendo usted cardenal y habiendo hecho votos sagrados. No lo entiendo.

—¿Y por qué iba a entenderlo? —replicó Fazzini abriendo las manos—. Usted no dispone de una base en la que fundamentar el raciocinio para juzgar mis actos. Pocos la tienen. Yo no hago nada de esto por su bien, sino todo lo contrario. Un sacerdote negro es, en mi opinión, casi una contradicción. En fin, no del todo, porque los hombres como usted tienen su lugar y Cristo murió por todos, pero ese lugar no está aquí en el Vaticano. Su papel es servir, no mandar. —Se detuvo y su voz se alzó en aquella calma—. Hay obispos negros y hasta cardenales negros. ¿Cuánto tardaremos en ver a un hombre como usted elegido papa? Y ahora la gente pide que se ordene sacerdotes a las mujeres. ¿Y qué más? ¿A negras? ¿A putas? ¿A hermafroditas? Aún más: dicen que los sacerdotes deben casarse. ¿Adónde iremos a parar? ¿Se casarán unos con otros y subirán al altar marido y mujer? ¿Y sus hijos? ¿Serán los monaguillos? En Estados Unidos los homosexuales se juntan en una especie de matrimonio. ¿Es que van a casarse los hombres unos con otros para concelebrar como sacerdotes, sosteniendo uno el cáliz y otro la hostia?

»Ahora ya se está diciendo que Mahoma era un genio y el islam una fe revelada por Dios. ¿Qué dirán después de eso? ¿Que la brujería y la magia negra son también revelación divina y parte de los misterios de Dios? ¿Levantarán estatuas a Baal y Astarté en nuestras iglesias? ¿Quiere decirme adonde iremos a parar?

Assefa no contestó. Varios pasos detrás de ellos, el cura armado aguardaba tranquilamente a que reanudaran la marcha. Siguieron caminando.

—Le he preguntado qué va a suceder mañana. Ahora ya tengo derecho a saberlo.

—¿Qué derecho? ¿El derecho de sacerdote? Piensa que, porque en su opinión, yo hago mal, soy menos que usted. No, no me diga que no, sé lo que piensa. Es como le he explicado: usted carece de formación para entenderlo. Usted se crió en la selva y sólo sabe lo que le hemos enseñado. No sabe nada por sí mismo ni entiende nada por mérito propio. Cree que nuestra cofradía es una aberración, una distorsión de la fe verdadera, algo espúreo. —Volvía a alzar la voz, una voz nerviosa, dura, obstinada—. ¿Y por qué parámetro puede juzgar? ¿Quién es cristiano y quién no? ¿Le compete a usted juzgarlo? ¿A Roma? ¿Son cristianos los coptos? ¿Los griegos? ¿Las Iglesias africanas indígenas? ¿Los mormones? ¿Los Testigos de Jehová? Nosotros somos más antiguos que todos ellos..., más antiguos que Roma, más antiguos que nadie. Nosotros sí que tenemos derecho a juzgar, derecho a condenar, derecho a castigar.

—¿Y eso es lo que harán mañana? —inquirió Assefa, temblando por el frío de la noche—. ¿Castigar?

Fazzini hizo una pausa.

—Sí —respondió—, eso es: un castigo ejemplar. Lo que los padres de la Iglesia llamaban un exemplum. Haremos un ejemplo entre los impíos ante los hombres.

—¿Qué ejemplo? ¿Qué va a suceder?

—Bien, si se empeña... —Tuvo un instante de indecisión antes de comenzar—. Después de que el santo padre (advertirá que mantengo los formalismos)... después de que el santo padre haya saludado a los jefes de Estado, harán pasar a los niños y él descenderá del trono para acariciar a esos huérfanos y darles caramelos. Y en ese momento llegarán los nuestros desde la Piazza y comenzarán a subir las escaleras hacia la Sala Clementina. Serán cincuenta, vestidos todos de guerrilleros islámicos, hablando árabe, naturalmente. No habrá equívoco alguno y todo el mundo los tomará por extremistas musulmanes. Irán bien armados y dispararán a matar...

—No lo conseguirán —le interrumpió Assefa, pese a que ni él mismo se lo creía—. La guardia suiza se lo impedirá.

Fazzini movió la cabeza.

—Mañana, los guardias de servicio en el palacio apostólico verán que les han dado balas de fogueo. Por cierto, usted y su amigo el padre O'Malley nos hicieron un favor mezclando en esto al coronel Meyer. Será un buen chivo expiatorio.

Siguieron caminando en silencio. En el patio de San Dámaso tomaron un ascensor al tercer piso del palacio.

—Pasará usted la noche en un cuarto que hay aquí, padre. Bernardo le dará algo para que duerma, así que haga el favor de no oponer resistencia. Estoy seguro de que por la mañana actuará usted como se le indique.

Assefa se dio la vuelta para dirigirse al cuarto; había perdido toda voluntad de resistencia. Era imposible hacer frente a aquella situación. Antes de alejarse se volvió hacia Fazzini.

—¿Por qué? ¿A qué todo eso? ¿Qué van a conseguir?

El cardenal le miró de hito en hito. Era casi una mirada de conmiseración, una mezcla de lástima y desdén.

—Conseguiremos los propósitos de Dios. No como usted los concibe, claro. Ni como los concibe el papa, los hindúes, musulmanes, budistas y todos los mistificadores y tolerantes los conciben.

»Hace casi dos mil años Dios concedió el poder a Roma; permitió que así sucediera y permitió que destruyeran su Templo y dispersaran a su pueblo, para luego arrebatárselo el poder y dárselo a los árabes y luego a los turcos.

»Era su pesadilla, ¿comprende?, la pesadilla de Dios. Todos los profetas soñaban con la nueva Sión y Él les dio sangre y fuego por sus pecados. Porque le daban sangre de paloma y conservaban a sus propios hijos. Y aun cuando la pesadilla parecía haber pasado, cuando pensaban que volvían a despertar, Él los engañó otra vez, haciéndolos creer que estaban en posesión de la verdad, cuando todo lo que les había dado eran mentiras y aproximaciones. Las verdades a medias son peor que la mentira. Ahora le dan pan y vino en lugar de sangre.

»Él los dejó gobernar en nombre de Cristo, cuando Cristo siempre ha estado con nosotros, haciéndolos desangrarse: guerras, inquisiciones, plagas...; tenían que pagar, compensar su sacrificio.

Se detuvo y se dirigió a grandes zancadas a la pared. Sobre la chimenea colgaba un crucifijo de madera. Lo descolgó y lo sostuvo con las manos juntas, mirándolo fijamente durante medio minuto, para a continuación arrojarlo al fuego.

—Pero ahora todo va a cambiar —prosiguió—. Ya han tenido su oportunidad y ahora nos toca a nosotros. Nosotros le ofreceremos el sacrificio que desea —añadió volviéndose hacia Assefa—. El cardenal Migliau ha sido elegido por Dios como sumo sacerdote. Habrá de nuevo un Templo y una ara y un sacrificio digno. Dentro de unos días se celebrará un cónclave, al cabo de unas horas saldrá humo blanco y Migliau será el nuevo papa.

—Si Dios no dispone lo contrario.

—Dios no dispondrá lo contrario. Escuche: pasado mañana habrá tal protesta universal, que se producirán llamamientos para una nueva cruzada. No contra Rusia y China, sino contra el islam, el verdadero enemigo. Y los nuestros serán los primeros en propugnar la guerra.

«Pasado mañana anunciaremos que le tienen secuestrado los terroristas que realizaron la matanza en el Vaticano y que su vida está en peligro; en todas las iglesias y catedrales del orbe se dirán oraciones por él y se celebrarán misas

especiales. Y durante el cónclave se impondrá el criterio de elegirle papa. In partibus infidelium. El vicario de Cristo en manos de los paganos. Le elegirán, de eso no cabe duda. Y pocos días después se producirá un rescate espectacular y regresará triunfante a Roma; y en lugar del perdón, proclamará la décima cruzada. Exactamente siete siglos después de que el bastión cristiano de Tierra Santa cayera en manos de los sarracenos.

En la chimenea, las ávidas llamas comenzaban a devorar el crucifijo.

Capítulo 53

FUE el olor lo que hizo que Patrick volviera en sí. O el calor. Sentía la cabeza como si se la hubieran llenado de cemento, cerrando la tapa de golpe. Su primera idea fue que se encontraba aún en la cripta de San Vitale, pero luego recordó a Francesca, Roma y el asalto al piso.

Profirió un gemido y trató de abrir los ojos. Los tenía pegados; alargó una mano, se los tocó con cautela y retiró los dedos mojados. Acto seguido, comenzó a toser violentamente mientras trataba de incorporarse. Tenía los pulmones cargados de humo y, por más que lo intentaba, no aspiraba aire. Consiguió entreabrir los ojos y la luz le hirió bruscamente, haciéndole parpadear. El humo era espeso, acre y pegajoso, y llenaba la habitación: era un humo negro y denso con llamaradas naranja y púrpura. Olía a petróleo. Petróleo y humo. A su alrededor, las llamas iban en aumento con alarmante rapidez. Sentía las piernas como de mantequilla y estaba seguro de que de aquélla no saldría vivo. Hizo esfuerzos por mantener los ojos abiertos para ver dónde se hallaba. Era curioso: en el rincón seguía encendida una lámpara como si no pasara nada. El humo y las llamas le habían desorientado.

¡Francesca! ¿Dónde estaba Francesca? Revivió nítidamente la última imagen que tenía de ella, al otro lado del cuarto, a donde se había dejado rodar para salir del campo de tiro del segundo encapuchado. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido?

Intentó llamarla, pero nada más abrir la boca notó que se asfixiaba. Lanzó un gruñido y comenzó a arrastrarse, rogando para sus adentros que fuese la dirección correcta y manteniendo la boca lo más pegada que podía al suelo. A sus espaldas oía el crepitar de las llamas devorando telas y maderas. Sentía la cabeza como separada del cuerpo, dando bandazos contra las paredes como atada a un trozo de elástico.

La zona que había entre él y la puerta era una masa ígnea. A su derecha, la única ventana que daba a la calle estaba enrejada con barras de hierro de dos centímetros. El piso se había convertido en una trampa mortal.

Por la cocina no había modo de salir: la ventana estaba a tres metros del suelo y apenas cabía un gato. No había escapatoria.

Sus dedos tocaron algo blando. Lo apretó y notó que se movía.

—Fran...cesca... ¿Eres... tú? —dijo entre toses.

Silencio y, luego, una voz ronca en la oscuridad.

—Sí..., Patrick... ¿Qué ha pasa...do?

—Una granada rompedora... y el petróleo... quieren que... parezca... un... accidente... No... hables... Tenemos... que... escapar... de aquí.

La cogió del brazo y la ayudó a ponerse de rodillas. Llenaron como pudieron sus pulmones de aire y avanzaron titubeando. Las llamas ya lo invadían todo, formando

un alucinante ballet de luces y sombras.

Francesca notó que le faltaba la respiración y que el calor la envolvía, buscando su carne. Le dolía terriblemente la cabeza y el corazón le saltaba en el pecho.

Era una locura seguir avanzando, pero no había otra alternativa. Tenían que cruzar el principal foco del fuego para escapar de aquel infierno. «¡Corre!», gritó Patrick cogiéndola del brazo. Tambaleándose, siguieron por aquel brasero en dirección a donde se imaginaban estaba la puerta. Francesca tropezó y cayó, arrastrando a Patrick, y ambos rodaron por el suelo. El obstáculo era el cadáver del encapuchado que ella había abatido.

Patrick sintió que el humo invadía sus pulmones y noto la piel como a punto de prenderse. Tiró de Francesca para que se incorporara empujándola hacia la puerta. Una nube de humo cubrió sus ojos y boca, cegándolo y haciéndole toser. ¡Por Dios bendito! ¿Dónde estaría la puerta?

Con un último esfuerzo, siguieron avanzando lo más agachados posible para aprovechar el poco aire que había por debajo de la nube de humo. Patrick sabía que les quedaban pocos segundos de vida. Segundos; y la puerta parecía estar a kilómetros, invisible, inalcanzable.

De pronto se vieron frente a ella. El que había prendido fuego al piso la había cerrado y era una masa en llamas. Patrick levantó el pie y le asestó una patada con todas sus fuerzas. Roto el marco, la puerta cedió y se desplomó hacia afuera.

Detrás de ellos, el fuego experimentó una fantástica erupción al romperse los cristales de las ventanas y recibir una ráfaga de oxígeno.

El pasillo era un infierno y su recubrimiento de madera ardía en retorcidas llamas como fieras que se devoran entre sí.

No había tiempo que perder ni otra salida. Las llamas y un último esfuerzo por salvarse. «¡Corre!», barbotó medio asfixiado, y se internaron en aquel tramo infernal con las ropas incendiadas, como peces ciegos en un mar de llamas.

Habían dejado abierta la puerta del piso y ésa era la fuente del oxígeno que alimentaba el fuego. La cruzaron tambaleándose y agitando desesperadamente los brazos para sacudirse y apagar las llamas. Patrick cayó al suelo del descansillo, tosiendo y respirando angustiosamente. Francesca se dejó caer a su lado, vomitando y medio ahogada.

Patrick se dejó rodar hasta la barandilla. Tenían que alejarse del piso antes de que las llamas se extendieran. Se puso de rodillas con gran esfuerzo y abrió los ojos. A un metro escaso de él había un hombre de pie, con las piernas abiertas, mirándole.

Capítulo 54

AL principio creyó que estaba otra vez en el hospital de Venecia. Los mismos ruidos, los mismos colores, un rostro inclinado sobre él. Y luego se vio las vendas. El incendio no había sido ningún sueño ni una alucinación. —¿Dónde estoy?— gimió.

—En San Giovanni —le contestó una voz—. En l'Ospedale San Giovanni, junto a San Giovanni en Laterano. Está en urgencias; le trajeron hace horas de un incendio. No se preocupe, que no está malherido; sólo tiene una quemadura. Dicen que ha sido un milagro que se salvara.

—Francesca... —balbució, tratando de incorporarse, pero un brazo firme le obligó a tumbarse.

—La mujer que trajeron con usted está bien. Se recuperará. Usted no se preocupe y procure descansar.

—¿Qué hora es?

—No se preocupe por la hora. Duerma, que falta le hace.

—No, no me entiende; es algo importante. Dígame qué hora es, por favor.

—Las siete y media.

—¿De la mañana? ¿Es de día ya?

—Claro. Ya le he dicho que le trajeron hace unas horas.

—¿Y ella dónde está? Francesca..., la mujer que ha ingresado conmigo...

—Ya la verá a la hora del almuerzo.

—¡No, sería tarde! —Volvió a incorporarse y reparó en que veía bien. Estaba en un compartimento con cortinas, en una cama rodeada de aparatos de goteo e instrumental de cuidados intensivos. Tenía a su izquierda a la enfermera, una mujer de unos cuarenta años, que alargó la mano y le obligó de nuevo a acostarse.

—Procure no excitarse. Su mujer está en el compartimento de al lado; a última hora de la mañana, cuando entre el turno de celadores, los trasladarán a los dos a una sala.

Permaneció tumbado, exhausto. Sobre su cabeza, una luz fuerte le cegaba. Dos horas y media quedaban. Tenía que saber cómo andaban las cosas.

—¡Por favor! —exclamó—. Tengo que hacer una llamada telefónica. Es de suma importancia.

La enfermera no sabía qué hacer, pero al final accedió.

—Está bien; pediré una silla de ruedas.

—¿Es que mis piernas...?

—No, las piernas las tiene bien. Es que no quiero que se canse andando. Espere.

Tenía que hablar con O'Malley. El sacerdote había previsto estar en el Vaticano hasta tener la seguridad de que todo iría bien, pero debía haber telefoneado la noche

anterior o, en caso contrario, ¿cómo no habría ido al piso? Seguro que alguien de la casa habría debido indicarle que estaban en el hospital. ¿Y Roberto? Él tampoco había llamado. Sintió que le atenazaba un temor parecido a una mano helada.

Llegó un celador con una silla de ruedas y le ayudó a sentarse.

—Lléveme al compartimento de al lado, por favor. Mi... mujer... Necesito hablar con ella.

—Lo siento, pero me han ordenado llevarle al teléfono.

—¡Maldita sea, no puedo llamar si ella no me dice el número! Tengo que verla.

—Si está despierta, bueno.

El celador descorrió la cortina del cubículo de Francesca y vio que estaba sentada en la cama con los ojos abiertos.

—Bien, pase. Pero sólo un ratito, que no quiero complicaciones.

—¡Patrick! —exclamó Francesca, incorporándose. Él le cogió de la mano, apretándosela y haciéndola encogerse con una mueca.

—Patrick, es que tengo quemaduras y aún me duelen. —Perdona.

—¿Qué haces en silla de ruedas? ¿No estarás...?

—No, no. Puedo andar, es que es el reglamento del hospital. Escucha, Francesca, son las siete y media. Si Dermot no ha logrado convencer a ese cardenal de lo de la conjura, será tarde para impedirla.

—Yo también lo he estado pensando; acabo de despertarme hace media hora y me dijeron que tú dormías y no se te podía molestar. Tenía que haber venido Dermot. O Roberto. Patrick, estoy preocupada. Me parece que tiene que haberles sucedido algo.

—Voy a telefonar al Vaticano para hablar con ese cardenal. ¿Cómo se llama?

Francesca adoptó una expresión pensativa.

—Es norteamericano; por eso Dermot confía en él. Se llama... Fischer. Cardenal Fischer.

—¿Cómo se escribe, estilo inglés o...? —Patrick se aferró al borde de la silla.

—¿Qué sucede, Patrick? ¿Te...?

—¡Dios mío! Y no se lo hemos advertido a O'Malley. El pescador. Assefa tampoco se habrá dado cuenta porque el inglés no es su lengua materna.

Ella le cogió de la mano, despreciando el dolor.

—¿El qué, Patrick? ¿Qué sucede?

Él se lo explicó y Francesca cerró los ojos para contrarrestar el dolor.

—No estamos seguros, a lo mejor es una coincidencia.

Él sacudió la cabeza.

—No podemos correr ese riesgo. ¿Y Roberto? Si O'Malley no ha llamado, en este momento estarán abriendo las cartas. ¿Podemos localizar a Roberto en su piso o en la oficina? ¿Tienes el número?

Ella los recitó de memoria.

Patrick llamó al celador, quien le condujo en la silla pasillo adelante hasta los teléfonos públicos, le buscó unos gettoni y le dejó a solas mientras llamaba.

En el piso de Roberto no contestaban. Probó el número del despacho y, cuando estaba a punto de desistir, contestó una voz de hombre.

—Pronto.

—Pronto. Quiero hablar con Roberto Quadri, por favor. —¿Quién llama?

—Un amigo. Tengo que hablar urgentemente con él. ¿Sabe dónde está?

—Lo siento, signor. Quadri murió anoche en un accidente de tráfico en la vía del Corso. Lo siento mucho. Le llevaron al hospital San Giovanni; allí podrán darle más información.

Patrick colgó y se quedó un instante mirando el aparato para, a continuación, ponerse en pie. El celador se llegó a él corriendo.

—Signore, no debe...

Patrick le apartó a un lado y echó a correr hacia el compartimento de Francesca.

—¡Rápido, levántate —dijo— y ponte algo! Tenemos que salir de aquí. Tendremos que hacerlo nosotros dos.

La enfermera que había estado con Patrick momentos antes entró corriendo, seguida de uno con bata blanca.

—Pero ¿qué hacen? ¡Le he dicho que se esté en cama! ¿Cómo se atreve...?

Patrick la apartó de un empujón y se dirigió al médico. Era joven, probablemente recién licenciado, y parecía haber tenido una noche agitada.

—Haga el favor de no decirme nada —dijo Patrick—, pero esta mujer y yo nos damos de alta. Asumo toda la responsabilidad, ¿está claro?

—Pero no puede...

—Es una cosa urgente, ¿comprende? No tengo tiempo de discutir.

Echó a correr hacia su propio cubículo y abrió el armarito que guardaba sus deterioradas ropas. Estaban chamuscadas, mojadas y llenas de extrañas manchas. Se quitó de un tirón el camisón que llevaba y se puso camisa y pantalones.

—¡Por favor, signare, no está en condiciones de marcharse! —exclamó la enfermera decidida a hacer valer su autoridad.

—Vaffanculo! —le espetó Patrick.

Se calzó y se llegó al cubículo de Francesca, cuyo aspecto no era mejor que el suyo, y se preguntó cuánto tardaría la policía en detenerlos.

—Antes de marcharnos —dijo— tengo que comunicarte una cosa.

—¿Sobre Roberto?

Él asintió con la cabeza.

—Mejor es que te sientes —añadió.

Hallaron un taxi a la salida del hospital, al final de la vía dei Quattro Coronati. El

taxista tuvo un sobresalto al verlos, pero se encogió de hombros. De los hospitales salían a veces tipos rarísimos.

Francesca le indicó que los llevase al piso de Roberto, en la vía della Rotonda, junto al Panteón. Curiosamente, había encajado bien la noticia de su muerte. Quizá le pareciese mejor aquella solución tajante que la angustia prolongada del desahucio médico. Ya lloraría después.

Tenía llave del portal y del piso.

Alguien había pasado por él antes que ellos porque estaba todo patas arriba. En el despacho de Quadri había papeles desparramados por todas partes, los archivos estaban abiertos y vacíos. En un rincón habían amontonado los archivadores sin documentos. La cofradía se aseguraba de no dejar ningún cabo suelto.

Francesca salió del despacho como una exhalación y entró en la cocina, seguida de Patrick. El suelo estaba lleno de platos y vasos rotos; se abrió paso entre aquel destrozo hasta el fregadero y metió las manos en el armario de debajo: pegadas al techo había dos Berettas igual que las del piso de ella. Sin decir palabra, dio una de ellas a Patrick.

—¿Y ahora qué hacemos? —inquirió él.

Francesca le miró de arriba abajo y luego se miró ella misma.

—Así vestidos no podemos ir por ahí —dijo—. Tenemos que entrar en el Vaticano y no creo que con esta pinta la guardia suiza nos deje.

En el armario de Roberto quedaba alguna ropa de ella; mientras se cambiaba, Patrick cogió una camisa y un traje para mudarse en el cuarto de baño. Con aquella ropa improvisada seguían pareciendo algo raros, pero ya no tenían un aspecto tan sospechoso.

—¿Y cómo vamos?

—La furgoneta sigue aparcada en la vía Gortta Pinta, a un paso de aquí.

—¿Y una vez allí?

—Buscamos a Fischer o a Fazzini y le ponemos la pistola en la cabeza.

—¿Alguna sugerencia?

Él se encogió de hombros. —No, creo que no. Si tuviésemos tiempo...

—¿De qué?

—De encontrar a Migliau. Me dijiste que era el jefe de la cofradía, lo que significa que es él quien dirige la operación, y, por tanto, debe de estar en Roma. Sería absurdo que siguiese en Venecia.

—Tiene muchos subalternos.

—Y, entonces, ¿por qué ha desaparecido?

Francesca frunció el ceño.

—Sí, tienes razón. Pero tú mismo lo has dicho: no hay tiempo.

—No —replicó él, recordando la pantalla de televisión con los rostros de niños

muertos—. No tenemos tiempo, pero si supieras que estaba en Roma, ¿dónde le buscarías?

Ella se encogió de hombros.

—Vete a saber. En ningún sitio en particular. Los Siete viven en Jerusalén y los «muertos» están en Egipto.

—Dermot dijo que habían traído un centenar de esos «muertos». ¿Dónde se alojarán?

—En diversas casas, incluso en hoteles.

—Pero tendrán que reunirlos en algún sitio para darles instrucciones. Tiene que haber un lugar en que se reúnan.

Francesca se puso a pensar.

—Es posible que...

¿Qué?

—Hace siglos, al principio de su fundación, la cofradía contaba con adeptos en Roma. No muchos, sólo unos cientos; pero tenían catacumbas separadas de las de los demás cristianos, en las que enterraban a sus muertos. Durante la persecución de Diocleciano se reunían allí.

—¿Cómo se llamaban? ¿Tienen algún nombre?

—Creo que no. ¡Ah, sí! Sí que tienen nombre, ahora lo recuerdo. De niña me llevaron a verlas; tendría yo diez u once años, me dio tanto miedo que tuvieron que sacarme en seguida. Mi padre dijo que se llamaban las catacumbas de la Pascua.

Patrick se la quedó mirando.

—¿Estás segura?

Ella asintió con la cabeza.

—Pues entonces es ahí —dijo él en tono de triunfo. Por primera vez pensó que se adelantaba a sus enemigos—. Ahí es donde está Migliau: en las catacumbas de la Pascua judía.

Capítulo 55

SE abrieron paso entre el apretado tráfico de primera hora de la mañana, adelantando con la furgoneta a coches y autobuses e infringiendo todas las reglas del código de la circulación, incluidas las variantes italianas. Francesca se dirigió hacia el sur, dejando atrás el Coliseo y tomando por la vía delle Terme di Caracalla. Las catacumbas de la Pascua, como tantas otras, estaban situadas en la vía Appia Antica, por la que otrora se habían encaminado los ejércitos romanos hasta el mismo Brindisi.

Pasada la Porta San Sebastiano, lugar de arranque de la vía Appia, casi todo el tráfico era de entrada a Roma y pudieron ir más aprisa. La estrecha carretera se internaba en el campo, bordeada a ambos lados por tumbas en ruina de la nobleza romana.

Patrick sintió que le invadía una especie de aflicción. Aquellas tumbas, pese a toda su pomposidad, estaban tan rotas y eran tan lastimosas como los huesos que guardaban. Pensó en el padre Antonio y en su temor a que el día de la resurrección sus piernas fuesen a parar a un tullido. Si se abriesen aquellos sepulcros, ¿qué se encontraría en ellos? Pulvis cinis et nihil. Miró a Francesca. Ella había sido enterrada y luego había vuelto... en carne y hueso, pensó, pero no en espíritu. Su antiguo ser había quedado en la tumba, pudriéndose.

Giraron poco después de las catacumbas de Pretextatus en dirección a la vía Appia Pignatelli.

—Las antiguas catacumbas judías están ahí a la derecha —dijo ella, señalando hacia el lugar—. La cofradía construyó las suyas al lado para que, si alguien daba con ellas, pensasen que eran otras tantas tumbas judías y no curioseasen.

Se detuvieron a cosa de medio kilómetro junto a una pequeña granja.

—Las catacumbas están debajo de la casa —dijo Francesca—. Los dueños son adeptos de la cofradía. A lo mejor tenemos que entrar a la fuerza.

Llamaron a la puerta de la construcción principal, un edificio destartado que habría parecido deshabitado de no ser por el humo que salía de la chimenea. Un hombre alto de unos treinta y cinco años, con camisa a cuadros y pantalones de pana llenos de barro, apareció en la puerta. Los miró ceñudo y se dispuso a darles con la puerta en las narices.

—¿Qué cuernos quieren?

—Soy Maria Contarini y traigo un recado urgente de los Siete para el cardenal Migliau.

El hombre frunció aún más el ceño y los miró sucesivamente a ambos.

—¿El cardenal Migliau? ¿Los Siete? ¿De qué me habla?

Por un instante, a Patrick le dio un vuelco el corazón. Se habían equivocado. Pero

luego apareció otro hombre a espaldas del primero. Era joven y vestía ropas negras ceñidas.

—Cario, ¿qué quieren?

—Dice que se llama Contarini y que trae un recado de los Siete para el cardenal Migliau.

El joven avanzó hasta la claridad y vieron que estaba bronceado y tenía aspecto musculoso.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió nervioso.

—Ya se lo he dicho: Maria Contarini. Traigo un recado para el cardenal. Es algo personal que tengo que decirle yo misma.

—¿Contarini? ¿De Venecia?

—Sí. Mire, tengo bastante prisa...

—Hemos estado buscando a una con su apellido; Francesca, creo que se llamaba. Eso es: Francesca Contarini. ¿No será...?

El joven se quedó de piedra al verla sacar la Beretta del abrigo y apuntarle a la cabeza, al tiempo que Patrick hacía lo propio y entraba en la casa antes de que el llamado Cario pudiese reaccionar.

—Tranquilo —dijo Francesca—. Salga afuera y ponga las manos en la pared bien alto. Usted salga también.

Sacaron a los dos hombres afuera y los pusieron contra la pared. Patrick cacheó al más joven y le encontró una Browning HiPower en una funda sobaquera. Cario estaba desarmado.

—¿Cuántos hay ahí dentro? —inquirió Francesca.

—Vete al infierno —replicó el joven.

—¿Quién eres? —insistió ella—. ¿Cuánto tiempo llevas muerto?

—Menos de lo que tú vas a tardar en estarlo.

—Ni lo pienses —replicó Francesca, volviéndose hacia Patrick—. Vamos a meterlos dentro para atarlos. Vigílalos mientras echo una ojeada a la casa.

Se escurrió por la puerta, agachada y con la pistola lista. No se oía ningún ruido, ni nadie le salió al paso. El lugar no era más que un simple barracón con media docena de cuartos, y Francesca tardó menos de un minuto en comprobar que no había moros en la costa.

—Vale —gritó—. Tráelos aquí.

Mientras ella vigilaba a los prisioneros, Patrick encontró cuerdas fuera de la casa. Los ataron espalda con espalda, dejándolos en el suelo en incómoda postura.

—¿Te enseñaron a atar así en Egipto? —inquirió Patrick.

Francesca asintió con la cabeza.

—Sí, a la vez que el punto.

La entrada a las catacumbas estaba fuera de la casa. Francesca lo recordaba de su

visita cuando era niña. Una trampilla en el suelo daba paso a un tramo de escalones de madera en el que había media docena de farolillos de petróleo colgados en ganchos y una caja de fósforos. Los dos cogieron sendas lámparas y las encendieron.

Francesca dio un paso atrás.

—¿Qué sucede? —inquirió Patrick.

—Ya te he dicho que de niña me daba miedo este sitio —respondió ella temblando—. Ahí abajo siguen los nichos de los muertos, o lo que quede de ellos. Hay miles de tumbas y más de un kilómetro de corredores, y la única luz es la del farolillo.

—Un lugar precioso para traer a una niña un día de vacaciones. ¿Quieres que vaya yo delante?

Ella asintió con la cabeza.

—Tiene gracia, ¿no? —añadió sonriendo—. Yo, que soy un espíritu..., asustarme de unas viejas tumbas mohosas, mientras que tú como si nada.

—¿Y qué te hace pensar que a mí no me da miedo?

—¿Es que lo tienes?

—No, qué va. Yo esta clase de incursiones las hago todos los fines de semana por diversión. —Entonces, vale.

Sosteniendo el farolillo con una mano, se sentó en el borde de la trampilla, puso el pie en el primer escalón y comenzó a descender. Francesca aguardó a que desapareciera su cabeza y después comenzó a bajar no muy decidida.

La escalera terminaba a unos doce metros de profundidad. Patrick salvó el último escalón y giró el botón del farolillo para que diera más luz. Estaban en una amplia zona enlosada que acababa en una puerta baja monumental. Los paños y el dintel estaban decorados con una serie de motivos simbólicos: vides, cuencos de vino, hojas de loto y acanto, pavos reales, palomas y ángeles de alas etéreas y difuminadas.

Francesca se situó a su lado y dio más luz, arrimando su farolillo.

—¿Tienes idea de la planta de este lugar? —preguntó él. Ella movió la cabeza.

—No muy concreta. Hay varios niveles cruzados por corredores para los nichos. Y recuerdo también que había algún sepulcro grande y capillas laterales. Mi padre me dijo que los sepulcros mayores contenían sarcófagos de mártires o miembros de los Siete y de los Pilares muertos en Roma.

—Los fantasmas te los dejo a ti —dijo Patrick sacando la pistola. Ella no contestó.

Se tropezaron con los primeros fantasmas poco después de cruzar la puerta. La estrecha abertura daba paso a una especie de vestíbulo destinado al ágape ritual funerario de los que acompañaban al féretro. Las paredes de estuco estaban cubiertas de arriba abajo de pinturas y pequeños retratos cuadrados de unos veinticinco centímetros; su estilo era romanoegipcio, y los rostros, réplicas de los de la misma

época que se conservan en los sarcófagos de momias: representaciones ingenuas y realistas de hombres y mujeres de dieciocho siglos atrás.

Sus miradas tropezaban por doquier con la mirada fija de los muertos. Había grupos familiares enmarcados por cenefas de lirios y laurel; parejas, padres, madres, amantes, todos serios y fúnebremente serios. Francesca se estremeció y se agarró al brazo de Patrick.

—De esto no me acordaba —musitó—. Parecen vivos que nos miran acusadores o que esperan que nos reunamos con ellos.

—Si no encontramos pronto a Migliau no tendrán que esperar mucho. ¡Vamos!

Había trechos en los que colgaban telarañas como banderas harapientas en una iglesia sin luz. Patrick notaba como le rozaban la cara conforme avanzaban por el primero de los estrechos corredores cubierto de filas superpuestas de lápidas. Algunas habían caído y en los huecos se veían siniestros restos de tela y huesos.

Al final, el corredor se ensanchaba, convirtiéndose en capilla mortuoria con un sencillo altar flanqueado por dos sarcófagos iguales. En lo alto, unos ángeles sin alas flotaban al pie de la Majestad. La cara del Cristo miraba hacia abajo; era un rostro de ojos grandes, un hombre imbuido de la divinidad, con las manos abiertas para recibir el sacrificio. Patrick se estremeció.

Oyeron ruido de pasos subiendo una escalera a pocos metros de ellos y una voz que dijo:

—Paolo, che cosa stai facendo?

Patrick dejó el farolillo en el suelo y tiró de Francesca contra la pared de la capilla. La luz zigzagueó para encaminarse en dirección a donde estaban. Vieron aparecer a un hombre con un farolillo como el suyo y Patrick le agarró sin darle tiempo a reaccionar, haciéndole perder el equilibrio; el hombre quiso gritar, pero Patrick ya le había tapado con fuerza la boca ahogando su grito. El farolillo que llevaba cayó al suelo, rompiéndose y esparciendo llamas, que Francesca se apresuró a apagar a pisotones.

Con gran soltura, Patrick acercó el cañón del arma a la sien del hombre y le susurró al oído:

—Un solo grito y eres hombre muerto. Capisce?

El hombre respondió con un gruñido y algo parecido a un sí con la cabeza. Francesca le cacheó y le quitó la pistola.

—Muy bien; escucha —musitó Patrick—. Hemos venido por Migliau. Llévanos a él, ¿entendido?

El hombre se debatió, tratando de soltarse, pero Patrick le agarró más fuerte.

—¿Por dónde se va? ¿Por esa escalera?

El hombre efectuó una sacudida con la cabeza y Patrick le dio la vuelta, empujándole hasta la abertura por la que había aparecido. Al principio de las

escaleras, le soltó y cogió el farolillo suyo que llevaba Francesca.

—Bajando de uno en uno —le dijo—, que yo voy detrás de ti.

El prisionero pareció ir a protestar, pero luego se lo pensó mejor y fue bajando uno a uno los escalones, seguido de cerca por Patrick.

Al llegar al décimo escalón, el hombre dio un salto y aterrizó, torciéndose un pie, pero logró incorporarse, diciendo a voz en grito:

—Aiuto! Astolfo! Alberto! Córrete qui presto!

Patrick le disparó cuando echaba a correr, haciéndole caer contra una lápida. Seguido de cerca por Francesca, acabó de bajar la escalera. No les quedaba más remedio que seguir adelante. Migliau tenía que estar cerca. Patrick echó una ojeada al reloj. Eran casi las nueve. Quedaba poco más de una hora.

—Patrick, ¡de prisa, ponte sus ropas! ¡No saben quién ha disparado y, como aquí no se oye bien, no distinguirán su voz de la tuya! ¡Rápido!

—¡Ya está, le he dado! —gritó Patrick, apresurándose a hacer lo que le decía Francesca. Rompió de un tirón el traje de Roberto y se puso los pantalones del muerto. Se oían ya pasos y voces por el corredor.

—Nico, che succede? ¿Eres tú el que ha disparado?

—Sí, a un intruso. Ya está, ya le tengo.

La voz de Patrick quedaba amortiguada y distorsionada entre los nichos.

A cierta distancia de ellos vieron llegar luces.

—¡De prisa, Patrick, deja los zapatos!

Patrick se embutió justo a tiempo el jersey del muerto y se situó detrás de Francesca, apuntándole a la cabeza con la pistola.

Eran tres hombres con farolillos y armados.

—¿Qué pasa, Nico? El cardenal está asustado. ¿Quién es esa mujer?

—Ahora —susurró Patrick.

Se separaron cada uno hacia un lado, abriendo fuego simultáneamente sin darles tiempo a nada.

Echaron a correr por el estrecho pasillo, Francesca delante, seguida por Patrick un tanto entorpecido sin zapatos. Vieron un resplandor y centellear de farolillos. Había fuego y un brasero; las llamas reverberaban sobre mosaicos de oro y plata. Sobre la gran cúpula, sus reflejos fulguraban como peces exóticos en un mar de bronce.

En el centro de la sala, vestido de negro orlado de púrpura, había un anciano sentado en un sitial. Tenía las ropas manchadas de sangre y sus manos estaban rojas. En la derecha sostenía un afilado y largo cuchillo.

Capítulo 56

MIGLIAU soltó el cuchillo sin ofrecer resistencia. Estaba escuálido y demacrado, como un espectro ajado y retorcido. Veinte años atrás, en otro sepulcro, en distintas tinieblas, había arrebatado una vida con la misma facilidad con que un cocinero casca un huevo. Había sido una cosa sin importancia comparado con el fantástico descubrimiento que acababa de hacer. Ahora parecía drogado, bobo, acabado.

Todavía conservaba la estatura, pero había perdido el vigor. Tenía las mejillas hundidas y un pescuezo flaco, y sólo en sus ojos se apreciaba aquella mirada de furor, la tensión de un hombre próximo a la divinidad y a la locura. Detrás de él, en un altar de piedra, había un cuerpo desnudo de niño desventrado en un charco de sangre.

Francesca cogió una sábana de un camastro en el que, con toda evidencia, había dormido el cardenal, tapó al niño y lo bajó del altar. Aún estaba caliente, como algo adormecido, un sueño lejano de sus años perdidos.

—Yo le quería —musitó el prelado, y Patrick se inclinó para oírle bien. Aquellos labios apergaminados se abrían en un susurro—. Era hijo mío. Dijeron que era preciso que tuviera un hijo; para que hoy fuese mi ofrenda. Era la compensación; el pago del vicario de Cristo —añadió bajando la vista hacia el bulto blanco que Francesca depositaba en el suelo—. Me trajeron una mujer —continuó— hace siete años. Era blanca, muy blanca y me tenía miedo. No habría debido tenérmelo, porque yo no quería hacerle mal alguno. Su piel era blanca y no como las mujeres que yo veía en sueños. Ahora ya no sueño más. Me la dejaron hasta que comprobaron que estaba encinta y se la llevaron. Por entonces yo había empezado a desearla; pero no sueño con ella.

»Al niño le puse Gíovanni, en memoria de Juan el Zelote. Lo tenían en una casa cerca del palacio arzobispal para que yo pudiese verle una vez al mes, pero nunca me dejaron ver a la madre. ¿Qué habrá sido de ella? ¿Vivirá todavía?

Hizo una pausa, recreándose en algún recuerdo.

—Sabía el destino que le aguardaba, pero yo le quería. Formaba parte de la cuenta, de la compensación, decían. Sin cariño no puede haber sacrificio que se precie —prosiguió, mirándolos a los dos de hito en hito—. Pronto seré papa —siguió diciendo en un susurro—. Y él es mi garantía porque yo le quería. Aunque no tengo que amar nada; ni amor de Dios, ni amor a la humanidad. Ahora ya sólo está mi sacrificio. A partir de ahora todo será expiación sobre expiación hasta que quede saldada la última gota.

Patrick cogió al anciano del brazo y le hizo ponerse en pie.

—Es hora de marchar —dijo sin ninguna animadversión.

—Pero el cónclave aún no se ha celebrado...

—No habrá cónclave.

¿Tan seguro estaba? Si no llegaban a tiempo, tendrían que elegir nuevo papa.

—¿Y el niño? —inquirió Francesca.

—Tú ocúpate de Migliau; yo llevaré el niño.

Era una carrera contra reloj, pero ya había pasado lo peor de la hora punta del tráfico, y eso los favorecía. Coches y peatones iban disminuyendo por el camino y, una vez en la ciudad, Francesca optó por un itinerario por calles secundarias para evitar los cruces que sabía estarían muy congestionados. Eran casi las diez cuando llegaban al puente de Vittorio Emanuele y cruzaban el Tíber.

Atravesaron la plaza de San Pedro y se detuvieron ante las puertas de bronce, entrada principal al Vaticano. En cuestión de segundos se vieron rodeados por la guardia suiza que reforzaba la vigilancia de la ceremonia que se celebraba en el interior. Estrecharon el círculo en torno a la furgoneta, apuntando con las Uzi a las puertas.

Francesca ya había bajado el cristal de la ventanilla.

—¡Rápido! —dijo—. Traigo ahí al cardenal Migliau. No hay tiempo para explicaciones. Tenemos que llevarle a la sala de la audiencia.

Un corpulento sargento se acercó a grandes zancadas.

—¡Baje! —ordenó apuntándola con el arma.

—¡Por Dios bendito! —exclamó Francesca—. Mire ahí detrás. Le digo que es Migliau, que ha planeado una conspiración contra el papa.

—¡Apuntadla! —ordenó el sargento a dos de sus hombres—. ¡Vosotros, venid conmigo!

Se dirigieron a la trasera de la furgoneta y un guardia abrió el portón. Dentro, Patrick estaba sentado junto al cardenal, y en el suelo, el niño muerto envuelto en la sábana.

—Was zum Teufel...? («Pero ¿qué diablos...?»).

Patrick levantó los brazos y se apeó. Dos guardias le sujetaron y le aplastaron contra el vehículo, mientras otro le cacheaba y le quitaba la pistola.

El sargento miró detenidamente a Migliau.

—¿Puede moverse? —inquirió, pensando que la sangre era del cardenal que iba herido.

Migliau se movía como un autómatas. Se arrastró despacio hasta la puerta y descendió de la furgoneta ayudado por un guardia. El sargento volvió a mirarle escrutador.

—Mein Gott! («¡Dios mío!») —musitó. Durante la última semana habían tenido en el cuartel fotografías del cardenal.

—No está herido —dijo Patrick—. No es sangre suya. Si mira dentro de la sábana verá de quién es.

Un guardia subió a la furgoneta y levantó un pico de la sábana. Poco después se apeaba, vomitando.

—Pero ¿qué demonios es esto? —exclamó el sargento, agarrando bruscamente a Patrick, que aún conservaba los pantalones y el jersey que se había puesto en las catacumbas.

—Escúcheme con atención —dijo—, porque no tengo tiempo de repetírselo: el cardenal Migliau es el culpable de... lo que ha visto en la furgoneta ese guardia. No hay tiempo para explicaciones y tendrá que creer en mi palabra. Tiene gente a sus órdenes para lanzar un ataque durante la audiencia y matar al papa y a los niños.

Vio el aturdimiento en los ojos del sargento.

—Si no me cree —añadió—, el papa morirá, igual que muchos niños inocentes. No querrá usted ese peso sobre su conciencia...

—¿Y qué quiere que hagamos?

—Llévenos a la audiencia; es la única solución. Le ruego que me crea. Nos quedan pocos minutos, pero no sé cuándo se iniciará el ataque ni desde dónde lo lanzarán. Lo mejor será que pida refuerzos y que acudan los servicios de seguridad italianos. Pero ¡dese prisa, por Dios!

El sargento era una persona inteligente. Ya aquella misma mañana le había extrañado la desaparición del coronel Meyer. Si aquella pareja estaba implicada en algún tipo de ataque, era poco plausible que se presentase allí por las buenas para avisarle, a menos que se tratase de una añagaza. Sacó del bolsillo un micro teléfono y pulsó un botón.

—¿Capitán Luft? Aquí el sargento Genscher en las puertas. Hay una alarma. Venga inmediatamente.

Se oyó una breve frase y Genscher se guardó el micro teléfono, volviéndose hacia Migliau, al que agarró por los hombros.

—Eminencia, ¿es cierto todo eso? ¿Es verdad lo que dice este hombre?

Migliau se le quedó mirando como si no le hubiese entendido y, finalmente, habló con voz misteriosa:

—¿La verdad? Yo soy la verdad. Es mi destino. Están a punto de proclamarme papa. Habrá humo blanco y luego llegará la hora de la sangre. Yo le quería... Eso es lo que me cuesta entender... Yo el cariño no lo había previsto.

Genscher movió la cabeza y por primera vez en su carrera militar sintió miedo.

Segundos después, cruzó corriendo las puertas una persona con uniforme de capitán. Se detuvo un instante a hacerse cargo de la situación, mientras Genscher se le acercaba sin pérdida de tiempo para intercambiar unas palabras. A continuación, el capitán Luft se acercó a Patrick y a Francesca en la parte trasera de la furgoneta.

—¿Es cierto que hay un complot contra el papa? ¿Pretenden que me lo crea? ¿Qué pruebas tienen?

—¡Por Dios bendito! —exclamó Francesca—. No tenemos tiempo de dar pruebas. Diga a sus hombres que se preparen y traiga refuerzos en seguida. Después hará todas las averiguaciones que desee.

Luft no discutió y se volvió hacia Genscher.

—Haz lo que dice. Que Hoffmann y Wegener vengan inmediatamente aquí con sus hombres, y llama al cuartel general de los carabinieri y dile al coronel Salvi que necesito ayuda ahora mismo.

Genscher saludó y se alejó.

—Ustedes dos, vengan conmigo —dijo el capitán, dirigiéndose a Patrick y a Francesca.

—Capitán —suplicó Francesca—, no hay tiempo. Tenemos que interrumpir esa audiencia y evacuar al papa y a todo el mundo.

—Eso no puedo hacerlo. La audiencia acaba de empezar y no tengo autoridad para suspenderla.

—¿Y quién la tiene?

—El coronel Meyer, pero no le encontramos, e incluso él necesitaría permiso del cardenal Fischer. Francesca cerró los ojos.

—El cardenal Fischer está implicado en esto. Tenemos que llevar a Migliau ante el santo padre. Tenemos que impresionarle para que se evacúe la Sala Clementina. ¡Por favor, capitán! ¡Hay vidas en peligro!

Luft miró sucesivamente a ellos dos y a Migliau. Genscher le había comentado que creía que el cardenal estaba loco. ¿Loco o es que era un malvado? ¿O se había vuelto loco porque le habían secuestrado?

—Muy bien —dijo—. Asumo la responsabilidad. ¡Que Dios los ampare si mienten! Síganme —añadió, volviéndose hacia los guardias que esperaban junto a la furgoneta—. Vamos a interrumpir la audiencia papal.

Capítulo 57

PATRICK cargó con el niño mientras Luft escoltaba al cardenal Migliau. En el Corridore del Bernini vieron de pasada la imponente escalinata Regia, antes de tomar por la Scala Pia. Los guardias alineados en la escalera saludaban al paso del capitán con cara de perplejidad.

En lo alto de la escalera, Luft se detuvo indeciso ante las puertas de la Sala Clementina.

—Piénsenselo bien —dijo—. Una vez que abra la puerta ya no hay vuelta atrás.

—Si no entramos —suplicó Patrick, acercando su fúnebre carga al capitán—, este niño no será más que la primera víctima de una larga lista. No queda otro remedio —añadió, destapando el pequeño cadáver.

Luft se irguió y abrió la puerta.

Las columnas rojas y negras se alzaban majestuosas hasta el techo abovedado con frescos en los que la Justicia y la religión sostenían un universo de orden y amor. En el cielo, ángeles y querubines se engarzaban en cósmica danza circular. Luz y armonía en un mundo apacible; arquetipos de un paraíso de goce imperecedero.

En el suelo, una armonía distinta: vanidad buscando el beneplácito, joyas y ricas vestiduras confiriendo una dignidad inmaterial a simples mortales; cardenales revestidos de seda púrpura, obispos con sotana morada, sacerdotes de negro y, por encima de todos ellos, el papa revestido de blanco.

El cardenal Migliau dio un traspie al entrar y, al principio, nadie advirtió que era él. Luego, un diplomático próximo a la entrada le reconoció. Le seguía Patrick con el niño muerto en brazos. Un murmullo apagado recorrió la sala desde la puerta hasta el fondo. Hombres y mujeres abrían paso al alucinante cortejo; todos permanecían callados y nadie intentó detenerlos.

Migliau caminaba ahora erguido, como si la entrada en la sala le hubiese conferido nuevas energías. Andaba sin necesidad de apoyarse en nadie, en medio de aquellos rostros escrutadores, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, hasta llegar a los pies del trono papal, alzado sobre un pequeño estrado.

—Baje de ahí —dijo el cardenal en un susurro.

Ahora los que se habían apartado se agolpaban a su alrededor para oírle.

—Baje —repitió—. Ése es mi trono. Ésas son mis vestiduras. Le depongo en nombre de Cristo.

El papa no respondió en principio. No entendía lo que estaba pasando. Sí, había reconocido a Migliau, pero ¿quiénes eran los que le acompañaban? ¿Y aquel niño muerto que traían detrás del cardenal?

El capitán Luft dio un paso adelante.

—Santidad, perdonad la interrupción. No hay tiempo para explicaciones, pero hay que evacuar la sala, pues hay motivos para pensar que va a producirse un ataque.

El pontífice se puso en pie con gesto de horror.

—No lo comprendo. Entra usted de ese modo e interrumpe una audiencia sumamente importante... Deseo hablar con el coronel Meyer. ¿Dónde está? ¿Y el cardenal Fischer? ¿Los ha prevenido usted?

—No hay tiempo, santidad. Tenemos que evacuar la sala. He ordenado cerrar las puertas de bronce y tenemos que alejar lo más posible a todo el mundo de la Sala Clementina, hacia los aposentos interiores. Hay muchas vidas en peligro. Santidad, os ruego que me escuchéis.

El papa vio la preocupación en el rostro del capitán y, tras dudar un instante, alzó la mano.

—A ver, por favor —dijo sencillamente en italiano con voz tranquila—, que no cunda el pánico, pero me comunican que, por nuestra propia seguridad, la guardia suiza desea que nos traslademos a los aposentos de detrás de la sala. Sigán sus indicaciones lo más tranquilo y rápido posible.

En aquel momento se produjo un movimiento entre la concurrencia y una figura se destacó del grupo de cardenales que estaban cerca del papa. Era el cardenal Fazzini, que corría a echarse a los pies de Migliau para besarle la mano. A continuación, otros dos cardenales se acercaron a arrodillarse también y acto seguido lo hacían un arzobispo y dos obispos.

Patrick dejó en el suelo el cadáver del niño y, al mirar en derredor, vio el grupo de huérfanos que había venido a saludar al papa. Estaban todos con los ojos muy abiertos y algunos lloraban, mientras unas monjas visiblemente apuradas trataban de restablecer el orden.

Enfrente de aquel grupo unos sacerdotes permanecían en consternado silencio. Patrick vio entre ellos a Assefa.

—¡Assefa! —exclamó, echando a correr hacia su amigo.

El etiope no respondió y Patrick advirtió que dos curas le sujetaban de los brazos por ambos lados, como impidiendo que cayese. Al llegar a donde estaban, uno de los curas le apartó de un fuerte empujón.

Patrick le largó un puñetazo que le hizo tambalearse, pero se repuso y volvió a abalanzarse sobre el norteamericano, quien esquivó la acometida y se lanzó a su vez sobre él. La gente se apartó chillando y dando voces.

—¡Patrick! —resonó la voz de Francesca en medio del barullo—. ¡El otro tiene una pistola!

Patrick se volvió a tiempo de ver al otro cura apuntándole. Estaba perdido, no podía hacer nada. Pero en ese mismo instante vio que Assefa le asestaba un golpe en la mano que esgrimía el arma. Otros dos sacerdotes corrieron hacia el primero que

también desenfundaba una pistola.

En ese momento se oyó una explosión abajo. Pocos segundos después le seguía otra y, luego, una tercera. Estaban derribando las puertas de bronce. Alguien lanzó un grito y se oyó un clamor de voces despavoridas.

Patrick corrió hacia Assefa, que se había desplomado en tierra y en seguida se dio cuenta de que le habían drogado.

—Assefa, ¿se encuentra bien? ¿Y O'Malley? ¿Qué ha sido de él?

—O'Malley..., muerto... Fischer... // Pescatore... Patrick, escuche... Las balas... de la guardia... no sirven... de fogueo... Patrick se puso en pie.

—Francesca, coge la pistola de ese otro cura, que yo tengo ésta. Voy a avisar al capitán que sus hombres están armados con munición de fogueo.

De pronto comenzaron a oírse disparos. Las ráfagas sucesivas de ametralladora llegaban amortiguadas desde abajo, y en el exterior de la sala se oían los gritos de la guardia suiza que acudía a defender la escalera.

—¡Capitán! —gritó Patrick, corriendo hacia Luft, que estaba junto a la entrada de los aposentos papales y cogiéndole del brazo—. La munición de sus hombres es de fogueo.

—¿Cómo?

—No se lo puedo explicar, pero pruebe su pistola.

Luft, sin decir palabra, avanzó por el salón, desenfundó su Uzi y apuntó a la pared. Sonó la detonación, pero en la pared no vieron ningún impacto. Cuando se volvió hacia él tenía el rostro demudado.

—Yo tengo una pistola —dijo Patrick—, Francesca otra y uno de sus hombres las que nos quitaron al llegar. En total, cuatro.

—Cuatro pistolas contra Dios sabe cuántos fusiles de asalto... Será una carnicería.

—¡Que sus hombres monten una barricada en la puerta! —dijo Patrick.

El capitán asintió con la cabeza y dio las órdenes oportunas. Pese a todo, el hombre no perdía los nervios. Un grupo de sacerdotes echó a correr hacia los guardias para ayudarlos.

Un grupo de prelados se había reunido en torno al papa y se dirigían ya hacia la puerta de los aposentos; otros se ocupaban de los huérfanos, y en la zona ante el estrado se había formado otro corro de eclesiásticos que se turnaban besando la mano de Migliau.

De pronto, del primer grupo de cardenales que había encabezado Fazzini surgió una figura que se dirigió hacia el círculo que rodeaba al papa. El capitán Luft le vio y avanzó hacia él.

—¡Cardenal Fischer! Llevo toda la mañana buscándole. Ha desaparecido el coronel Meyer y necesitamos...

Fischer se volvió justo en el momento en que Patrick reconocía su rostro como uno de los retratos del expediente que Assefa había encontrado en Dublín. Sus ojos denotaban una compleja emoción: triunfo y duda, seguridad y miedo. Conforme el capitán de la guardia suiza daba un segundo paso hacia él, se volvió, metió la mano en la sotana y sacó una pequeña pistola que alzó y, meneando la cabeza como en gesto de conmiseración, efectuó dos disparos. La realidad de las balas fue para Luft una especie de sorpresa. Abrió desmesuradamente los ojos y alargó una mano como suplicando, se tambaleó, parpadeó y se desplomó.

El cardenal se guardó inmediatamente la pistola, apresurándose a ir tras la masa de sotanas rojas y púrpura que escoltaba al papa. Patrick, que ya le seguía, le perdió en aquel revuelo. Tal como iba vestido y con una arma en la mano, parecía más peligroso que Fischer. Las apretadas filas se cerraron aún más.

—¡Por favor! —gritó—. ¡Paso!

Ninguno de los que se encontraban más próximos al pontífice había visto lo ocurrido con el capitán; reconocieron a Fischer y, como sabían que era el encargado de la seguridad vaticana, le abrieron paso. Tenía al papa a pocos metros.

Patrick se abrió paso entre el nutrido grupo sin atreverse a disparar en medio de aquel apiñamiento; siguió avanzando a codazos, sin entender por qué Fischer y los otros prelados de la conjura se arriesgaban a manifestarse abiertamente, pero sabía que si Fischer lograba llegar hasta el papa, el pánico sería generalizado y nunca lograrían sacar a los niños de allí.

De pronto, por un hueco entre las sotanas, vio al cardenal. El papa se volvía en ese momento al oír la voz del norteamericano. Patrick trató de cruzar el último anillo, pero le sujetaron un par de sacerdotes jóvenes. Ahora Fischer estaba a pocos pasos del blanco. Patrick le vio sonreír, al papa devolverle el saludo, la mano del cardenal metiéndose en la sotana...

—¡Deténganle! ¡Lleva una pistola! —gritó.

El papa miró en derredor y luego a Fischer, justo en el momento en que éste sacaba la pistola y le apuntaba.

Y en aquel momento Patrick lo entendió todo. A Fischer y a sus secuaces les traía todo sin cuidado; lo que querían era matar a todo el mundo y ser los únicos supervivientes. Golpeó al que le sujetaba, se revolvió y logró soltarse.

Fischer hizo tres disparos seguidos. La primera bala alcanzó a un anciano obispo que se había interpuesto ante el papa; la segunda, a un cardenal a la izquierda del pontífice, y la tercera dio en el blanco.

Siguió una cuarta detonación más potente, y Fischer se tambaleó, sangrando por el cuello. Pero casi nadie lo advirtió porque todos los ojos estaban pendientes del papa y de la mancha de sangre que se extendía por su blanca sotana.

Alguien golpeó a Patrick por detrás, derribándole y haciéndole perder la pistola.

Capítulo 58

AFUERA no cesaban los disparos. Y cada vez se oían más cerca. Francesca había logrado abrirse paso hasta donde estaba Patrick caído; ya se había aclarado que lo que él intentaba era salvar al papa. Ella le ayudó a levantarse. A unos pasos de allí, Fischer yacía muerto con los ojos fijos en la figura de la Justicia del fresco del techo. Patrick se agachó y recogió la pistola. Aún quedaban dos balas.

—Fischer ha disparado contra el papa —dijo.

Aún había un grupo en el sitio en que Patrick había visto por última vez al pontífice: de él salió un obispo que se les acercó.

—Está malherido, pero vive. Hay que llevarle al hospital.

—Apresúrense —replicó Patrick—, mientras nosotros haremos lo que podamos para repeler el ataque. Como máximo podremos resistir unos minutos.

En la puerta ya arreciaban los disparos. Patrick se volvió hacia Francesca.

—Échame una mano —le dijo.

Corrieron hacia donde se encontraba Migliau rodeado de sus partidarios y Patrick se metió en el corro para agarrar al anciano. Un cardenal trató de impedirselo, pero él le derribó de un puñetazo. Francesca le cubrió mientras él se llevaba a rastras a Migliau entre protestas de los suyos. Al fondo de la sala, las puertas comenzaban a ceder bajo los crecientes disparos. Dos guardias suizos y un puñado de sacerdotes trataban de aguantar la barricada.

Patrick arrastró a Migliau al centro de la sala, ya vacía de diplomáticos y personal vaticano, en el preciso momento en que la puerta se combaba y cedía, despidiendo violentamente a los que la aguantaban.

Por la abertura irrumpieron unos hombres vestidos de negro. Llevaban barba y la cabeza ceñida con cintas con inscripciones en árabe. «Alnasr aw almawt» (Victoria o muerte), decía una. Nada más entrar en la sala se desplegaron disparando a discreción.

Patrick se agachó y abrió fuego sobre el primero, alcanzándole en el pecho. El hombre murió con gesto de horrorizada sorpresa. Francesca disparó sobre el segundo, y los otros retrocedieron dispuestos a contestar.

Patrick se puso en pie, apuntando a Migliau con la pistola.

—¡Atrás! —gritó.

Los asaltantes se quedaron desconcertados. Reconocieron al cardenal y comprendieron que sin él «victoria o muerte» perdía todo significado. Las reivindicaciones de la locura son ajenas al sentido común.

Por primera vez Migliau sonrió.

—¿Qué os asusta? —inquirió con su voz queda, casi inaudible en medio del

tumulto—. ¿Por qué vaciláis? Mi muerte no es nada. Que hoy sea el día del sacrificio. Es el día de la Pascua. Faraón ha muerto, Babilonia ha caído, mi hijo ha muerto. Será una jornada de sangre expiatoria. Dios os pide que le deis un sacrificio. Que sea yo la ofrenda. Esta sala será mi cruz.

Alzó la mano y los bendijo, mientras Patrick comenzaba a arrastrarlo hacia atrás, despacio, con la pistola pegada a su cabeza. Entraron nuevos asaltantes, todos vestidos de negro y con cintas en la cabeza propugnando el martirio. Pero también éstos se detuvieron nada más cruzar el umbral, sin saber qué hacer. Aquello no estaba previsto.

Francesca se situó junto a Patrick, llevando a Fazzini como rehén.

—No tenéis de qué asustaros —decía Migliau sonriente y con voz sibilante a los guerrilleros—. Acordaos de cómo los Siete le metieron en el sepulcro y escucharon sus gritos durante dos días y dos noches hasta que cesaron. A ellos no les dio miedo aquel sacrificio. No debéis sentir miedo. Estáis cumpliendo la voluntad de Dios.

El que dirigía el asalto se veía en la tesitura de adoptar una decisión. Le habían enseñado a obedecer. Levantó el fusil y efectuó un solo disparo, concreto, impecable, igual que un cuchillo sacrificial que rasga la carne. Un chorro de sangre brotó de la frente de Migliau, brillante como el oro. El sacrificio estaba consumado. El velo del Templo se había rasgado de arriba abajo. Los santos se alzarían en sus tumbas.

Un segundo después, el que había disparado sobre el cardenal caía hacia atrás abatido por una ráfaga. Patrick miró a su alrededor y vio que en una puerta lateral había apostado un tirador de élite, con uniforme de combate de los carabinieri, apuntando a los atacantes. El sargento Genscher no había perdido el tiempo. Un segundo hombre surgió junto al primero e inmediatamente un tercero.

Miró al otro lado de la sala y vio que los demás accesos se llenaban de figuras de negro. No había sombras y luces ni batir de alas etéreas: era el ángel de la muerte que entraba en el recinto.

Por un instante imperceptible, los atacantes vacilaron al verse tan rápidamente copados. Y un segundo después los disparos se sucedían en el silencio, precisos, implacables, interminables. Los que iban en cabeza fueron los primeros en caer; sus compañeros de atrás se agazaparon, disparando enloquecidos. En las columnas de mármol resonó el estallido de nuevos disparos procedentes de abajo. La sangre corría a raudales por aquellos suelos fríos, sobre el mármol blanco, rosa, rojo, sobre el rostro de ángeles y santos, igual que sangre de palomas en un magno altar de piedra policroma. Se consumaba el sacrificio.

Capítulo 59

CONTEMPLÓ al hermano Antonio rascar los restos de cemento de la paleta. La placa volvía a estar en su sitio, como antes, con el nombre de Francesca y su fecha de nacimiento y defunción. El anciano se incorporó trabajosamente. —Ya está— dijo.

Patrick asintió con la cabeza. Así descansaría por fin el fantasma. Un rayo de sol bañó el nombre. No había flores ni fotografía.

Salió del sepulcro al aire soleado de marzo. Ya faltaba poco para la Pascua. En las iglesias habría flores y los sacerdotes predicarían sobre la pasión y la resurrección. «Yo soy la resurrección y la vida», repetirían. En Roma, el papa, desde su lecho de convaleciente, lanzaría un llamamiento de paz. Y las naciones harían oídos sordos, como siempre.

Se alejó del panteón por una avenida de cipreses bordeada de tumbas antiguas y tumbas nuevas, con el mar al fondo. A través de aquel mar picado y bañado por el sol, Venecia brillaba a lo lejos, preciosa, erizada de campanarios, redimida del agua y del barro.

Ella le estaba esperando, contemplando la marea que arrastraba una barca. No era como él la recordaba; tenía canas y sus ojos habían sido testigos de horrores inimaginables. Le cogió la mano y estuvieron un buen rato sin decirse nada, mirando las olas. Había enterrado el pasado. Que la creyeran muerta.

—Ya está —dijo él—. Eres libre.

Ella asintió con la cabeza. La orilla parecía estar en el infinito.

—Seguiré habiendo fantasmas —dijo ella.

Él la miró a los ojos, acercó su rostro al suyo y la besó cariñosamente. Ella no era un fantasma, pensó. Él no la dejaría volver a las tinieblas.

Francesca sonrió y le devolvió el beso. Pero, al hacerlo, vio a espaldas de él, a lo lejos, la tumba en que habían vuelto a enterrarla.

Y recordó unas luces mortecinas en un teatro moderno, con actores en traje irlandés antiguo y palabras mágicas que apenas entendía. Y lo que decía Deirdre a su amante antes de morir:

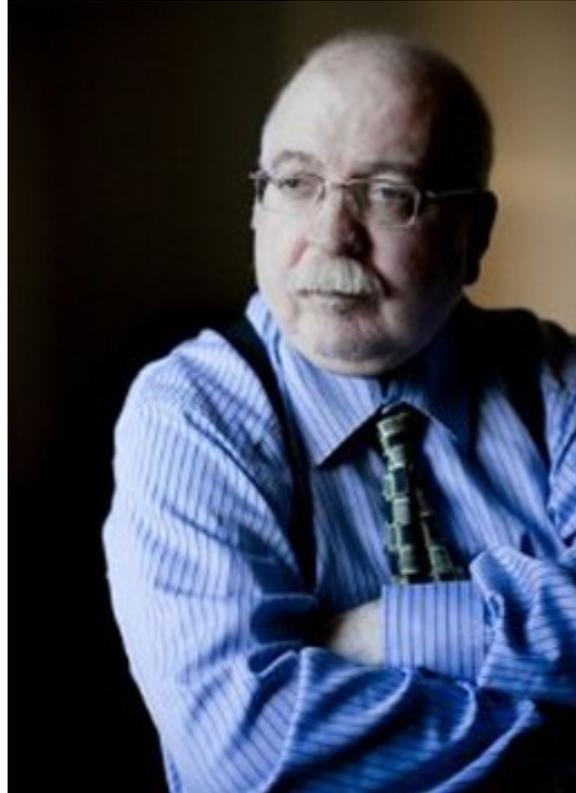
Sólo conozco este cuerpo, tan solo.

Ese beso antiguo, vehemente y turbador.

Sabía que serían amantes, pero no cómo acabaría. Ahora que la noche no era más que un recuerdo, las palabras de Deirdre eran un simple sonido difuso. Miró al panteón y a las yerbas que cubrían las piedras.

Él se equivocaba: no había acabado todo. A su debido tiempo se lo explicaría. Se

concederían un plazo de tiempo para estar juntos; un año, quizá dos. Cogió su mano y se volvió a mirar de nuevo el mar. Pese a su gran belleza, Venecia iba hundiéndose en aquel mar implacable. Le apretó la mano. Un año, dos..., ¿qué más daba? De todos modos, nadie dura para siempre.



DANIEL EASTERMAN nació en Irlanda en 1949. Ha vivido durante algún tiempo en Irán y Marruecos, y durante varios años fue profesor universitario de estudios islámicos en Inglaterra. Aparte de sus ocupaciones literarias y académicas, se interesa por la medicina alternativa en el Reino Unido. Vive en el norte de Inglaterra con su mujer y su gato. Ha publicado las novelas *El último asesino*, *El séptimo santuario*, *El noveno Buda*, *La cofradía del Sepulcro* y *La noche de la séptima oscuridad*.